

PARA TODOS



MIMI BRIEBA

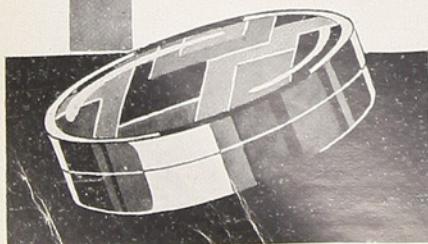
BIBLIOTECA UNIVERSAL
CHILE

Nº 95

PRECIO \$120

POLVOS DEL HAREM COMPACTOS

Indispensables en el bolso de la mujer "chic". Diversidad de colores y perfumes. Las cajitas responden a un modernísimo concepto del arte. Repuestos en todas partes.





PARA TODOS M.R.

REVISTA QUINCEÑAL

AÑO IV

NUM. 95

Santiago de Chile, 26 de mayo de 1931.

Es propiedad de la Empresa «Zig-Zag», perteneciente a la Sociedad Imprenta y Litografía Universo.



BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION
DIARIOS, PERIODICOS,
REVISTAS

La Venus de Hollywood

No hace muchos años se celebró en Nueva York un concurso de Belleza, organizado por "Photo play Magazine", para elegir, entre las más bellas jóvenes neoyorkinas, la que más se acercase a las proporciones impuestas por la estética maravillosa de la Venus griega como prototipo de belleza femenina. Ni qué decir tiene, queridos lectores, que fueron muchas las bellas que se creyeron tan admirablemente dotadas como la madre del Amor, y, ante un cierto número de escultores que formaban el jurado, se presentaron deseosas de conquistar el premio apetecido por su divina coquetería.

Las decepciones fueron tantas como las arenas del desierto, pues muchas de las más renombradas reinas de la belleza en distintas esferas, revelaron en su cuerpo pequeños defectos adorables siempre, pero que las alejaban del ansiado calificativo.

El cuello de las unas, el tallo de las otras, el busto de las más, escondían, ocultos a toda mirada, pequeños detalles ante los que Venus hubiera protestado. Esto les ocurrió a bellezas universales como Norma Shearer, Marion Davies y Greta Garbo, vaciadas sin duda en distinto molde.

Pero no así a Joan Crawford, la muñeca adorable de Hollywood y hoy una de Para Todos—1



las más admirables estrellas del cine.

Sus diez y ocho años espléndidos impresionaron al jurado a través de sus ojos magníficos, plenos de lejanías y de infinito, y luego su cuerpo, divina maravilla de carne rosada, les obligó a rendir la admiración de su juicio ante la euritmia en que se definían sus líneas, sujetas por el beso de la belleza a una plástica perfecta de prodigiosas proporciones.

Sonrie el jurado ante el milagro de nácar y sangre que se mostraba ante sus pupilas entornadas por la admiración, y sonríe desde los claros cielos en que moran los mitos, la madre Venus y el Amor misno, el travieso rapanuelo del carcazo.

Una y otro se miraron en ella para besarla en la frente, sobre los labios y sobre la luz radiante de sus pupilas glaucas, gemas de prodigo encendidas en polvo de soles.

Yo, queridos lectores, no conozco a Joan Crawford más que a través de las fotografías que nos la muestran adorable, pero desde hace mucho tiempo anhelaba saber algo que me diese idea de lo que en la mujer — para mis gustos de sentimental empedernido — vale tanto como unos labios encendidos en la sangre de mis claviles reventones; como unas mejillas besadas por las alas de una perpetua y (Continúa en la pág. 66).

Los Amores de las Reinas de Inglaterra

—Edith y Maud son mis nombres — dijo la princesa — y ambos son sajones, y si necesitase de un nuevo aliciente para aborrecer a los normandos, ¡sería el que me llamasen Matilde! Pero sajona e inglesa seré aunque sólo me dejen ellos la extensión de un pie cuadrado de suelo inglés sobre el cual erguirme. ¿No pertenezco yo a la más noble sangre real sajona, quella que corría por las venas de Alfredo el Grande y de Eduardo el Confesor, y debo yo tolerar las insolencias de los normandos que conquistaron a Inglaterra bajo la bota sangre de mi pueblo? ¡A Dios y a Nuestra Señora, gracias por hallarme en la libre Escocia y por poder expresar lo que mi corazón siente!

Turgot, el sacerdote, escuchaba a la niña con un interés que no ocultaba, pues la Princesa Maud había sido confiada a sus cuidados, y con poderes limitados, por su madre, Santa Margarita, la santificada Reina de Escocia. Como tutor, la había golpeado más de una vez con su propia sagrada mano, y muchas habían sido sus cenas de pan y agua devoradas con contenida irritación bajo sus austeros ojos. Su corazón amaba, sin embargo, a la niña, mucho más que a su hermana María, confiada también a él, muchacha dulce y dócil.

—Una princesa como vos, que se halla en la adversidad y con una real santa como madre, debería dar a todos un ejemplo de piedad! — dijo el buen Turgot. — ¡Meditad, señora! Vuestro real abuelo huyó con sus niños de Inglaterra en donde, seguramente, el usurpador Guillermo el Conquistador la habría asesinado con los suyos, y por la Divina Providencia, su barco fué arrastrado hasta las aguas de Escocia. Y el buen Rey Malcolm, habiendo libertado a su reino del sanguinario Macbeth, asesino del Rey Duncan, apercibióse de su triste destino y enamoróse de vuestra hermosa madre la Princesa Margarita, contrayendo con ella matrimonio. ¿Nada debéis a la Divina Providencia y a las virtudes de vuestra madre?

Miróla la Princesa Maud con unos ojos tan azules como las olas del Canal de

la Mancha en un día de verano. Una belleza sajona, sin duda, y la expresión de su rostro demostraba la sinceridad de sus palabras al responder:

—Si no merezco los favores de Dios tal como soy, no es mi culpa. El me hizo tal como me veis. Padre, ¿creísteis que no me doy cuenta de que me amáis más que a mi hermana María por muy dócil que

ni rebelde contra todo lo más sagrado! La hija de una santa cuyas virtudes...

—He observado — dijo la niña — que las hijas de los santos, son, generalmente, rebeldes, y así debería ser. Se mantiene el equilibrio, y si la balanza llega a inclinarse a un lado o a otro se produce un sobresalto que no debiera ser. Mi hija será una santa.

Movió su cabeza con tristeza el Padre Turgot.

—Nunca tendrás una hija — observó — y esto me conduce a lo que venía a deciros hoy día, como justo premio a la rebelión y al orgullo! Ahora que tus padres se hallan en mejor vida — y seguramente no les has guardado el luto correspondiente — y que el hermano de tu padre se ha apoderado del trono de Escocia, que pertenece a tu hermano, desea eliminaros junto con tu hermana María. El rey normando, Guillermo Rufus lo ha exigido.

Palideció su semblante. Amaba a Escocia y al ver a Inglaterra bajo la bota normanda de los hijos de Guillermo el Conquistador, lastimaba su corazón sajón. Era ésta la segunda vez que los normandos dejaba na ella y a los suyos sin hogar.

—Y por qué, — preguntó — la dócil María es castigada junto con la rebelde Maud? ¿Dónde está entonces la justicia del Todopoderoso?

—Siempre hay infierno! — respondió el buen Padre — pero no es ese el punto que tratamos. Los normandos desean que tú y tu hermana María no dejen herederos que perturben su sucesión a la corona de Inglaterra, y se ha acordado que ustedes dos ingresen como novicias a la Abadía de Romsey, en Inglaterra. Allí,

vuestro tío la Princesa Cristina de Atheling, es la Abadesa de las Benedictinas Negras. Estaréis bajo su estricta vigilancia y ambas profesarán como monjas cuando alcancen la edad apropiada. El rey normando confía en esta forma tranquilizar el clamor inglés por su propia familia real convenciendo a los ingleses que ustedes prefieren la Cruz a la Corona. ¡Muy lógico en la hija de una santa! Así, os digo, que nunca tendréis una hija.

Sus palabras, escritas, parecen frías,



Sus palabras cortaron las de su tía, como una espada. «Me habéis torturado y golpeado. Habéis aplastado la voluntad de mi hermana y habéis aplastado la mía, si no hubiera sido por una esperanza que he tenido, que nunca se despachete. Pensaba casarme con Guillermo Rufus, si me lo hubiera pedido. Y en cuanto a este hombre...»

ella sea?

—Es verdad y que Dios me perdone... pero... ¡no os convirtáis en santo, pues no nos entenderemos!

Respondió la indomable Maud:

—Cuando recuerdo a mi madre! Mi padre y todos nosotros fuimos convertidos en pedestales de su estatua, la estatua de la Imagen Completa de todas las Virtudes.

Indignóse el buen Padre Turgot.

—¡No os llamaré Princesa — dijo — si-

"La Lady de los Ingleses"

Por E. BARRINGTON

pero en la realidad había ternura y cariño en sus ojos conociéndola, este nuevo crimen normando era más cruel que el atrapar un aguilucho de las montañas para encerrarlo en la jaula de un canario. Amaba a la niña, y daría gustoso su vida por verla coronada como la legítima Reina de Inglaterra, aunque el purgatorio le esperase. Y como ella también amaba al anciano, le abría su corazón. Para los demás era fría y senciosa como la imagen de su madre en la iglesia vecina.

—¡Me desafías, padre! —dijo la niña, viva su expresión — ¡y yo os desafío! — ¿Qué deseán apostar a que tendré una hija? — ¡Mi voluntad es más fuerte que la de William Rufus el bestial normando! — ¿Por quién apostaréis?

Levantó el padre sus manos horrorizadas.

—Hija mía, es oscuro y dudosos el porvenir. El deseo de mi propio corazón es de que contraigas

matrimonio con un príncipe normando uniendo así las pretensiones del conquistador con los antiguos derechos. Si aceptaras esto, tal vez restauraría él a nuestro hermano sobre el trono de Escocia reiniendo la paz a través de la isla. Pero Guillermo Rufus es realmente una bestia, y no veo, de consiguiente, una puerta de escape. Tendréis que ingresar al con-



Observaba él. Veíase un velo negro en el suelo. Una niña vestida también de negro, de dorados cabellos, amenazaba furiosamente la puerta con su puño cerrado.

vento, pero buscaré algún sitio donde poder después llevarlos. Mientras tanto, oreemos porque vengan mejores días.

—¿Y qué excusa dan estos salvajes normandos por este atentado?

Dicen que el honor de las damas no está seguro hoy día en Inglaterra debido a la presencia de los nobles normandos y a su licenciosa conducta. No hay, de

mos a Romsey?

Era la voluntad unida del usurpador de la corona de Escocia y de Guillermo Rufus el normando, de que fuese luego, y las dos princesas desheredadas llegaron a la Abadía de Romsey para seguir allí la rutina conventual bajo la fría dirección de su tía y abadesa.

Aún para la dócil María era áspero el
(Continúa en la pág 66).

con siguiente, dicen, más protección para las princesas inglesas que la de convertirse en monjas ocultando su debilidad en los conventos.

Hubo un silencio momentáneo, tan significativo, que el Padre Turgot observó con atención a la princesa.

Levantando ella su mano derecha, dijo:

—Juro ante Dios y sus Santos Apóstoles, que no seré monja. No, aunque me arrastren hasta el altar. Eres mi testigo. Que permanezca yo miles y miles de años en el purgatorio si me inclino ante la voluntad normanda!

Bajó su mano abandonando su ademán trágico, con la misma rapidez con que lo había adoptado, diciendo espiritualmente:

—¡Encargad a un ladrón que coja a un ladrón! Desafío a mi tía Cristina y a los normandos, y es ella peor que ellos. Abadesa o tía, ¿qué es peor? Muy bien. ¿Cuándo desea la voluntad normanda que nos dirija-

LA OVEJA MALA



Otra vez el teléfono, otra vez llamando al doctor Russel. En su ausencia contestó la madre. Era la señora Orcott que tenía otro ataque.

La madre le contó a la anciana señora Russel, al ir a decirle las buenas noches.

—Curioso, — dijo enderezándose en su cama, la señora Orcott después de haber visto a todos los médicos de Nueva York quiere que lo atienda Kenneth; es una suerte. —Está abajo con las niñas Langhorn? —Usted sabe, — contestó la nuera, — que no las ve hace tres semanas.

—Son muchachas muy dijes... muy dijes...

—Usted no las conoce bien; usted dice eso porque los abuelos de ellas eran amigos suyos. Bueno, no es que yo vaya en contra de la juventud, claro que no... en fin... todo el mundo habla en contra de esas niñas...

La abuelita se abrigó más en su chal de lana y murmuró:

—¡Pobres corderitos!... —Pobres corderos, no, — contestó con aspereza la nuera, — malas ovejas.

En ese momento Kenneth Russel iba camino de su casa a pie. Al acercarse miraba la casa de las niñas Langhorn; mirada de interés; pero no de emoción. Se recordaba que

la primera vez que vió a Dorinda, fué en el Country Club, en una carrera de perros; después estuvo en su casa varias veces y bailaron juntos.

Al otro lado de la calle las señoritas, ya de edad, pero señoritas, Hackett se iban a acostar. Se acercaron a la ventana y corrieron la cortinita blanca, moviendo la cabeza.

Entre dos gargarismos antisépticos la señorita Virginia exclamó:

—No sé qué daría por saber algo de la casa esa...

—Yo también, — contestó la señorita Hortensia.

Y las dos miraban la casa de las niñas Langhorn.

Kenneth al aproximarse a la casa pensaba en esas dos hermanitas huérfanas cuya dama de compañía no parecía preocuparse mucho de ellas. De pronto la puerta de calle se abrió y salieron jóvenes y niñas en traje de etiqueta. Nadie lo reconoció al tomar sus coches. Generalmente en la noche el que va en auto ni mira a uno que va a pie porque le parece que no puede ser un conocido.

Kenneth Russel entró a su casa y pasó a la pieza de su abuelita como de costumbre. Estaba leyendo.

—Me alegro, — dijo el muchacho, — que esté en cama; la vida que llevan ustedes niñas modernas, es algo terrible.

La abuelita sonrió con cariño.

—Había una fiesta donde las Langhorn ahora, — siguió él, y creí que usted estaría allí.

—No puedo dejar de sentir y decir que esas niñas son adorables.

Entró la madre y dijo a Kenneth que la señora Orcott lo había llamado.

—Voy a telefonear al momento.

Pero antes Kenneth fué al reposterío y encontró una torta en el refrigerador. Comiendo todavía, descolgó el teléfono, se quedó escuchando. Dejó el teléfono y se acercó a la ventana del escritorio; la abrió suavemente.

Una figurita delgada estaba debajo de la luz del farol, sus cabellos claros le formaban aureola; sobre su traje de noche tenía puesta una chaquetita corta.

—¿Era usted quién silbaba, Dorinda? — preguntó el joven, — ¿por qué no toca el timbre de la puerta?

Tenía miedo que su madre o la empleada contestaran.

—Ah!..., — fué lo único que pudo decir él

—Si usted viniera Kenneth por un minuto; no me gusta pedirle este favor; pero el caso es de vida o muerte, y usted es el único doctor que conozco.

—Iré al momento, espero que no sea Pansy.

—No, no es ella, si le digo quién es, tal vez usted no quiera venir; pero comprenderá cuando usted vea y sepa.

Kenneth salió y junto con Dorinda entró en la casa de las dos hermanas. El hall y todos los bajos, desiertos. Al subir la escalera esperaba en los altos otra figura en pijamas llorando desconsoladamente. Era más joven que la hermana; pero menos linda.

—Un poco mejor? — preguntó Dorinda.

La otra sollozaba.

—Quiere venir, doctor?... Aquí es...

En un salóncito al lado del dormitorio donde se notaba un femenino desorden, sobre un gran cojín de seda estaba acostado un gatito. No era de Persia, ni de esos

M A L A

Por EVELYN GILL KLAHR

regalones, bonitos; era un simple gato ordinario, de esos que en las noches de frío gritan por pan en la cocina. Sumamente flaco sus huesitos se paraban bajo la piel.

—Se llama Ormud, — dijo Dorinda con solemnidad.

Se hincó en el suelo al lado del gato. Pansy trató de serenarse.

—Es algo horrible verlo sufrir así... Y de nuevo prorrumpió en sollozos.

Dorinda puso una mano sobre el enfermo y mirando a Kenneth:

—Está helado... — dijo, — hace tres días que no come.

Kenneth, sin saber qué hacer se inclinó hacia adelante:

—No sé... — comenzó.

Pansy apoyó su mano en el brazo del joven.

—Si lo salva puede llevarse lo que quiera. Esta casa... es nuestra... se la damos y, yo tengo un anillo de mi abuelita, una esmeralda grande, cuadrada... también tenemos bonos... todo... todo...

Dorinda sonrió en medio de su pena.

—Hemos hecho lo que hemos podido, hemos leído todos los libros de remedios, quizás lo hemos empeorado.

—Tiene que salvarlo, — suplicó Pansy, — es la única persona en el mundo que me quiere.

Y en un tono patético siguió mirando al gato:

—Lindo... lindo... por favor, no te mueras!... Kenneth habló:

—Escúchenme, no sé nada, absolutamente nada sobre gatos; pero conozco quién puede ayudarlas, las llevaré allí; eso si que no se ilusionen mucho... creo que este pobre está muy mal. Antes tengo que hablar por teléfono con una enferma, debía haber ido primero allá.

La menor de las hermanas lo llevó a su pieza donde estaba el teléfono bajo una linda muñeca con crinolina.

—Aló... aló... ir al momento... imposible... completamente imposible... tengo un enfermo muy grave para llevar al hospital... Bien, puedo recomendarles al doctor Lowell, es especialista.

Colgó el teléfono.

—Esto es horroroso, — exclamó Dorinda, — Ud. pierde un cliente por nosotras...

Kenneth no contestó; llamaba de nuevo.

—¡Ah!... eres tú, Jones... sí, es tarde ya; pero no hay otro medio, es muy importante y harás un gran favor... gracias, muy amable de tu parte.

Y colgó el teléfono.

—Están listas para irse? — preguntó Kenneth.

—Si ustedes me esperan abajo, — dijo Pansy, — en dos minutos me visto.

Abajo, Dorinda habló muy tranquila:

—Estoy tan preocupada por Pansy, si algo le sucede a Ormud, no sé qué le pasará a ella. Ha sufrido mucho con la muerte del papá y de la mamá; tuvo un perro, se murió y ahora este gato... y ella es tan joven, tiene 16 años... Somos tan solas y yo la quiero tanto...

—Pero ustedes tienen muchos amigos; siempre veo salir gente de aquí.

—¡Esos!... — exclamó Dorinda con desprecio, — no son amigos nuestros; además, esta noche los eché a todos a la calle y no volverán.

—¿Qué cosa?

—Sí, eso mismo. Metian una bulla terrible con la radio y la victrola, hasta que Pansy bajó y los hizo callar. Entonces comenzaron a reírse porque nosotras no íbamos al Country Club, a bailar, porque Ormud estaba enfermo y nos hicieron burla hasta que yo me enojé y les eché en cara su crueldad y les dije que se fueran... eso no sopor-

to yo...

Se quedó mirando a Kenneth y se veía tan linda y tan desamparada. El joven se inclinó y la besó

—Usted no debía hacer eso, — dijo ella.

—Sé que no... pero creo que lo haré otra vez.

Y la besó de nuevo.

Apareció Pansy con un abrigo de lana y trayendo en brazos al gato envuelto en una chalina tejida.

—Si Ormud se muere, — dijo — no me importa lo que me suceda a mí, ni a nadie.

Subieron al auto de Kenneth. Pansy atrás con el enfermo, adelante Dorinda y el joven.

La señorita Virginia Hackett sintió ruido y se asomó a la ventana.

—Dios santo!... — exclamó, — saliendo a estas horas y quién sabe adónde

La señora Russel, en su cama pensaba en su hijo al lado de una clienta tan rica.

La señora Orcott exclamaba impaciente:

—De modo que tiene otro enfermo más importante que yo... bien, ¿quién será ese preferido?...

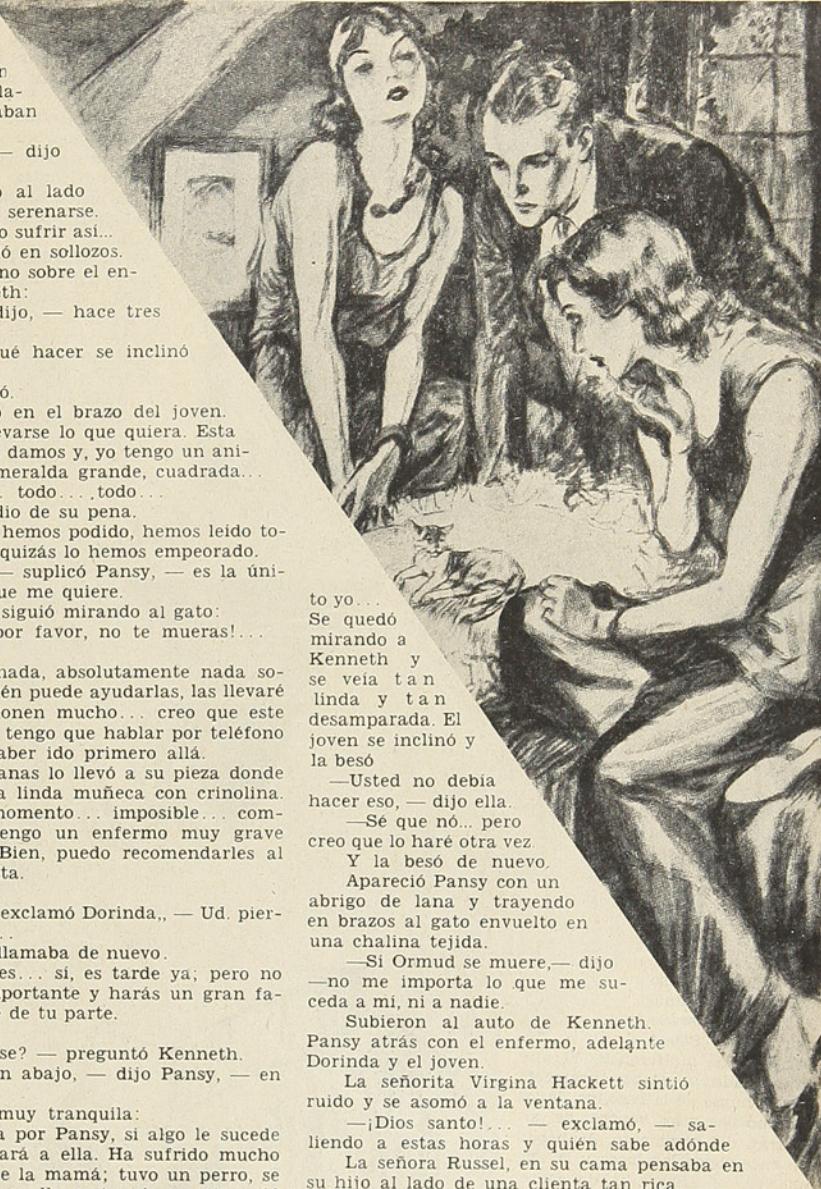
El auto corría mientras tanto, por calles desiertas.

—Dorinda, — exclamó Pansy, — no se queja ya... no se ha quejado ni una sola vez desde que salimos.

Dorinda se dió vuelta a mirar y Kenneth aceleró el coche.

Llegaron a una gran casa de campo y se detuvieron;

(Continúa en la pág. 72).



CONQUISTADOR



En un caluroso anochecer de junio el **jaque** paseaba por High Street con aire de indiferencia. El aire era pesado y estaba enrarecido por el humo de la gasolina de los automóviles y los vapores del alquitrán del pavimento. Acababan de encenderse las luces y la amplia vía se atiborraba de gente. Las muchachas solían pasar en parejas mientras que los jóvenes, en su mayoría discurrían en pequeños grupos. Pero el **jaque** pasaba solo. A su paso escuchaba repetidos saludos: "Adiós, Dennis", o "Adiós, **jaque**".

Llamábäse **jaque** en el sentido de conquistador, porque merced a un supuesto parecido con Rodolfo Valentino, o quizás también por la inescrutable expresión de su rostro grave, las muchachas que le conocían sólo tenían ojos y oídos para Dennis Halley.

—¡Adiós!, respondía él también a los saludos.

Y continuaba su camino, satisfecho de su figura arrogante y esbelta.

Dos muchachas que cruzaban la calle a ocho o diez metros de él, llamaron su atención. Ambos vestían trajes blancos de tenis y llevaban sendas raquetas. Las dos eran lindísimas, si bien di-

ferian en tipos: la una era rubia y la otra morena. Se volvió para mirarlas y vió que ellas le miraban también; entonces apresuró el paso y se les acercó.

—Hacía tiempo que no la veía, Stella —le dijo a la morena, que al ver que Dennis se acercaba se había detenido con su amiga, a la que llevaba del brazo.

—Es usted el que no se deja ver —respondió la aludida, fijando en el joven sus hermosos ojos oscuros.

La muchacha rubia volvióse de espaldas y se puso a mirar a uno de los extremos de la calle.

—¿Le disgusta que nos hayamos detenido? —le preguntó Stella.

—No; pero como yo no conozco a su amigo...

—Halley —se apresuró a decir el **jaque**. Dennis Halley.

—Alias el **jaque** —dijo la muchacha morena. Y dirigiéndose a Dennis, añadió:

—Esta señorita es mi amiga Marjorie Page.

—Y por qué le llaman el **jaque**? —preguntó Marjorie friamente.

—Porque una vez asistí a un baile disfrazado de **jaque** —contestó Dennis.

—No creo que sea precisamente por eso —advirtió Stella con intencionado acento.

El joven desvió la conversación, diciendo:

—¿Quieren ustedes que vayamos a bailar a Cambridge?

—Hace mucho calor para bailar —respondió Marjorie.

—En Cambridge no lo hace —se apresuró a intervenir Stella. Nunca he sentido calor allí.

—Bailar con el **jaque**! Marjorie era un poco tonta algunas veces.

Fueron a Cambridge y Dennis bailó con las muchachas alternativamente. Primero con Stella y después con Marjorie. En uno de sus bailes ésta le dijo:

—No me gustan los locales de baile en verano.

—Ni a mí tampoco —contestó el joven suavemente.

—Y, sin embargo, mire qué concurrencia tan grande hay; no todos deben de tener nuestro gusto.

—Quizás no puedan ir a otra parte —

CONQUISTADO

mar un helado. —Yo he de marcharme en seguida —advirtió Marjorie—. Tendría un disgusto si llegase a casa después de las once.

—Por qué tiene usted a su padre tan mal acostumbrado? —exclamó Stella. —El mío me deja tener llave.

—Vámonos los tres —dijo Dennis, que comenzaba a sentirse interesado por la muchacha rubia.

Levantose y Stella se puso al lado del **jaque**, mientras Marjorie caminaba delante, sola.

—Esta desgraciada —murmuró la muchacha morena al oído de su acompañante— se aterra a la idea de llegar a su casa después de las once. Felizmente yo puedo llegar a la mía a la hora que me plazca.

Caminaron en silencio unos minutos; se habían reunido los tres y Dennis iba en medio de las dos muchachas.

—Faltan cinco minutos para las once; no puedo entretenerme más —exclamó de repente Marjorie, consultando su reloj.

Y su frase fué acompañada de una intensa mirada que Dennis recogió con sus obscuras pupilas. Por unos instantes ambos se miraron al fondo de los ojos y una suave delicadeza les embargó.

—Ahi viene el autobús, Marjorie —gritó en aquel momento Stella.

La aludida miró prensuosa al arroyo y exclamó:

—Si; corto a tomarlo. Adiós, Dennis hasta mañana, Stella.

Hubo un ligero silencio entre ellos y la morenita dijo a su acompañante:

—A esta pobre muchacha le gustan muy poco los hombres; y tampoco tenía ganas de hablar con usted esta noche. ¿Adónde vamos?

Dennis no respondió; tenía la mirada fija en el autobús que se alejaba. Entonces Stella le tomó del brazo y sonriendo dijo:

—Vayamos a casa por el camino más largo.

A las nueve de la mañana encontráronse Marjorie y Stella en la escalera de la casa donde trabajaban.

—Amiga mía, ¡qué noche tan deliciosa! —dijo Stella a su compañera. Cuando usted nos dejó emprendimos el regreso a pie por el camino más largo. ¡Qué joven tan interesante es Dennis!

Mientras peinaba cabezas rubias o morenas, Marjorie pensaba en Dennis con un creciente resentimiento; y como a la hora del almuerzo Stella volvióse a hablarle de él, exclamó con irritación:

—¡Por Dios santo, no me hable más de ese hombre! ¡Ya es darle demasiada importancia! ¡Han de verse ustedes esta



dijo el **jaque**. —Por dos peniques pueden trasladarse al campo; menos de lo que les cuesta venir aquí.

—Es al campo adonde va usted por las tardes?

—Muchas veces voy a jugar tennis; pero ahora los campos de deportes se hallan también excesivamente concurridos.

Su voz era fría, indiferente.

—Tiene usted mucha intimidad con Stella? —le preguntó el joven.

—Trabajamos juntas.

—En la ciudad?

—Sí; en Shepley, en la sección de peinado.

—Es buen oficio?

—Como otro cualquiera.

—No parece usted muy entusiasmada con él.

—Hace demasiado calor para entusiasmarse con nada —dijo la joven, sonriendo ligeramente.

Sentáronse los tres a una mesa a to-

LA CARTA

Por CURRO VARGAS

Recluido en el calabozo de tinieblas de sus ojos sin luz, Enrique se ingenia angustiosamente para encontrar la clave del tremendo problema.

¡Por qué María Luisa, a los pocos momentos de recibir el correo, había lanzado aquella inconsciente y sofocada exclamación? ¡Por qué a las preguntas de él María Luisa había contestado con una voz que al oído de cualquier otro hombre hubiese sonado natural y normal, pero en el suyo, finísimo e hiperestético, hubo de impresionarle con vagorosos y agitados temblores?

Sí. Enrique había sorprendido aquella turbación de su mujer, y, siendo ciego, la "vió" pálida, confusa y llena de inquietudes misteriosas...

¡Veinticuatro horas de espantoso sufrir llevaba Enrique; veinticuatro horas de atormentado a incertidumbre en que un sentimiento, para él desconocido hasta entonces, le crucificaba el corazón: los celos! ¡Tortura del infierno para un desgraciado como Enrique, cuya felicidad no tenía ni podía tener otra

—¡"Esta" es..., "ésta"! — balbuceó el ciego, arañando más que palpando, la desgarrada abertura del sobre.

El instinto, una repentina facultad de adivinación, un clarividente anhelo más poderoso que su ceguera,

que sólo sea por misericordia compasiva?...

En la puerta se oyeron unos golpecitos.

—¿Estás ahí, papá?...

—Aquí estoy, hijo mío!

Y Enrique, suspirando, abrió la puerta y abrazó muy fuerte, muy fuerte, al pequeñuelo. Pedrin, sobre las rodillas de su padre, le ciñó con los brazos y le besó mucho la frente hidalga, varonil y noblota.

—Señor — dijo con gravedad la "nurse", que seguía al chiquillo y que acababa de surgir en el umbral de la puerta,— se le puede recomendar hoy ha hecho su primera lectura!...

—¡Si, papaito! — exclamó, muy alegra, Pedrin, y enrojeciendo de orgullosa satisfacción.

Ahora, ¿sabes lo que he pensado? Leerte yo los periódicos que te leía mamá...

El ciego sonrió de un modo extraño, y, dirigiéndose a la "nurse", le dijo amablemente:

—¡Está bien, miss Marta; puede usted dejarle aquí, comigo!

Pedrin, radiante de alegría y devorado por la impaciencia de demostrar sus adelantos, abandonó las rodillas de su padre para apoderarse de un periódico que había sobre uno de los muebles.

—¡Verás, papaito, cómo leo seguido, seguido!... ¡Verás!

—¡Espera! — le interrumpe el padre, sacando del bolsillo una carta.— ¡Toma, léeme esto..., un poco..., el principio!...

Pedrin examinó la letra.

—¡Pero oye, papá: esto no es un periódico; es otra letra diferente!... ¡No me atrevo; no sé lo que dice, papaito!

—¿Cómo que no lo entiendes? Cuando se está, como tú, a la cabeza en la clase se debe saber leer todo, absolutamente todo. ¡Lo contrario sería una vergüenza! ¿Qué dirían de tí esos infelices que te admirarían porque ellos no saben apenas ni deletrear? ¡Nada, nada; lee, fíjate mucho; las primeras letras son las difíciles; des-

(Continúa en la pág. 63).



base que la confianza plena y ciega en el amor de la mujer querida!

¡Vivir con esa duda clavada en el alma; seguir a merced de la simulación y del engaño acaso; indefenso en su ceguera, inerme en su desventura tenebrosa; qué tormento tan grande, Dios mío!

Y el infeliz, más ciego aún por la ceguera de su espíritu, envuelto en sombras trágicas de desesperación, levantóse bruscamente de su butaca y, a tientas y en puntillas, salió de su despacho, dirigiéndose al tocador de su mujer.

Al empujar suavemente la puerta se detuvo un instante, aguzando el oído para evitar una sorpresa.

—¡Nadie! Rápidamente, febrilmente, sus dedos voltejaron y palparon sobre una mesita. Enrique buscó con obstinación un libro, el libro que María Luisa leía cuando la doncella le entregó las cartas. En efecto, dentro del libro halló una...

le había dicho: ¡"ésa" es! Y "aquella" era.

Arrugándola, estrujándola hasta clavarle las uñas en su propia mano, Enrique ocultó la carta en lo más hondo de uno de sus bolsillos, y tornó, presuroso, a su aposento.

Allí, y una vez cerrada la puerta con pestillo, hubo de desplomarse en un sillón. Entre las yemas de sus dedos se deslizaba una y cien veces el maldito y traicionero papel. Pálido, desencajado, Enrique se lo acercaba a los ojos, a las pupilas muertas, para estrujarlo al fin, con un gesto de suprema amargura y de sollozante renunciación. ¡Oh, si él recobrara la vista unos segundos nada más, el tiempo suficiente para leer de un solo golpe aquellos renglones que le quemaban los dedos, suplicándole el alma triste hasta la muerte!

—¿Cómo saber lo que esta carta dice? ¿A quién confiarle, Dios santo?... ¿Quién no me engañará, aun-

MARLENE DIETRICH

Eran las doce de la noche cuando me detuve frente a los anuncios del Chinese. El silencio y obscuridad del Boulevard apenas parecía rasgado por los automóviles de centelleantes faros y por las luces del "Montmartre".

Me detuve ante una bella fotografía de Marlene Dietrich, cuya primera película Paramount debía exhibirse al día siguiente. La nueva estrella sugería sin dificultad la imagen de Greta Garbo y el tipo característico de la vampiresa. Algo había, sin embargo, en sus ojos de dulzura y ensueño que recordaba a Gretchen. Algo de deseo infinito, de corazón, de amor...

De pronto se detuvo junto a mí automóvil al mismo tiempo que una mujer envuelta en pieles cruzaba el patio del Chinese viiniendo hacia el auto. Yo seguía mirando la fotografía. Senti la sonrisa de la mujer al pasar y la curiosidad me distrajo un instante.

—Oh, Marlene Dietrich, you are Miss Dietrich! dije sin poder contener mi entusiasmo ni mi extrañeza.

Los ojos de Marlene, ojos espléndidos, color de lagos, quietos y de cielos lejanos, sonrieron lentamente. A través del tupido ramaje de sus pestañas se adivinaba el sencillo arroamiento de sentirse admirada por un desconocido hollywoodense en el Boulevard donde nadie' mira y donde nadie admira.

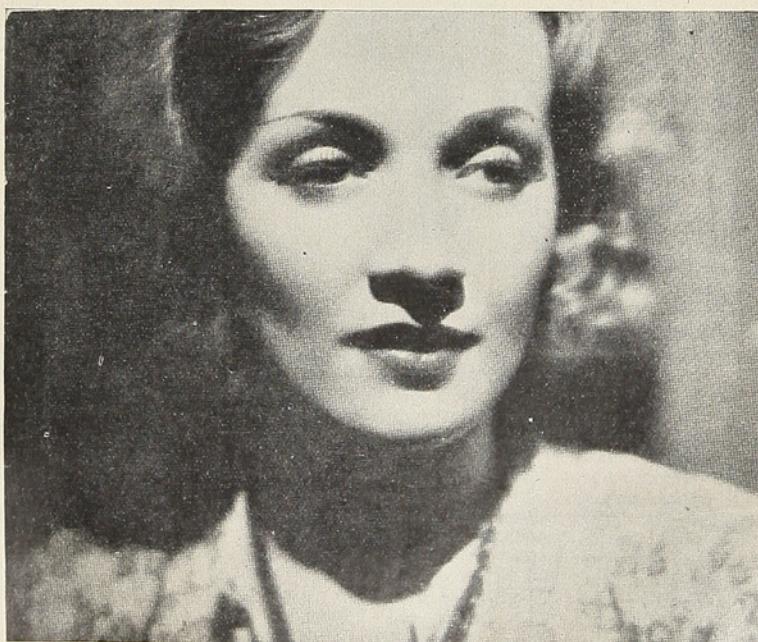
Le pedí su dirección y un retrato a todo lo que ella accedió amablemente.

Al dia siguiente Marlene fué consagrada como nueva estrella de Hollywood al exhibirse, en suntuosa, premiere, su película "Marruecos", en la que la acompañan Gary Cooper, cada dia más admirado, Adolphe Menjou, gran artista a pesas de los años de Hollywood, cuya acción destructora delatan los rostros de tantas deslumbradoras estrellas de ayer.

Hollywood vive casi totalmente para el cine. Una premiere inaugura igualmente a Jeannette MacDonald y Ruth Chatterton que a las "extras" sometidas a estricto régimen de ayuno. Sólo que las estrellas concurren siempre y las extras únicamente si los días buenos están de turno.

El Chinese, teatro de los grandes sucesos cinematográficos, de arquitectura oriental extravagante y lujosa se abismaba en luz multicolor ofreciendo al mismo tiempo toda la ensombreción de un decorado y toda la realidad incitante de la carne de aquellas estrellas, frutos sazonados y fecundos de la vida.

Entre dos filas de reflectores que interrogaban al cielo y entre multitudes apretadas de espectadores avanzaban los automóviles como si se ofreciera una película en la que las estrellas actuaran de extras. Loretta



Young, delicioso tío de "High School Girl", fué de las primeras en llegar. Como contraste simpático venía cerca María Dressler acompañada de su entrañable amiga Polly Moran. Luego Lupe Vélez y Gary Cooper, siempre juntos excepto en la pantalla; Marion Davies, Rosita Moreno, Mitzi Green, Richard Arlen y Victor Mac Laglen recibidos alegramente por sus admiradores. Will Rogers ex alcalde de Beverly Hills y hoy periodista y astro de la Fox, etc. Directores, presidentes, escritores, estrellas, millonarios, todo Hollywood embrujado y alegre estaba allí.

Casi todas las estrellas saludaban al público desde un micrófono instalado en el patio del Chinese. La mayor parte coincidieron en un alegre "Hello every body", como si quisieran imitar a aquel embajador yanqui de Bernard Shaw que al llegar a la Corte británica prorrumpió en un jovial "Hello Queen", al ser presentado a la Reina.

Más de una estrella importada del extranjero vaciló ante el micrófono para expresarse en inglés. Así como la ingenua sencillez de los sajones se contentaba con un saludo familiar, corto y siempre igual, standard podríamos decir. La peligrosa imaginación de algunos españoles nos obligó a escucharlos en *speeches* inacabables y vacilantes. Lupe Vélez tuvo el buen gusto de hablar en la clara lengua castellana.

"World Premier! Cascadas de luces, juegos de banderas al estilo yanqui. Desfile brillante de los vagabundos, artistas y estrellas. Mil palpitaciones de triunfo y olvido. Serias reflexiones, perfumes y pieles y la perspectiva de algún sanatorio donde se deshace toda la grandeza de este Boulevard. ¡"World Premier"! Para este pueblo de bohemios de todas las calidades un estreno universal vale más que los estremecimientos de la humanidad. Hombres entregados a meditar sobre la vida como Sergei Voronoff, fervidos apóstoles de ideales sociales sintieron aquí la atracción formidable de la pantalla y vivieron al ritmo febrilmente de Hollywood donde sólo relían las estrellas.

En una noche como ésta el desfile de los coches rumbos donde el Rolls Royce y el Packard no escasean la blandura de sus muebles, tiene para la multitud, c e g ada por la proximidad de la luz, toda la sugerencia de la esperanza, todo el encanto voluptuoso de la tentación. Muchos rostros he visto al pasar que llevaban la tragedia de la realidad; muchos otros he visto también que brillaban abismados por la secreta esperanza de tener alguna noche su Première...

Marlene Dietrich ha hecho casi toda la película así es que los destellos adorables de sus ojos compensan la m e n t o. "Marruecos" presenta un caso demasiado explotado en el cine. Una muchacha de pasado más o menos oscuro llega a Marruecos y siendo su corazón asediado por un gran señor y por un soldado de la Legación Extranjera. En

Continúa en la pag. 41

Mi Opinión sobre la Vida

Por
Douglas Fairbanks

¿Qué es trabajar? ¿Qué es representar?

En mi caso particular, representar significa tan sólo otra forma de trabajar, otro medio de conservarse físicamente capaz para las tareas de actor. Para la mayoría, me imagino que impresionar películas cinematográficas supondrá una manera agradable de actuar, un pasatiempo lleno de emociones, un maravilloso juego de ficción.

Tales pensamientos acuden a mi mente toda vez que me detengo a meditar sobre este juego que llamo Vida, ya que el cinematógrafo lo es para mí y forma parte integrante de mi ser.

Este arte satisface mi ansia constante de movimiento, de velocidad y de acción que, en mi caso, viene a ser tan necesario, tan indispensable como respirar. Sin este desahogo, resultaría intolerable y no podría soportar su monotonía.

Necesito estar siempre en actividad; de ahí que los placeres del "dolce far niente" no me atraigan en forma alguna. Apenas me instalo con un libro, se presenta a mi memoria algo más importante en que podría ocuparme, salvo, naturalmente, que la lectura tenga relación especial con mi próxima película o pueda servirme útil en la solución de alguna dificultad de carácter técnico.

El ocio no existe; el "laissez faire" de los franceses, equivalente al "Let George do it" de Hollywood, es un aforismo sin sentido y no es otra cosa que pretender "cargar con el fardo" al compañero.

Mi deseo es realizar continuamente nuevos experimentos, a pesar de que aquello signifique a veces abocarme a problemas insolubles. Aunque así sea, si con esto no consigo el perfeccionamiento necesario, adquirero experiencia, que es lo primordial; lo demás vendrá solo.

Cuando hace poco nos encontrábamos en China con Mary, me empeñé en que me fuera servida una comida de platos nacionales, y a tal fin, pedí sopa de aletas de tiburón, nidos de pájaros y huevos que contaban centenares de años. Al ver ante mí aquellos manjares quedé anonadado, pero me esforcé para comérlos, llevado por mi deseo de conocer todo. Mary se limitó a picotear el arroz.

Mi esposa comparte mi opinión respecto al trabajo y sólo es feliz cuando toma parte en la impresión de películas. Miembro de la Cámara de Comercio, presi-

denta de varias sociedades, directora de cuatro compañías y de un banco, insiste, sin embargo, en trabajar para el cinematógrafo.

El único pecado imperdonable en nuestro estudio es la ociosidad, sinónimo de hambre, de vejez y de destrucción. No existe ningún holgazán en nues-

La vida se convierte entonces en una maravillosa aventura.

Resulta difícil hallar para el cine parlante material en que los movimientos estén adaptados al tiempo y el ritmo necesarios. Por mi parte, me hallo en inferioridad de condiciones por mi imposibilidad de poner de acuerdo mis ademanes con las palabras. Con todo, no pierdo la esperanza de encontrar un argumento adecuado. El cinematógrafo debe tener "movimiento" ya que no pertenece a las artes estáticas.

Los dibujos animados del Ratón Mickey son, a mi parecer, los que logran expresar mejor y en forma simultánea sobre la pantalla, el ritmo, el sonido y el movimiento. Verdadero "pioneer" de corazón bondadoso, que sabe salir al encuentro de una nueva huella, Mickey ha podido darme unas cuantas ideas.

Uno de los motivos de mi reciente visita a Londres era entrevistarme con Sergio Eisenstein, el famoso productor ruso de películas, a fin de solicitar su cooperación para obtener rapidez y movimiento en mis películas parlantes, esa rapidez y ese movimiento que me distinguieron en el cinematógrafo mudo.

Eisenstein llegó a producir esos milagros de movimiento visual en películas tales como "Potekim", que sirvieron de modelo a los más insignes y progresistas directores de Hollywood. Es el único hombre entre los que conozco, capaz de combinar el sonido con el movimiento rítmico. Trabaja con métodos experimentales, que estimulan y entusiasman a la vez. Ahora que ha firmado con la compañía Lasky un contrato por varios años, espero que me será posible contar con su ayuda para los trabajos especiales.

No parece difícil que logre imprimir a mis películas una nota animada y vigorosa llevando a la pantalla temas de los tiempos heroicos y de la edad de las aventuras extraordinarias.

Desde que las películas se han refugiado en el interior de las casas y detrás de los escenarios, han perdido para mí todo interés. Yo necesito el aire libre, en pleno sol, donde puedo moverme sin trabas y estirar mis músculos. Las calles, las casas, los salones nocturnos de baile no consiguen sino deprimir mi ánimo.

Energía, calor, inteligencia, velocidad, riesgos y peligros, eso es lo que pretendo llevar a la pantalla, cosas todas que representan para mí lo único realmente interesante en el juego de la vida.



MARY AND DOUGLAS, la pareja más popular del cinematógrafo norteamericano.

tra compañía, y aunque el escenario esté sumido en la oscuridad, todo es actividad en uno y otro rincón del mismo. En momentos de impresionarse una película, el lugar zumba como una colmena y yo me siento feliz cual el grillo de la fábula.

No puedo permanecer tranquilo en un mismo sitio; debo estar al mismo tiempo aquí, allá y en todas partes, ansioso por saber lo que sucede y curiosear todos los escondrijos. Me gusta conocer la opinión de mi gente sobre "cómo deberían hacerse ciertas cosas", con objeto de ensayar nuevos métodos y llevarlos a la práctica.

La señora engorda

I

Sí, amiga mía; cuando hace un año es-
caso te expuse mis nacientes temores,
ellos tenían—a pesar de tu risa y de tu
burla—fundamento sobrado. Sin exage-
ración, sin dramatismo, sin jeremiaca



lamentación, te lo diré en frase sencilla-
sima: ¡¡Soy la mujer más desgraciada
de la tierra!!

Tal como suena. No, no vuelvas a reí-
te. Ahora va muy de veras. Apesar de
lo que las gentes que no lo tienen llaman
posición social, y yo poseo; a pesar
de mis automóviles, mis criados, mis jo-
yas y mis pieles; por encima de mi hote-
lito ciudadano y mi villa campesina; no
obstante el amor de mi marido, la bue-
na salud de mis hijos, el afecto de mis
parientes, el aprecio de mis amigos, yo
no puedo vivir, yo siento una pena con-
stante y una vergüenza ilimitada, porque,
¡cómo ha de ir conmigo a todas partes!...
Hay momentos en que me siento capaz
de dar mi fortuna, mi felicidad—esto que
llaman felicidad los que no saben, los que
no entienden—por—lo diré—el plato de
lentejas de un remedio siquiera de eso
que antes se llamaba esbelto y ahora es,
más simplemente, "linea". ¡Linea! ¡Qué
estupidez! ¡Cómo si no hubiese líneas de
sobra en mifigural... Lo que sucede,
querida, es que o yo no sé una palabra de
geometría, o todo mi cuerpo—así en
traje de baño como ataviado por Worth

o por Patou — es una apoteosis de labialarme el zapateado sobre las tripas!...
Me someto nuevamente al vapor, a las

curvas. ¿Comprendes? ¿Comprendes mi traje—duchas, a los bruscos cambios de tempe-
ra? Mi barbillón, un día aguda, volunta-ratura. Y aún, querida, todo esto es ape-
riosa, después de redondearse se ha tri-nas nada. Todo esto aparte la presencia
plicado; entre mis mejillas naufragan las de unos cuantos especialistas del masa-
facciones; mis brazos son jamones, misje, de la educación física, del instituto
caderas... Bueno, déjame que no siga.
Pensar en mis caderas me hace llorar, y
como las lleva siempre encima..., ¿pue-
do, acaso, pensar en otra cosa?... Mi
tortura es, en fin, la de "La niña gorda",
de Rusiñol, que tanto nos hizo reír un
día. Ya ni amor, ni elegancia, ni siquie-
ra prestigio social. Te lo aseguro.

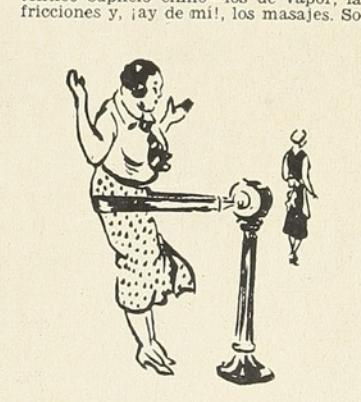
Compadéceme. Escríbeme. Aconséjame.
Desesperada. Tuya, Rosalía.

II

Tres meses sin escribirte ni dos líneas.
Si; casi tienes razón para quejarte. Pero
no la tienes. Porque está el "casi" en
medio.

No te escribia porque hubiese querido
darte una buena noticia. ¿Comprendes?
Decirte algo del resultado del "régimen
para recuperar la linea" que me aconse-
jaste. Y que he seguido, superándome a
mi misma como dicen, bárbaramente, los
anuncios de las películas.

Verás. Una gran parte de la mañana
la dedico a la gimnasia. Salto a la com-
ba, baile en el trapecio, levanto pesos
enormes. ¡Un verdadero martirio! Luego
vienen las duchas, los baños turcos—au-
téntico suplicio chino—los de vapor, las
fricciones y, ¡ay de mí!, los masajes. So-



bre mi busto, mis caderas, mi abdomen,
la masajista echa el resto de sus múlti-
ples conocimientos. ¡No le falta más que

de belleza, etc., ocurre en una relativa
intimidad. Lo de veras trágico es... lo
otro. Los deportes. Mis saltos de rana,
cuando no de elefante, desmañados, tor-
pes, fatigosos, en persecución de la pelota
del tennis. Mis paseos a caballo, al
trote... pero haciendo el paso, embuti-
da en mi atavío de amazona. La carre-
ra tras la bolita del "golf", estúpida pe-
ro apasionante persecución en que van
dejándome atrás hasta los compañeros
más galantes. ¡Ay, amiga! Tú no sabes
qué humillación hay en todo esto para
"la niña gorda", o la dama obesa, que es
lo mismo.

Y todo, inútil, ¿sabes? Inútil. Tu sis-
tema ha fallado. No pierdo ni un kilo,
ni una curva. Ahora mi mentón se mul-
tiplica por cuatro... Soy la mujer más
desgraciada del Universo... —R.

III

(Es un telegrama). Si. Me gusta co-
mer bien. Tengo muchísimo apetito. Salgo
siempre en "auto". Pago siete criadas.
Vivo en principal. Me pareció ocioso de-
cirte. Tuya, R.

(Continuación de la página 9)

MARLENE DIETRICH

Nueva York o aquí el conflicto se resolviera
naturalmente, en favor del primero, más,
en las caldeadas arenas africanas ocurre
otra cosa y la muchacha encuentra su
plena vida en el amor del soldado.

El teatro ofrece menos interés que el Bou-
levard. Allí la luz y la ilusión lo envuelven
todo. Aquí solo una modista o un joyero
encontrarán objeto de reflexiones. El pe-
queño mundo de Hollywood olvida su carácter
de inalterable ficción y se presenta con
toda la prosaica solemnidad de lo firme,
de lo consolidado, como la realización de
vidas forjadas sobre la alubia de cien mil
pantallas. La ilusión es aquí todo. Hemos

creado un mundo bajo la tersura del Ecran
y no comprendemos la vida de las artistas
fuera de él.

Ha concluido todo y los reflectores aun
otearán el cielo. ¿Qué pensarán los habitantes
de Marte y de la Luna, si los hubiera,
ante las fosforescencias impresionantes de Ho-
lywood? Subiendo ya el cerro miro por úl-
tima vez la luz del Boulevard. Los faros se-
mejan líneas de diamantes...

Dos días después fui presentado a Marlene
Dietrich en el Restaurante de la Paramount.
Es realmente una mujer una mujer que
atrae. Sólo cruzamos cuatro palabras de
ocioso y me prometió una entrevista más
detenida cuando fuera a saludarla a su casa.

Tiene mucho de Greta, aun viéndola de
cerca, pero nadie las confundiría. Greta es
más impersonal, más vaga, más amplia. En
ella palpitan muchas mujeres en una mu-
jer. Marlene no podría interpretar tan di-
versas emociones, su arte es menos humano,

su expresión más artificial. Pero cuando su
alma encuentra a su protagonista produce
frutos más sazonados. No creo, sin embar-
go, que por ahora amenace a la gloria de
Greta. Podríamos decir que lo que en Mar-
lene es concepto y concreción, es en Greta
ritmo sentido y generalidad. Y no hay con-
tradicción en esto. En la pantalla, Marlene
es encarnación de un tipo, la vampiresa
clásica y en la vida es mucho más espiritu-
al. Greta encaja su arte indistintamente en
vampiñas, ingenuas o damas de alcurnia
y tradición. Pero en su vida es fría y
gris como nadie lo imaginaria. Greta es
esencialmente lo asexual.

Marlene parece que sintiera en su carne
la dulzura profunda y sana de la vida, pa-
sión de la luz, atracción de los colores, de los
sonidos, de los perfumes. Siente la melancolía
del ayer a través de la felicidad es-
fumante del momento.

FERNANDO RONDON

Mi Vida en Hollywood

Por LILY DAMITA

A la temprana edad de tres años era yo una entusiasta admiradora del cinematógrafo. El trabajo de los actores, los truenos que salvan las distancias, los enormes transatlánticos y los maravillosos panoramas, todo causaba profunda impresión en mi mentalidad infantil. Apenas cumplidos los cinco años, mi madre me envió a una academia de bailes, y al poco tiempo emprendimos una extensa jira de turismo por Europa. Permanecimos algún tiempo en España, donde aprendí la lengua del país; luego fuimos a Portugal y a Grecia y allí conseguí también asimilar sus respectivos idiomas, al mismo tiempo que aprendí el inglés bajo la dirección de una gobernanta británica. Cuando llegué a los catorce años fijamos nuestra residencia en Francia; en ese país tuve oportunidad de descubrir en una revista cinematográfica el anuncio de un concurso de rostros fotográficos, me inscribí en él y, obtuve el primer premio, pues el veredicto de los jueces me proclamo dueña de aptitudes especiales para actriz.

Ello se debió sin duda, al hecho de haber sido siempre una entusiasta cultora de los sports, especialmente de la natación y, de la equitación, y al detalle de saber conducir un pequeño automóvil, regalo de mi madre. Este concurso decidió mi porvenir; me convertí en actriz de la pantalla y puedo decir contada sinceridad que, por mis propios esfuerzos y méritos, he conquistado en ella un puesto de primera fila.

Mi primer contrato fué firmado en Viena con la entonces famosa empresa de Sacha. En esa ciudad fui presentada a un productor norteamericano

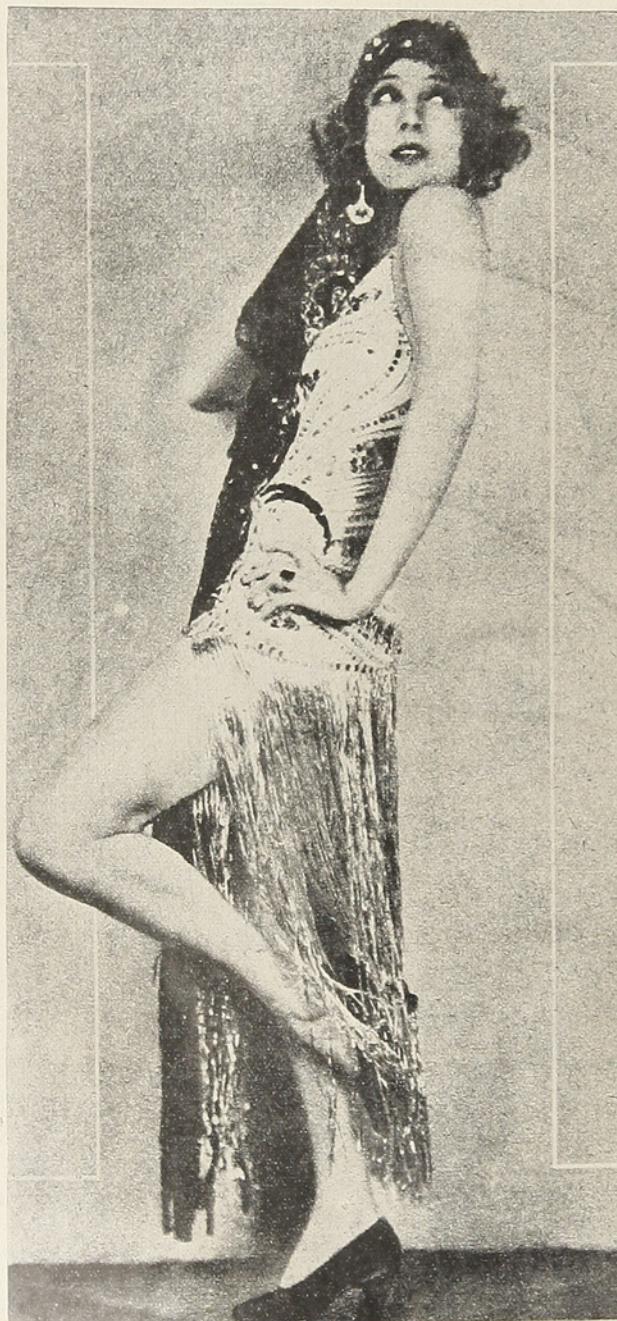
de películas, Michael Keretsz (llamado ahora Curtis), e interpreté la obra "Poupée de Montmartre" que me hizo famosa en Europa. De Viena, mi contrato me llevó a Berlin, ciudad desde donde mis películas me hicieron conocer en Estados Unidos.

Hace dos años, Samuel Goldwyn me contrató para este país y me convirtió en compañera de Ronald Colman.

Nueva York, a la que había contemplado tantas veces en la pantalla, no me reservaba sorpresas notables. Aprecie entonces el valor instructivo de las películas y lo mucho que ellas me enseñaron desde los tiempos de mi niñez. Sus cañones me resultaron familiares y frente a los rasgos tan admirados desde una butaca, no pude menos de sonreír amablemente y hasta me pareció haber visto toda mi vida el aspecto de la Wall-Street y de la Quinta Avenida.

En Hollywood me sentí más extranjera. Los grandes estudios me intimidaron desde el principio y ni siquiera la emoción de mi primer ensayo es comparable a la experimentada en el momento de cantar frente a un micrófono y de oír luego mi voz reproducida en el cine parlante.

Fué aquel un instante realmente crítico. Todo mi porvenir dependía del timbre de mi voz y de que sus cualidades respondieran a las exigencias del cine parlante tal como mis aptitudes artísticas demostraron serlo para el cine mudo. — Todo ha terminado, me dije con tristeza. — Lo mejor será regresar a Europa y seguir actuando en películas mudas antes de desaparecer por completo del firmamento cinematográfico. Grande fué, por lo tanto, mi alegría al enterarme de la re-



LILY DAMITA, la famosa estrella del cinematógrafo, que en este artículo refiere los comienzos de su carrera artística.

solución del jurado que me declaraba aceptada.

Con todo, largo era el trecho que aun debía recorrer en mi nueva esfera. La técnica del cine parlante estaba en sus comienzos y mi primera película al lado de Ronald Colman, «Rescued», adaptación de una novela de Joseph Conrad, contenía innumerables errores de este género. La siguiente, «Bridge», resultó mejor y a mi parecer fué mi más grande éxito artístico. Despues de ésta, «The Cok-Eyed World», financieramente notable además, vino a ser una cosa completamente distinta. El resultado de una película llega a saberse con certeza tan sólo ocho días después de su estreno; los fríos guardismos del informe de boletería son incapaces de halagar o de «empujar» a alguien; su dictamen contiene la más pura verdad.

Mi mayor sorpresa en Hollywood fué comprobar la inexiste-
ncia de esa vida social de la que tanto había oido hablar
en Europa. Los extranjeros residentes en esta ciudad son tra-
bajadores infatigables. La impresión total de una película
parlante requiere más o menos diez semanas de labor; duran-
te este periodo, el trabajo se inicia a las ocho y finaliza a ve-
ces a las veintitrés y aun más tarde. Cabe suponer el can-
sancio de los artistas y especialmente el de la primera figura
cuyo único deseo es dormir; una vez en cama se entrega al
sueño hasta la mañana siguiente, en que la mucama o el valet
(el ser más antípatico de la vida de una estrella) le despierta.

Entre una y otra película media generalmente una se-
mana de intervalo, pero esto no significa un descanso completo,
porque entonces hay que atender a la correspondencia
particular y a otros asuntos que se acumulan en forma deses-
perante. Están además las lecciones de inglés, de baile, de
canto, etc., etc., entre las cuales es necesario a veces encontrar
tiempo para recibir algunas visitas.

Hollywood está dividido en numerosos grupos limitados y
exclusivos, formados por las estrellas de esta o aquella cate-
goria que constituyen clubes y ofrecen veladas, reuniones, tés,
partidas de bridge y también excursiones. Los artistas de me-
nor rango contratados por la misma compañía forman su gru-
po aparte y lo mismo hacen los de importancia inferior.

Un actor europeo —pues podría concebir la bondad con
que se tratan los artistas de Hollywood. Cada uno se afana
por favorecer el éxito de un compañero y a pesar de que sus
horas están dedicadas exclusivamente a la labor cinematográ-
fica, tema de toda conversación diaria, la envidia es ente-
ramente desconocida; esto se debe en gran parte a la ausen-
cia de rivalidad entre los artistas de una misma compañía.
Solamente un actor y una actriz principal obtienen contrato
en ella. Gloria Swanson no puede, por lo tanto, rivalizar con
Mary Pickford o con Norma Talmadge, y Dolores del Río no
puede hacerme la competencia en ninguna forma. Aparte de
las tareas propias de su profesión, los asuntos de negocios
constituyen los temas de mayor interés entre los artistas de
Hollywood.

Las grandes perspectivas de gloria de hace cinco o diez
años han desaparecido por completo. Los artistas del cine
mudo que en modo alguno tenían la rivalidad de los actores
teatrales, los consideran como opositores peligrosos desde la
aparición de las películas parlantes.

De las más famosas estrellas de otrora quedan únicamen-
te las que poseen propiedades en esta ciudad y ellas se es-
fuerzan por aprender a recitar y a cantar, esperanzadas en
una nueva oportunidad de recuperar la fama perdida. Des-
graciadamente, sus ilusiones no tardan en desvanecerse. Hol-
lywood cuenta con un número considerable de artistas nue-
vos que tal vez no sean capaces de representar con la corre-
cción de sus predecesores, pero que poseen una voz perfecta y
saben utilizarla como corresponde. Los artistas de Broadway
se encuentran aquí en primera fila.

La mayoría de los extranjeros regresan a su patria y es
raro que se les vuelva a ver en la ciudad del cinematógrafo.
Únicamente Carlitos Chaplin se mantiene incólume, pero él,
naturalmente, hace excepción a la regla por la perfección de
su arte. En su nueva película es el único personaje que no
pronuncia palabra; representa el papel de sordo-mudo, del
que da una exacta impresión. Puede decirse también que es
el único entre los de su profesión que no necesita alejarse de

Tus Manos

¡Oh tus manos cargadas de rosas! Son más puras
tus manos que las rosas! Y entre las hojas blancas
surgen lo mismo que pedazos de luceros,
que alas de mariposas albas, que sedas-cándidas.

¿Se te cayeron de la luna? Juguetearon
en una primavera celeste? ¿Son de agua?
...tienen esplendor vago de flores de otro mundo!
perfuman, rien, sueñan, refrescan, lloran, cantan.

Mi frente se serena, como un cielo de tarde,
cuando tú con tus manos sus nubes desbaratas,
si las beso, la púrpura de brasa de mi boca
empalidece de sus blancos de lágrimas...

¡Tus manos entre sueños! Atraviesan, volando,
palomas buenas, por mis pesadillas malas,
y, a la aurora, me abren mágicamente
la claridad suave del oriente de plata.

JUAN RAMON JIMENEZ

la monótona sociedad de Hollywood para descubrir cosas nue-
vas y crear nuevas situaciones. Su arte se renovará siempre,
aunque Chaplin habitara en una celda, pues es inagotable.

Muchos artistas de la pantalla invertían sus ahorros en
especulaciones, de ahí que el desastre bursátil último resultó
para varios de ellos un rudo golpe. Otros colocan su dinero en
negocios que emprenden en el mismo Hollywood, ya sea ad-
quiriendo tierras, ya asociándose para la explotación de res-
torantes u hoteles. No falta quienes se interesan por lavade-
ros e imprentas, negocios todos en los cuales no pueden to-
mar parte activa, dada su escasez de tiempo. Por lo general,
tienen amigos de recto criterio que cuidan sus intereses y a
veces, el mismo gerente de la compañía donde trabajan se
encarga de administrarlos sus fondos.

A parte del elevado costo de la vida, los artistas del sexo
fuerte encuentran otro procedimiento para despojarse rápi-
damente del dinero superfluo: el casamiento, que viene a ser
el lujo más costoso y el verdadero camino que en Hollywood
conduce a la bancarrota.

Un astro de la pantalla que tenga intención de contraer
matrimonio, debe comenzar, desde luego, por apartar cierta
cantidad para la renta vitalicia que estará obligado a pasar
a la esposa de quien deba divorciarse. Cabe suponer que des-
pués de tres o cuatro casamientos no habrá fortuna capaz de
resistir erogación semejante.

Felizmente, nosotras las mujeres, no estamos amenazadas
por tal peligro.

Las grandes actrices prefieren la

LECHE - CREMA

LE Sancy

**LA UNICA que embellece
INSTANTÁNEAMENTE.**

\$ 1.-, \$ 4.-

TEORIA

PESIMISTA DEL BIGOTE



Industrializadas por el cinematógrafo, las pasiones humanas han perdido toda importancia en esta hora. Estando al alcance de todos los bolsillos, parecería que están al alcance de todas las almas. Son demasiado fáciles y ya nadie cree en ellas. Además, para lanzarlas a vil precio por el mundo, los negociantes de Hollywood las han sujetado a un patrón uniforme y simple. Es el alma humana fabricada en serie. El odio y el amor, la maldad y la bondad, la envidia y la generosidad que tanto preocuparon a los dramaturgos de los tiempos pasados, resuelven así, en estos tiempos que corremos, en una modesta cuestión de peluquería. El americano de Hollywood no necesita crear—por la creación del arte—la maldad del personaje malo, ni la bondad del personaje bueno. Se limita con menos trabajo, a ponerle bigotes al personaje malo y a afeitar al personaje bueno. Y el bigote, en efecto, crea en contra de aquél el ambiente de antipatía que el éxito de la película reclama. Antes aún que la inquietud de comer, tiene nuestra especie la inquietud del premio y del castigo.

Porque, en definitiva, el problema teatral consiste en crear dos ambientes—simpatía, por un lado, y antipatía por otro—para provocar en el público los estados consiguientes de indentificación y de repudio. De ahí que si fuera posible dar a los personajes los valores de la simpatía y de la antipatía sin ponerles otra cosa dentro—es decir, sin su confuso relleno de ideas y de pasiones—el éxito de las obras podría ser igual, si no mayor, por razón misma de su simplicidad.

Es ésta, precisamente, la función capital del bigote en el arte cinematográfico. Es el grado o la medida de la simpatía. Desde el punto de vista exterior y escénico, suple las ideas y los sentimientos que en cada personaje habrían justificado su simpatía o su antipatía. El cinematógrafo, así, cuenta con un elemento que no conocieron para su teatro Esquilo, ni Shakespeare, ni Ibsen. Júzguese cuán distinta—y cuán inferior, sin duda—hubiera sido la suerte del arte dramático, si, antes de 1900, los hombres hubiesen descubierto la función teatral del bigote.

¿Cómo explicar este misterio capilar de nuestro mundo moral? Los films actuales—sombras de hombres y sombras de música, sombras que se mueven al compás de otras sombras—ponen al espectador en el camino de todas las divagaciones. Divaguemos, señores, puesto que es preciso pasar de la mejor manera esta larga hora diaria de tinieblas. Divaguemos como hemos divagado en el salón del lustrabotas, desde nuestra inmovilidad forzada, aliviada también por un fonógrafo vecino. (Porque esta sensación combinada de sillón y de fonógrafo confunde, en verdad, en nuestro espíritu, el cinematógrafo y el salón de lustra botas. No importa que falte, en uno y otro caso, el lustrabotas y la tela iluminada; en definitiva, son dos accesorios de una sensación, dos accesorios que ya no interesan frente a la realidad de esa sensación).

El bigote tiene, pues, en el cinematógrafo, una función propia y definida cuya razón de ser vamos a penetrar. No se trata, desde luego, de un convencionalismo absurdo aceptado ciegamente y sin motivo por el público moderno. Alguna razón tendrá la filosofía para explicar el efecto moral del bigote y su función irreemplazable en la sugestión de ciertos sentimientos. De otra manera, los americanos, que suprimieron sus propios bigotes por inútiles, no habrían caído en el error de aplicarlos arbitrariamente a sus personajes escénicos. Yo quiero demostrar aquí que los hombres odian el bigote, porque un hombre con bigotes es más real que un hombre sin bigotes.

Hemos así remontados a todas las teorías que, desde

Hobbes, explicaron el secreto del corazón humano, por el fastidio que el hombre en general produce a sus semejantes. "Homo homini lupus", como dicen aquellos que para ser respetados necesitan no ser entendidos. Impulsado por la necesidad de vivir, el hombre emplea por preferirse a sí mismo y por rechazar a los demás. El primer defecto del hombre, su primera culpa en este mundo es, pues, su propia condición humana. El hombre ideal habría de empezar por no ser hombre: de ahí, sin duda, el éxito evidente de los muertos. A mayor personalidad de nuestro prójimo, mayor será nuestro rechazo y más grande nuestra hostilidad. Soportamos mejor al pobre, que al rico, al débil que al fuerte. Todo lo que



acentúa la personalidad del individuo ajeno—desde el talento hasta el bigote—produce en nosotros el efecto de una ofensa y es el principio de una antipatía. Cuando menos somos, menos resistencia presentamos al mundo. Dentro de su cajón, el muerto—que ya no es nada—logra así el máximo de la simpatía. Es el bigote que se va y, con el bigote, todo el resto del individuo. Ha llegado el momento de quererlo y de aplaudirlo. Los muertos son así, los seres más queridos de este mundo. Los únicos seres queridos sin reservas ni egoísmo. Teoría terrible de la muerte: un muerto es un vivo que ha dejado de sernos antíptico.

Nada de lo que sea personal a un hombre pasa, pues, sin ofensa para el resto de los hombres. En un mundo de gentes afeitadas, el bigote de un hombre choca en cuanto hace de él un ser menos impersonal y más efectivo que el resto de sus semejantes. Si la sombra del traidor, además de bigote, pudiera llevar perfume en la pantalla iluminada, el cuadro de su antipatía sería aún más perfecto. Hay hombres que no conformes con no tener olor, prefieren oler a las flores. Su antipatía cierta resulta de esta nueva realidad agregada a su línea individual. Díriase que, después de perfumado, está más vivo que antes. Es que un hombre con olor tarda más en desaparecer que un hombre sin olor.

Así prolongada al reino de los hombres perfumados, advierte que esta divagación, con su teoría viene a parar en el "guarango" de nuestra fauna local. Se ha discutido mucho

sobre el sentido exacto de la guaranguería. Por explicar el concepto, se le ha referido a veces al sentido de lo cursi. En ambos conceptos hay, desde luego, una cuestión de grado o de rango social: lo cursi es la guaranguería aplicada a un propósito de elevación social. Es decir, la guaranguería en funciones aristocratizantes. Un miserable no puede ser cursi. Fuera de esta diferencia de forma, ambos conceptos responden a un principio común que yo llamaría de la "insignificancia malograda". El guarango es, como el cursi, un insignificante malogrado. Es decir, un hombre que, a haber sabido guardar el don natural de su insignificancia, hubiera sido, como el común de los hombres, correcto e inocuo. Falto de sensibilidad para entenderlo así, el guarango subraya, por el contrario, su personalidad, se hace más visible y más real. De ahí que todos los guarangos hablen y huelan fuerte. De ahí también el calzado deslumbrante, la corbata chillona, las alhajas insolentes del guarango. Bajo este exceso de formas, el guarango da a sus semejantes una sensación de ataque. Es el hombre que no se va, el hombre que "quiere ser", el hombre que ha perdido la virtud natural de su insignificancia.

El secreto de la antipatía humana es, pues, uno mismo aquí y en Hollywood. El bigote del traidor es toda una concepción filosófica aplicada a la industria. La única, felizmente, incorporada por los americanos al nuevo arte de las sombras. Pues es sabido que el cinematógrafo, como el deporte, alivia a nuestra vida de la filosofía.

Y FUE LA HISTORIA BREVE

Y fué la historia breve... Aun duerme aquella
rosa de amor en el azul del alma
y, bajo un tenus resplandor de estrella,
duerme en el ansia y el recuerdo en calma.

Es un santuario de dolor. Ninguna
nueva ilusión a penetrar se atreve
donde el blanco fantasma de la luna
cuelga al pasar sus lágrimas de nieve.

Un silencio letal en torno ronda,
un silencio enigmático, de fronda
en alta noche, siéntase a la puerta;
y al asomarse el corazón advierte
que pronto ha de llegar allí la Muerte
o alguien que grite a aquel amor:

Despierta.

MARIANO ALBALADEJO

¿No es un prodigo? Con una sola dosis ¡aliviada del cólico!



El mismo asombro feliz experimenta toda mujer que acude a la CAFIASPIRINA durante las horas de sufrimiento que acompañan a los trastornos mensuales.

No sólo alivia los cólicos de modo perfecto,
sino que regulariza la circulación de la sangre, quita el descoimiento, y proporciona una saludable sensación de energía y bienestar.

Cualquier dama, aún la más delicada, puede tomarla con absoluta confianza porque jamás afecta el corazón ni los riñones.

Por eso es incomparable y única no sólo en tales casos sino también para dolores de cabeza, muelas y oído; neuralgias; jaquecas; reumatismo, etc.

"Si es BAYER es Bueno"



CAFIASPIRINA

(M.R.) Ester compuesto etánico/del ácido orto-oxibenzoico con Cafeína



Toca, muy chic, para la noche. Modelo de encaje negro guarnecido con una flor rosa. (Miss Johnson). Modelo Le Monnier.

Revista de la Moda

El invierno, llegado a su punto culminante, aumenta, con cada día que transcurre, el placer de vivir y la afirmación de la vida. También la Moda, siempre incansable, no hace más que producir prendas cada vez más nuevas y más originales. Los trajes caprichosos, con los cuales el Carnaval nos atavió, son a su guisa tan atractivos como las elegantes toilettes de tarde y los prácticos y chics trajes para deportes. Esfuerzos supremos hacen los modistas por conseguir el éxito deseado: todos los recursos del arte de la costura, todos los detalles originales, todos los procedimientos que se conocen y todas las frivolidades apetecidas reaparecen ahora, si cabe, más hermosas que nunca. Esas semanas del ocaso invernal conviértense en un verdadero triunfo de la elegancia nocturna, pues hay que considerar que cuanto más hermosas y elegantes resultan las toilettes-soirée es por la noche, en los salones llenos de luz y de poesía. Muy decorativo es el efecto que producen las nuevas creaciones, las cuales con sus líneas de caída suave y modeladora hacen resaltar ventajosa y bellamente las formas de la mujer. La falda regular, llegando hasta los tobillos, tan elegante como femenil; la túnica unilateral; los originales arreglos en el escote y en el talle; los corpiños de formas de "cape" y "bolero", así como las formas más interesantes de escotes, son las notas características de los más recientes vestidos de noche. Las chaquetas de

terciopelo, los abrigos semilargos y recogidos y los nuevos mantos de noche, largos, completan, de manera artística, esos modelos lindos y elegantes. También el problema de los vestidos de día es muy interesante en la actualidad, aunque más difícil que nunca de resolver. "Ir bien vestido, equivale a ir vestido sin llamar la atención de nadie", muy especialmente en estos tiempos de direcciones artísticas complicadas, hijas de la fantasía. Con su tendencia romántica, con sus formas femeninas y sus detalles caprichosos, la moda actual está propensa a producir un efecto sobrecargado y adornado en demasía. Tampoco deseamos ir todo el santo día con lazos, falbalás y gorgueras; por eso los creadores de modas vuelven a introducir el severo estilo inglés, el más apropiado, sin duda, para vestidos y trajes de calle y deportes. De estos últimos tenemos a nuestra disposición un gran surtido en trajes estilo sastrería, con chaqueta rectilínea o cénida, larga o corta, y junto a esas creaciones, vestidos-mantos, "complets-tailleur" de lanas suaves, los cuales, por tratarse de modelos nuevos y prácticos, no perderán nada de su boga en la próxima estación.



DERECHA: Conjunto-soirée: Vestido y chaqueta de crepe mongol, de color verde pálido; "beret" y guarnición de la chaqueta, de lame de plata.

LA RATA PRINCESA

Había una vez una princesa que era rata, o mejor, una rata que era princesa. Vivía con su padre el Rey de las ratas y con su madre la reina de las ratas, en un arroso cerca de Alicante.

La princesa rata era tan linda que sus padres, muy orgullosos con tal hija, creían que nadie era digno de casarse con ella. De momento los padres no permitieron a la princesa que fuera cortejada por los príncipes ratas y decidieron que si se casaba sería con el zar más poderoso de todo el mundo.

Ningún otro era bastante digno de ella. El padre rata se dedicó a averiguar quién era el más poderoso del mundo.

La rata más vieja y más sabia del arroso opinó que sin duda era el sol. Trepó hasta la cumbre de la montaña más alta, corrió por un arco iris y viajó durante muchos días por el firmamento hasta llegar a casa del Sol.

—Quéquieres? —preguntó el Sol al verla.

—He venido—dijo el rey de las ratas con tono importante, para ofrecerte la mano de mi hija, la princesa, puesto que tú eres el ser más poderoso del mundo. No hay otro suficientemente digno de ella...

—¡Ja! ¡Ja! — exclamó el Sol, echándose a reír y guiñando un ojo—. Aprecio mucho tu atención, pero es el caso que la princesa no puede ser para mí. La Nube es más poderosa que yo: cuando pasa delante de mí, me quita el brillo.

—¡Ah! ¿Sí? — exclamó el rey de las ratas. —En este caso, no eres tú el ser que yo busco.

Y sin decir más, dióse media vuelta y se retiró, mientras el Sol seguía riendo.

El rey de las ratas continuó su viaje por el firmamento hasta llegar a casa de la Nube.

—Quéquieres, extranjero? — dijo suspirando casi la Nube.

—He venido para ofrecerte la mano de mi hija, la princesa — contestó el rey de las ratas— considerando que tú eres el ser más poderoso del mundo. Así me lo dijó el Sol.

Nadie más que tú eres digno de ella.

La Nube replicó, suspirando:

—No soy el ser más poderoso del mundo. El Viento es más fuerte que yo. Cuando sopla con fuerza, me veo obligada a ir donde él quiere.

—En tal caso, no eres tú la persona que busco — dijo el rey de las ratas con tono orgulloso.

Y partió hacia el viento.

Siguio andando a través del firmamento, hasta llegar a la casa del Viento, situada en el extremo del mundo.

Cuando el Viento lo vió llegar se echó a reír a rafagas y le preguntó qué deseaba y cuando el rey de las ratas le dijo que había ido a ofrecerle la mano de la princesa rata porque era el ser más poderoso del mundo, el Viento estalló en una carcajada huracanada y exclamó:

—¡No! ¡No! Yo no soy el más fuerte. La Pared levantada por el hombre es más fuerte que yo. No puedo hacerla estremecer por más que soplo sobre ella con to-

das mis fuerzas. Puedes ir a ver a la Pared.

El rey de las ratas descendió del firmamento y viajó por el suelo horas y horas hasta encontrarse con la Pared, que se hallaba no lejos de su propio arroso.

—Quéquieres, ratón? —le preguntó la Pared en tono ronco.

—He venido a ofrecerte la mano de la princesa mi hija porque eres el ser más poderoso del mundo. Sólo tú eres digno de ella.

—¡Hum! ¡Hum! —murmuró sordamente la Pared—. Yo no soy el más fuerte. La gran rata gris que vive en el sótano es más fuerte que yo. Cuando me roe y me deshago en granitos y al fin me desplomo. Te aconsejo, vecino, que vayas a ver a la rata gris.

Y así fué como, después de haber recorrido cielo y tierra para encontrar al ser más fuerte, el rey de las ratas casó a su hija con una simple rata. Lo que bien mirado no estuvo mal.

CHIQUILIN



El Secreto de la eterna Belleza

guardado celosamente por el misterio de los siglos ha sido

**arrebatado
del olvido**

Las aristócratas elegantes, en los fastuosos tiempos de Cleopatra, poseían un procedimiento para rejuvenecer el cutis y suavizar la piel, que la ciencia ha arrebatado del olvido, ensalzándolo como el secreto de la eterna juventud.

Ahora se ha descubierto por qué aquellas fieles y tenaces cultoras de la belleza, a guisa de jabón, empleaban emulsiones preparadas con los virtuosos aceites de olivo, almendra, coco y palma, tan preciosos ahora como antes.

La acción sobre la piel de estos aceites, es sencillamente maravillosa: llenan el ideal de impiar sin irritar; penetran en los poros disolviendo las impurezas; suau-

vizan y tonifican el cutis, lo que contribuye a conservarlo terso, de juvenil lozanía.



**Moderno arcano de belleza,
prodiga virtudes y perfume**

Este mismo sumptuoso tratamiento de la piel, pero en la forma moderna y cómoda de pastilla, que satisface los requisitos más exigentes sobre higiene, le brinda a usted el Jabón Flores de Pravia.

Elaborado a base de los ya citados generosos aceites vegetales con adición de Gold Cream y un escogido bouquet de verdaderas esencias florales, el Jabón Flores de Pravia es todo virilidad; limpia eficazmente, suaviza el cutis y favorece su renovación; es el mejor jabón para tocador que existe.



Pruébelo hoy si no lo usa todavía,

---le reserva a la vez un deleite y una agradable sorpresa

Jabón para tocador FLORES DE PRAVIA
Limpia suavemente - sin irritar

De la misma marca: Agua de Colonia, Polvos y Crema de Belleza
Perfumería Sativa de Schain Hermanos, Santiago de Chile

MARIA ENVEJECIO POR CULPA SUYA

—He encontrado a María en una visita. ¡Cómo se ha envejecido! Esta frase es muy corriente, porque por cada cinco mujeres que se cuidan, hay noventa y cinco que descuidan su salud. La mujer descuidada envejece rápidamente. Esto no tiene razón de ser.

EL

SEXOCRIN HEMBRA

es un producto glandular en tabletas, elaborado especialmente para evitar pérdidas innecesarias, así como para rejuvenecerlas, evitando que las glándulas se debiliten lo cual es la causa principal del envejecimiento.

Posiblemente desea usted leer el folleto "COMO PUEDE REJUVENECERSE LA MUJER". Pídale a la Agencia de la Glandular Laboratories. Casilla 28-V., Valparaíso y lo recibirá gratis.

SEXOCRIN-HEMBRA se encuentra en venta en Boticas y Droguerías.

Base: Pituitaria, Adrenal y Tiroides.
M. R.

El sombrero de señora en la historia

La cabeza de nuestras lejanas antepasadas se adornaba con tocados de lencería, para los cuales se adoptaron formas extravagantes e imprevistas en ocasiones. Tal podría decirse del bonete cónico o piramidal, cuya altura pasaba de setenta centímetros. Construise de cartón o de tela dura, recubriese de lujosas telas y llevaba flotando velos sutilísimos de caprichoso dibujo.

Es a partir del siglo XVI cuando el sombrero de fieltro aparece en las elegantes, a imitación del de Enrique II. Reservábase exclusivamente para salir.

Para el interior usaban las damas una rededilla de seda y oro, como complemento de los peinados.

El amplio sombrero de fieltro empenachado estuvo en boga para las amazonas hasta el reinado de Luis XVI en Francia. La mujer se limitó entonces a seguir la moda masculina, y adoptó el sombrero mosquetero.

Cuando Vanloo nos muestra a Mme. de Pompadour en la "Bella Jardinera", está vestida con accesorios de comedia.

La modista de María Antonieta impuso en el periodo de 1775 a 1785, grotescos tocados, con montañas de cabello, cintas, flores y gasas, armados sobre cartón y hojalata...

Las personas de buen gusto sufrieron ante semejante locura, y apresuróse el nacimiento del sombrero de paja.

Aparecieron entonces las formas de paja de Italia, las tocas de Nápoles y el turbante de lady Hamilton.

Las victorias napoleónicas introdujeron cosas bien originales.

A principios del Imperio surgió un sombrero en forma de tiburón, llamado "el invisible", pues ocultaba totalmente el rostro. Josefina se inspiró en tocados antiguos para su uso personal: tenía docecientos cincuenta sombreros a la vez.

Hacia las posteriores del Imperio, Leroy lanzó la famosa "pamelas", capota de grandes alas que gozó de generales simpatías y se hizo universal.

Reinó por largo tiempo el uso de monumentales armastostes en que se juntaban los representantes de la flora y fauna más exóticas, con graves inconvenientes para todos.

La reacción se hizo esperar. A nuestra época corresponde la conquista del gracioso y práctico sombrerito sin adornos, que sienta bien a todos los rostros y es de tal comodidad que su reinado se prolongará indefinidamente, pese a las tentativas de ciertas modistas empeñadas en desterrarlo.

X.

PARA VIVIR EN SOCIEDAD

Grandes comidas.—En estas comidas de honor no se pueden sentar a la mesa más de diez personas; la calidad de los comensales crea la ceremonia, en lo que parece ser el número una comida íntima.

Para tal momento los caballeros van de etiqueta y las señoritas en traje de sociedad.

Si para el día señalado no se cuenta con servidumbre completa, o la que tiene usualmente resulta insuficiente, tomar un mozo de comedor, o un buen *maitre* de hotel, bajo cuya dirección se puede presentar una comida bien servida y que corresponda a la calidad de los reunidos.

Cuando todos los invitados están en el salón el mozo de comedor anuncia que "la señora está servida". Pero cuando se ha invitado a un obispo o a un ministro la forma se cambia por la de "monseñor está servido, o excelencia está servido".

La dueña de la casa avanzará entonces a colocarse cerca del invitado más importante, al que ella debe hacer los honores y al que debe llevar a la mesa, teniendo siempre buen cuidado si es un obispo o un sacerdote en marcha simplemente a su lado, mientras que a un ministro le ofrecerá el brazo.

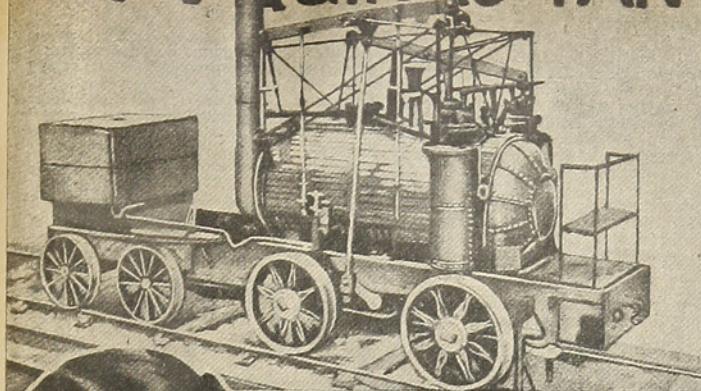
Con anterioridad han sido prevenidos los invitados de cuál es la dama que él debe conducir a la mesa.

El dueño de la casa pasa antes que nadie dando el brazo a la mujer de más años o a la más importante. El ama de la casa va en el último lugar. Terminada la comida se procede de manera absolutamente contraria para volver al salón.

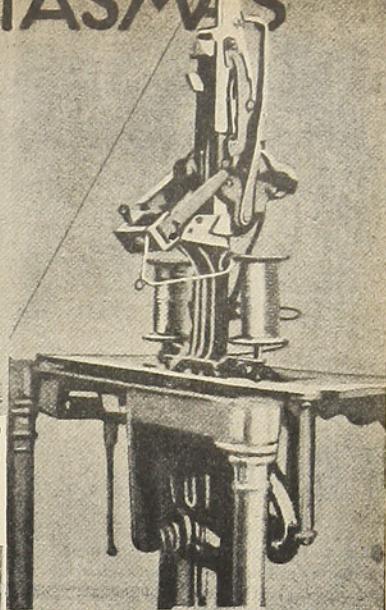
Este es el verdadero ALQUITRAN GUYOT y para evitar todo error, verifique bien la etiqueta: la del lejano Alquitran Guyot lleva el nombre Guyot impreso en gruesos caracteres y su firma en tres colores: violeta, verde y rojo dispuestos oblicuamente, y la dirección: *Maison FRÈRE*, 19, rue Jacob, París.

Base: Alquitran de Noruega y Bicarbonato de Sodio.

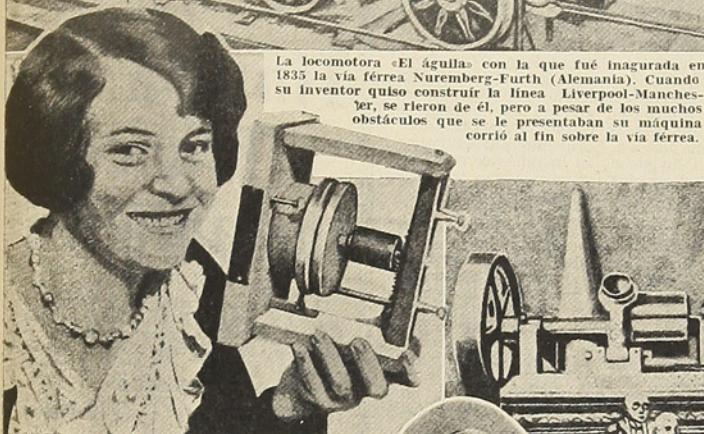
MAQUINAS FANTASMAS



La locomotora «El águila» con la que fué inaugurada en 1835 la vía férrea Nuremberg-Furth (Alemania). Cuando su inventor quiso construir la línea Liverpool-Manchester, se rieron de él, pero a pesar de los muchos obstáculos que se le presentaban su máquina corrió al fin sobre la vía férrea.



La máquina de coser del sabatero vienes José Madersperger, en cuya proyección trabajó durante treinta y dos años. Como, por descuido, no registró la propiedad de ella, no pudo explotarla.

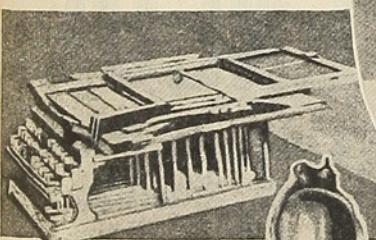


Este fué el primer modelo de teléfono, y he aquí la primera conversación telefónica que se sostuvo: «Los caballos no comen nunca ensalada de pepinos». «Ya lo sabías». Estas frases se cruzaron entre Felipe Reis, el inventor del teléfono, y un amigo en el Instituto Garnier, de Friedrichsdorf (Fráncfort), en el año 1860.

Receptor telefónico en forma de oreja, ideado por Reis en el año 1852.

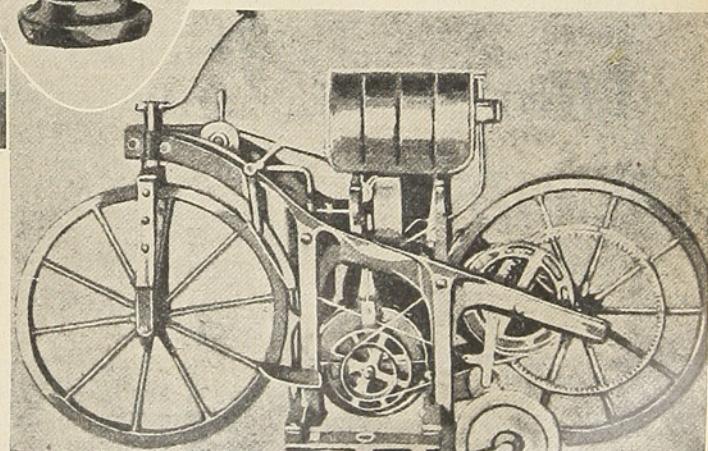


Edison y su fonógrafo, en el año 1877. Cuando por primera vez presentó su aparato, fué tachado de impostor por el público que, no creyendo en el invento, aseguraba que era un juego de ventriloquia. Mediante un sencillo embudo y sobre un cilindro de cera, fué reproducida la voz por primera vez.



Modelo de una máquina de escribir inventada por Pedro Mitterhofen, del Tirol. En la asamblea administrativa de la ciudad de Danzig, el magistrado regidor recibió en septiembre de 1889 una propuesta de adquisición de una máquina de escribir Remington, importada de América unos años antes, valorada en 450 mil marcos. En la propuesta se afirmaba que dichas máquinas estaban dando muy buen resultado en muchas oficinas. El consejo se negó a aceptarla. Uno de los miembros, banquero, añadió, en apoyo de la negativa, que habría que ser un virtuoso del piano, como Rubinstein para manejar aquel teclado.

La primera lámpara eléctrica inventada en 1854 (antes que la de Edison que fué inventada en 1863) por el alemán Enrique Gobel, de la provincia de Hannover, el cual se trasladó a América y realizó un reclamo de su invento paseando de noche por las calles de Nueva York en un carruaje alumbrado con sus lámparas incandescentes.



Motocicleta primitiva construida por Daimler, en 1886, añadiendo un motor de medio caballo a una bicicleta del modelo que entonces era más corriente. Para mantener el equilibrio, tenía a derecha e izquierda ruedecillas suplementarias. En el mismo año apareció un triciclo con motor, construido por Beur, en las calles de Karlsruhe, donde precisamente el barón de Drais había presentado la primera máquina sin pedales.

¿Más ciencia o más bondad?



En una información de un periódico ilustrado de Madrid, he leído una información de lo que se deduce que cada día son más numerosas las mujeres que cursan en las facultades universitarias.

El noventa por ciento de los estudiantes de filosofía y letras, son mujeres. Ya había yo observado la abundancia de estudiantes del sexo femenino al pasar por delante de nuestros edificios universitarios. Parece que a algunos les alegra extraordinariamente ese aumento de devoción de las hijas de Eva hacia Minerva, y que se prometen no sé qué felices resultados de ello. Siento mucho no participar de tan halagüeñas esperanzas.

En una célebre tragedia de un famoso autor griego (hace de esto más de dos mil años) ya se preguntaba uno de sus personajes, qué se iba adelantando con que los hombres fuesen cada día más sabios si no eran más buenos. Muy pronto, no lo dudéis, podrá hacerse la misma pregunta con respecto a las mujeres, pues nada indica, en efecto, que, a medida que aumenta su ciencia aumente también su bondad. Sería muy curioso saber si aquellos países en que más se cultivan las inteligencias femeninas, son también aquéllos en que hay menos inmoralidad, y menos criminalidad, o si aún no ocurriendo lo contrario, ese aumento de cultura femenina en nada ha fluido en el perfeccionamiento de las costumbres públicas. Como de esto nada se dice en ninguna parte, cabe sospechar que la ciencia no resuelve a la mujer, como no resuelve al hombre, ningún problema de orden moral.

Entiéndase bien (porque siempre hay personas amigas de tomar el rábano por las hojas) que no preconizamos la negra ignorancia, a modo de la que tenían nuestras bisabuelas, aunque las sociedades de hogño, tengan no poco que envidiar a las de antaño.

No preconizamos, pues, la ignorancia femenina llevada al último límite, queremos decir sólo que no participamos del optimismo de los que esperan algún mejoramiento social de ese afán universitario de algunas mujeres de ahora.

El aumento de ciencia casera, de religión y de moral, en la mujer, es lo que, más que cultivo de la filosofía y de las letras (que por otra parte la mayoría no les servirá para nada) pondría alguna esperanza de perfeccionamiento social en nosotros. Pero precisamente no es esa la dirección que se sigue.

Una madre de familia puede llenar cumplidamente su misión (lo principal de la cual tal vez sea el dar un buen ejemplo a sus hijos) sin haber puesto jamás los pies en un Instituto, ni en una Universidad. En nuestra vida hemos tratado muchas damas, y no han sido precisamente las más cultas la que han dejado mejor impresión en nosotros.

Si el hombre hace las leyes la mujer hace las costumbres y las buenas costumbres no se enseñan ni se propagan en los libros de texto, sino en la Iglesia y en los hogares cristianos.

No lo olviden aquellos padres que, por seguir la moda, mandan ahora a sus hijas a la universidad o al instituto, ni los que se prometen no sabemos qué felices resultados de tales estudios.

Paises hay (algunos de ellos muy cercanos) en que las mujeres son ya tan cultas como los hombres. De eso han nacido algunas mujeres ilustres... pero nada más. La sociedad no lleva tendencia de perfeccionarse en lo más mínimo. Por el contrario, alguno de esos países puede figurar dignamente entre los más desmoronados y los más decadentes.

Sépálo los que se hacen ilusiones por un hecho que no justifica ninguna.

El Gran Día...

dia de inenarrable felicidad para la joven que ve colmadas sus aspiraciones. Ese es un día de infinitas pequeñas y grandes preocupaciones, y, entre éstas, no menor es la que se refiere al natural deseo de presentar a los ojos del novio un rostro de cutis perfectamente immaculado, libre de manchas, barrillos, ronchas y demás defectos.

La belleza general de la persona puede ser de muy diversos tipos, pero el cutis puede ser bello a condición de ser perfecto, y esto se lo consigue solamente sobre la base de un esmerado cuidado de la piel. Impónese la más rigurosa higiene. Los poros cutáneos no deben ser nunca obstruidos por cremas, polvos y colorletes nocivos. Hay que eliminar todas las partículas muertas de la piel exterior, para que a la superficie venga a aflorar el nuevo cutis que toda mujer, a toda edad, posee inmediatamente debajo de la tez vieja. La ciencia contemporánea conoce una sola substancia capaz de estos resultados y esa substancia es la

CERA MERCOLIZADA

EN TODAS LAS FARMACIAS DE TODO EL MUNDO.

M. R.



JUVENTUD ETERNA

Obtendrá usted empleando la

Tintura Francois Instantánea

M. R.

La única que devuelve al cabello canoso su color natural de la juventud, en forma segura y perfecta, en pocos minutos.

Colores negro, castaño oscuro, castaño y castaño claro.

De precio muy económico.

SE VENDE EN TODAS LAS FARMACIAS
Autorización Dirección General de Sanidad, Decreto 2505.

ENEOL

Tintura Para las Canas

Una sola aplicación es suficiente para conocer su eficacia.

El nuevo envase evita la evaporación del líquido.

Hágase una aplicación en la

PELUQUERIA LOUBAT

Agustinas esq. San Antonio.

Por Mayor:
DROGUERIA DEL PACIFICO (DOPA)

EL RITMO

MARAVILLOSO del UNIVERSO

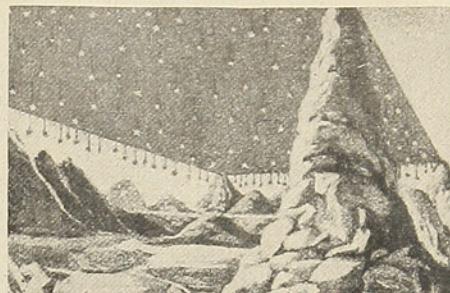
La aparente inmovilidad de las estrellas indujo a los hombres a creer que esos astros eran fijos.

Esta fijeza se amoldaba perfectamente a la idea que los antiguos tenían del Universo. Los egipcios se imaginaban que el cielo estaba sostenido por las cumbres de cuatro altas montañas formando una especie de bóveda de hierro de la que estaban suspendidos los astros mediante cables.

No mucho más exacto era el concepto que griegos y romanos tenían del firmamento. Creían que el cielo era una bóveda de cristal a la que estaban sujetas las estrellas fijas y debajo de la cual se movía otro cielo correspondiente a los planetas.

Pero el perfeccionamiento constante de los medios de investigación se halla actualmente en un estado que demuestra la puerilidad de tales hipótesis, probando al mismo tiempo que no hay en el firmamento estrellas fijas, más aún, que no existe en el Universo nada que permanezca inmóvil.

Está probado que nuestro Sol y con él todos los planetas que forman su sistema, se dirige hacia la estrella Vega a una velocidad de 72.000 kilómetros por hora. Y del mismo modo que nuestro Sol, a pesar de su aparente inmovilidad, se dirige vertiginosamente hacia Vega, cada una de las estrellas del universo



Los egipcios se imaginaban que el cielo era una inmensa bóveda de la que pendían las estrellas sujetas con cables.

que nos parecen fijas, se mueven sin duda en una dirección determinada.

Por eso las constelaciones cambian de forma con el tiempo y seguirán cambiando hasta que, pasados muchos miles de años, pierdan por completo la forma primitiva.

Estos movimientos nos parecen tanto más insignificantes cuanto más lejos de nosotros está la estrella observada del mismo modo que, cuando vamos en el tren, vemos alejarse los árboles del horizonte mucho más lentamente que los que están cerca de la vía y sin un árbol situado tan sólo a unos centenares de metros nos parece casi inmóvil ¿qué no

serán esas estrellas separadas de nosotros por distancias que la luz tarda años y años en recorrer? Gracias a las mediciones micrométricas de gran precisión hecha sobre multitud de fotografías del firmamento obtenidas con años de intervalos, el astrónomo holandés Kapteyn puede afirmar que las estrellas del firmamento se dividen en dos grandes grupos que se dirigen el uno hacia el otro aunque el sentido de su marcha no es completamente opuesto.

Dentro de cada uno de estos enormes grupos hay estrellas que tienen movimiento propio que se mueven en todas direcciones, pero el conjunto está dotado de un impulso general que le empuja hacia un punto determinado.

El astrónomo italiano Shiaparelli ha ido más lejos todavía. A los dos grupos del profesor Kapteyn ha añadido un tercero del cual nuestro sol forma parte, de modo que cuando una estrella no presenta movimiento propio sensible, puede suponerse que forma parte del grupo en que está incluido nuestro Sol.

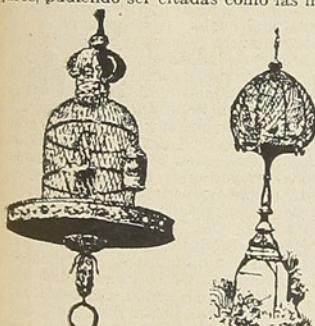
Si bien es verdad que no sabemos el «por qué» de la mayoría de las cosas que suceden en el firmamento, los descubrimientos se suceden de día en día, y hoy podemos afirmar que en el Universo nada permanece fijo, sino que todo se mueve con impulso y ritmo maravillosos.

L. MONTIEL JURADO

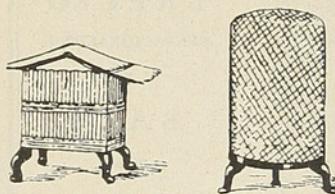
Las jaulas en los diversos países

Es curioso observar cómo los gustos y el método de vida de los pueblos se reflejan enteramente en sus jaulas de pájaros, pudiendo ser citadas como las más

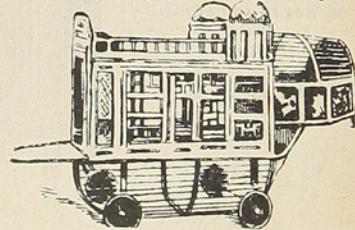
ostentan símbolos y emblemas, a los que tan aficionados fueron los graves



holandeses, relativos a las profesiones o al carácter de sus dueños.



rusa trae a la memoria las cúpulas del Krimlin y los amplios balcones de la casa señorial moscovita; la inglesa tiene las líneas de aquellas mansiones típicas

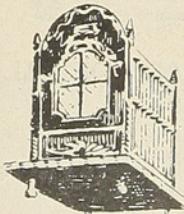


extrañas de todas las de barro vidriado, construidas en Delft. Generalmente, están pintadas de color azul, y son dignas, por su simplicidad, de figurar en los severos interiores de una casa holandesa. De esas jaulas holandesas, en extremo buscadas por los coleccionistas, hay algunas que se remontan a mediados del siglo XVIII, si bien son tan escasas, que en poder de la familia de Alma Tadema, otra, en la colección del doctor Mandel, de París, y la tercera en un museo particular de Nueva York.

Otras jaulas holandesas, adornadas con hojas de madera labrada, poseen un carácter a la vez clásico y moderno denotando influencias ultramarinas y de más allá de los Alpes. Muchas de ellas

No menos curioso es el hecho de que en muchos casos se pueden descubrir los antecedentes arquitectónicos de un pueblo, estudiando de cerca la construcción de sus jaulas de pájaros.

Por ejemplo, en el tipo generalmente adoptado en España hay algo de la primitiva choza celta; la jaula alemana, de madera y alambre dispuesta en ojivas, tiene reminiscencia del estilo gótico; la



de las viejas ciudades de Bath o Chester; la italiana, mucho de la casa etrusca.

Pero, sin duda alguna, los países de las jaulas lindas son los de Extremo Oriente. Allí, el ingenioso hombre amarillo encuentra en esa rama del arte motivo más que sobrado para dar rienda suelta a su inspiración.

El bambú se retuerce dócilmente en las manos del jaulero chino o japonés y forma aves, pagodas, flores y adornos de todas clases. Hasta en las jaulas de los grillos, tan diminutas, hacen primores los japoneses. A veces el marfil y la laca se combinan con el bambú dando por resultado una jaula que constituye un precioso adorno para la sala o el comedor.

En España hay también pueblos que se distinguen por su gusto en la fabricación de las jaulas. En Sevilla y en las Islas Canarias, por ejemplo, existen fabricantes de jaulas que son verdaderos artistas.

MANUEL J. SUAREZ

A LAS MADRES JOVENES

No hay en el mundo mujer soltera o casada, pero sin hijos, que sea capaz de hacer por alguien la milésima parte de lo que hace una madre por sus hijos diariamente y por espacio de largos años.

Sin embargo, ninguna de ellas, al formar su hogar, se propone como el único fin de su vida el autosacrificio. Simplemente una muchacha se casa y, después de haber tenido varios hijos, se ve en la necesidad apremiante de dedicarse de lleno al trabajo más cansador y peor retribuido del mundo.

Mientras la mujer se pasa la vida en estas condiciones, sus amigas, que no tienen hijos, la miran con compasión; su marido, en la mayoría de los casos, se enoja si no la ve siempre fresca, bien vestida y de buen humor; su padre y su suegra raras veces pierden la oportunidad de criticar su modo de educar a los chicos, sin encontrar, empero, tiempo disponible para sacarlos de casa, aunque sea por un solo día, proporcionando de esta manera a la joven un descanso tan necesario. Por más que la madre adore a sus hijos, tiene a veces el

deseo de no verlos durante un día entero. Para una mujer que tiene tres criaturas de poca edad es indispensable una tregua en sus tareas cotidianas; y, no obstante nunca tiene un rato de descanso. Es imposible conseguir una buena sirvienta, pues éstas no quieren colocarse en una casa donde hay varias criaturas.

En las revistas dedicadas a la mujer abundan artículos que aconsejan a las esposas que quieren conservar el cariño de sus respectivos maridos, ser siempre elegantes, usar perfumes y vestir a la última moda. Dándoles esos sabios consejos las autoras (probablemente solteras y sin preocupaciones) no toman en cuenta para nada los casos cuando a uno de los hijos de la señora se le descomponen el estómago; el otro jugando, se corta un dedo, y requiere la asistencia médica, y el tercero no quiere dormir se llena sin cesar, repitiendo como un estricto: "Me has prometido contar un cuento... me has prometido... me has prometido".

Jóvenes madres, trituradas entre los engranajes de pañales, baños, juguetes, aceite de castor, tónicos, caprichos, dudas, etc., tened valor. Esta época no durará una eternidad y ha de llegar el día en que os vereís recompensadas por todos los sacrificios que hacéis actualmente por vuestros hijos.

Los chicos mucha veces os desesperan, pero más a menudo aun os proporcionan placer. Y al llegar a la edad madura, cuando las travesuras y los pequeños defectos de vuestros hijos se borren de la memoria tendrán la satisfacción de haber educado seres dignos de estima y de tener en ellos verdaderos amigos desinteresados. Así, pues, tratad de sacar fuerzas de flaqueza y de abordar con valentía las dificultades que se os presentan durante la infancia de los pequeñuelos, dispuestos a dedicarlos a ellos de lleno y a privarlos de diversiones.

Reconozco que lo que acabo de decir, aconsejando valor y resignación a las jóvenes madres de tres o cuatro criaturas de corta edad, es algo que no se consigue fácilmente, sobre todo si se tiene en cuenta la cantidad de adversarios contra quienes tiene que luchar la madre. Aunque dejáramos de lado la tarea que más tiempo le lleva, el cuidado de los niños, quedarían todavía muchísimos factores muy dignos de ser tenidos en cuenta y que no escaparían al observador menos interesado.

No sólo se trata de tener a los niños en perfecto estado: el cuidado de la casa en sí misma, aunque se dé por salvado el inconveniente de la criada eficiente, que mencione más arriba, requiere toda la atención de una buena dueña de casa, que tiene que vigilar la forma en que se hacen las cosas... cuando no tiene que hacerlas ella misma. Luego se presenta la cuestión del marido, punto importantísimo y que en realidad debió colocar en primer término; ya hablé al principio de los medios que recomiendan muchas "expertas" para conservar el cariño del esposo, pero también, si mal no recuerdo, dije algo con respecto a los inconvenientes que suelen presentarse. Debo reconocer, sin embargo, que aquellas consejeras tienen en parte razón, ya que a los hombres no les gusta volver a casa, después de un día de más o menos ruda labor, para encontrarse en ella con una mujer — la misma en quien ellos cifraron todas sus esperanzas — convertida en una sirviente vulgar... ¡Hay que cuidar ese detalle!

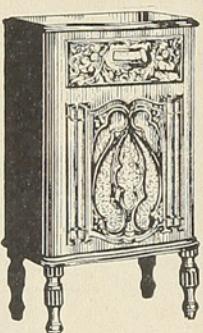
Algo Sensacional en Música y en Radio

LA NUEVA

Radio Electrola VICTOR MODELO RE-17



NUNCA
SE HABIA OFRECIDO
ALGO
IGUAL
SOLO
\$ 2,750.00



PRECIO
SENSACIONALMEN-
TE
BAJO
SOLO
\$ 2,750.00



UN INSTRUMENTO POPULAR DE ALTA CALIDAD MUSICAL

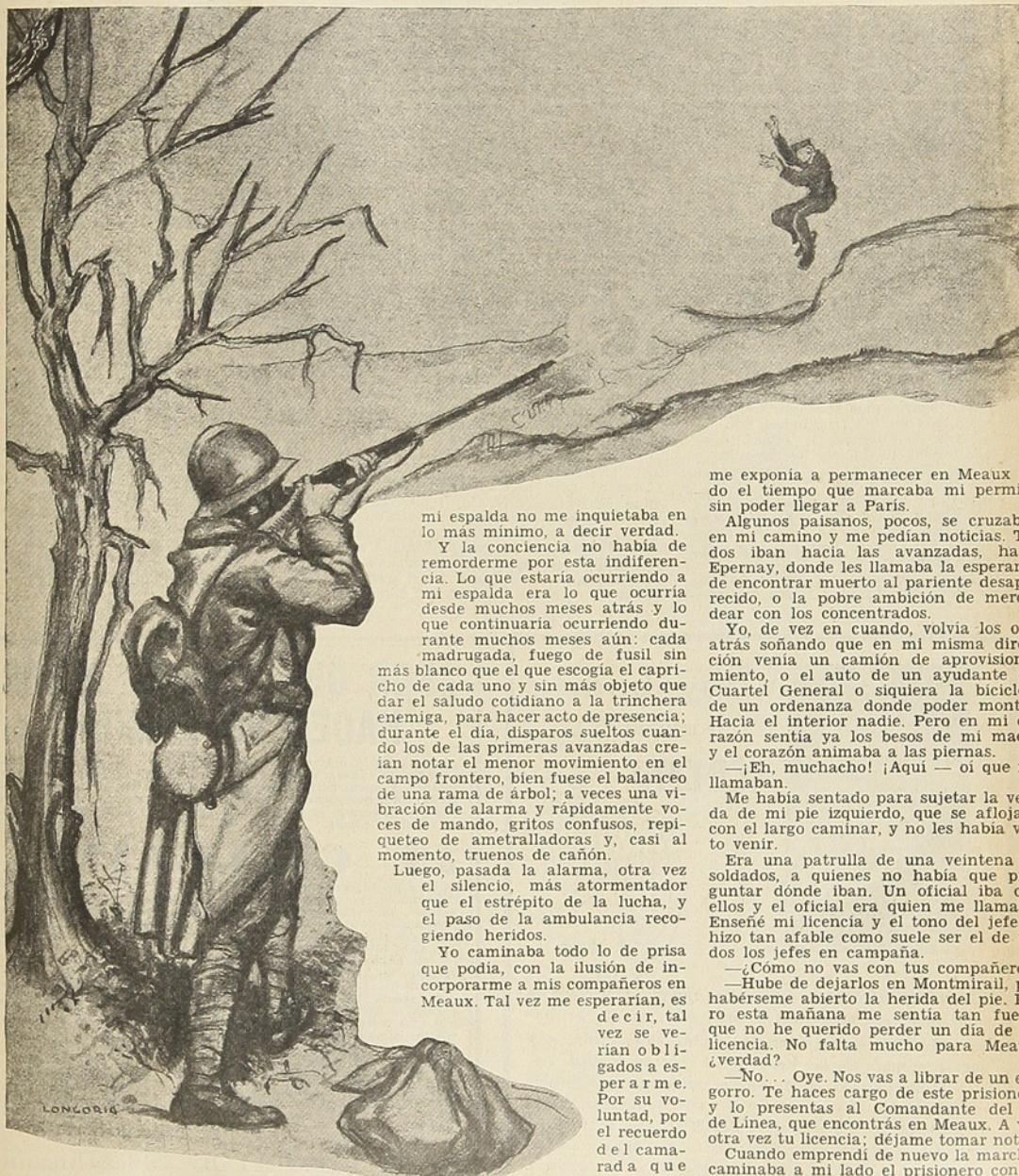
Una radio, de 4 circuitos y válvulas de rejilla blindada, de gran selectividad y sensibilidad, y una Electrola, que da nueva belleza a la música de discos.
ES EL INSTRUMENTO MODERNO PARA EL HOGAR MODERNO, A UN PRECIO COMO NUNCA SE HABIA OFRECIDO ANTES.

Pase a oíro o pidanos una demostración sin compromiso.
TENGA PRESENTE: Una radio y electrola por sólo \$ 2,750.
OFRECEMOS MUY BUENAS CONDICIONES DE PAGO:

CURPHEY Y JOFRE LTDA.

Santiago: Ahumada 200, esq. Agustinas.
VALPARAISO, Esmeralda 999. — Plaza Victoria 1648. — Blanco 637.

EL PRISIONERO



mi espalda no me inquietaba en lo mas minimo, a decir verdad.

Y la conciencia no habia de remordarme por esta indiferencia. Lo que estaria ocurriendo a mi espalda era lo que ocurría desde muchos meses atrás y lo que continuaria ocurriendo durante muchos meses aun: cada madrugada, fuego de fusil sin mas blanco que el que escogia el capricho de cada uno y sin mas objeto que dar el saludot cotidiano a la trinchera enemiga, para hacer acto de presencia; durante el dia, disparos sueltos cuando los de las primeras avanzadas creian notar el menor movimiento en el campo frontero, bien fuese el balanceo de una rama de arbol; a veces una vibracion de alarma y rapidamente voces de mando, gritos confusos, repiqueteo de ametralladoras y, casi al momento, truenos de cañon.

Luego, pasada la alarma, otra vez el silencio, mas atormentador que el estrepito de la lucha, y el paso de la ambulancia recogiendo heridos.

Yo caminaba todo lo de prisa que podia, con la ilusion de incorporarme a mis compaeros en Meaux. Tal vez me esperarian, es

d e c i r , t a l vez se verian obligados a esperar m.e. Por su voluntad, por el recuerdo del camarada que

no podia

acompañarles, no. La alegría hace a los hombres mucho más egoistas que la pena. Hay algo mucho más cruel que el sentimiento que excita al soldado cuando se bate, y es el que le anima cuando abandona las trincheras con una licencia en el bolsillo.

Pero tal vez se verian obligados a detenerse — seguia imaginando yo — y entonces nos reuniriamos. De no ser asi,

Sólo de tarde en tarde y muy levemente oia el eco de los canonazos. Las últimas baterias iban quedando muy atrás de mi y el espectáculo del combate se habia perdido de mis ojos y se iba difuminando en mi corazón. Porque mi corazón estaba lleno de alegría.

Yo sólo pensaba en la felicidad que me esperaba, siquiera fuese por unos pocos dias, y lo que pudiera estar ocurriendo a

me exponia a permanecer en Meaux todo el tiempo que marcaba mi permiso, sin poder llegar a Paris.

Algunos paisanos, pocos, se cruzaban en mi camino y me pedian noticias. Todos iban hacia las avanzadas, hacia Epernay, donde les llamaba la esperanza de encontrar muerto al pariente desaparecido, o la pobre ambición de mercadejar con los concentrados.

Yo, de vez en cuando, volvia los ojos atrás soñando que en mi misma dirección venia un camión de aprovisionamiento, o el auto de un ayudante del Cuartel General o siquiera la bicicleta de un ordenanza donde poder montar. Hacia el interior nadie. Pero en mi corazón sentia ya los besos de mi madre y el corazon animaba a las piernas.

—¡Eh, muchacho! ¡Aquí — oí que me llamaban.

Me habia sentado para sujetar la veda de mi pie izquierdo, que se aflojaba con el largo caminar, y no les habia visto venir.

Era una patrulla de una veintena de soldados, a quienes no habia que preguntar dónde iban. Un oficial iba con ellos y el oficial era quien me llamaba. Enseñé mi licencia y el tono del jefe se hizo tan afable como suele ser el de todos los jefes en campaña.

—¿Como no vas con tus compañeros?

—Hube de dejarlos en Montmirail, por haberseme abierto la herida del pie. Pero esta mañana me sentia tan fuerte que no he querido perder un dia de mi licencia. No falta mucho para Meaux, ¿verdad?

—No... Oye. Nos vas a librar de un enorro. Te haces cargo de este prisionero y lo presentas al Comandante del 23 de Linea, que encontras en Meaux. A ver otra vez tu licencia; déjame tomar nota...

Cuando emprendi de nuevo la marcha, caminaba a mi lado el prisionero con la misma indiferencia con que antes caminaba en dirección contraria y entre los otros. Inclinaba la cabeza a tierra, no me miro ni una vez.

—¿Desde cuándo ibas con ellos? ¿Dónde te han hecho prisionero?

Ahora si me miro, pero sin contestarme, se encogió de hombros... Quizá no me entendia, o quizá queria significar que todo era igual y nada importaba nada ni a él ni a mí. Un prisionero...

hecho en cualquier parte, llevado a cualquier sitio y fusilado en cualquier hora. Para él, lo mismo una cosa si aquel hombre dejó hijos en su país, si todavía no había disparado contra nosotros, si odiaba a mi pueblo y si se llamaba Juan o Pedro.

Un prisionero; un Fritz. Todo lo demás, era igual. Un prisionero tiene muy poco más importancia que un cadáver, y un cadáver, en la guerra, tiene menos importancia que un pedrusco tras el que uno se puede atrincherar. Total: que, vivo o muerto, un hombre apenas tiene valor en campaña. Bien es verdad que tampoco tiene mucho en ninguna otra parte.

Distruido en esta escéptica filosofía acabé por encogerme de hombros yo también. En realidad, estas conclusiones son necesarias a la razón del soldado. Si, por el contrario, hubiéramos de creer que un hombre es algo muy importante ¿quién iba a disparar un solo tiro? No; no lo es.

Cuanto se dice para encarecerle, en tiempo de paz, es para darse tono y para hacer subir los jornaless. Si un hombre fuese un valor positivo, no se olvidaría tan fácilmente y no se le destruiría como a una rata.

¡Las ratas! Al nombrarlas en mi pensamiento, sonréi con fruición. Los peores enemigos en las trincheras, son las ratas. Nos acompañan a todas horas, se nos meten hasta en los bolsillos y no se les espanta ni a culatazos ni a tiros.

Tiene uno que acostumbrarse a comer disputando con las ratas que saltan a la cazuela y tiene uno que acostumbrarse a dormir dejándose morder discretamente.

Yo ahora me libraba de ellas por algunos días. Yo iba a París, a mi casi-

ta de banlieu, a mi camita cuidada amorsamente por mi madre. ¡Dormir en cama con colchón!... La visión de mi cama me enterneció.

Iba tan distraído que al principio no noté que mi prisionero caminaba mucho más de prisa que yo. Cuando me di cuenta, iba a unos veinte metros delante.

—¡Eh, tú! ¡Alto! ¡Alto!

El prisionero seguramente no me entendía. Le grité en inglés, utilizando las pocas palabras que había aprendido en las trincheras, pero tampoco el alemán me comprendió. Entonces, sacando fuerzas de flaqueza, apresuré el paso para alcanzarle, llamándole sin cesar a gritos en los que iba mezclada alguna frase poco diplomática.

Pero mis pobres piernas no podían más. El pie izquierdo comenzaba a dolerme de firme y la vena, mal colocada, me era un mayor estorbo. Decididamente, no le alcanzaba. La distancia entre nosotros se iba haciendo mayor cada vez. Ahora ya me llevaba cincuenta metros... sesenta... setenta...

No era posible que no me oyese. Indudablemente pretendía fugarse. Quizás entendía el francés más de lo que a mí convenía y al oír cómo explicaba al oficial que venía herido en un pie, creyó fácil escaparse. No me quedaba más remedio que confiar a mi fusil lo que no podía confiar a mis piernas.

—¡Eh! ¡Boche! ¡Fritz! ¡Kamarad! ¡Si no te detienes, disparo! ¡A la una! ¡A las dos! ¡Fuego!!

Disparé, pero la bala se perdió en el vacío. Entonces, el maldito alemán dio un salto prodigioso y desapareció de mi vista. ¿Se lo había tragado la tierra? ¿Se había evaporado? Nunca he sentido una decepción como aquella. En terreno llano, sin casas, sin árboles y sin parapetos, se desvanecía un hombre como un sueño.

Rabioso, me puse a disparar en todas direcciones, jurandole que si no se rendía le iba hacer mil pedazos. Pero mis amenazas no pasaban de ser un simple desahogo. ¿Cómo despedazarle, si no sabía dónde estaba?

Cuando llegué al punto donde estuve mi prisionero cuando disparé, comprendí su desaparición. Había allí un pequeño barranco al que se dejó caer el alemán y por el que había corrido como un rayo... ¿Hacia la derecha? ¿Hacia la izquierda? Imposible saberlo y por tanto imposible seguirle.

Me senté en tierra, anonadado. ¿Cómo explicar al Comandante del 23 de Linares que había dejado escapar un prisionero confiado a mi custodia? ¿Y cómo no explicárselo, si el oficial que me lo confió había copiado de mi licencia mi nombre y mi situación militar?

Los ojos se me llenaron de lágrimas de rabia. Un enemigo no es nada; un enemigo prisionero es menos que nada. Pero aquél iba a costarme mis veinte días de permiso, veinte días al lado de mi madre, durmiendo en cama con colchón y sin ratas.

Y al lado de esta pérdida, toda la felicidad que yo podía sonar entonces, me parecía un grano de anís la nota desfavorable en mi hoja de servicios y el castigo de varias guardias en la primera trinchera, sin relevo.

¿No puedes andar? ¿Estás herido?

Me lo preguntaba un paisano de cabelllos blancos, de cara triste y aspecto de pobreza. Se sentó a mi lado y hubo de soportar su chaparrón de preguntas, sin atreverse a decirle una grosería por la bondadosa dulzura de su voz.

Quería saber muchas cosas; todas las que se referían a mí y todas las que se referían a la campana. Y yo no tenía gana.

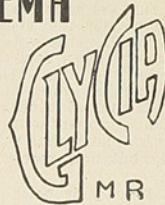
(Continúa en la pág. 62)



Soy bonita

PORQUE USO LA

CREMA



MR

La CREMA GLYCIA es una crema nueva, la primera en Chile, que está preparada a base del extracto de Hammamelis. Este extracto es un líquido claro, aromático, que se prepara de las hojas frescas de un arbusto originario del Canadá. Tiene este extracto una acción maravillosa sobre el cutis, razón por qué en muchos países extranjeros se usa con gran éxito. Usando la CREMA GLYCIA continuamente dejará su cutis puro y fresco, como lo fué en su infancia. No contiene sales de mercurio.

C U P O N

Entregando este cupón se le dará gratis 1 tubito

CREMA GLYCIA

BOTICA DEL INDIO

Santiago P. T.

Botica del Indio

SANTIAGO

Casilla 959. — Ahumada
esq. Alameda.

¿POR QUE MUCHOS NIÑOS NACEN ENFERMOS?

Cuando la madre sufre de reumatismo o se resfria con frecuencia, la causa consiste en que su sangre está saturada de toxinas, y mientras no logre eliminarlas, de tal suerte que en el periodo del embarazo su organismo se encuentre debidamente purificado, corre el peligro de engendrar hijos de salud frágil y de vitalidad escasa.

EL CITROLITOL
es para las madres un recurso profiláctico y terapéutico de suma importancia, porque no solamente impide la incorporación de las toxinas, sino que alcaliniza la sangre, de este modo evita la producción de todas las enfermedades originadas por la presencia de ácidos en la sangre y hace que la criatura nazca en condiciones orgánicas favorables.

En cuanto a los resfrios, débense, indudablemente, a precipitaciones de las toxinas que se alteran en la sangre por enfriamientos bruscos, y de su localización dependen los diversos efectos que causan. Un organismo en que la sangre está pura, esto es, exenta de toxinas, se mantiene constantemente en equilibrio y ninguna perturbación puede sufrir bajo la influencia del frío o con los cambios de temperatura.

EL CITROLITOL Fleischmann disuelve el ácido úrico y lo transforma en uratos de sodio y de litio, sales muy solubles que se eliminan por la orina y demás vías naturales. A esta virtud depurativa y alcalinizadora de la sangre debe su eficacia para prevenir y curar el reumatismo, la arterio esclerosis, la neumonía, bronconeumonía y demás enfermedades por el estilo.

EL CITROLITOL Fleischmann debe tomarse todos los días, después de las comidas, en agua caliente azucarada. La dosis es una echarucha de las de té: cinco gramos, más o menos.

Puede tomarse con entera confianza, porque, como dice el doctor don César Martínez, «no tiene ninguna contraindicación y mejora cualquiera perturbación digestiva».

Concesionarios para Chile de este producto, son los señores A HOCHSTETTER & CIA., Santiago, Casilla 959, y para la venta al detalle se encuentra en todas las Boticas y Farmacias del país.

A base de: Citrato de sodio, 95% y citrato de litio, 5%

JUAN FLEISCHMANN.



Sólo una cosa podía Daniel Captieux reprocharle a Luciana: su desorden. No precisamente ese desorden natural, propio de los espíritus sonadores, que hace pensar en el genio, sino un desorden que parecía voluntario y cuidadosamente combinado.

Durante los primeros meses de su matrimonio, Daniel trató de combatirlo, pero se resignó a sufrirlo por considerarlo invencible. Después, bruscamente, cuando ya se creía habituado a él, lo encontró odioso hasta el punto de no poder soportarlo. Entonces, solicitó y obtuvo el divorcio sin que Luciana hiciese a ello gran oposición.

Daniel era aún joven y pensó en casarse otra vez. Como en estos tiempos las mujeres no escasean, no tuvo más trabajo que el de la elección, que recayó en Marcela Daragnés, la cual le entregó su mano, su corazón y un capital más que decente que había heredado de sus padres.

Linda, elegante, alegre, Marcela poseía todas las cualidades. Y no sólo a los ojos de su marido, cosa que sería natural, sino a los de sus propias amigas, cosa que de natural ya no tiene nada. Además, para dirigir una casa era incomparable. Con la vista en todo, exigía y obtenía que cada objeto estuviese en su lugar, que los criados hiciesen estrictamente y en silencio los movimientos necesarios en el momento oportuno, con una precisión que a todos maravillaba.

Después de haber vivido en el desorden, Daniel gustaba el placer de una morada en la cual nada se dejaba al azar, en la que todo funcionaba sin violencia, sin ruido, en donde bastaba con oprimir un botón o hacer un gesto para ser servido.

Pensando en los años anteriores, en aquella pobre Luciana cuya casa parecía siempre que acabase de recibir la visita de los ladrones, y que pasaba la tercera parte de su vida buscando lo que ella misma había extraviado, Daniel dijo a su segunda esposa:

—Eres una ama de casa admirable.

Ella tachó de exagerado el cumplido y después, con el índice levantado, advirtió:

—Daniel, amado mío, he encontrado en la mesa de la sala un libro que no volviste a la biblioteca.

—No he acabado de leerlo.

Marcela sonrió, y exclamó ingenuamente:

—Y porque no has terminado su lectura no lo has vuelto a su sitio?... Quisiera que me explicara la relación que tiene una cosa con la otra...

Daniel no explicó nada, y comprometiése a no reincidir en su descuido.

Ya se sabe lo que valen las promesas de los hombres. Daniel, no sólo no cumplió la suya, sino que jamás pudo adquirir la costumbre de, a su regreso a casa, colgar su abrigo y dejar el sombrero y los guantes en el armario antiguo, destinado especialmente para este uso y que en la galería despertaba la admiración de los inteligentes en antiguedades. Dejaba papeles sobre su buró, no cerraba siempre los cajones que abría y sacudía, aunque con ademán elegante, la ceniza de su cigarrillo sobre la alfombra.

—Incorrigible!... —Incorrigible! — decía Marcela, siempre sonriente y dulce.

Por último, la esposa dió orden a los criados de que siguiesen al señor y fuesen ordenando todo lo que él dejase en desorden. En cuanto entraba Daniel, el ayuda de cámara se precipitaba a su encuentro y tomaba el abrigo, el sombrero y los guantes e iba a guardárselos en el armario.

En la mesa, a veces, distraído, ponía Daniel su pan a la derecha del plato; entonces, el mismo ayuda de cámara, obedeciendo a una mirada de Marcela, tomaba unas pinzas de plata y con mucha diligencia y no menos delicadeza, cogía el pan y lo colocaba en el sitio que, según la etiqueta, debía ocupar.

Cuando Daniel dejaba su despacho, Marta una de las sirvientas, entraba en él y cerraba un cajón, colocaba en su sitio el sillón, juntaba los papeles que encontraba diseminados y los colocaba respetuosamente en una suntuosa caja que Marcela había regalado a su marido el aniversario de su sacerdazto.

¿Qué sucedía cuando Daniel sacudía la ceniza de su cigarrillo sobre la alfombra, o posaba los dedos en un cristal, en un mármol o en un mueble barnizado? Marta, que parecía haber recibido del cielo el don de la adivinación, presentábase provista de un minúsculo aspirador o de una gama y sin ruido, sin palabras, hacia desaparecer el monjunto de ceniza gris o la huella digital.

—Esta muchacha es una verdadera hada — decía Marcela —. No se la oye nunca. Casi no se le ve. Y su servicio no puede ser más perfecto. Pero es justo reconocer también que el de José no es menos impecable.

—Cada uno tiene los criados que merece — respondía Daniel con un imperceptible acento de ironía y de acritud.

Realmente, las atenciones y la vigilancia de que continuamente era objeto, le atacaban los nervios. Y, aunque fuese el hombre más pacífico del mundo, como conviene a un ingeniero salido de la Escuela Politécnica y especializado en la fabricación de explosivos de guerra, sentía deseos de estrangular a Marta y a José, cuando silenciosos y deferentes, se aproximaban a su persona para asistirle o reparar el ligérísimo desorden que él ponía en aquella casa, donde, realmente sin su presencia la armonía hubiese sido soberana.

A veces evocaba en su mente, los años muertos, los años pasados con Luciana. Pensaba que un hogar siempre silencioso, donde todo marchaba como en una fábrica en la que se hubiese aplicado el sistema Taylor, era muy aburrido y, a la larga, desesperante. Allí las personas sentíanse esclavas. Un poco de descuido, hasta un ligero desorden, da una impresión feliz de independencia, de libre arbitrio.

—Cómo hacerle comprender esto a Marcela? No lo in-



DECORACION

La expresión de decorados de mesa, en el Museo Galería de París, presenta, por la armonía de sus quioscos y el vivo ingenio de los expositores de vitrina, un conjunto de una elegancia bien matizada y de una gracia, que resulta a la vez simple y atrayente.

Los grupos de muebles dejan una impresión de acendrada y simpática alegría y la alegría es un elemento indispensable al comedor. Bonitas mujeres podrán tomar asiento alrededor de esas mesas agradables y suntuosas, donde colaboran, para placer de los ojos y del buen gusto, casi todas las industrias de lujo: orfebrería y cerámica, encajé y cristalería, ebanistería y estatuaria, y su encanto no será ofendido por bruscas disonancias, sino, al contrario, exaltado por el prestigio de un decorado, donde todo es orden y refinamiento, lógica y distinción.

Aquí pueden permitirse ligeras observaciones a ciertos ex-

DE LA MESA

positores, que forman una insignificante minoría, los cuales parecen perder demasiado de vista el conjunto, cuya armonía es la primera de las reglas de las artes aplicadas.

La decoración de la mesa no está solamente constituida por la platería, la vajilla y la lencería, sino también por lo que se vierte en las copas y se coloca sobre los platos. El comedor sirve esencialmente, como indica el término, para comer en su recinto. Una fuente violentamente iluminada, salvo para las tortas, las frutas, las fantasías del "five o clock tea", es un error. Una bella salsa holandesa untuosa y transparente, queda malograda en una fuente agresiva.

Y algo más enojoso aun son las copas de color rojo o violeta para vino. El color de un vino es uno de los elementos de su perfección, una de las delicias del gastrónomo.

Finalmente, es necesario poderse sentar cómodamente a la mesa. Es deplorable que ciertas mesas de proporciones acertadas y material magnífico, sean provistas de patas dispuestas en forma tan diabólica que resulta un problema inquietante ubicarse a su rededor.

Pero es preciso alabar, una vez más, el gusto perfecto y tan seductor de la mayoría de los juegos expuestos. Entre esos conjuntos puede citarse una mesa regia, cubierta con nenufares de cristal, de feliz efecto decorativo, y de platos, cuyo decorado permanece discretamente repartido sobre el borde. La platería es esmeradamente seleccionada. En cuanto al mantel, con una banda de encaje es una pieza espléndida. Bello conjunto armonioso, cuyo lujo queda moderado por su delicadeza.

tentó siguiérala. Pero sentía la imperiosa, la irresistible necesidad de escapar a tantas perfecciones del hogar, de subsistir a las atenciones implacables como reproches, de Marta y de José; en una palabra, de dar una escapada al desorden como otros la dan a los paraíso artificiales, al noctambulismo, etc.

Y secretamente, alquiló un pisito amueblado al que cada día iba a pasar un hora.

Los muebles estaban llenos de polvo, las cortinas tenían un color amarillo, los vidrios se

hallaban empañados. Daniel, que había despedido bruscamente a la portera cuando se le ofreció para limpiar y cuidar del pisito, llegaba cada día con los periódicos de la tarde. Se tendía en un pequeño diván impregnado de olores que recordaba a los inquilinos anteriores, y leía los periódicos, los arrugaba y los tiraba a su alrededor; lanzaba por aquí y por allá las puntas de sus cigarrillos... Cuando llegó el tiempo de las cerezas compró una libra y complacióse, como cuando era niño, en hacer resbalar los huesos entre el índice y el pulgar y despedirlos contra el techo, contra el marco de la ventana, contra los cuadros.

Llegaba la hora de volver a aquella morada de la que todo París hablaba como de un modelo de lujo, de comodidad. Daniel dejaba su diván, y así como otros graban sus nombres en la corteza de los árboles, él trazaba con el índice, sobre la espesa capa de polvo que cubría muebles, cuadros y vidrios, aquello que nuestros antepasados clamaban cuando se lanzaron al asalto de la Bastilla: "¡Viva la libertad!".

Y, entonces, sentíase con fuerza, con valor, con paciencia para ir a sufrir la imperiosa ley de Marcela, de Marta y de José.

PIERRE LA MAZIERE

Exija
películas
de esta
marca



Son las
mejores
= del =
mundo

LAS ORQUIDEAS

Flores de invierno

Durante la estación de invierno cuando las recepciones y fiestas sociales están en su apogeo es también cuando las orquídeas ostentan toda su lozanía y atraen con preferencia las atenciones del mundo elegante. Para ponderar ese predominio, los cronistas califican a esas flores llamándolas fantásticas, misteriosas y hasta perversas. Eso es forzar la imaginación con mengua de la verdad; la orquídea no tiene nada de perversa ni de fantástica; es sencillamente exótica, porque las plantas que las producen vienen en las regiones intertropicales, y son hermosas, con una belleza simple y definitiva debida a la pureza de sus líneas.

Las flores dobles o plenas, en lenguaje de jardinería, las flores que ofrecen un conjunto de órganos entremezclados y confusos, tienen su valor y su encanto propio en la confección de los ramos; pero el efecto que la orquídea nos produce es más intenso. En esa privilegiada familia ni hay flores dobles: unos pocos sépalos, y unos pocos pétalos con un órgano central aislado y único en su especie. La flor es casi regular pero tiene la coquetería de ser impar. Excepto en las *Cypripedium*, que son simétricas, por lo regular se componen de tres sépalos y dos pétalos. Las orquídeas ofrecen al arte decorativo muchos modelos del estilo más distinguido y sobrio.

Su colorido es infinitamente variado y de incomparable riqueza. En las *Cattleya*, las *Loelia* y sus compuestos dominan el rosa malva, el rosa lila y el rojo púrpura, y algunas veces resultan ejemplares manchados de amarillo muy puro y de blanco, contrastando con una rica gama de púrpuras y de bronceados más o menos intensos. En los *Ondidium* domina el amarillo de oro, alguna vez mezclado con el caoba, el rojo púrpura y

el pardo oscuro. La *Vanda Cerulea*, una de las joyas de esta flora, produce largos racimos de flores grandes y hermosas de un azul más o menos intenso, según las variedades y de sin igual elegancia. En las *Phalaenopsis*, de amplio y hermoso follaje, la hermosura de las flores distribuidas en una elegante rama arqueada, alcanza la perfección ideal. Las especies más difundidas tienen las flores blanco de leche en unas y rosa en otras; pero en algunas especies de Java y de Filipinas se encuentran flores moteadas con matices amarillos de gran delicadeza.

No es la belleza el único mérito de la orquídea; tiene además el de su larga duración. Cortadas y puestas en agua se conservan más de quince días en una habitación a pesar de la sequedad del ambiente, de los cambios bruscos de temperatura, el polvo, el humo, etc. Algunas duran tres semanas en perfecto estado, y la flor de la *Cypripedium* resiste muy bien un mes. No hay ninguna otra flor que dure tanto y esto compensa su muy bien el precio elevado que tiene.

No hay, en efecto, ninguna otra flor que pueda competir con ella en cuanto al precio, pueden citarse ejemplos sensacionales. En una visita que hizo la reina de Inglaterra al barón de Rothschild en su castillo Waddesdon Manor, el propietario de la espléndida posesión le ofreció un bouquet de orquídeas raras, como jamás ha podido confeccionarse ningún otro y por el cual pagó el opulento banquero miles de sterlinas.

Se citan compras de plantas por veinte y hasta treinta mil francos. Sin embargo, no es difícil procurarse ejemplares muy valiosos gastando poco dinero.

En cuanto a la reproducción por semillas, no es menos costosa, porque esas plantas requieren prolíficos cuidados y se tarda de seis a ocho años en obtener una,

con la fuerza suficiente para florecer.

En París pueden adquirirse bellas plantas por pocos francos y en los jardines de los alrededores de la ciudad se proporcionan lindas colecciones a precios muy moderados.

Pero los coleccionistas acaudalados no se contentan con eso; buscan las rarezas y pagan por ellas considerables precios. Así, por una *Odontoglossum crispum* con manchas rojas se pagaban hace medio siglo unos cuantos miles de francos, mientras los ejemplares de un solo color costaban de cinco a diez francos. Una variedad que presenta caracteres nuevos, aunque no excede a otras en hermosura, siempre vale más para los coleccionistas.

La hibridación ha venido a complicar un poco las cosas. Después de largos tentos se ha logrado cruzar entre si muchas variedades de orquídeas, obteniendo así formas y coloridos nuevos.

De la *Odontoglossum* se han creado hibridaciones maravillosas; con manchas rojas, obscuras, violáceas, de tal tamaño y forma, que sorprendían a cuantos las veían. De las *Cattleya* y las *Loelia*, algunos sembradores han obtenido plantas hibridas de enormes flores y colores novísimos y deslumbrantes. Estos ejemplares, como se comprende, son difíciles de lograr, y por lo tanto muy caros, sobre todo cuando por primera vez se presentan en el mercado.

Como se ve, hay orquídeas al alcance de todas las fortunas.

El cultivo de estas plantas requiere algún esmero; pero no necesita grandes recursos. Una estufa de geranios basta para cultivar hermosas orquídeas como la *Odontoglossum*. Las *Cattleya* y las *Loelia*, muchas *Cypripedium*, *Oncidium* y *Miltonia* viven en estufa templada y ventilada. Se parecen mucho en sus cuidados a las bulbosas, pues reposan en invierno, y durante ese período no hay que preocuparse de otra cosa sino de darles la temperatura conveniente.



DESGANADO,
ABATIDO,
CANSADO

Su sistema nervioso necesita una rápida reposición de fósforo. ¡Recurra usted a la

FITINA

Fitina M. R. a base de fósforo vegetal



¡¡Qué fastidio!!!

¡¡Cómo lose....!! Debiere tener más consideración con sus compañeros y cuidarse ese mal resfriado, con el único remedio rápido, eficaz e insuperable que existe: es decir con

CRESIVAL

(M.R. — Solución de sulfatoresolato de calcio al 3%).

LA PRIMERA ESPOSA



El maître d'hotel. — ¿Dos cuartos? Por aquí, señor y señora, todavía hay una mesa disponible con vista a la bahía, si el señor y la señora desean contemplar el panorama...

Alicia. — (Siguiendo al maître). Oh, sí. Ven, Aurelio. Será como almorzar en el mar, en un transatlántico...

Aurelio. — (Reteniéndola suavemente del brazo). Estaremos mejor ahí.

Alicia. — ¿Ahí? ¿En medio de toda esa gente? Yo prefería...

Aurelio. — Te ruego, Alicia. (Y le oprime el brazo de una manera tan significativa, que la joven esposa se vuelve para mirarlo en los ojos).

Alicia. — ¿Qué sucede? (El hace ¡chist! en forma casi imperceptible, mirando a su mujer fijamente, y la conduce por fin hacia una de las mesas situadas en el centro del

salón. Apenas se han sentado, ella insiste). ¿Qué sucede, Aurelio?

Aurelio. — Voy a decírtelo, querida. Déjame ordenar el almuerzo... ¿Quieres langosta o huevos glaces?

Alicia. — Lo que tú elijas, bien lo sabes. (Se sonríen el uno al otro, haciendo perder preciosos momentos al circunspecto maître d'hotel, que inclinado ceremoniosamente al lado del matrimonio, se esfuerza por disimular su nerviosidad. Otros comensales reclaman su atención).

Aurelio. — (Ordenando). Primeramente, langosta. Luego, huevos Bacón. Despues, pollo frío con ensalada romana. ¿Queso a la crema? Especialidad de la casa? Vaya por la especialidad. Y, por último, dos buenos cafés, bien cargados.

El maître. — Sí, señor... ¿Qué vino?

Aurelio. — (Dando una rápida ojeada a la lista). Rhin, Mosella... ¡No! A lo nuestro: champaña seco...

El maître. — (Anotando). Champaña seco... ¿Es todo, verdad, señor?

Aurelio. — Sí... ¡Ah! Que den de almorzar a mi chauffeur y que le avisen que partimos a las catorce...

El maître. — Bien, señor.

Aurelio. — (Suspira como después de un gran esfuerzo, contempla a través de los grandes ventanillas el mar turquí, el cielo casi blanco; y luego fija los ojos en su mujer, que encuentra preciosa bajo la enorme pamela de paja). Tienes buen semblante, querida. Y todo este azul de mar te hace los ojos verdes. Además, veo que el viaje te ha engrosado un poco... Es agradable, ¿eh?, hasta cierto punto...

Alicia. — (Tendiendo orgullosamente su esbelto cuello e inclinándose sobre la mesa). ¿Por qué me has impedido que ocupase aquella mesa con vista a la bahía?

Aurelio. — (Sin pensar en mentir). Porque ibas a sentarte al lado de alguien que conozco...

Alicia. — ¿Y que yo no conozco?

Aurelio. — Mi ex mujer. (Y como ella abre tamaños ojos, sin encontrar palabra, él añade). ¡Bah, querida! Esto volverá a suceder, tarde o temprano. No tiene importancia.

Alicia. — (Saliendo a medias de su sorpresa y lanzando en su orden lógico las preguntas inevitables). ¿Te ha visto ella? ¿Ha visto que tú la habías visto? ¿Cuál es?

Aurelio. — No te vuelvas en seguida, por favor. Debe estar vigilándonos... Una señora morena, sin sombrero. Debe habitar en este hotel... Está sola, detrás de esos niños vestidos de punzón...

Alicia. — Sí..., ya veo.

(Disimuladamente, amparada por una de las palmeras de adorno, Alicia puede mirar a la que, quince meses antes, era esposa de su marido, la primera esposa).

Alicia. — (Después de un momento, pensativa). ¿Qué raro que no se haya sentido feliz a su lado!...

Aurelio. — Incompatibilidad de caracteres. Creo habértelo dicho... Pero, eso sí, incompatibilidad total! Nos divorciamos como personas bien educadas, casi como amigos, tranquilamente, rápidamente. Y en seguida me puse a amarte, y tú quisiste bien ser dichosa conmigo. Qué suerte el poder tener la seguridad de que, en nuestra felicidad, no hay culpables ni víctimas...

(La ex esposa de Aurelio está vestida de blanco. Sus cabellos lisos y brillantes, negros como la endrina, tienen a la luz del mar reflejos azulados. Se halla sentada en una de las mesas pegadas a los ventanillas de la bahía, y en ese momento fuma un cigarrillo con los ojos entornados. Alicia se vuelve hacia su marido, lo mira fijamente por un instante y en seguida presta atención al mozo que le está sirviendo su ración de langosta. Come despaciosemente. Saborea el primer sorbo de champán).

Alicia. — (Al cabo de un momento de silencio). ¿Por qué no me habías dicho que ella tenía también los ojos azules?

Aurelio.—No pensé en eso ni un sólo momento, querida! (Besa discretamente la mano que Alicia tiende en ese momento hacia la cestita de pan, y la joven erroce de placer. Morena y un poco gruesa, corre el riesgo de ser considerada un tipo de mujer vulgar; pero el azul cambiante de sus ojos y sus cabellos de oro ondulado, la transforman en rubia frágil y sentimental. Testimonia a su marido una gratitud estruendosa. Inmodesta sin saberlo, ostenta en toda ella las marcas demasiado visibles de una extrema felicidad. Ambos comen y beben con buen apetito, y cada uno de ellos cree que el otro ha olvidado a la mujer de blanco. Sin embargo, Alicia ríe a veces demasiado alto y Aurelio cuida su silueta, ensanchando los hombros y

enderezando la nuca. Después del postre, esperan el café bastante tiempo, en silencio. El sol brilla en ese momento sobre el mar con fuego insostenible).

Alicia.—(De pronto, en voz baja). Ella está todavía ahí, ¿sabes?

Aurelio.—¿Te molesta? ¿Quieres que tomemos el café en otra parte?

Alicia.—En absoluto... En todo caso, es ella quien debería sentirse molesta. Además, a juzgar por su aspecto, no parece divertirse mucho. Si la vieras...

Aurelio.—No es necesario. Conozco ese aspecto.

Alicia.—¡Ah! ¡Era una especialidad tuya?

Aurelio.—(Despidiendo el humo del cigarrillo por la nariz y frunciendo ligeramente el ceño). Una especialidad... no Hablando francamente, ella no era feliz conmigo.

Alicia.—¡Oh!, ¿es posible?

Aurelio.—Tú eres de una indulgencia deliciosa, querida, de una indulgencia loca... Tú eres un amor... Tú mequieres... Me siento tan orgulloso cuando veo esos ojos... si, esos ojos, con esa expresión acariciadora, divina... Es cuanto a ella... ¡Bah! Sin duda, no supe hacerla feliz. Eso es: no supe.

Alicia.—Es difícil de contentar. (Se abanica un poco rabiosamente con el cartero del menú, y ríe breves miradas a la mujer de blanco, la cual sigue fumando, la cabeza apoyada en el respaldo de su sillón y los ojos entornados con un aire de laxitud satisfecha).

Aurelio.—(Encogiéndose de hombro modestamente). Diste con la palabra ¡difícil!... Si, era difícil de contestar. Hay que compadecer a los que jamás estén contentos. Nosotros, nosotros estamos muy contentos. ¿Verdad, querida? (Alicia no responde. Presta una atención furtiva al rostro de su marido, coloreado, regular; a sus cabellos, un poco duros pero bien peinados; a sus manos, cortas y cuidadas. Dubitativa por primera vez, se interroga: "¿Qué más podría querer, esa pretenciosa?" Y hasta la partida, er tanto que Aurelio paga la cuenta y hace averiguaciones con el chauffeur sobre caminos, distancias, etc., ella no cesa un instante de mirar con una curiosidad envidiosa a la dama de blanco, a esa mujer descontenta, a esa mujer difícil, a esa mujer superior)...

COLETTE.

Cómo

se combate la humedad

La humedad, tan perjudicial para la salud, es al mismo tiempo la destructora de cuanto encierra un hogar, siendo muy difícil librarse de sus destructores efectos. Al principio suele pasar inadvertida, y muchas veces la casa que parecía bien construida y sana acaba por proporcionar desagradables sorpresas. (No hablo de los felices propietarios cuyos medios les han permitido construirse una vivienda con todas las garantías de comodidad). Casa o piso, decíamos que al cabo de cierto tiempo suelen revelar sus inconvenientes. En lo que concierne a la humedad, no es necesario esperar sus malos efectos: es preferible prevenirlos.

Contra las paredes húmedas.—Muchos son los productos que nos ofrece la industria y más numerosas aun las recetas caseras, pero digamos francamente que los resultados no siempre corresponden a las esperanzas. Declarémos de una vez que la humedad mural es imposible de quitar; lo que se puede hacer es impedir que penetre en la estancia cubriendola de una capa impermeable. Ahí va un par de fórmulas:

1.a Cera amarilla..... 1 parte
Aceite de lino..... 3 partes

Hecha la mezcla, extiéndase en caliente.

2.a Cal recientemente apagada
(en polvo)..... 1 kg.
Sal gruesa..... 1 kg.
Agua..... 4 ltrs.

Hágase cocer, espumando la mezcla, y se añade:

Alumbre.....	20 g.
Sulfato de hierro.....	10 »
Sulfato de sosa.....	15 »
Arena fina o ceniza.....	200 »

dormir como un tronco.



Es el voto que formulan noche a noche miles de seres desgraciados que el insomnio desvela.

Nada deprime más la salud, en efecto, que la falta de sueño, cualquiera que sea la causa: *preocupaciones, neurastenia, enfermedades, pesares, cansancio, trastornos nerviosos, etc.* No espere el último momento para poner fin a este martirio y tome desde esta noche la

PANVALERASE

Cápsulas o Solución a base de: Valeriana fresca, Brom. albumosa y Extr. completo cannabis Indica.

Que le procurará, sin ningún peligro, un sueño normal, apacible y reparador indispensable al bienestar de todo organismo humano.

En todas las Farmacias
Agente para Chile:
R. COLLIERE, Casilla 3247,
Calle Las Rosas, 1352,
SANTIAGO



El principal atributo de la belleza es un labio seductor de un matiz radiante. Esto solamente se obtiene usando el famoso

ROUCE GITANE COTY

Que le dará una belleza natural sin dejar rastro de grasa o pigmentos. Para realizar aún más este encanto úselo también los

POLVOS COMPACTOS COTY

en sus elegantes estuches y entonces conocerá Ud el secreto para triunfar en el mundo elegante.

Depositarios Generales
ARDITI Y CORRY
Moneda 643
SANTIAGO



M.P. INCL

Huellas de Animales



Huellas de animales salvajes: 1, búfalo; 2, cebra; 3, antílope; 4, avestruz.

Para el que vive en el campo el conocimiento de las huellas que dejan en la tierra las patas de los animales es de suma importancia, pues así el campesino puede conocer qué clase de animal ronda su casa y estropiea sus sembrados, y adoptar las medidas necesarias para evitar el mal.

No hace falta decir el interés que el estudio de esas huellas tiene para los cazadores. Pero este conocimiento tiene, además, un interés general por las curiosidades de que presenta.

Por las huellas se sabe si un animal ha pasado corriendo o al paso, pues las señales aparecen tanto más separadas cuando más veloz es la marcha del animal.

Las huellas de los lobos pueden confundirse con las de los perros, pero un experto en el estudio de las huellas sabe

que las de los canes son más redondas y tienen las marcas de los dedos más separadas. Si los lobos van al paso no hay medio de averiguar si ha pasado un solo animal o una manada entera, pues viajan en fila y cada uno pone los pies sobre las huellas del que va delante.

Las huellas de los osos tienen bastante parecido con las de los hombres cuando andan descalzos. Sólo se diferencian en que las del oso son más anchas y presentan las marcas de las afiladas uñas ante los dedos.

La vertiginosa carrera de la liebre deja en la tierra huellas muy curiosas. Forman grupos de cuatro huellas: dos delante bastante juntas y dos detrás, más separadas. Lo notable es que las de delante pertenecen a las patas traseras, pues la liebre las hace pasar por entre las delanteras para apoyarlas en el suelo. Así se explica lo largo de su galope y lo veloz de su carrera.

Las huellas de las fieras también tienen curiosas particularidades. La pista del león es muy tenue a causa de la blandura de sus patas y a veces describe traidores círculos, por lo que el cazador debe llevar cuidado en no ser sorprendido por la espalda.

El elefante africano deja una huella redonda que permite calcular el tamaño

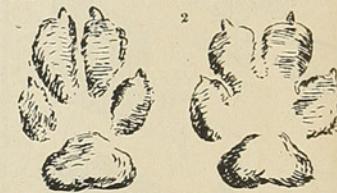
del paquidermo, pues la circunferencia de la marca equivale a poco menos de la mitad de su estatura.

Los hipopótamos producen huellas muy parecidas a las de los elefantes, pero pueden distinguirse fácilmente, porque entre las del corpulento anfibio se ve el surco que abre su abultado vientre.

Finalmente, citaremos las huellas del aveSTRUZ, inconfundibles por su extraña forma, lo que se debe a que esa zancudilla tiene únicamente dos dedos, uno bastante más largo que otro.

En nuestros grabados puede verse esta curiosa huella del aveSTRUZ y las de otros animales. Viéndolas comprenderá el lector que, para el cazador, sean tan útiles como las huellas digitales para el policía.

MANUEL A. DUERO



1, huella de lobo; 2, huella de perro.



CATARROS FUERTES Y LA GRIPPE

Desaparecidos Inmediatamente!

Al primer síntoma de un catarro, tos, entornudos, escalofríos o fiebre, tómese Fenalgina inmediatamente y evítense otros síntomas. Los catarros no son alarmantes en sí mismos, pero rápidamente causan bronquitis o pulmonía. Protéjase usted, a su familia y hasta a los niños de estas enfermedades peligrosas con Fenalgina, recomendada por médicos en todas partes. Insista en: FENALGINA.



FENALGINA, M. R.: Fenilacetamida carbo-amoniada.

Se vende también en sobrecitos de 4 tabletas a \$ 0.60 cada uno.
Único Distribuidor: AM. FERRARIS-Casilla 29-D.-Santiago de Chile



COMO es antiséptico, antiflúgico y calmante, desobstruye y refresca la nariz rápidamente, despeja la cabeza, evita una complicación y ayuda a cortar el resfriado.

En la coriza, o catarro nasal crónico, produce los mismos excelentes resultados.

Médicos y especialistas lo recomiendan con entusiasmo.



Eter compuesto étanico del ácido orto-oxibenzólico. «Cruz Bayer». M. R.

LA MELANCOLIA

¿Llora el que está melancólico, o cae en la melancolia el que ha llorado mucho?

He aquí una cuestión de *prioridad* casi tan grave como la mayor parte de las que resuelve la filosofía en sus libros antiguos y modernos: dicen que se cura respirando los aires purísimos del campo y distrajendo el espíritu ante la naturaleza.

Eso médicos, sin que se ofenda por ello la respetable clase, saben muy poco de achaques del corazón; no es esto decir que no conozcan los remedios científicos que deben aplicarse en las diversas enfermedades de esa viscosa.

No todas las palpitaciones del corazón degeneran en lesiones orgánicas. Mejor curan los doctores las palpitaciones que se perciben en el exterior, que las que agitan al pobre enfermo en el espacio más recóndito del pecho.

Para ese mal no bastan los recursos de la ciencia.

Lo qué no logran los libros de Hipócrates y Avicena; lo que no se alcanzaría con todos los simples y compuestos de la antigua y de la nueva farmacopea, lo logra una mirada de ternura, lo alcanza un suspiro de amor.

¡El campo! El campo es el magnífico alcázar de las almas melancólicas: allí cuentan sus penas al aura que las acaricia, y creciente con sus lágrimas el caudal transparente de los arroyos.

La melancolia es una enfermedad del espíritu. Los enfermos que la padecen anhelan sobre todo, la soledad.

Cuando una mujer siente disgusto y malestar en medio de la multitud, de cierto se halla enferma; su dolencia no está en los nervios; está en el espíritu. La melancolia se cura o se agrava en la soledad.

Nunca estoy más acompañado —sólo decir un héroe romano— que cuando voy solo; nunca hablo más que cuando callo.

Nunca es más formidable una mujer que cuando calla; nunca está más angustiada por la soledad del corazón que cuando evita la sociedad de las gentes.

La soledad es la atmósfera donde respira la melancolia.

A corazones heridos, sombra y silencio, ha dicho Balzac.

Unicamente en la soledad puede ho-

jearse sin riesgo el libro del corazón.

La soledad es el egoísmo supremo del dolor.

Viviendo entre la multitud puede vivir sola una mujer.

Este fenómeno se verifica en dos ocasiones: cuando ama o cuando sufre; o más bien en una sola: cuando ama.

SEVERO CATALINA.



DURANTE TODO EL CORRIENTE MES
BOURJOIS REGALA
 a cada comprador de
POLVOS "SOIR de PARIS"
 un
EXTRACTO "SOIR de PARIS"
 para bolsillo, encerrado en un precioso estuche
 de esmalte azul.

PIDALO EN TODAS LAS CASAS DEL RAMO



toda
clase
de
trabajos

UNIVERSO
SOCIEDAD IMPRENTA Y LITOGRAFIA

SI ESTAS POR CASARTE

Recuerda que tu mamá política, al casarte, pierde a su hijo, y, en consecuencia, debes tratar por todos medios de ser suave con ella y demostrarle que en lugar de perderlo ha ganado una hija más.

Escucha con paciencia todos los consejos que te den acerca del matrimonio, pues hay muchas personas que creen indispensable aconsejar a la joven que se va a casar. Escúchalos con paciencia, aunque luego arrojes los consejos al olvido.

No te olvides de invitar a la fiesta de la boda a todas las personas que se creen con derecho a ello; por ejemplo, aquella viejita tía que hace tantos años no la ves, estará ansiosa por contemplar el traje de novia y se sentirá muy ofendida si te olvidas de ella. Tampoco tienes que dejar a un lado a los parientes políticos de tu familia.

Preocúpate de la elegancia del traje de novia; pero ten cuidado de no exagerar los detalles, porque correrás el riesgo de llamar demasiado la atención, cosa que no es necesaria en ningún momento. Recuerda: nada más que elegante; no llamativa.

Ten presente que el día de tu boda vienes a ser algo así como el centro del Universo, o poco menos, así que debes tratar, por todos los medios, de estar lo mejor posible, y esto no sólo en cuanto al aspecto de tu persona, sino también en tu trato con los invitados y parientes.

Considera que tu futuro esposo puede estar, casi podría decir estaré muy nervioso ese día, y, por lo tanto, debes precuparte para que su nerviosidad no se vea aumentada con esperas prolongadas al partir para la iglesia. Si él tiene que esperar en la iglesia, como se acostumbra a veces, debes extremar las precauciones para llegar con puntualidad.

Inclúcale a ti misma, la idea de ser la "perfecta esposa". Puede ser que oigas decir que ninguna lo ha conseguido todavía; pero eso no tiene que descorazonarte: al contrario, manténtele firme en tu idea, y lograrás ser la primera que lo consiga.

En el equipaje que preparas para el viaje de novios incluye alguna prevención para no echar a perder tu "trousseau", en algunas de las excursiones que realces en compañía de tu flamante esposo, o en los días de lluvia.

Ayuda a tu esposo para que actúe con toda naturalidad en los primeros pasos por la nueva senda; probablemente tenga él mucho más miedo que tú de presentarse en público los dos juntos, pues al principio creerá llamar poderosamente la atención en todas partes a donde concurre.

Determinate realmente a ser la pareja más feliz de la tierra.

Ruega a Dios para que bendiga tu matrimonio, teniendo presente en tus oraciones a tu esposo, tanto como a ti misma.

Puede que hayas adquirido, en tus tiempos de modernismo, mal entendido a veces, el hábito de fumar. ¡Por favor! ¡Qué el día de tu casamiento no se te ocurra fumar cuando vistas el traje de novia! Sería muy feo que cometieras ese error imperdonable.

Que en ningún momento se te vaya a ocurrir disimular lo feliz que te sientes. ¡Muestra tu felicidad a los ojos del mundo! La felicidad es un factor muy poderoso para realizar la belleza de las personas.

No hay que esperar tranquilamente a que el matrimonio resulte todo un éxito. Lo mejor es determinarse firmemente a lo que sea. Habrá así mayores probabilidades de triunfo.

No enteres a nadie del trayecto que pensás seguir en vuestro viaje de bodas.

Los momentos más felices de nuestra vida

Nuevamente
en el hogar



Los fugaces momentos de placer, no se pierden para siempre, cuando se dispone de las películas personales. Las escenas de la niñez, de la familia reunida, de interesantes incidentes diarios, y de los viajes en lejanos y apartados lugares de la tierra, todas ellas se pueden tener de nuevo con la cámara cinematográfica y el proyector "FILMO". Cualquiera puede tomar películas con la "FILMO", pues su funcionamiento es muy sencillo.

Todo el mundo se convertirá para usted en escenario cinematográfico. Su familia y sus amigos serán las "estrellas".

Conservé en una historia viviente las felices horas de la vida, y disfrute de ellas una y otra vez, cuando lo deseé.

70 75



FILMO

PIDA FOLLETOS EXPLICATIVOS

Casa Hans Frey

SECCION KINOS

ANTOFAGASTA — COQUIMBO — COPIAPO — VALPARAISO
— SANTIAGO — CONCEPCION — TEMUCO — VALDIVIA

CUPON

Nombre _____

Ciudad _____

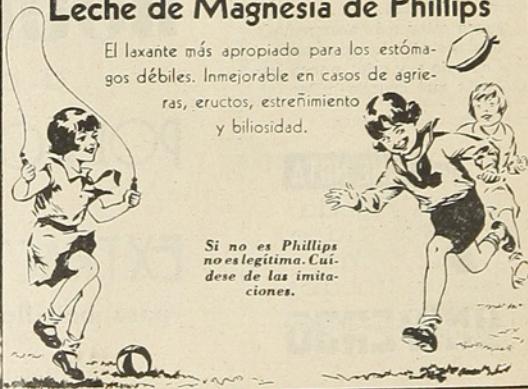
Calle y N.º _____

Es una gloria verlos...

tan sanos, tan fuertes, tan alegres. Nunca han estado enfermos y las ligeras indisposiciones del estómago que de cuando en cuando sobrevienen a todos los niños, les pasan bien pronto con la excelente

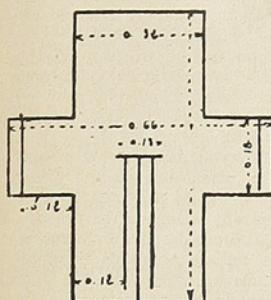
Leche de Magnesia de Phillips

El laxante más apropiado para los estómagos débiles. Inmejorable en casos de agrieturas, eructos, estreñimiento y biliosidad.



*Si no es Phillips
no es legítima. Cuidese de las imitaciones.*

CHAQUETITA DE CASA PARA BEBE



Los colores de este precioso modelito, son un azul fuerte combinado con un rosa muy pálido, y está hecho con lana y seda de 4 cabos, pudiendo también emplear radio-lana de los mismos colores.

Indicaciones para la ejecución.— Para las medidas de un año a año y medio, se necesitan 50 gramos de lana de cada uno de los dos colores indicados, y 2 agujas de hacer calceta de 4 milímetros.

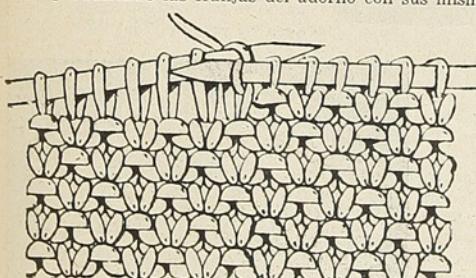
Se empieza por la espalda, haciendo 72 puntos con la lana azul, seguidos de 4 agujas siempre al derecho. Después, y ya con la lana rosa, se harán otras cuatro agujas, a punto de media (una al derecho y otra al revés). Vuélvase a tomar la lana azul para hacer dos agujas al derecho y sobre ellas 2 agujas rosa al mismo punto que las anteriores del mismo color (fig. I).

Entonces se empieza a hacer el dibujo; cogiendo la lana azul, se hace 1 aguja al derecho. A la siguiente se echará la hebra al revés; 3 puntos al revés, y cogiendo el primero de ellos, es decir, el que está inmediato a la pasada, se deja caer sobre los otros dos, échese la hebra, etc., siguiendo lo mismo hasta concluir los puntos. Tómese la lana rosa haciendo con ella otras 2 agujas iguales que las anteriores (fig. II). Altérense así los dos colores hasta tener 16 cms, de dibujo, que equivalen a 20 desde el principio de la labor.

Para empezar las mangas, se añaden 28 puntos a cada fiнал de aguja, continuando el dibujo otros 10 centímetros; ciérrense entonces los 24 puntos del centro para dar forma al cuello. Desde ahí se trabajará cada lado por separado, añadiendo 9 puntos por cada lado para el cuello del delantero. Trábanse otros 10 centímetros y pueden cerrarse los puntos de las mangas. Conclúvase el delantero que deberá tener el mismo largo de la espalda y termina con las mismas franjas. Estas concluirán en linea diagonal por delante, y para ello se crecerá 1 punto al empezar cada aguja por el centro. El segundo delantero se hará en un tono igual al primero.

En cuanto estén hechos los dos, se toma la lana rosa y con ella se recogen los puntos del delantero por la abertura del centro, haciendo sobre ellos 2 agujas al derecho, que sirven de base a las mismas franjas que lleva la prenda en su extremo inferior. Al llegar a éste se aumenta 1 punto a cada fin de aguja, para formar el pico que corresponde al de la franja ya existente, a fin de que la esquina siente bien plana.

Al extremo de las mangas se recogerán también los puntos, reproduciendo las franjas del adorno con sus mismos co-

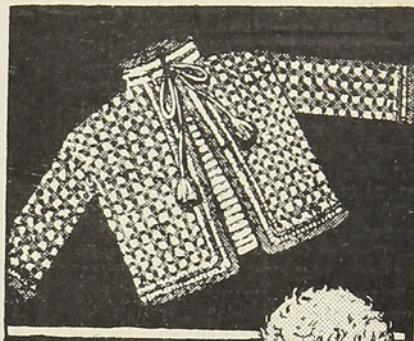


CONSEJOS

Limpieza de mármol.— Las manchas desaparecen, especialmente las de grasa, vertiendo encima bencina y amasándola con magnesia calcinada; después de un rato de contacto se restriega fuertemente, y si no a la primera operación, en las sucesivas se logra que las manchas术desaparezcan.

Para blanquearle se practica igual operación con creta preparada e hipoclorito cálcico amasado con agua y a ser posible secarle al sol.

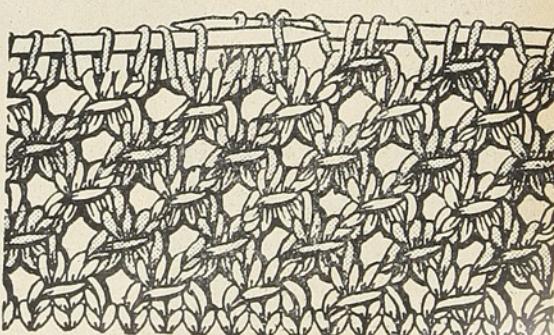
Para Todos—5



lores y puntos, añadiendo después 10 agujas de lana rosa a punto de calceta, para dar mayor consistencia al puño doblándole.

Cuello.— Háganse por separado 66 puntos con lana rosa, seguidos de 4 agujas a punto de calceta. Con la lana azul se harán 2 al derecho, volviendo a tomar la lana rosa; háganse otras 4 agujas al mismo punto que las anteriores del mismo color; sobre éstas se hacen 6, siempre al derecho, con la lana azul, y cogiendo de nuevo la rosa, conclúvase por 10 agujas a punto de calceta, para doblar el cuello lo mismo que las mangas.

Hágase un cordón de 45 centímetros de largo, con las dos lanas mezcladas, que se pasará por los dos lados del cuello rematándolo con dos borlitas, también de lana mezclada.



PRACTICOS

Pulverizaciones para curar el resfriado de cabeza.— Clorhidrato de cocaina, 2 gramos; mentol, 5; aceite de vaselina, 100. Tomar pulverizaciones cada tres horas.

Para quitar las rodilleras en los pantalones de hombre.— Se vuelven al revés, se mojan bien todas las arrugas y encima de una tabla forrada se planchan con la plancha muy caliente, y así se dejan sin volverles del derecho hasta que estén completamente bien secos.

LAS PROFESIONES LIBERALES

La señora Amanda Labarca, me ha presentado a la doctora América Holzauer, y esta presentación, me ha sugerido la idea de averiguar, si las profesiones liberales reportan en realidad a las mujeres beneficios adecuados al tiempo, esfuerzo y dinero, que le cuesta a cada cual obtener el título.

La doctora Holzauer, dentista, chilena, se muestra satisfecha desde luego, de los resultados pecuniarios que le ha reportado su carrera. La interrogo:

—¿Siempre tuvo usted la intención de elegir esta profesión, o se inclinó usted a ella repentinamente, por causas ajenas a una vocación decidida?

—Mi deseo era ser arquitecto, pero mi padre, hombre de mucho carácter, y que no siempre consultaba nuestros deseos, se opuso a ello terminantemente.

—Por qué?

—No me dió razones muy abundantes, pero el hecho es que se opuso. El quería a toda costa que yo fuera profesora de matemáticas. Resulta que todos nosotros, mis hermanos y yo, éramos los primeros en este ramo en las humanidades.

—Pero la pedagogía, ¿no le gustaba a usted...

—Me gustaba, pero para la pedagogía se necesita cierto carácter del que carezco en absoluto. La timidez ha sido mi gran enemiga para abrazar esa carrera y para muchas otras cosas. Yo no me consideraba con aptitudes para manejar muchachas. Sus burlas, nunca faltan niñas desagradecidas y necias que se burlan de su profesor, me habrían hecho a mí un grave daño. No me atreví, pues. Tuve más miedo de mis futuras alumnas, que de la cólera de mi padre, y le desobedecí.

—Y entonces, ¿se decidió usted por la dentística?...

—A escondidas de él. La arquitectura me interesaba mucho pero para seguir con ella, necesitaba al principio la ayuda de mi padre. En cambio puse



Sra. AMERICA ACURA M. DE HOLZAUER

geradores, no teníamos sólo que vencer el natural horror a la muerte, para trabajar, sino que... en fin, usted comprenderá. Al principio no podía comer, y mi salud decayó muchísimo, pero alcancé al fin mi título del que ahora estoy muy satisfecha.

—¿Ha estado usted en Alemania?

—Sí, mi marido es alemán, y marché con él a Alemania el año 23. La vida me reservaba allí algunas otras pruebas. En aquel año, cinco después de la guerra, todavía la vida en Alemania era dura, sobre todo para una chilena, que ignoraba por completo las privaciones en materia de alimentación. Se nos vendían los alimentos medidos. Por ejemplo: una libra de azúcar por semana para cada persona. Nosotros fuimos pronto tres. En Alemania me nació un hijo, y sólo mi marido obtenía, en calidad de ciudadano alemán, su libra de azúcar. Ni yo, ni mi hijo, considerados extranjeros. Mi marido tenía pues, que comprar a precio muy subido el azúcar de la que no podía privarme sin mucho sufrimiento. Esto mismo acontecía con el café, el té, y otras

muchas cosas. Felizmente pudo mi familia enviarme alimentos desde aquí y nuestra situación así mejoró mucho.

—¿Cuánto tiempo estuvo usted en Alemania?

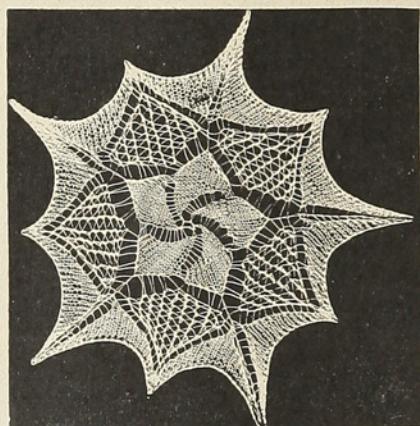
—Cinco años. Estoy en Chile desde 1928. Aquí nació mi hija menor que tiene ahora tres años.

—Hizo estudios referentes a su profesión en ese país?

—Naturalmente. Ese fué el principal objeto de mi viaje.

La señora Amanda Labarca, se refiere entonces a los lindos dibujos a palillo que ejecuta la doctora Holzauer.

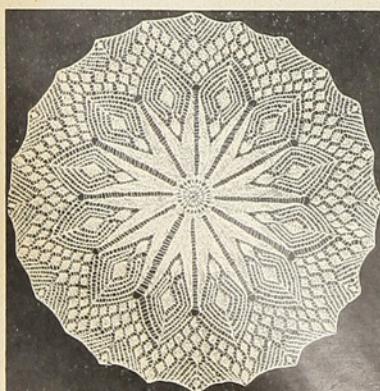
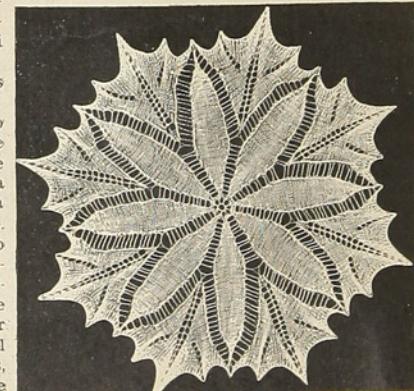
—Sí, la Universidad, no borró nunca en mí las aficiones domésticas. Me gusta mucho tejer a palillo, y creo poder afirmar que he perfeccionado cuanto es posible todo lo que se puede hacer en este sentido. Para divulgar



que la dentística, me proporcionaría medios de vida más sencillamente y más pronto, y así fué como adopté esa decisión.

—¿Le resultaron fáciles los estudios?

—Muy difíciles al principio, no los estudios, sino la necesidad de estudiar en cadáveres. Cuando se me comunicó que tenía que ir a sacarle muelas a los muertos, la primera vez, casi me desmayé. Estuve a punto de vacilar, pero mi padre ya sabía que yo estudiaba dentística, y si hubiera renunciado, se habría burlado de mí. Este temor, me hizo sacar fuerzas de flaqueza, y seguí aquel horrible curso sobre cadáveres, espantosos en mi tiempo sobre todo, pues no existiendo refrí-

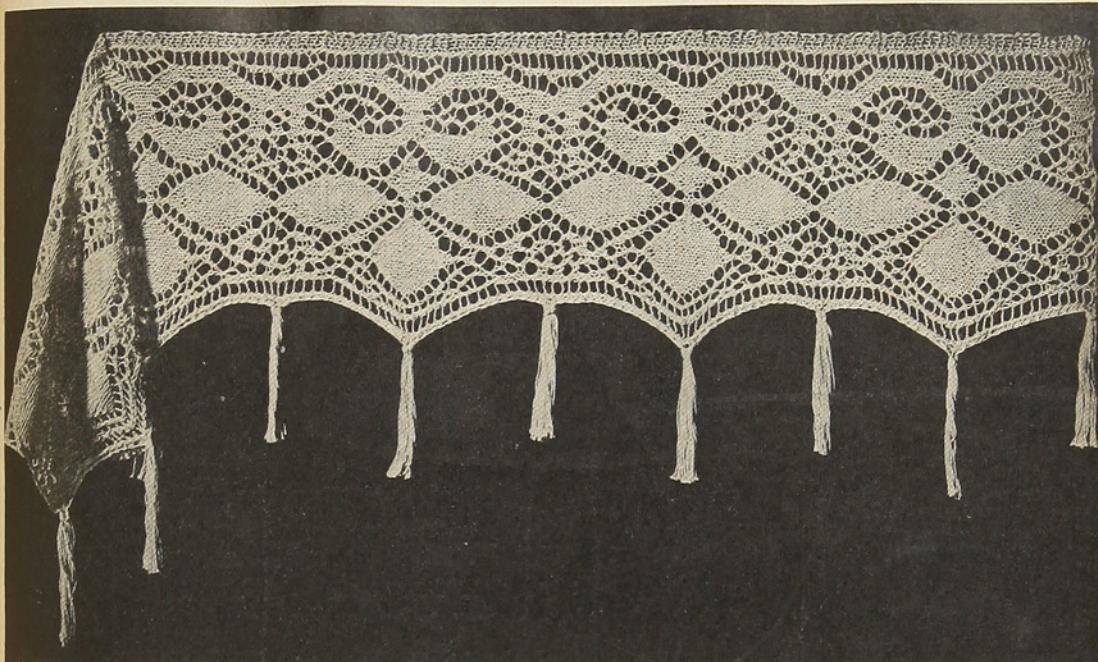


Y LAS MUJERES

"PARA TODOS"

LA DOCTORA
AMERICA HOLZHAUER

35



mis pequeñas invenciones, estoy escribiendo un libro que debe aparecer pronto.

—Es muy interesante. Cada día las mujeres se aficionan más a la dulce tarea de tejer. Es muy amable y útil manera de entretenerte las horas de ocio. ¿Me puedes mostrar algunos de sus trabajos?

—Tengo aquí unas fotografías muy precisas, que le puedo enseñar.

Veo con el mismo placer que experimentarán los lectores, los lindos encajes, tan delicadamente ideados, y tan admirablemente ejecutados.

—A veces—me dice— pido ideas a los pintores. Por ejemplo, mire usted éste. El modelo me lo dibujó Dorliac.

—Es muy hermoso. Pero volviendo a su profesión. ¿Gana usted con ella lo suficiente para vivir?

—Para vivir yo sola, sí, con creces, pero no, naturalmente para mantener a mi familia. Sin embargo, como ayuda para un hogar, no está mal. Yo no soy ambiciosa.

—¿Se puede saber cuánto gana usted? Su respuesta dará alguna idea a las niñas que vacilan hoy día entre una u otra profesión.

—Pues yo no puedo dar una reseña fiel de lo que puede ganar una mujer que abraza la carrera de dentística, porque como soy casada, trabajo solamente algunas horas en el día. Tengo dos niños y un hogar que atender. En tres o

cuatro horas diarias de trabajo, gano hoy por término medio, mil pesos mensuales.

—No está mal.

—Es un trabajo independiente y alegre. Yo estoy contenta. Mis clientes son niños por lo general. Yo soy con ellos suave y cariñosa. Me quieren mucho y por lo general no me dan mucho que hacer.

Pido a la doctora América Acuña de Holzhauer un retrato que me ofrece, y que publicamos aquí.

Ya tienen, pues, una idea respecto de la carrera de dentística, las jóvenes bachilleres que piensan en la carrera que habrán de seguir. En los próximos números, irán encontrando nuestras lectoras novedades noticias al respecto.

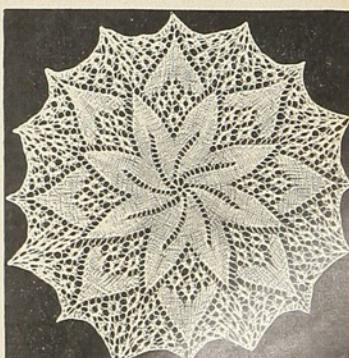
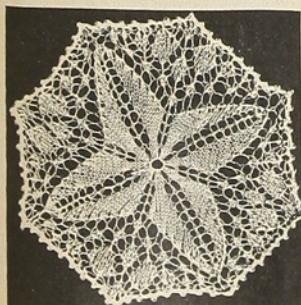
LA COPLA ANDALUZA

Más que valentía, suerte,
y más que valor, audacia.
Es el modo de imponernos.

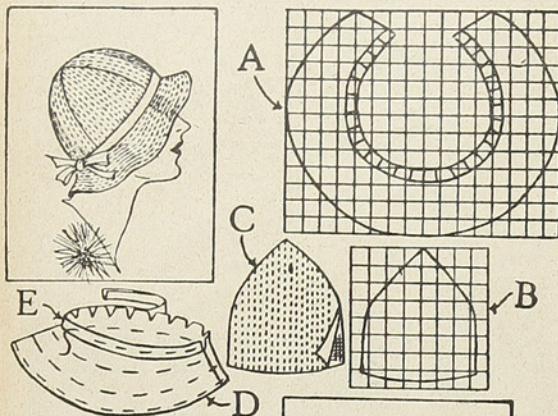
No seguir del corazón
los impulsos es la forma
de evitarnos el dolor.

Juzguémonos sin pasión;
no queramos imponernos
cuando nos falte razón.

BUENAS IMPRESIONES HACE UNIVERSO



PATRON DE SOMBRERO PESPUNTEADO



Vamos a ofrecer a nuestras lectoras, la posibilidad de lucir, con poco gasto, un elegante sombrerito de entretiempo. Una de sus ventajas es que puede llevarse con el ala caída sobre los ojos, o levantada por delante.

Esta clase de sombreros, hechos con el mismo género del traje sastre que acompañan, forman un conjunto de exquisita distinción. También está indicado como complemento de trajes deportivos.

Para hacer el patrón del ala, hay que tomar una hoja de papel de cuarenta centímetros por treinta y cinco, sobre el que se trazará la crádula que señala la A, y después se trazan las líneas, que atraviesan exactamente los mismos cuadros que en el diagrama.

Las dimensiones del papel sobre el que se ha de cortar el patrón de las cuatro piezas que componen el casco, son de un palmo en cuadro, y la B indica las líneas de que ha de constar la cuadrícula, así como el dibujo de la pieza.

Cada pieza se forra con crudillo antes de armar el sombrero, y la C nos enseña cómo se pespuntean las piezas del casco. Los pespunteos estarán separados entre sí por la distancia de un centímetro.

Para hacer el ala, se ponen las dos hojas de la tela juntas, derecho con derecho, y encima de ambas se pone la entretela. Pásese un pespunte a máquina alrededor de los bordes, entonces se unen los dos bordes de atrás por medio de una costura abierta, y ya se puede volver el ala al derecho y comenzar a pespuntearla, empezando por el borde inferior. Téngase cuidado de la igualdad de los pespunteos y de que vayan separados por la misma distancia de los del casco.

El borde inferior del ala, o sea el destinado a sostener el casco, después de darle piques se vuelve hacia arriba, hilvanando una tira de glaseta como muestra la E.

Las piezas del casco se unen por medio de costuras abiertas. Primero unen dos piezas y se plancha la costura, luego las otras dos, y por último se cosen las dos mitades. Vuélvase hacia dentro el borde inferior y se cose al ala, cubriendo la pegadura con una cintita estrecha, que se anuda con sencillito lacito.

CONSEJOS PRACTICOS

Para hacer la lejía se echan en el agua los polvos de gas, en jia es necesario: 250 gramos de polvos de gas; 250 gramos de cristales de soda y 250 de soda en piedra.

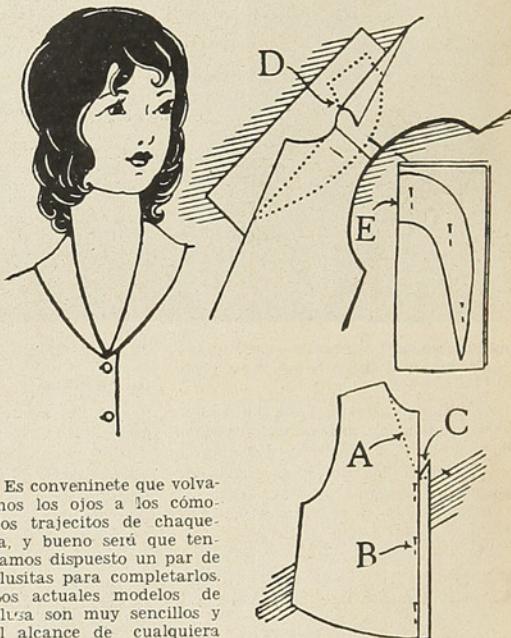
Para hacer la lejía se echan en el agua los polvos de gas, en-

vueltos en un pedazo de tela blanca; en seguida se echan también los cristales de soda y la soda en piedra, teniendo cuidado de no tocarlos con la mano; se mueve tres o cuatro veces y después se deja quietas veinte horas, para que se posen los polvos. Pasado este tiempo se embotta y se puede usar cuando se necesite.

Limpieza de guantes sin bencina.— Todos los productos que por las actuales circunstancias escasean y, por lo tanto se encarecen, hay que tratar de substituirlos con otros artículos que estén al alcance de todas las fortunas.

Los guantes quedan perfectamente limpios (se entiende que los de crádilla) con una mezcla líquida de bicarbonato de soda y leche, en proporción de 5 gramos de bicarbonato por litro de leche. Los guantes se limpian puestos, mojando un pañito blanco en la mezcla de leche y bicarbonato, y se secan con una franela seca muy suave.

PARA HACER UN CUELLO SOBRE UN ESCOTE EN PICO



Es conveniente que volvamos los ojos a los cómodos trajecitos de chaqueta, y bueno será que tengamos dispuesto un par de blusitas para completarlos. Los actuales modelos de blusa son muy sencillos y al alcance de cualquiera modista casera, pero el sentir bien el cuello... esa es la única dificultad que ofrecen y nos proponemos vencerla, dando las necesarias indicaciones para cortar un cuello, sobre el escote en pico, propio de la blusa inglesa.

Empíécese por señalar el escote sobre el patrón, como vemos por la A, volviendo hacia dentro el trozo de papel sobre el que se corta la tela. La abertura por delante requiere una pestaña de tela y po reso la B, nos señala que se añadirá al patrón una tira de papel de unos dos centímetros. El extremo superior de esta tira, se ha de cortar de modo que se adapte a la linea del escote (C).

Para cortar el patrón del cuello, extiéndanse sobre la mesa el patrón del delantero y el de la espalda de la prenda, unidos por la costura del hombro. Colóquese un pliego de papel debajo y como indica la D, se traza sobre él la forma del cuello que se quiera. Pásese sobre el dibujo la ruedecilla de marcar, y se corta el papel por donde indican los agujeritos.

La E señala cómo se ha de colocar el patrón del cuello sobre la tela, poniendo el centro de la parte de atrás, sobre el doblez del género. Al cortar este, déjese todo alrededor la pestaña destinada a las costuras.

Este sencillo cuello, es también un bonito complemento de un vestido de niña, y hecho en toile o fino piqué blanco, refrescará mucho un vestido obscuro de colegio.

Cómo hay que sujetar a los animales

Todos los actos de la vida tienen su ciencia, porque todo puede hacerse bien y mal, y, al que lo dude, le recordaremos

tus dedos y hasta en los pies del mueble en que subes, calcula ahora todo lo que indispensablemente has de atender para hacer bien las cosas de importancia".

Con toda esta filosofía vamos a parar en que la operación de coger a los animales requiere ciertos cuidados.

Si usted coge un gato por el vientre o por las patas delanteras, sufre el organismo del gato y puede sufrir el suyo si al mínimo se le sube la mosca a la nariz, pues la posición le permite arañarse las manos. Para evitar ambas cosas hay que coger al gato como indica uno de nuestros dibujos.



Así hay que coger a los gatos.

las siguientes palabras de Alberto Llanas:

"Hasta para fijar un clavo en la pared



Y así a las aves pequeñas.

puedes cometer los torpezas siguientes:

"Clavarlo en ocasión en que con el ruido molesta a quien no quieres molestar.

"Estroppear la pared".

"Torcer el clavo".

"No introducirlo lo necesario para que pueda sostenerlo lo que en él cuelgues.

"Estroparte los dedos.

"Cear de la silla, o de la mesa, o de la escalera en donde te has subido.

"Si para clavar bien un clavo en la pared has de poner cuidado a un tiempo en la pared, en el clavo, en el martillo, en



Y así a las palomas.

Los pájaros se cogen rodeándoles el cuerpo con la mano, de modo que solo queden al descubierto la cabeza y la cola. Cogerlos de cualquier otro modo es peligroso para el animalito, dada la fragilidad de todos sus miembros.

Otro de nuestros dibujos indica cómo se deben coger los palomos. Hay que sujetarlos por la punta de las alas de modo que las patas descansen sobre la palma de la mano. Así no se hace al cuerpo del palomo daño ninguno y nosotros participaremos de esta ventaja cuando lo matemos para echarlo en el cocido.

Al gallo hay que cogerlo por las alas como se ve en otro de nuestros grabados. Sólo así nos libraremos de sus espolones y de su pico, lo cual es muy importante, pues casi todos los gallos son más valientes y bregadores que el popular Rafael. De igual modo deben cogerse los ánades y pavos.

No es probable que nuestros lectores tengan que coger ninguna culebra, pero,

a título de curiosidad, uno de nuestros grabados muestra cómo sujetan a estos reptiles los empleados de los laboratorios,



Y así a los gallos, gallinas y ánades.

donde se les extrae el veneno para emplearlo en ciertas composiciones químicas. Las sujetan cogiéndolas con el pulgar y el índice por el cuello. Así la serpiente queda inutilizada; lo único que podrá hacer es enroscar su cuerpo al an-



Y así a las serpientes (lagarto, lagarto!)

tebrazo del que la sujetan y lanzar furiosos resoplidos, pero ni una cosa ni otra son de temer.

En cuanto a tigres, leones, lobos, panteras y otros animales igualmente insaciables, lo mejor es no cogerlos de ningún modo, pues se les coja como se les coja, le dan un disgusto al más pintado.

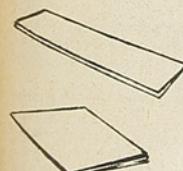
FERMIN BALART.

Cómo puede usted construir...

Tres instrumentos de dibujo

Cuando hay que hacer momentáneamente y a la ligera un dibujo, se pueden improvisar los tres instrumentos principales: la regla, la escuadra y el compás.

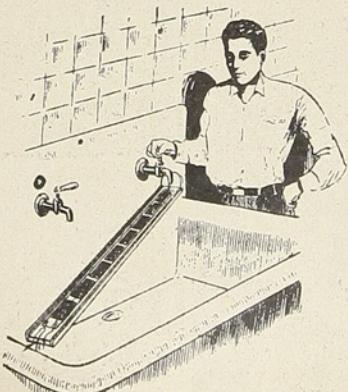
Una hoja de papel fuerte doblado, co-



mo indica la figura 1.a, servirá de regla. Otro trozo de papel semejante sirve de escuadra, doblando dos veces por la mitad (fig. 2.a) y una tercera vez diagonalmente. El compás se obtiene con un carpatajum y una punta de lápiz como indica la figura 3.a.

Un instrumento para lavar las películas fotográficas

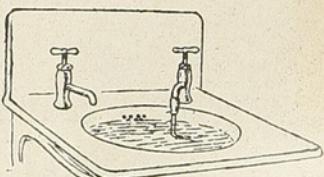
Una tabla de madera con dos listones



clavados a los bordes y colocada en la bañera o en el fregadero como el dibujo indica, sirve para lavar bien y rápidamente las películas fotográficas.

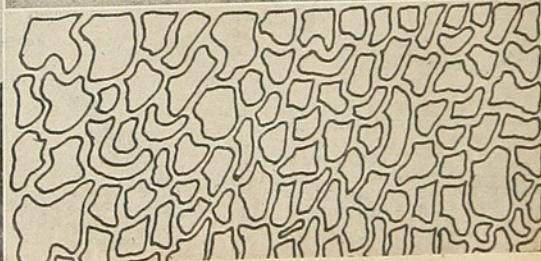
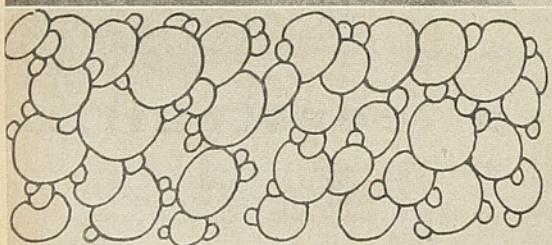
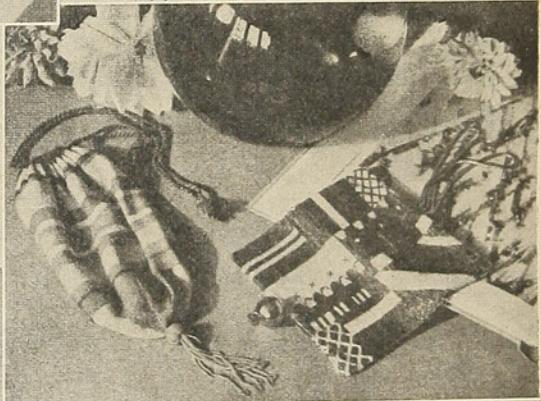
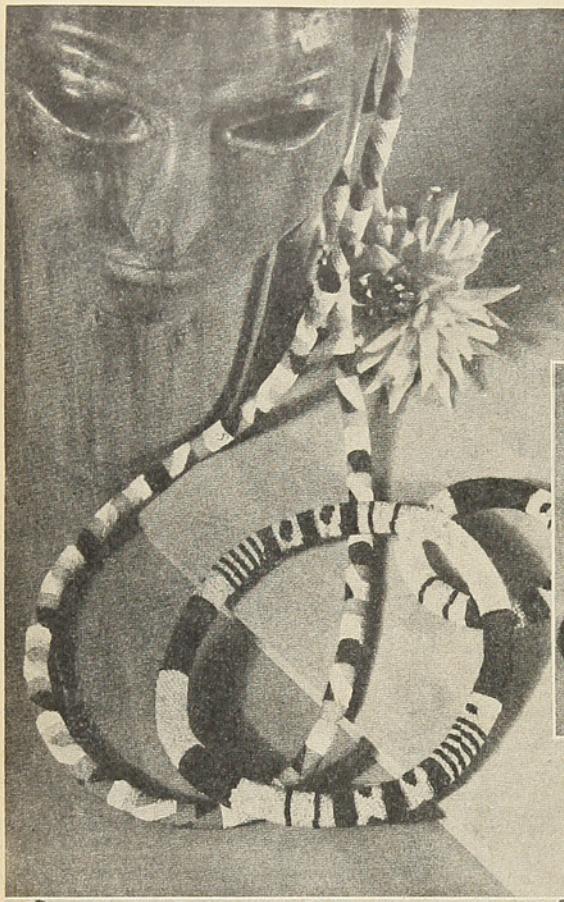
Un aparato para lavar las pruebas fotográficas

Consiste en un simple tubo de goma



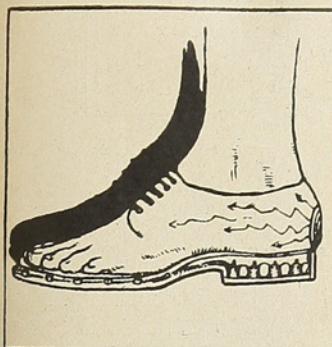
aplicado al grifo del lavabo y que descansa sobre el fondo. El agua, al salir por el tubo, recibirá un impulso de rotación que conservará las pruebas en constante movimiento.

Collares y maletines de mostacillas



NOTICIAS CIENTÍFICAS

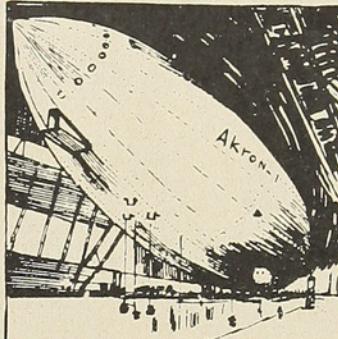
Zapatos vitalizadores



La última novedad científica que llega a nosotros desde el país de los inventos—huelga decir que se trata de los Estados Unidos—consiste nada menos que en unos zapatos para conservar las energías en el cuerpo humano, mejor dicho, para reparar las que se pierden. Los zapatos no se distinguen de los corrientes en cuanto a su aspecto. Todo consiste en la construcción interior, donde hay dos polos, uno positivo en un zapato y otro negativo en la pareja. La persona que se pone estos zapatos recibe la electricidad que hay en la atmósfera, la cual, al pasar por el cuerpo, que sirve de conductor, deja en él su energía. Es decir, que los zapatos persiguen el mismo fin que Voronoff con sus glándulas, que, como es sabido, son las de los monos... y que el ilustre sabio no lo tome a mal.

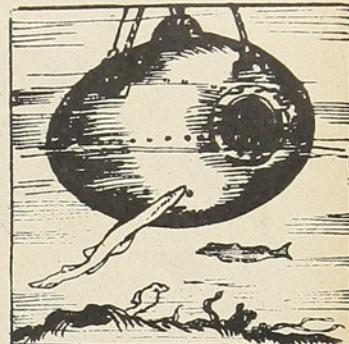
El mayor dirigible

En los Estados Unidos se está terminando, para la Armada norteamericana, el dirigible "Akron", que además de ser el más perfecto, será el mayor de los existentes, pues dobla el volumen del "Graf Zeppelin" y excede al "R 100", en 21 metros de longitud y 3 de altura. Los



motores constituyen la última palabra de la ciencia y pueden girar a ambos lados hasta formar un ángulo de noventa grados con la nave. Como hemos dicho, este dirigible no es para ninguna línea de viajes, sino para la Armada de los Estados Unidos. Y ¡viva el pacto Kellogg!

Hacia abajo



Frente a la costa de las Bermudas, el explorador William Beebe ha batido el record de la profundidad submarina, llegando a 475 metros de la superficie, en el interior de una bola de acero. A esa profundidad el peso del agua es de diez mil kilos por pulgada cuadrada, pero la esfera de acero resistió perfectamente la enorme presión. El señor Beebe ha podido llevar provisión de oxígeno para una hora y comunicar constantemente con el buque expedicionario por medio de un teléfono. Un potentísimo foco de luz le ha permitido hacer observaciones sobre el misterioso mundo submarino que enriquecerán los archivos del American Museum of Nueva York, por cuenta del cual ha realizado la proeza. Se comprende que William Beebe sea un sabio: a casi quinientos metros debajo de la superficie del mar ¡cuálquiero no tiene pensamientos profundos!

DE LA GLOTONERIA

Dice un proverbio que las bestias se alimentan, el hombre come y sólo el sabio sabe comer. Pero esto no ocurre siempre. A Balzac, a Voltaire y a Victor Hugo, por ejemplo, se les puede considerar como sabios a su modo y, sin embargo eran unos trágones cuyas hazañas gastronómicas sorprendían a cualquiera.

El propio Balzac contaba que al acabar una noche de mucho trabajo fué a cierta fonda de París y pidió y se comió doce docenas de ostras de Ostende, doce chuletas de carnero, un pato, dos perdigones asadas, un pollo de Normandía, frutas, café y licores.

Victor Hugo cuya dentadura de hierro podía triturar un hueso de costilla como si fuera mantequilla, solía distraer a sus nietos, después de comer seis platos, recogiendo las sobras de la sopa, de la entrada, del pescado, del asado, de las legumbres y los dulces, mezclándolos y comiéndose aquella horrible ensalada con el mismo gusto que si se tratase de un manjar exquisito.

Voltaire, que casi se mantenía de café puro, blasónaba de tomar sesenta tazas diarias, en lo cual se parecía al doctor Johnson, que tomaba diariamente igual número de tazas de té.

Sin embargo, a juzgar por los datos contenidos en un libro muy interesante que se publicó hace algunos años en Francia: "El comer y sus amenidades", parece que Balzac, ni Victor Hugo, ni los campeones más modernos del comer, a algunos de los cuales se les ha visto comerse cincuenta huevos fritos,

una docena de pichones y otras atrocidades por el estilo, podrían compararse con uno o dos de los reyes de Francia. Luis XIV, por ejemplo, era un glotón y un "gourmet" a la vez. Para guisar y para servir la mesa tenía un verdadero cuero de ejército, pues, entre cocineros, pinches, mozos, camareros, etc., había en palacio 1.500 personas. He aquí el menú de una de sus comidas de diario: Un caldo hecho con dos gallinas, otro de cuatro perdices, con coles, y una sopa adicional confeccionada con seis palomas y crestas de gallo, dos sopas más: una de pollo y otra de perdiz, veinte libras de ternera y doce palomas, un frito de seis pollos, un picadillo de perdices, tres perdices asadas, dos pavos asados, tres gallinas trufadas, dos capones cebados, nueve pollos, nueve palomas, dos pollitos, seis perdices y cuatro pichones. El postre se componía de dos fruteros llenos de frutas frescas, dos tarros de mermelada y dos de compota.

Indudablemente, el rey no se comía todo lo enumerado, pero seguramente hacia más que tocarlo. Por la noche el

menú lo componían dos capones, doce palomas, una perdiz con queso de Parma, cuatro palomas más, seis pollos, ocho libras de ternera, un faisán, tres perdices, tres gallinas cebadas cuatro pollitos, nueve pollos, ocho pichones y cuatro palomitos.

El día que se sirvió esta cena, el rey no se quedó satisfecho y pidió más cosas, siendo preciso añadir al menú cuatro perdices en salsa, dos pollos, dos capones, dos chochas, dos cervezas y cinco perdices. Entremeses no se mencionan, pero entre ellos figuraban entonces cosas tan ligeras como el pudding negro, las salchichas y los pasteles trufados.

El mismo libro dice que Alejandro el Grande y el emperador Séptimo Severo murieron de comer demasiado. A los vegetarianos les interesaría saber que Alfonso, el antiguo vegetariano, tenía gran fuerza digestiva como lo demuestra el hecho de consumir en una mañana cien melocotones, diez melones, veinte libras de uvas moscatel y cuatrocientas ochenta ostras.

RADIACIONES

Los periódicos han publicado una interesante y un poco inquietante noticia. Según ella, es posible detener el motor de un avión o de un automóvil a distancia. Las pruebas se han realizado en Berlín durante las últimas maniobras militares. Todos los motores de aeroplanos y automóviles que funcionaban dentro de determinada zona, se pararon

MISTERIOSAS

de pronto, al recibir ciertas radiaciones enviadas desde el campo de pruebas. Esto es todo lo que dicen las noticias transmitidas por las agencias. No se sabe qué clase de radiaciones son esas ni cómo se envían. Lo único evidente es que los alemanes no hacen todo esto para pasar el rato.

PRECIOSA CHAQUETA DE LANA PARA SEÑORA

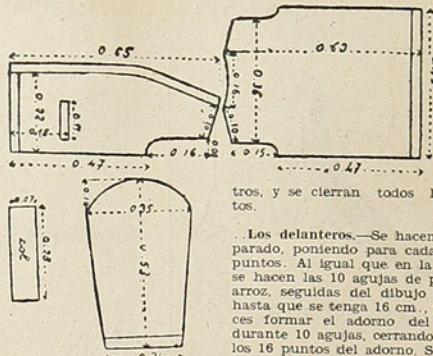


Este jersey de verdadera novedad por la combinación de puntos, se hace con lana sport, y resulta una prenda de gran abrigo, y tan cómoda como elegante.

Indicaciones para la ejecución.—Son necesarios 450 gramos de lana sport (el modelo es beige) y 2 agujas de 4 milímetros.

Se empleza por la parte inferior de la espalda, haciendo 74 puntos y sobre ellos se trabaja a punto de arroz (un punto al derecho y otro al revés, invirtiendo el orden a cada aguja), y así se hacen 10 agujas (fig. I). En seguida se empieza el dibujo haciendo 4 puntos al derecho, seguidos de 6 a punto de arroz; otros 4 al derecho, etc., hasta el fin de la aguja. La siguiente aguja será haciendo los 4 puntos al derecho, al revés, y sin invertir el orden de los puntos de arroz que sólo se cambiará cada dos agujas, formando una de las variantes de dicho punto.

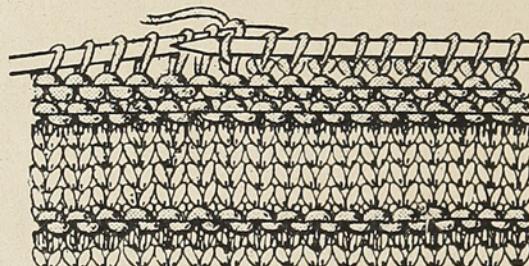
Trábajese del mismo modo sin interrupción, hasta que la espalda tenga 50 cm. de largo (fig. II). Entonces se cierran 10 puntos por cada lado para empezar la bocamanga. Sigase recto otros 15 centíme-



etros, y se cierran todos los puntos.

Los delanteros.—Se hacen por separado, poniendo para cada uno 36 puntos. Al igual que en la espalda, se hacen las 10 agujas de punto de arroz, seguidas del dibujo general, hasta que se tenga 16 cm., y entonces formar el adorno del bolsillo, durante 10 agujas, cerrando después los 16 puntos del adorno. Sobre dos agujas aparte se hacen 16 puntos a punto de calceta (una aguja al derecho y otra al revés) hasta obtener 8 cm. Vuelvase a reconstituir con exactitud al precedente dibujo, intercalando los 16 puntos hechos aparte, en el lugar de los que se cerraron, y volviendo a trabajar sobre todos los puntos. Cuando tengan 45 cm., midiendo desde abajo, se empiezan los menguados del escote, disminuyendo un punto cada 4 agujas, hasta suprimir 12 puntos.

A los 50 centímetros se empieza la bocamanga, cerrando 6 puntos de una vez, y después 1 a cada final de aguja, de modo que se mengan 4 puntos por cada lado. Una vez que la bocamanga mida 23 centímetros, ciérrese en línea recta.



La manga.—Se empleza por arriba, haciendo el dibujo de la figura II.

Se da principio por 30 puntos, y a cada fin de aguja se crecen dos, hasta que se cuenten 60; trabajese recto durante 5 centímetros, y luego se empieza a menguar un punto a final de cada 9 agujas. Cuando se tengan 35 centímetros así, terminese por diez agujas a punto de arroz (figura II). La segunda manga igual en un todo a la primera.

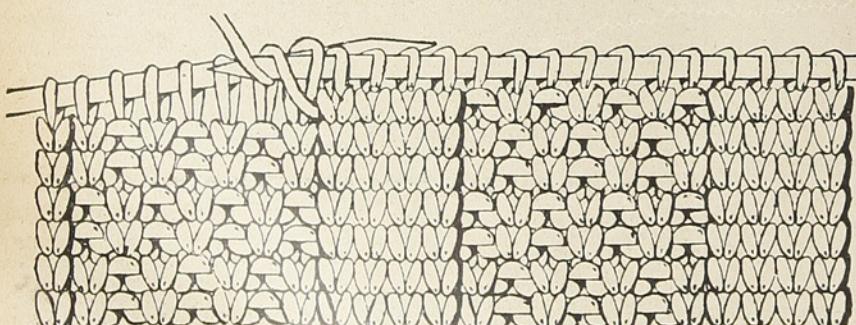
Tiras de adorno.—Se harán dos, cada una de 70 centímetros de largo.

Su ancho será de 9 puntos, y su dibujo el punto de arroz de la primera figura.

En una de ellas se harán 6 ojales, cerrando los tres puntos del centro, que se crecerán a la siguiente aguja.

Los ojales se empezarán a la aguja 14 dejando entre uno y otro un espacio de unas treinta agujas.

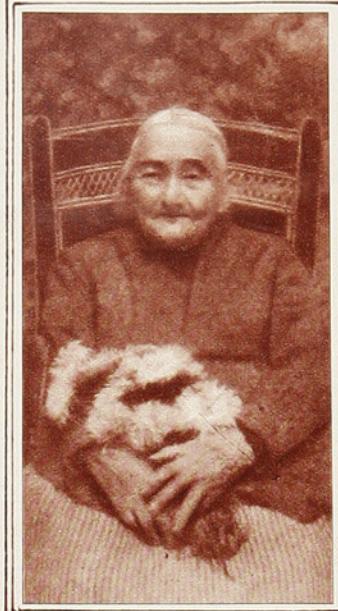
Una vez montada la prenda, se hará otra pequeña tira de unos treinta y tres centímetros de largo y 14 puntos de ancho, al mismo punto de arroz, que se coserá en el sitio indicado para formar el cuellecito.



COMO PUEDEN SOBRELLEVARSE 100 AÑOS DE EDAD



102 años: Pedro Baumbach, de Silesia



100 años: señora Paulina Grossman, de Hanover



100 años: señora Kind, de Suiza



100 años: señora Hindriken, alemana



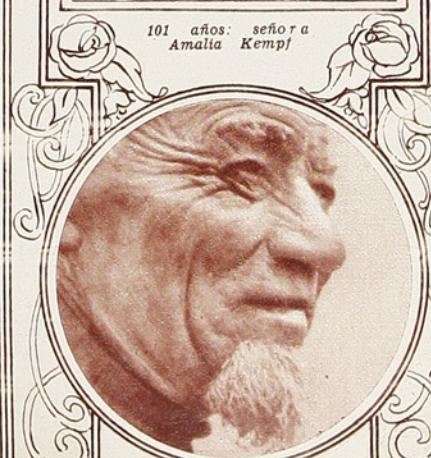
101 años: señora Amalia Kempf



102 años: señora Anna Witte, dama marquesa



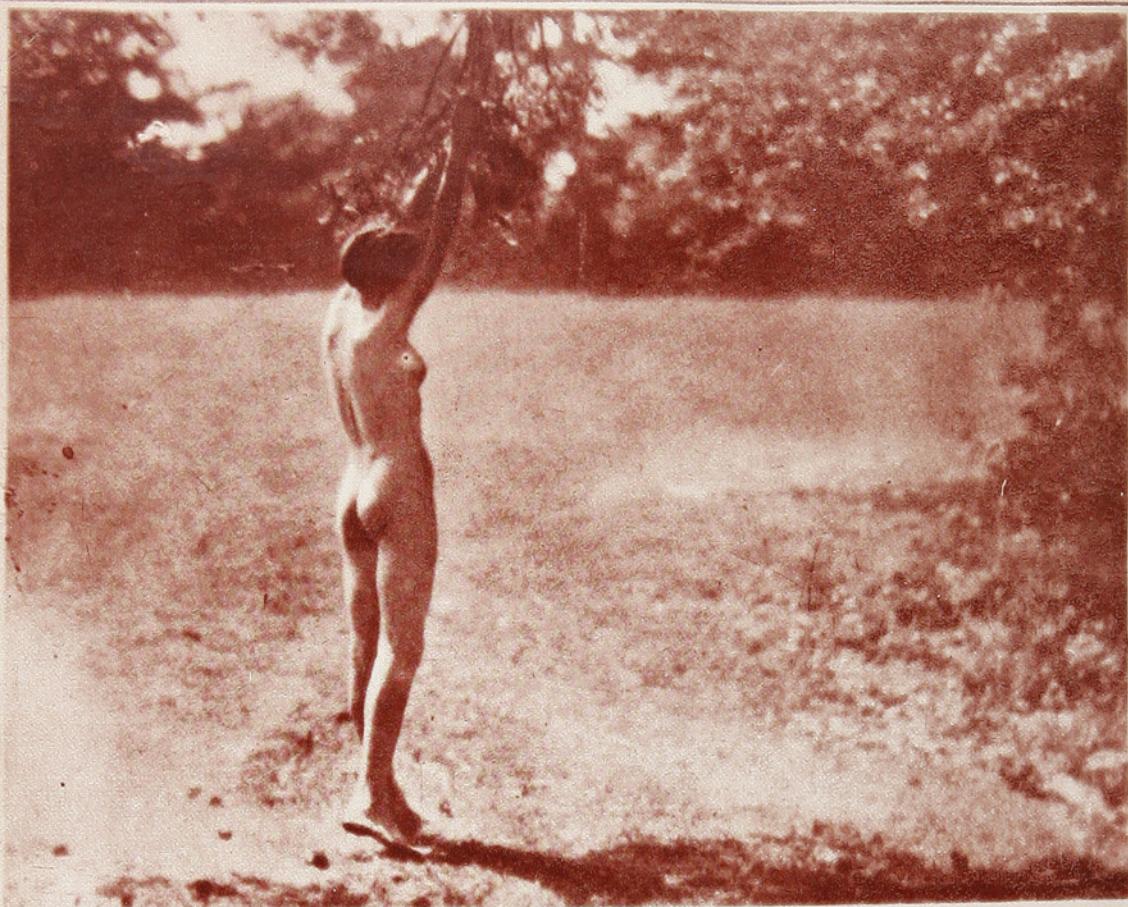
100 años: Juan Kremer, alemán



Este rostro apagaminado es el de un hombre que ha llegado a



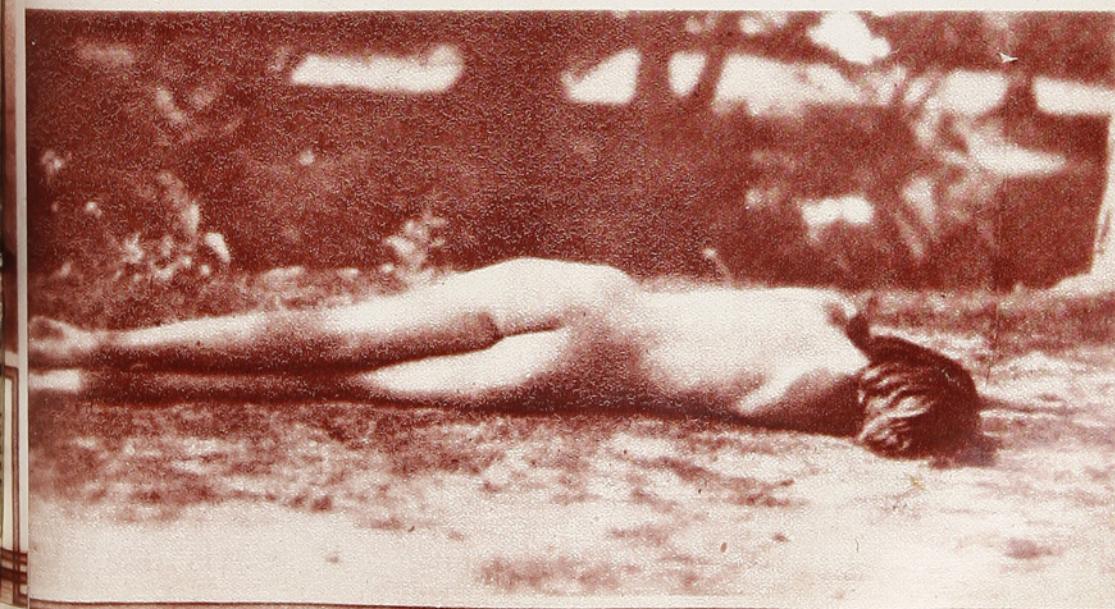
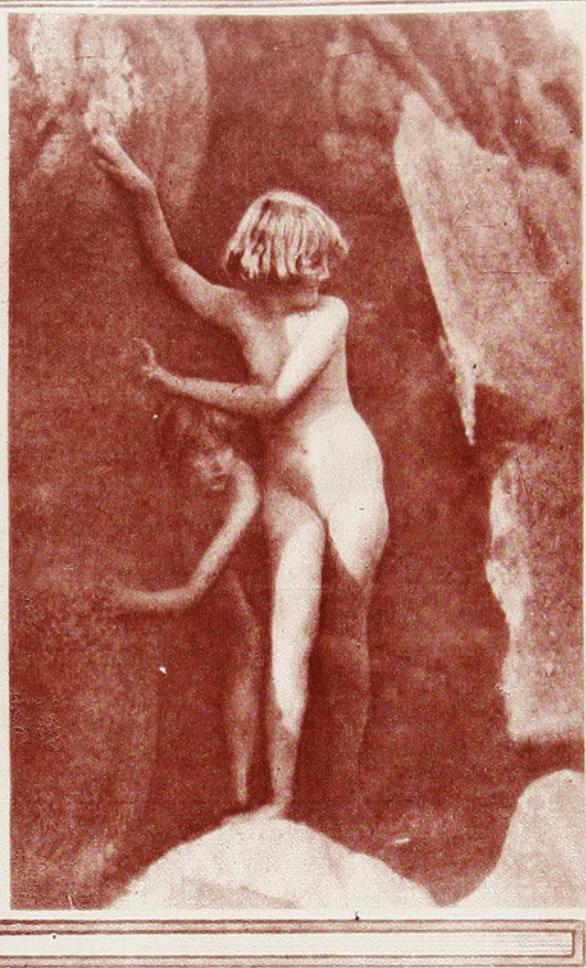
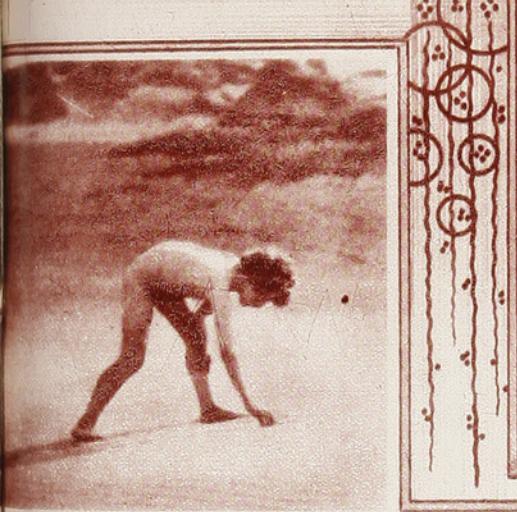
100 años: Sofía Boning, alemana



Juventud

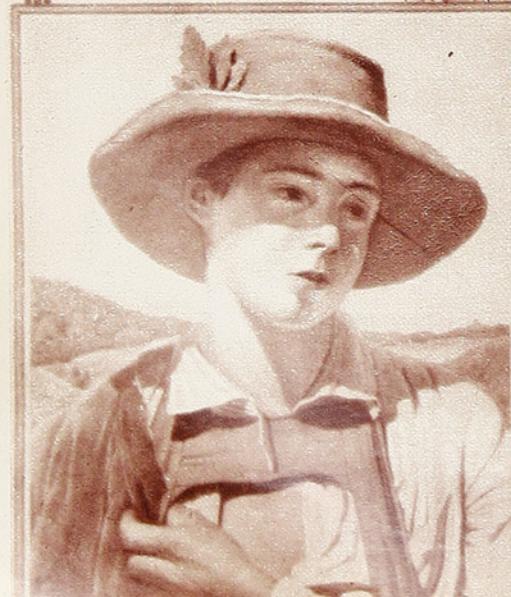
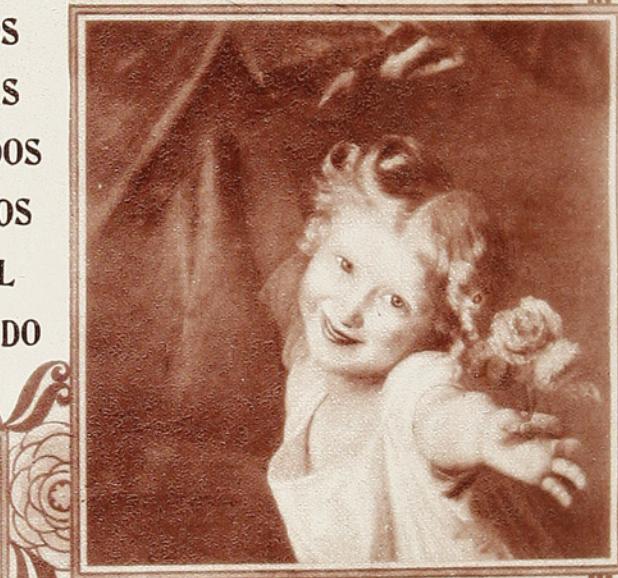


ADRIAN HILL, uno de los fotógrafos más célebres, cibió estas verdaderas escenas de belleza juvenil, desnudo casto y hermoso, como no puede serlo mejor el de la juventud. Hill ha enfocado con su lente estas escenas y estos cuerpos tan llenos de gracia como belleza.





LOS
MAS
LINDOS
NIÑOS
DEL
MUNDO



Un gran fotógrafo y un gran pintor tuvieron la feliz idea de fijar con sus pinceles y el objetivo la expresión y la belleza de los niños del mundo más interesantes: que aquí reproducimos.





Lenceria
moderna

MODA INFANTIL



Vestidito colgante, de fustán, con muestras. Cuello y puños de lencería.

Vestidito para niñas. Modelo de kasha rayado, hechura rectilínea, cuellos y puños de lencería.

Vestidito para niñas. Modelo de terciopelo lavable, hechura sencilla, cinturón. Cuello y puños de lencería con adorno de langüette.

Sencillo vestido para niñas. Modelo de franela. Falda añadida a un coleteo de cintura formando orlitos que se repiten en el escote.

Vestido para niñas. Modelo de lana a cuadros. Partefaja añadida, dirección de ranas distinta.

Sencillo vestido para niñas. Modelo de seda con parte añadida y plisada.

Juego de cuello y puños, de seda o scura, cinturón de charol.

Vestido para niñas. Modelo de reps rojo, forma sencilla. Cinturón de cuero, cuello de lencería, corbata de fular.

LO MAS MODERNO ES LA ROPA INTERIOR BORDADA CON PUNTO DE CRUZ

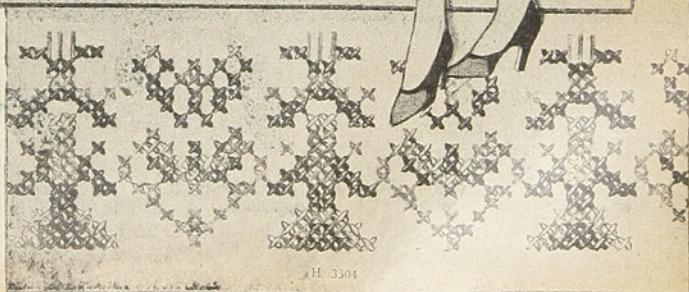


Pijama en seda color verde Nilo, con aplicaciones de bordados en colores.

Combinación de opal celeste pálido; camisa de noche, bordada de ojetillos.

Combinación color damasco con crépe Georgette, bordado en punto de cruz.

Combinación color amarillo pálido, bordado con punto de cruz en varios tonos suaves.





Traje en tricot marino, a turquesa.

Conjunto en tricot marrón y amarillo acompañado de una blusa amarilla.

Conjunto en tricot verde claro y verde oscuro. Falda a pliegues por delante.

PARA LA MAÑANA



Sencillo vestido de crepella. Modelo de forma chaleco con adorno de botones y pespunte crudo.

Vestido para la mañana. Modelo de lana moderna rayada, hechura unilateral. Empleo original de las distintas direcciones de rayas. A guisa de adorno, botones decorativos y un cuello de piqué blanco.

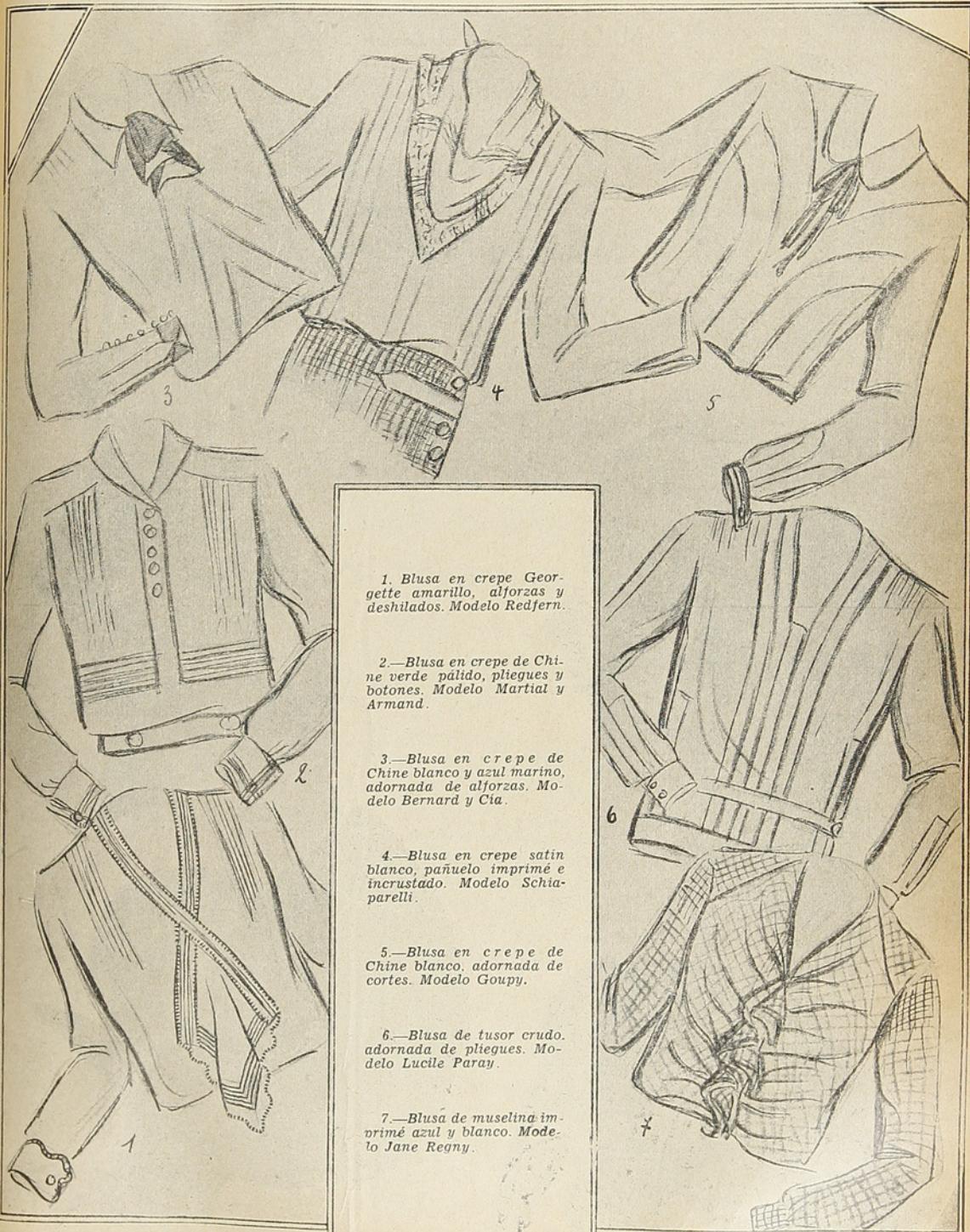
Elegante vestido trotteur, de Georgette de lana rojo mate, forma de chaleco modernísima, con faldones distantes. En la guarnición de lencería, abigarradas puntadas decorativas. La falda forma en cada lado pliegues regulares.

Vestido para la mañana. Modelo de Georgette de lana con motez grises y azules, hechura sencilla. Guarnición de lencería blanca, cortada delante en forma de puntas.



ORIGINALES ADORNOS
DE PIELES

LINDOS MÓDELOS DE BLUSAS



1.—Blusa en crepe Georgette amarillo, alforzas y deshilados. Modelo Redfern.

2.—Blusa en crepe de Chine verde pálido, pliegues y botones. Modelo Martial y Armand.

3.—Blusa en crepe de Chine blanco y azul marino, adornada de alforzas. Modelo Bernard y Cia.

4.—Blusa en crepe satin blanco, pañuelo imprimé e incrustado. Modelo Schiaparelli.

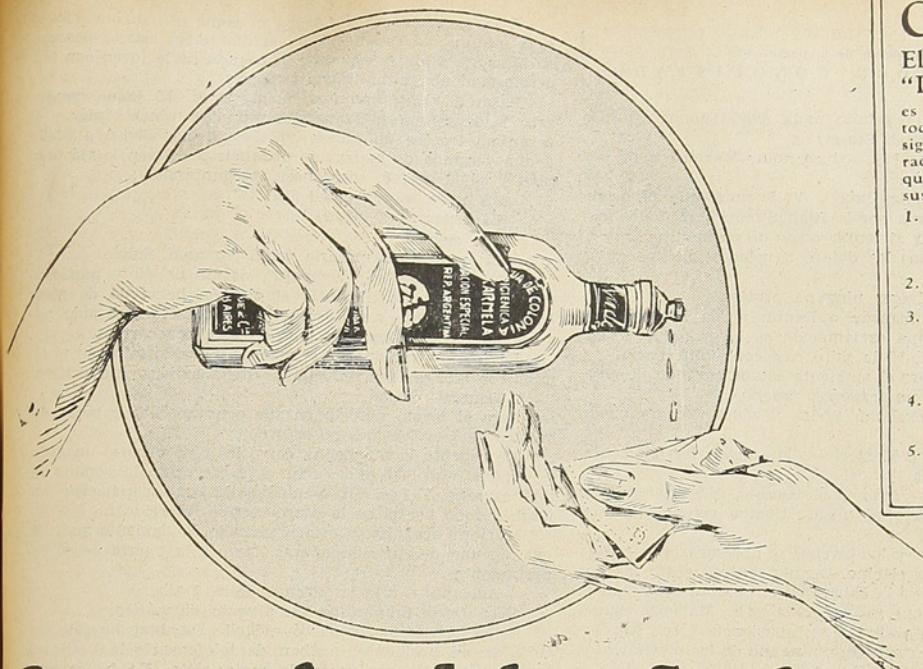
5.—Blusa en crepe de Chine blanco, adornada de cortes. Modelo Goupy.

6.—Blusa de tusor crudo. adornada de pliegues. Modelo Lucile Paray.

7.—Blusa de muselina imprimé azul y blanco. Modelo Jane Regny.

SOMBREROS
MODELLOS
CON ADORNOS
DE CINTAS,
DE
MAURICE
VERGNE





CANAS

El Agua de Colonia
"LA CARMELA"

es un producto digno de toda confianza. Reúne las siguientes propiedades características que son las que la distinguen de todas sus imitaciones:

1. Devuelve al cabello canoso su color natural exacto: rubio, castaño o moreno.
2. Es absolutamente inofensiva.
3. Es de uso sencillísimo, pues no requiere lavados de cabeza: se aplica al peinarse, como cualquier loción.
4. No engrasa ni mancha en lo más mínimo la piel ni la ropa.
5. Higieniza el cuero cabelludo y disuelve la caspa en 4 días.

La prueba del pañuelo convence a cualquiera

Eche sobre un pañuelo unas gotas de cualquier tintura química y al lado, otras gotas de Agua de Colonia Higiénica "LA CARMELA" y déjelo secar.

Pronto observará que la tintura deja una mancha indeleble, negra o marrón, más o menos obscura, mientras que el Agua de Colonia "LA CARMELA" no deja absolutamente ningún rastro.

Cuánto vale este solo detalle? Después de conocerlo y comprobarlo, ¿preferirá Vd. seguir manchando químicamente su cabeza y sus ropas, cuando puede lograr que sus canas recobren el color natural de los 20 años usando un producto eficaz e inofensivo como es el Agua de Colonia Higiénica "LA CARMELA"?

"LA CARMELA" se usa como loción al peinarse. No mancha la piel ni la ropa y extirpa radicalmente la caspa.

Pruebe con un frasco: nos agradecerá el consejo.

Precio del frasco \$ 18 m/l

En venta en todas las farmacias y perfumerías.

**Agua de Colonia Higiénica
"LA CARMELA"**

Agentes exclusivos para Chile: DR OGUERIA DEL PACIFICO (Dropa)

VALPARAISO — SANTIAGO — CONCEPCION — ANTOFAGASTA

M. R.

(Continuación de la página 6)

CONQUISTADOR CONQUISTADO

noche? — No hemos concretado nada, pero supongo que lo encontraremos en la High Street.

— ¿Lo encontraremos? — hizo notar Marjorie cada vez con acento más irritado.

— No se disguste, amiga mía... Yo le ruego que me acompañe; no debo pasar sola por la High Street. Y de todos modos podemos ir a jugar al tennis como de costumbre.

— Si te encontramos les dejaré a ustedes; no me gusta estorbar.

Stella sonrió sin hacer ninguna protesta.

Al anochecer encontraron a Dennis en la High Street. Al verle Stella lanzó una exclamación de alegría y le dirigió una mirada de pasión. El la miró casi con indiferencia.

Comenzaba a llover; el ambiente estaba cargado de electricidad y se dejó oír un fragoroso trueno.

— ¡Un trueno! — exclamó Stella. — ¡Oh! Yo no puedo sufrir los truenos!

— Es cierto — afirmó Marjorie —; la afectan terriblemente. Stella temblaba ya.

— Vayamo al cine — insinuó el jaque —. Allí estaremos al abrigo de la tormenta y al mismo tiempo veremos las películas.

Comenzó a diluviar y los jóvenes se apresuraron a cruzar la calle y a entrar en el cine. Dennis sentóse entre las dos muchachas; Stella apoyó la cabeza en el hombro de su amigo y le tomó una mano que retuvo en la suya. Marjorie estaba inmóvil en su asiento, abstraída en apariencia y con los ojos fijos en la pantalla. Sin embargo, ninguno de los movimientos de Stella le pasaba inadvertido.

En un momento en que el ruido de la música cubría su voz y no la dejaba llegar a oídos de Stella, dijo Dennis a Marjorie en voz que parecía un susurro:

Es usted la que me interesa; daria un año de mi vida por que estuvieramos los dos solos.

La joven volvió los ojos hacia él y sus miradas se encontraron de nuevo.

Eran cerca de las once cuando salieron del cine. Stella esperaba ansiosa la marcha de su amiga.

— Ahí tiene el autobús — le dijo, de repente, indicándole la llegada de uno de aquellos vehículos.

Marjorie sin titubear, les dirigió una frase de despedida y corrió a tomar el autobús.

El correo de la mañana llevó a Marjorie una carta de Dennis. La misiva era lacónica y decía: "¿Quiere usted acudir sola esta noche a las ocho a la esquina de Brayde? La esperaré con la motocicleta de mi hermano y daremos un paseo por las afueras de ciudad. Deseo hablar con usted seriamente. No falte, Marjorie."

La muchacha sintió que la sangre le afluía en oleadas al rostro. ¡También ella se sentía hondamente interesada! ¡La simpatía, tal vez el amor! Había despertado en ellos mutuamente. Acudiría, sí; acudiría a la cita; no había ni que reflexionarlo siquiera.

Media hora después la rubia muchacha tomaba el autobús y iba a sentarse al lado de Stella, que ya ocupaba un asiento.

Tengo un sueño, querida amiga, que casi no puedo abrir los ojos — le dijo ésta en cuanto la vió.

— ¿Tan tarde se ha acostado usted? — le preguntó Marjorie secamente.

— Muy tarde; me encontraba tan rendida que hasta me olvidé de mirar la hora.

Marjorie permaneció silenciosa.

— Me quiere, amiga mía, me quiere — continuó Stella con entusiasmo. — Quisiera que hubiese usted podido escucharlo anoche. ¡Qué decidir, qué alegría, qué insinuante, qué amoroso! Me ha trastornado por completo. ¡Estoy locamente enamorada de él!

Marjorie hacia prodigiosos esfuerzos para dominar su amargura.

— ¡Así son los hombres! — pensaba.

Dennis le había escrito la carta precisamente cuando acababa de dejar a Stella... ¿Qué sentimientos, pues, eran los de ese hombre? ¡Y ella tan necia que pensaba acudir a la cita! ¡No, no acudiría!

A las ocho en punto llegaba el jaque con su motocicleta a la esquina de Brayde. Todo el día había estado pensando en Marjorie y ahora esperaba la llegada de la joven con una nerviosidad no sentido hasta entonces.

Pasaron veinte minutos, media hora. El jaque comenzaba a desanimarse. Transcurrieron diez minutos más y el desánimo trocóse en amargura. De repente divisó a Stella a una veintena de metros de distancia. La joven le vió también y se le acercó, sospechosa, preguntándole:

— ¿A quién espera usted ahí?

— La esperaba a usted.

— ¿Es cierto?

— Sí; supuse que pasaría usted por aquí. Suba.

Stella sentóse en la "moto", detrás de él, y partieron velozmente. La joven sentía el corazón hinchido de gozo; en cambio Dennis, angustiado y con el rostro contraído, parecía querer desahogar su bilis en una loca carrera.

La "moto" trepidaba fuertemente y se deslizaba por el camino con una rapidez vertiginosa. Stella comenzó a alarmarse.

— Dennis — llamó.

Pero el joven, absorto en sus pensamientos y presa del vértigo de la velocidad, no la oyó.

De repente la muchacha cerró los ojos y lanzó un grito.

Había visto en una curva, a la derecha, la sombra de una carreta. Y casi en seguida sintió una conmoción violenta y rodó por el suelo entre hierros retorcidos...

Marjorie acababa su primer peinado, la siguiente mañana, cuando una de sus compañeras llamó a la puerta de su apartamento.

— Adelante — dijo la joven —. Hola, Doris.

Pero Doris presentaba un aspecto dramático.

— ¡Es horrible! — balbuceó —. Stella Esenberg ha sido víctima de un accidente; acabaron de telefonearle la noticia a la directora. Un accidente de motocicleta. No ha muerto, pero dicen que está gravísima.

— ¿De motocicleta? — repitió Marjorie.

— Sí; iba con un muchacho. También él está herido, mas no tan gravemente. Están en un hospital que hay cerca de Potters Bar.

— ¿Dónde se encuentra la directora?

— En el despacho.

Marjorie salió al corredor y se encaminó al despacho de la directora, la cual tenía en la mano el receptor del teléfono y terminaba una conversación.

— ¿Qué desea Marjorie? le preguntó a la joven.

— Es cierto que a Stella le ha ocurrido un accidente.

— Desgraciadamente es cierto. Está herida gravemente; tiene toda la frente y la parte superior de las mejillas llenas de profundos cortes que parece le causaron los vidrios del faro de la "moto".

— ¿Y le han dicho a usted, señora, el nombre del acompañante de Stella? — preguntó Marjorie con voz trémula.

— Sí, me lo han dicho, pero no lo recuerdo.

— Era Dennis Halley?

— El mismo, precisamente... ¿Lo conoce usted?

La joven movió la cabeza afirmativamente. Sentía opresión la garganta y el corazón le latía descompasadamente.

— Yo era, señora, la que estaba invitada a dar ese paseo en motocicleta — dijo después en voz baja.

La directora la miró sorprendida.

— Pues ha estado usted de suerte, hija mía — le contestó, pensando al mismo tiempo que entre Marjorie y los dos jóvenes víctimas del accidente, se desarrollaba un pequeño drama.

A las seis de la tarde, terminada su labor, Marjorie dirigióse al hospital de Potters Bar. No vió a Stella, pero la enfermera le habló detalladamente del número de heridas de la muchacha y de la importancia de ellas.

— ¿Y le quedará el rostro muy desfigurado? — preguntó Marjorie.

— Muchísimo; casi deformé. Es lástima, tratándose de una joven tan bonita.

Marjorie sintió que los ojos se le humedecían, y se disponía a retirarse cuando la enfermera le dijo:

— ¿Conocía usted también al joven Halley?

— Sí.

— Puede verlo un momento si quiere.

— Son graves sus heridas?

— Tiene un brazo fracturado y algunas contusiones. Pue-

de usted verle un momento si no le da conversación.

Marjorie siguió a la enfermera, que la condujo, a través de una galería, a una pequeña alcoba. Dennis yacía en una blanca cama, con el rostro vuelto a la pared.

—Aquí tiene una visita, señor Halley— dijo la enfermera. El joven volvió la cabeza y vió a Marjorie.

La enfermera les dejó solos.

—Estoy muy apenada, Dennis— dijo la muchacha en voz baja—, horriblemente apenada.

—Ya sabe cómo se encuentra Stella?— preguntó él. Ella hizo un gesto afirmativo.

—Quedará horrorosa, ¿no es cierto?...

Había tanta dulzura en los ojos de Dennis y tanta amargura en su voz, que Marjorie, embargada de una ternura hasta entonces desconocida para ella y obedeciendo a un repentino impulso, acercóse a él y le besó en la frente.

Dennis la miró sorprendido.

—“Entonces”, Marjorie murmuró, “entonces”, ¿por qué no acudió usted a mi cita?

—Oh! Por las cosas que me contó Stella.

Ambos tenían los ojos húmedos de lágrimas. Hubo una pausa.

—Y yo habré de unirme a Stella para siempre— balbuceó el joven, como si de repente saliese de un sueño—. Cuando me dijeron que su hermano quedaría desfigurado, repulsivo, conocí que era ese mi deber. Me casaré con ella. Basta de dulces quimeras.

La enfermera volvió para indicarle a la visitante la conveniencia de que se retirara.

—Aquel pobre joven— le dijo a Marjorie mientras la acompañaba—, no hace más que preguntar por él. Pero él casi no habla de ella; pasa las horas como usted lo ha visto: con el rostro vuelto a la pared.

Dennis salió del hospital tres semanas antes que Stella; y a intervalos de dos o tres días iba a visitarla. Las escenas eran siempre las mismas: Stella se lamentaba de que su belleza desapareciese, hacia protestas de amor Dennis y le aseguraba que se suicidaría si él la abandonaba.

En el hospital conoció Dennis a los padres y a los numerosos tíos de la muchacha. Un día la familia, reunida en presencia del joven, se puso a tratar del porvenir de Stella. Como Dennis carecía de fortuna, cada uno de los tíos ofreció contribuir con una parte a la instalación de la casa de su sobrina cuando trajese matrimonio. El joven, sentado cerca de la ventana, les escuchaba sumido en una especie de estupor.

Alguien dijo que no se debían olvidar de Luis Herman. ¿Por qué no se le había enterado de lo sucedido? Sabían que Luis sentía verdadera pasión por Stella; ¿por qué no se contaba con Luis?

—Es muy viejo— objetó la señora Esenberg, madre de Stella—. Es demasiado viejo para la niña; preferiría ser su padre.

El señor Esenberg guardó silencio.

Ya había pensado en Luis, pero no se había atrevido a nombrarlo.

—Pero, Rosa— arguyó una de las tíos—, si bien es verdad que Luis tiene muchos años, también es cierto que tiene muchísimo dinero.

—Es muy viejo— preguntó uno de los primos—. Iba a la escuela conmigo— intervino el tío Julio—; tendrá cincuenta y cuatro y cincuenta y cinco años.

Stella se reía de él— dijo la madre.

—Creo que debemos escribirle a Luis— exclamó una de las tíos. El joven Dennis se levantó bruscamente, diciendo:

—Esta discusión podrían sostenerla más libremente sin mi presencia.

La señora de Esenberg levantóse pesadamente de su asiento y le acompañó a la puerta. Ya en ella le dijo:

—Nosotros, como es natural, quisieramos que se casase con Luis, que es millonario, pero como ella a quien quiere es a usted, pasaremos por que se casen.

El joven sentíase humillado, escarnecido. Además, la imagen de Marjorie no se borraba ni un instante de su mente.

Salió Stella del hospital y comenzaron en seguida los preparativos de su boda con Dennis que abnegadamente se resignaba con su triste destino. Un día el joven encontró en la calle a Marjorie.

—¿Cuándo es la boda?— le preguntó la joven.

—Dentro de seis semanas.

—Lo ha querido así el Destino— dijo Marjorie con amargura. —¿Es feliz Stella?

—No lo sé... Algunas veces sí que lo parece; pero cuando recuerda las cicatrices...

Hubo una ligera pausa. Ambos se miraron tristemente en silencio. Bruscamente, con un sobrehumano esfuerzo de voluntad, Dennis tendió la mano a la muchacha.

—Adiós, Marjorie— le dijo con voz velada por la emoción—; adiós, y sépa que yo, que pasaba los días enamorando muchachas, no he amado a más mujer que a usted.

Y sin darle tiempo a la joven para responder, marchóse Dennis precipitadamente como si temiera perder el dominio de sí mismo.

Luis Herman regresó rápidamente a Londres y se presentó en seguida en casa de Stella.

—¡No quiero verle, no quiero verle!— gritó la muchacha cuando le anunciaron su llegada.

Y corriendo fué a refugiarse en la cocina.

Luis, acompañado de los padres de Stella, buscó a la joven en su refugio.

Ella, al verle entrar, cubrióse el rostro con las manos.

—¡No quiero que me vea tan fea! ¡No quiero que me vea!... gritó entre sollozos.

El señor Herman se acercó a ella tratando de consolarla.

—Me parece que exageras un poco, niña— le dijo—. Además, a mí me gustan de todas maneras. ¿Por qué no me telegriafaron en seguida?

La muchacha seguía con el rostro tapado y gimoteando.

—Déjenme solo con ella— dijo el señor Herman a los padres.

Y cuando éstos se hubieron marchado, acercóse a Stella y, dulcemente, le retiró las manos de la cara.

La impresión que sufrió fué penosísima. Jamás pudo suponer que aquel bellísimo rostro llegara a quedar tan desfigurado.

Sin embargo, dominó su emoción y dijo con voz firme:

—¿Y cómo se llama ese imbécil responsable del accidente? Le presentaremos una demanda de indemnización.

—Voy a casarme con él— respondió Stella con resolución. Luis suspiró y luego de una ligera pausa, preguntó:

—¿Es rico?

—No.

—Entonces ¿qué puede hacer por ti?

—¿Qué puede hacer?— dijo la joven con extrañeza.

—Sí. Podría llevarte a Nueva York, a una clínica de cirugía plástica en la que, con un injerto de piel te devolverían tu perdida belleza. ¿Puede hacer eso por ti?

—No puede hacerlo; es pobre.

—¿Y vas a resignarte con esa deformidad cuando puedes recobrar tu hermosura? — preguntó Luis, presa de viva excitación.

—¡Márchese, márchese y déjeme sola!— gritó Stella con ira—. ¡Guapa o fea, me caseré con él!

Luis no insistió más y retiróse profundamente apesadumbrado.

Stella tenía completo su ajuar de boda; sólo le faltaba el velo blanco que su tía Rosa se había prestado a regalársela.

Ocho días antes del señalado para el casamiento, llegó también el velo en una elegante caja revestida de satén.

La muchacha entonces tuvo un capricho: quiso ver cómo le sentaría el vestido de novia y, sin hacer caso de las protestas de sus familiares, que le aconsejaban que no hiciera tal cosa, vistiése como si se dispusiese a salir para la iglesia.

Pero cuando se miró al espejo y vió los costurones de su frente y de sus mejillas que el velo y la diadema hacían resaltar, prorrumpió en sollozos y dijo con resolución que no se casaría con Dennis.

—¡No quiero que la gente se ría de mí!— exclamó—. ¡Todo antes que vivir con esta deformidad! Iré a Nueva York con Luis y recobrará mi perdida belleza.

Y, en efecto, dos días después Stella se casaba con Luis Herman y partía para América.

Dennis por su parte, en cuanto se enteró de la resolución adoptada por su prometida, lanzó un fondo suspiro de satisfacción y se puso a escribirle a Marjorie.

LA GRACIA DEL PEINADO



Correspondiendo al saludo de la próxima estación, nuestros peinados se hacen más femeninos, adornándose con buclecitos ondas y rizos, como si, emulando a la naciente primavera, quisieran renovarse y rejuvenecerse. Aún se lleva el peinado liso, planchado a golpe de cepillo, pero sólo se acepta con los trajes de sport.

Una de las exigencias de la moda actual es que el peinado esté en relación con el atavío; así vemos que el peinado mañanero es sencillo y deportivo, y se hace más complicado y artístico para acom-

pañar a los elegantes vestidos de tarde y noche.

Algunas muchachas, lo bastante jóvenes para no haber conocido la terrible era de los moños complicados y de las cabelleras enmarañadas, se complacen en dejarse crecer el pelo, que nunca llevaron largo, y, recogiendo las puntas, se hacen lindos moñitos sobre la nuca.

Muchas son las damas que, no queriendo someterse a emplear esos pequeños instrumentos de tortura que se llaman tenacillas, papillotes, viguidinas, etc., solucionan la dificultad poniéndose un moño postizo siempre

que así lo requiera la elegancia del vestido. Otras por fin, se resignan a aceptar la intervención del peluquero, a menos de que tengan el valor y la habilidad de ejecutar el trabajo de aquél por sus propias manos. Vamos a procurar facilitarles la tarea.

El grupo de peinados que presentamos ofrece un admirable conjunto, y los modelos han sido seleccionados entre los más artísticos y seductores recién creados por la moda. Cada una puede escoger el que mejor siente a su tipo. Fíjese la atención en el que representa cada modelo, y esto será una indicación precisa para saber el arreglo que ha de subrayar los encantos de cada faz.

Ondina.—Este peinado requiere cabellos bastante largos, pero sin exageración. Las puntas se retuercen y entrelazan formando un ocho de oreja a oreja, pero sumamente aplastado. La moda actual rechaza las vulgares horquillas de hierro, substituyéndolas por otras de concha o pedrería, que por si solas constituyen un adorno.

Graciella.—Modelo que sentará admirablemente a una hermosa morena un poco dorada por el henné. Los cabellos, previamente ondulados, se echan atrás formando dos retorcidos, que se cruzan, escondiendo las puntas. Para este peinado es indispensable que los cabellos lleguen al hombro.

Beatriz.—Nos ofrece la novedad de una moña de rizos postiza y sujetada por medio de una goma, que se oculta bajo los cabellos cortos echados hacia atrás. Estas moñas postizas, nos permiten insospechadas transformaciones en el peinado.

Stella.—Permanece fiel al pelo corto. Este ha de tener un matiz rubio brillante y sus grandes ondas caerán sobre la frente y las orejas. Dos peinecillos de azabache sujetan las bandas de los lados, dejando que el pelo de atrás cubra la nuca con sus ondeadas puntas.

Duquesa.—Los cabellos, ligeramente rizados, cubren la frente, formando flequillo; una raya al lado los divide y las puntas rizadas con tenacillas forman una especie de moño hueco sobre la nuca. Dos peinecillos de strass, mantienen en su sitio a los rebeldes rizos, para que no alteren la armonía del peinado.

Original abrigó de primavera

Los abrigos que nos ofrece la moda para la presente estación son en su mayoría de corte tan sencillo, que hasta la más inexperta modista casera puede atreverse a confeccionarlos.

El presente modelo, especialmente destinado a jovencitas, es de un pañete fino color beige y va adornado por cintas de grosgrain del número 5, intercaladas entre tiras del mismo género del abrigo. Estas tiras rectas y dobles, ya conciliadas, tienen 6 centímetros de ancho. Se emplean para el cuello, cinturón y los adornos de mangas y bolsillos. El abrigo se abrocha con dos grandes presillas de cordón de seda marfil y dos botones del mismo color.

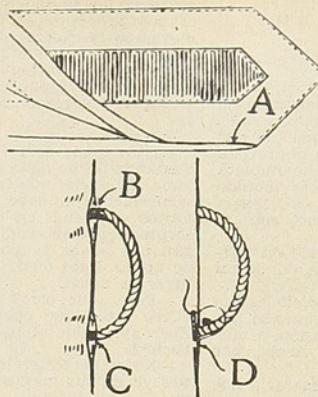
El abrigo que describimos, como casi todos los de entretiempo, carece de entretelas y forro. Su corte es ligeramente acampanado y el cinturón va puesto en la misma línea de la cintura. La abertura de los bolsillos diagonales, queda cubierta con el adorno, y si se quiere aligerar el trabajo pueden ser figurados por las tiras de adorno.

En la parte superior del grabado se demuestra cómo se hacen las tiras del adorno. La cinta se coloca en el centro de la hoja de abajo, volviendo sobre ella la hoja de arriba; entonces se corta la tela y se remete hacia dentro, cosiéndola después a máquina, de modo que la cinta quede entre las dos hojas de la tela. También se remeten hacia dentro y se cosen a máquina los contornos.

La A nos enseña que la tira del cuello se deja abierta por un lado para coger la tela del abrigo entre las dos hojas de la tira.

Para poner las presillas, déjense unos puntos sueltos de la costura que une la prenda a las vistas, y por ellos se saca el cordón (B y C), volviendo a cerrar los puntos, después de cosido aquél, por unos puntos por encima, según vemos por la D.

Aun cuando el modelo no esté forrado, ninguna dificul-



tad ofrece el poner un forro ligero, que se cortará por los mismos patrones que la prenda, un poquito más holgado que ésta. Las costuras se harán por separado, hilvanándose después en su sitio, al que quedará sujeto por el cuello y mangas, así como por las costuras de las vistas. En el bajo se vuelve la tela hacia dentro y se cose con el forro, cuidando mucho de que no tire.



LAS MEJORES MEDIAS



Der-Ven

Hoy
Siente Vd.



haber hecho ayer a su marido reproches injustificados. No es la primera vez. Su nerviosidad la excita a manifestaciones irreflexivas. Vd. misma y los suyos sufren en consecuencia. Tomando las Tabletas de ADALINA notará Vd. una agradable sensación de bienestar y tranquilidad que será el secreto de felicidad para los que la rodean.



Tabletas de

Adalina

[La cruz Bayer M.R. - Adalina M.R.:
a base de Bromodietilacetilurea]

E L P R I S I O N E R O
(Continuación)

nas de hablar, si no era para maldecir. Me desesperaba más el pensamiento de que estábamos a cuatro pasos de Meaux. Sin el encuentro con el pelotón que llevaba al prisionero o sin la imprevista fuga de este, yo aquella noche hubiera dormido en Meaux, me hubiese reunido tal vez con mis compañeros de licencia y al otro día estaría en París, con mi madre.

A la vista de la ciudad donde mi felicidad hubiera comenzado, era donde mi peor suerte comenzaaba.

Entre incoherencias y maldiciones me fui explicando, y el buen anciano se llenaba de asombro y de compasión, a medida que me comprendía. Acabó por abrazarme y por llorar.

— ¡Pobre hijo mio! ¡Qué desgracia has tenido! ¡Pobrecito!

Me lo decía en un tono que, lejos de molestarme, me hacia bien. Volvió a mi razón aquella escéptica filosofía de antes y me dije que, así como un hombre no tiene valor alguno, tampoco lo tiene una licencia de veinte días que poco antes consideraba la mayor riqueza positiva.

— Esso, no — me dijo el amable paisano — . Un incidente tan pequeño no pue de desesperarte así.

— ¡Pequeño? Le parece a usted un incidente pequeño el haber dejado escapar a un prisionero que conducía por orden superior? Poco sabe usted lo que es la guerra y lo que son las ordenanzas militares.

— Es pequeño, puesto que puede remediarlo. Pensemos, a ver. Seguramente habrá medio de que utilices tu licencia... de que abrasce a tu madre... de que entregues a tu prisionero... Pensemos, a ver.

Le miré, estupefacto. Su deseo de consolarme le llevaba a decir los mayores

absurdos. ¿Cómo iba a haber medio de entregar un prisionero que se me había evaporado? Pero el buen viejo seguía moviendo la cabeza, afirmando y seguía sonriendo dulce, aunque tristemente.

— No podrás entregar aquél al prisionero, claro está; pero puedes entregar otro en su lugar y tu responsabilidad queda salva.

— ¡Otro?

— Otro. ¿Qué más da éste o aquél? El Comandante no debe esperar entrega alguna. El oficial que te confió al fugado, seguramente no sabe quién era. Uno de tantos a quienes en una descubierta se sorprenden emboscados o que se entregan por salvar la vida en un momento de apuro. Pues bien: entregarás otro en lugar de aquél.

— Pero ¿qué otro? ¿Dónde hay otro? ¿Cree usted que puedo volver ahora a Epernay, donde se batén, para cazar un bocche?

— No es menester ir tan lejos. Lo tienes ya en tus manos. Tu prisionero soy yo.

— ¡Usted? ¡Está usted loco o tiene ganas de burlarse de mí? Usted no es enemigo. Usted no es alemán.

— Todos los enemigos no son alemanes y todos los prisioneros no son enemigos. Una falsa apariencia justifica una confusión.

Me costó trabajo convencerme de que el buen hombre estaba en su juicio y me hablaba en serio. Sólo le creí cuando me contó de dónde venía...

Sí, también venía de Montmirail. Había ido al hospital para ver a su hijo herido. Le había costado mucho trabajo y muchos días conseguir un pasaporte y, cuando llegó, sólo pudo ver una cruz de madera donde se había grabado una cifra y bajo de la cual, le dijeron, estaba enterrado su hijo.

— Vida por vida — me dijo — . Ya no he podido salvar la de él, salvare la tuya. Tú eras su compañero..., un soldado... Haciendo esto por ti, creeré hacer algo por él.

— No puede ser. No hablemos más.

— Al contrario, hablemos y decidamos pronto. No me quites esta única satisfacción que me es posible, el único servicio que puedo hacer a mi patria. Mi vida no la quieren en las trincheras; la he ofrecido y la han rechazado. No sirvo para coger el fusil; pero puedo servirte a ti, que sirves.

— No puede ser, no puede ser...

— Puede ser. Ven conmigo. He visto a la salida de Montmirail varios muertos alemanes sin enterrar. Vamos a desnudar uno para vestirme yo. No perdamos tiempo. A medianoche podemos estar en Meaux.

Se había puesto en pie, muy contento; me cogía del brazo y parecía tener bastante fuerza para arrastrarme.

— Me entregarás al Comandante del 23 de Linea y en seguida seguirás hacia París... hacia tu madre. Piensa en ella na-dás.

— También en usted. Admiro su heroicidad, pero no puedo aceptar su sacrificio.

— No sacrifico nada. Si me interrogan, no contestaré. Si me fusilan... ¿No ves que mi vida es inútil? La tuya por la de mí... Vamos.

Y el buen viejo, lleno de ilusión, me obligó a seguirle.

Dos días después estaba yo en París, en mi casita de pintoresca barriada, abrazando a mi madre. Sobre el colchón de mi cama, la larga estancia en las trincheras me parecía un sueño. Me sentía tan bien, tan a mi gusto, que no me hubiera cambiado por nadie del mundo.

Es decir, sí; por uno. Me hubiera cambiado por el noble paisano que entregué, disfrazado de soldado alemán, como prisionero. Me parecía que aquellas horas debía estar él más contento que yo. Me sentía un poco avergonzado por su lección de sacrificio.

Y a pesar del blando colchón y la ausencia de ratas, aquella noche dormí menos que en las trincheras.

J. M. PERALES

ANTOLOGIA DEL HOGAR

TERNURA

¿Habéis analizado alguna vez esta emoción que llamamos ternura? ¿Es alegre, es triste la ternura? ¿No parece más bien la ternura una semilla de sonrisa que da el fruto de una lágrima?



LA NEURINASE

Inofensiva, Suave, Agradable
el verdadero específico del

INSOMNIO

Los Médicos del Mundo entero prescriben la NEURINASE
contra : Insomnio, Neurastenia, Neuralgias,
Lasitud, Ideas negras, Contracciones ner-
viosas, Trastornos de la edad crítica,
Palpitaciones, Convulsiones, etc.

LABORATORIO GENEVIER, 2, Rue du Débarcadère, PARIS
RAYMOND COLLIERE, Agente Exclusivo, Casilla 2285
SANTIAGO DE CHILE



2 base de Extracto de valeriana fresca y biotilmalolurea pura.

En el enternecimiento sentimos angustia, precisamente por aquello mismo que nos causa placer.

Así, la inocencia nos encanta porque se compone de simplicidad, pureza, insuspicacia, nativa benevolencia, noble credulidad. Mas precisamente estas cualidades nos dan pena porque la persona dueña de ellas será víctima de los dobles, impuros, suspicaces, malevolos y escépticos que pueblan la sociedad. La inocencia no nos entusiasma, la inocencia no nos enoja, la inocencia nos enternece.

Si nos representamos la emoción como un volumen, yo diría que la ternura es por dentro placer y por fuera dolor.

Hay en el hombre muchas de estas emociones dobles, exquisitos sentimientos tornasolados.

La nostalgia, por ejemplo. En ella echamos de menos algo que un día gozamos; es el dolor de hallarnos enajenados del paisaje patrio que abrigó cándidamente nuestra infancia y donde todo nos hacia mimosos guiños de nodriza; es el vacío efectivo que nos queda al vivir separados de aquella mujer tan bella y tan amada que oprimía nuestras pupilas con aquellas miradas tan largas, tan hondas, tan nuestras...

Mas al echar de menos estas realidades encantadoras, las traemos imaginariamente junto a nosotros, las revivimos, volvemos a notar sus perfecciones, sus delicadezas, sus delicias, y un sordo deleite va vertiéndose en nuestro espíritu.

El gesto de desolación con que añoramos el tiempo feliz concluye con un gesto de vago placer alucinado. Al revés de la ternura es la nostalgia: hacia dentro, dolor, y hacia fuera, placer.

JOSE OTREGA Y GASSET

L A C A R T A

(Continuación de la página 8)

pués leerás las otras sin ningún trabajo. ¡Ea, haz un esfuerzo!... ¡Vamos a ver cómo se porta el número uno de la clase!

El chiquillo, entonado y acuciado por el amor propio, hizo un asombroso esfuerzo.

—¡Papaito, es que esas letras no parecen letras, sino patitas de mosca, de muchas, muchas moscas!... Al principio dice... dice... "Que... ri... da e... inol... vi... da... ble... a... mi... ga..."

—¡Sigue, hijito, sigue!... — balbuceó el ciego con horrenda ansiedad.

—¡Ya no entiendo lo otro!... Dice: "Usted... ha... de... per... do... nar... esta... osa... dia...". ¿Y qué es osadía, papaito?

Enrique con todo su ser hecho oídos, escuchaba sin aliento...

—¡Buenos días, "nenes" míos! — exclamó la madre y esposa, entrando en el despacho.

—¡Mamá! — dijo el mocete, corriendo hacia ella, antes de que Enrique hubiera tenido tiempo de quitarle la carta fatal. Un segundo y una mirada le bastaron a María Luisa para darse perfecta cuenta de la situación. Ben-dijo *in mente* su providencial arribo, que iba a devolverle a "su ciego adorado" la fe en su esposa y la dicha en su hogar...

Rápidamente buscó en uno de los ángulos de la chimenea otra carta, ya dispuesta para ser echada al buzón; rasgó el sobre y, aturdido a besos al pequeño, puso en su manita esta misma en lugar de la "otra"... Con un pretexto los dejó solos a los dos..., observándolos detrás de un portier...

El ciego, con angustia, llamó en voz muy baja a Pedrin.

—¿Se ha ido mamá?

—Sí, papaito.

—¿Y el papel que me estabas leyendo dónde está?...

—Aquí. Lo tengo yo...

—¡Pues léelo! ¡Continúe leyéndome!

El muchacho desdobló el pliego, escrito en letra inglesa muy fina y muy clara.

—¿Desde dónde leo? — interrumpió el angelote.

—Desde el principio otra vez!...

—Ahora sí que lo entiendo bien! ¿Ves tú cómo adelanto?... ¡Verás!... "Muy señor mío..."

—¡Cómo!... ¿Dice eso? — le interrumpió desconcertado el ciego.

Y tras de una pausa de segundos, agregó:

—Nada, no he dicho nada; sigue!

Pedrin comenzó la lectura.

—Muy señor mío: No recuerdo, ni me importan..., esas... evocaciones de mi pri... mera juventud... a que usted alude... Soy esposa feliz, madre y cristiana. Mi alma... entera pertenece a los míos, al hombre a quien adoro y al hijo que idolatró. Para ellos vivo; por ellos soy dichosa, y sólo sé pensar en ellos y en Dios...

"Para los importunos y los que de caballeros sólo tienen el nombre, mi indiferencia y mi desprecio más absoluto. Procure usted no olvidarlo en lo sucesivo... — b. s. m.,

"Maria Luisa Vélez de Galván".

—¡Leo bien, papáin? — exclamó el chiquillo al acabar la lectura y abrazándose al cuello de su padre.

—¡Muy bien!... ¡Muy bien! — repetía el ciego, convulso de alegría besando al angelote con locura, a la vez que su rostro, de expresión muerta, lo iluminaba la felicidad...

CURRO VARGAS.

la
Siroline
"ROCHE" M.R.
es el regenerador de los pulmones
cura radicalmente

Catarros
Resfriados
Bronquitis
Tos
Asma

Precave la **Tuberculosis**.



DE VENTA EN TODAS LAS FARMACIAS

Fórmula: Thiecol-Cedeína

Si Vd sufre

de dolor de cabeza...

Si la jaqueca machaca su cerebro...

Si un dolor de muelas lo vuelve loco...

Si la gripe lo acecha...

Si el reumatismo lo martiriza...

Si la fiebre lo agobia...

No VACILE:

con 1 o 2 Comprimidos de **ASCÉINE M.R.**
(Ácido acetil salicílico, acet para-fenetidina, cafeína)
sanará radicalmente en algunos minutos todo dolor

Tolerancia perfecta. Ninguna acción nociva sobre el estomago ni el corazón.



De venta en todas las farmacias
Tubos de 20 comprimidos
y sobrecitos de 1 y 2
comprimidos

Concesionario para Chile:

Am. Ferraris - Casilla 29D - Santiago

Las que se deciden tarde

Hace algunos días dió cuenta la prensa diaria de que, en cierta población española, una novia desapareció mientras el novio y los invitados la aguardaban en la iglesia, para casarse.

Y no es que nadie la raptase, ni que le ocurriese nada malo que la impidiese acudir ante el altar a cumplir la palabra dada a su futuro; es que, minutos antes de ir a casarse cayó en la cuenta de que no le convenía hacerlo, pues temía que no iba a ser feliz.

El primer comentario que se me ocurre ante ese hecho insólito, es que quien en ese matrimonio no iba a ser feliz con toda seguridad, de consumarse la boda, era el novio. Porque, no ya que felicidad, sino, qué tranquilidad puede esperarse con una mujer que aguarda a renunciar a casarse al momento de tener que acudir a la parroquia... Y conste que no censuramos lo de que volviese sobre su acuerdo, que de sabios es mudar de opinión, y por lo visto, también de novias, que no es ese el único caso que conocemos de novia y de novio que no acuden a la iglesia, mientras les aguardan el futuro cónyuge y los invitados. Lo censurable es que cambien de opinión en tan críticos momentos, tan a última hora.

Cuando un caballero pide relaciones amorosas a una joven, no contesta ésta siempre *que lo pensará*. Si resulta que dice que sí, sin pensarlo, ¿qué garantía tiene el novio de que no va a hacer un papel ridículo si apresura los preparativos de la boda? Y si fuese sólo el correr ese peligro, lo malo es que también hay los gastos, que hoy día son siempre de cierta consideración.

Ignoramos, claro está, por qué se arrepintió esa novia de la palabra dada. Parece ser que dijo que temía no ser feliz, guardándose muy bien de detallar los motivos en que fundaba esa tardía sospecha, sin duda porque, de hacerlo así, se hubiese visto que tales motivos pudo haberlos descubiertos mucho antes del día de la boda.

Sospechamos, no obstante, que tales motivos, no sólo en el caso concreto de que tratamos, sino en todos los parecidos, quedarán reducidos a uno solo: que la interesada no ama a su futuro, pues de sobra sabemos que la mujer enamorada, no sólo no tiene vacilaciones para acudir a la iglesia el día convenido para la boda, sino que, se desespera cuando el galán no se da prisa en llevarla al altar. Circunstancia que explica menos una resolución tardía, pues la mujer que acepta un pretendiente sin amarlo, puede examinar con mayor libertad de juicio con más sangre fría si le conviene

QUIEN DIGIERE BIEN ESTA BIEN

Los disturbios digestivos disminuyen el valor nutritivo de los alimentos, originando en algunos casos diversas enfermedades y afecciones de sistema nervioso. Para digerir perfectamente, basta tomar media cucharadita de las de café, de Magnesia Bisurada en un poco de agua después de las comidas o cuando se sienta algún dolor. La mayor parte de los disturbios digestivos, tales como las acedias, pesadeces, eructaciones ácidas, dilataciones e indigestiones tienen su origen en un exceso de elementos ácidos. La Magnesia Bisurada (M. R.) gracias a su composición alcalina, neutraliza este exceso de acidez acumulada, impidiendo las intoxaciones estomacales y asegurando, además, la perfecta asimilación de los alimentos, de la cual depende una buena digestión. De venta en todas las farmacias.

Base: Magnesia y Bismuto.

o no la boda que aquél le propone.

Todos aceptamos que el amor sea ciego, y que, por serlo, cometiera algunas tonterías, pero no que se hagan cuando sólo hay por medio razones de indole práctica.

Afortunadamente casos como el que comentamos no se dan con frecuencia, por lo menos no se han dado hasta ahora, ya que, de generalizarse, vendrían a anadir una causa más a todas las que motivan la presente crisis matrimonial.

—¿No se casa usted, don Fulano?—le dirían a algún soltero impenitente.

—Estoy escamado—respondería aquél. Como a mi edad ya no puedo despertar una pasión sincera, temo que a mi futura se le ocurriese desaparecer precisamente

el día de la boda. Y yo estoy dispuesto a sacrificarme, casándome, ¡pero no a que me tomen el pelo!

Ya que las mujeres contestan siempre que lo *pensarán* cuando se les piden relaciones amorosas, no estaré de más que lo piensen efectivamente, o que si aceptan un novio sin pensarlo nada, como es corriente, estén a las resultas de la palabra empeñada.

Si no lo hacen así por atención al nuncio, háganlo en atención a los invitados. Que también éstos tienen derecho a que no se les moleste en vano; es decir, sin que luego haya el banquete y las expansiones de rigor. Siquiera por no merecer los justos anatemas de éstos, que aguarden a escapar las novias a que los invitados hayan llenado el bueche. Así no serán tantos a cesurar su escapatoria.

MANUEL DE CARCEL



La comen con entusiasmo. No tiene usted necesidad de mimarlos, regañarlos o convencerlos. Es de sabor delicioso y buena para ellos.

La Maizena Duryea es un alimento natural, un alimento saludable. Y son tantos los platos exquisitos y apetitosos que se pueden confeccionar con Maizena Duryea, que jamás te cansa. Es buena también para los adultos. Muy fácil de preparar.

Le enviaremos gratis el famoso Libro de Cocina Maizena Duryea, que contiene muchas recetas apetitosas, si llena y nos envía el cupón que aparece al pie. Pida un ejemplar de este libro y ensaye la Maizena Duryea.

MAIZENA DURYEA



Agentes WESSEL, DUVAL Y CIA.

Casilla 86.D. — Santiago.

Envíeme un ejemplar GRATIS de su libro de cocina.

Nombre

Calle

Ciudad

306 A

(Continuación de la página 1)
LA VENUS DE HOLLYWOOD

eterna primavera; como unos ojos prendidos en luminosidades siderales, y como un cuerpo de clásicas y admirables perfecciones.

Anhelaba saber del fuego sagrado que discurre y se recrea en la estatua de carne que todos conocemos y soñé siempre con saber que su exquisita feminidad, de su temperamento y de su espíritu, pues nunca quise creer que a tanta perfección externa no acompañase una depurada sensibilidad y una deliciosa y adorable alma femenina, capaz de todas las delicadezas y de todas las más bellas definiciones sentimentales.

Por eso cuando tuve ocasión, intenté penetrar en los más ocultos rincones de su espíritu, y, para ello, aproveché la ocasión que me ofrecía uno de sus íntimos, Charles Strinberg, músico y bohemio, trotamundos infatigable que un día plantó su tienda en los jardines espirituales de la adorable muñeca neoyorkina, y supo de su triste pasado y de su presente espléndido, influyendo, incluso, en su futuro, según rumores que un día comentaron la intimidad del músico y de la artista deliciosa, que, de par en par, abrió ante los afanes sentimentales del compositor, el alcázar cerrado de su alma.

—Joan Crawford —me decía Charles Strinberg— no es la mujercita fría, vacua, banal e inconsciente que se encuentra en casi todas las "estrellas" de Los Angeles.

Su infancia no fué, para ella, más que una charca sucia, en la que naufragaron los barquitos de papel de su alma niña. Otro tanto puede decirse de su primera juventud. Abandonada de su padre, sujetada a los caprichos de una madre débil, y libre al impulso loco de sus ensueños fugitivos, hubo de soportar el choque torturador de sus ideales con la realidad más cruel. De haber estado dotada de una fortaleza espiritual más enteica y de un temperamento más endebil, la desilusión hubiera acabado por anormalizar sus horas, rompiendo el perfecto equilibrio de sus nervios. Pero Joan Crawford posee, a más de una firmeza temperamental muy honda, un cerebro admirablemente dotado, y en lugar de los efectos anormalizadores, su espíritu se depuró aún más y de la lucha de sus impulsos y de sus ideales surgió esta adorable mujercita de hoy, tan perfecta, tan equilibrada y tan exquisita.

Los ojos de mi amigo Charles se entornan y parecen tratar de arrancar la imagen del mundo vibrante de sus recuerdos más queridos. El humo de su pipa finge espirales agiles sobre su frente amplia de soñador semipertinero y en sus labios carnosos se dibuja una sonrisa amarga.

Algo hay en mi compañero que, más que sus palabras, me habla de la espiritualidad de Joan.

Charles vuelve a la realidad y se sumerge otra vez en el abismo glauco que le finge el ajenjo.

—¡Joan Crawford! —exclama mi romántico compañero. —Si la conocieras...! ¡Si hubieras sabido de su alma y...!

(Continuación de la página 2)
LOS AMORES DE LAS REINAS DE INGLATERRA

sendero después de la libertad a que estaba habituada en Escocia. Para Maud era un infierno.

Todo ciclón tiene su centro, y en su caso el ciclón giraba alrededor del terrible velo negro que la abadesa con sus propias manos colocó sobre sus cabezas. María obedeció —una pálida mariposilla que apenas podía respirar a través de él—. Cuando aquella sagradas manos lo colocaron sobre la cabeza de Maud, lo tomó en sus energéticas pequeñas manos, desgarrándolo y aplastándolo con sus pies y clavando sus ojos sobre su tía y abadesa:

—Insolente, exclamó: —Jamás, os digo, seré monja. ¡No, aunque me golpees hasta dejarme muerta!

La gran Cristina no discutió. Se obedecía en el convento sin polémicas y si no lo hacían, había otros medios. Una robusta monja de humilde extracción apareció, la que administró a la rebelde princesa un correctivo apropiado. Lo soportó en silencio. La abadesa repuso el velo, pero aún no se alejaba

dos pasos de la niña cuando Maud se lo arrancó de nuevo, despedazándolo y con expresiones que la historia ha recogido.

Prodigióse, con todo, una tregua entre tía y sobrina. Dicíose Maud a la música y al canto con furor; pero eso a nadie sorprendió, pues era un encanto escuchar su voz. Mas asombro causó su nueva devoción al latín y a los demás conocimientos de la época. El Padre Turgot venía de vez en cuando desde Winchester con algunos monjes amigos y al levantar ahora sus manos al cielo lo hacia agradeciendo lo que no podía sino atribuir a las oraciones de su santa madre.

Su interés por la historia pasada y presente, le era igualmente grata. Discutía, cuando él venía, durante horas enteras las grandes hazañas de sus antepasados, las consideraciones de Alfredo el Grande por las necesidades de su pueblo y sus justas leyes, la brutal opresión de Rufus, y la manera cómo sus crueles leyes forestales arruinaban a los campesinos ingleses. El Padre Turgot veía cómo la niña se convertía no sólo en una hermosa muchacha, sino en una mujer ilustrada, como pocas en aquellos tormentosos días.

Pasaron los años. La abadesa fué promovida a la gran Abadía de Wilton, cercana a la ciudad de Winchester, haciéndose cada día más dominante. Nunca hubieron reglas convencionales más estrictas; nunca fueron los normandos más aborrecidos que en Wilton, y nunca existieron dos princesas de leyenda más hostilizadas, que las desgraciadas Maud y María. Maud no tenía más agrado que sus libros y sus profesores, su única esperanza el desarrollo, tenaz del secreto deseo de su corazón. Pero de eso a nadie habló ni aún al buen Padre Turgot.

Era el amanecer de un bello día de octubre. Se paseaba la princesa por el jardín de la abadía, bajo los manzanos sin su fruto ya, pero hermosos siempre, a través de las flores, y alcanzaba luego la puerta en el muro que conducía al bosque. Estaba ésta siempre con llave, y las hermanas, especialmente Maud y María, no estaban autorizadas, en circunstancia alguna, a pasar a través de ella.

Se habían apretado los labios de la abadesa al hablar de los ogros que frecuentaban el bosque, aún dentro de las pertenencias del convento. Vestían, generalmente de verde, y llevaban arcos y flechas. Montaban veloces corceles, que ningún caso harían de una histórica doncella atada tras del jinete.

¡Y peor todavía!

Aquellos ogros hablaban francés-normando y tenían la vida y la alegría que apela a todo mal instinto en el corazón de una mujer.

¡Con razón era pesada la llave!

La Princesa Maud llegó hasta la puerta, recordó las advertencias despreciándolas, como despreciaba cualquier palabra, aún las ocasionalmente cuerdas que pronunciaba su real tía. Dió un suspiro y al suspirar vió un hoyo en la muralla, y en él, semi-oculta la llave.

La abadesa observó después que el Padre de las Mentiras la había indudablemente colocado en donde un ojo, a fin de que pudiese cogerla. La oportunidad se presentaba: oportunidad que no habría aprovechado una oveja, pero sí, una fierecilla.

Hagamos justicia a Maud al decir que se puso su guante negro antes de poner la llave en la chapa. Cuidadosamente abrió en seguida la puerta. Dió ésta vuelta con la suavidad característica de las llaves infernales. Cerro la puerta, echándose de llave tras de ella, contemplando el comienzo de un sendero forestal en donde unos cuantos inocentes conejillos saltaban por aquí y por allá. No se veían sajones ni ogros de la raza que su tía tanto aborrecía. Los senderos, cubiertas las hojas con rocio matutino, estaban tan apacibles como los senderos del paraíso. Sólo las arañas dibujando sus telas como si se tratara de los palacios de una reina, daban al ambiente una nota de vida, junto a los conejos.

¡Por qué debería hacer mal una religiosa, envuelta en su velo, al dar unos cuantos pasos hacia la belleza del mundo libre de tías y de abadesas?

Caminó resueltamente durante unos veinte minutos y al acercarse al tronco de una corpulenta encina, apercibió a un hombre sentado bajo sus ramas, preparando con cuidado una flecha. Su arco descansaba sobre sus rodillas.

Sintió el roce de su traje negro por sobre la alfombra de hojas, contemplando la aproximación de una "religiosa". Púsose de pie, sacóse su gorra verde inclinándose profundamente. La cortesía para con las religiosas, hacia más fáciles los favores celestiales. Se dirigió a ella en francés-normando, a "Ma Mere".

La princesa Maud se inclinó también. Sus ojos, a través del velo, observaba con atención a su primer ogro.

Preguntó él respetuosamente si podría servirla en algo. Volvió ella a inclinarse en silencio, dirigiendo ahora sus pasos tranquilamente, de vuelta hacia la abadía. El joven, como distraído, púsose en su camino.

—Ma Mere, veo que sois una monja de las Benedictinas Negras de la Abadía de Wilton. ¿Puedo haceros tres preguntas? Tendría después la felicidad de acompañarlos hasta la puerta de la muralla. Si os digo que he abandonado la cacería, permaneciendo aquí durante tres días seguidos con la esperanza de ver a alguna persona relacionada con la abadía, veréis que hablo en serio.

El timbre de su voz era en extremo agradable al oído. Nada de alarmante.

Maud de Escocia empezaba a interesarse. Una brisa de juventud pasó sibilando por el sendero estimulando las tiernas hojas de su corazón. Pero sólo se inclinaba ella en silencio. Por un momento apareció él perturbado. ¿Por qué este negro silencio?

—Señora, soy un escudero agregado al séquito del Príncipe Enrique, hijo del primer rey normando de Inglaterra, Guillermo, conocido como el Conquistador, y hermano del actual Rey Guillermo, llamado Rufus, por su repelente cabeza roja. Mi señor, el Príncipe Enrique, es seguramente un hombre de armas, pero es también en extremo versado en las artes y en las ciencias. Y siendo como es, un mozo de vasta ilustración, nosotros los normandos-franceses le llamamos Henry Beancle.

Latió más rápidamente el corazón de Maud. Tenía ella sus motivos. Se inclinó una vez más en silencio, escuchando con atención.

—Madame — continuó el joven alegremente — tenéis en la Abadía de Wilton a la heredera inglesa de la corona de Inglaterra. Si hay alguna curiosidad por las cosas de este mundo que impaciente a mi señor, es la de conocer a esa joven demoiselle.

Primera pregunta. ¿Es ella morena o rubia?

Segunda pregunta. ¿Conoce ella las artes y las ciencias, o es solo una muñeca?

Tercera pregunta, que depende de las otras. ¿Impresiona ella los corazones? Pues es posible tener belleza, gracia y sabiduría, y ser, sin embargo, fría como el mármol. No dudo que veréis diariamente a la joven demoiselle. Os ruego, responded como a vuestro confesor.

Había algo en las maneras de este joven que desarmaba a la ira, a pesar de su audacia, que era superlativa. Respondió en francés-normando, puro como el suyo.

—Señor, es verdad que veo diariamente a la princesa. Pero, ¿puedo preguntar el nombre del caballero que interroga con tanta audacia y sus razones?

Respondió cortésamente:

—Mi nombre, señora, es Enrique de Selby, nacido en Inglaterra y de estirpe sajona. El Príncipe Enrique de Banclerc me demuestra gran cariño, pues a la inversa de su padre y de su hermano, está muy bien dispuesto para con los ingleses, quienes le odian, sin embargo, tan encanadamente, como al resto de su familia. Mis motivos sólo podrían darlos con franqueza a una santa y experimentada persona como vos. Declararía con todo mi corazón que el amor une al príncipe y a la princesa, pues es ella la raíz del real árbol de Inglaterra, y sería motivo de tranquilidad para los ingleses, muy turbulentos ahora, si esa demoiselle compartiese el trono con mi señor. ¡Ved! ¡Soy franco! En el interés de la santa causa de la paz, sed lo mismo!

Guardó un profundo silencio el velo negro.

Inclinóse el joven a recoger su arco, ajustando las flechas. Se retiraba.

Respondió ella rápidamente:

Distinguida Señora, quiere Ud. conservarse más tiempo linda que otras?

La belleza no subsiste sin la condición de una completa salud corporal. Toda mujer que quiere conservarse joven y guapa ha de preservarse de las enfermedades que destruyen la salud de una manera tan lamentable como los padecimientos de la orina y de la vejiga. Estos padecimientos no solamente son dolorosos, sino que también influyen en el estado moral de la persona. También en la vejez, las enfermedades de la orina y de la vejiga son la causa de grandes tormentos. Por lo tanto amables lectores, itened cuidado! Las

Tabletas de Helmitol

(M.R.-Base: Anhidrometileno trato de hexametilenotetramina) desinfectan la orina y las vías urinarias y en corto tiempo hacen desaparecer todos los dolores y restablecen otra vez el funcionamiento normal de los órganos del cuerpo.

B
BAYER



De todos los
Reconstituyentes



la
PANGADUINE M.R.
es sin duda alguna el más poderoso y el más agradable de tomar.

Encierra todos los principios activos y alcaloides del aceite de hígado de bacalao.

El empleo de la PANGADUINE está indicado en la **Tuberculosis**, en la **Anemia**, la **Clorosis**. Es el medicamento por excelencia de los **Niños**, de los **Jóvenes fatigados** por el **Crecimiento**, de los **Neurasténicos**, de los **Convalecientes**.

Precisamente en los casos graves de **Bronquitis**, **Tisis**, **Debilidad** es cuando se debe recurrir a la **PANGADUINE** pues se podrá tomar, de esta preparación, una dosis suficiente para obtener la curación, dosis que sería absolutamente intolerable si se tratará de Aceite de Hígado de Bacalao, ó de cualquier otra preparación con base de Aceite.

DOS FORMAS: Elixir, Granulado
de venta, en todas las farmacias



LOS creadores más expertos en la interpretación de la belleza aplicada a la Moda han escogido la más rica seda, tiñéndola en colores de delicadeza incomparable que reflejan las modernas tendencias del bien vestir . . . la han tejido como por manos de hadas . . . y han surgido así, para encanto de la mujer, las Medias Holeproof, dechado armónico de estilo, tonalidad y línea . . . el accesorio indispensable de la perfecta elegancia.

Armonizan la duración con la belleza
Representante:

O. H. MITCHELL

Huerfanos 761, Santiago de Chile

14

Medias de Seda **HOLEPROOF**

—Señor, en la abadía más nos preocupa la mentalidad que el rostro. La princesa tiene dos pecados latentes: el orgullo de su gran estirpe y el odio al normando. No contraería matrimonio con un opresor de su pueblo. ¡No, aunque estuviese recubierto de oro y coronado de diamantes! Es ella descendiente de Alfredo el Grande, rey quien amaba a sus súbditos y amaba también la clemencia y la justicia como Dios, el Padre y el Hijo. Y en cuanto al padre del Príncipe Enrique, amaba él, a su modo, los venados, como si hubieran sido sus hijos y por el placer de asesinarlos expulsó a los ingleses de sus tierras para crear grandes bosques. Es tan perverso como él Guillermo Rufus. ¿Es mejor Enrique de Beancerc? Y aún siéndolo, tiene dos hermanos mayores, y es un príncipe sin tierras.

—¡Sin tierras! — Levantó su cabeza el joven. — Tal vez por ahora, pero es rico en todo caso y de un talento poco común. Guillermo Rufus no tiene esposa y bebe en forma tal que no es mucho lo que podrá vivir ya. Roberto, el mayor de sus hermanos es un imbécil que vendería a la Inglaterra o al paraíso por una Piltrafa. Mi buena madre, el futuro Rey de Inglaterra será Enrique Beaucerc. Decidme, os ruego, ¿qué presencia tiene la Princesa Maud?

Quedóse la monja pensativa un momento. Todas las ventajas estaban de su lado. ¿Era o no el momento para una concesión? Decidió afirmativamente, dando un tono más conciliador a sus palabras.

—Señor, una mujer y una "religiosa", no pueden juzgar la belleza. Pero esto puede decirlo: tiene cabellos de oro y ojos azules, y Leofric de Gloucester, el monje, el gran iluminador de misales, creyó conveniente copiar su rostro para la Santa Lucía de los bellos ojos en el lujoso trabajo que hizo para la Abadía de Romsey. Aparece allí con vestiduras azules y blanco velo, que fluye de su corona de mártir. Pero os prevengo de nuevo, señor, que la real demoiselle ama a los ingleses mejor que a su propia carne y sangre y el hombre que la deseé deberá ser para con ellos un buen señor o bien nunca verá sus ojos.

Sonrióse el joven.

—Veré, sin duda esos ojos, pues iré mañana a Romsey. Me agrada el orgullo de la demoiselle. Corazón de encina tienen los ingleses y mi señor estaría más contesto conquistando tales corazones, que sometiéndolos látigo en mano.

—No podrá someter a los ingleses, pues no existe el ser humano capaz de hacerlo. El país hervirá hasta que los normandos aprendan educación. ¡Mientras tanto, se quemará sus dedos Enrique!

—Ah. Sajona — dijo él.

Volviese ella rápidamente hacia la puerta llave en mano. Siguó él.

—Señora, soy inglés de nacimiento y rindo homenaje a todo aquél que luche por su patria. Os doy mis adioses y — agregó — os ruego presentar mis respetos a los pies de la real demoiselle. Me inclino ante ella como ante mi reina, siempre que su rey fuera mi señor, Enrique de Normandía.

Si otra palabra, siguió la princesa hasta la puerta. Dio vuelta a la llave sin mirar para atrás, entró y la cerró con violencia en su cara.

Reflexionó el joven un momento y entonces frunciendo sus labios dió un sibilo. Otro mozo apareció como una serpiente por entre el matorral. Montando Enrique de Selby por sobre los hombros del otro, trepóse a la muralla, semi escondido entre el ramaje, a alguna distancia de la puerta.

Contempló algo digno de verse.

Un velo negro yacía sobre el suelo. Una muchacha, de negro también, con los rayos del sol matutino enredado en sus cabellos, contemplaba la puerta con sus manos tomadas. Con el objeto de no perturbar a la tímida criatura hizo una señal a su amigo, quien alejóse, abriendo camino por entre el follaje y haciendo ostentación de su partida.

Sonrióse ella deliciosamente.

Observaba él con atención.

Sombrio puso en seguida el semblante de la niña. Amenazó la puerta furiosamente con su mano empuñada, como un gato enfurecido. Recogió el velo, alejándose a través de los árboles. El episodio había concluido.

Entró con el velo en la mano al refectorio en donde la más anciana de las monjas de antigua estirpe sajona preparaba las mesas.

—Mi hermana, ¿dónde nació el normando Príncipe Enrique? —preguntó Maud abruptamente. —Es moreno como su padre?

—Lady de los sajones nació en Selby, en el Condado de York, y por ese motivo, los ingleses en York le llaman Enrique de Selby, y dicen que si tuviese derechos ingleses a la corona, sería un buen rey, pues es ilustrado, equilibrado y alegre. Tiene cabellos castaños, dicen, y todo el aspecto de un príncipe real, muy distinto a su vil hermano Rufus, el rey. Pero, ¿por qué piensa una real monja en un hombre?

—No soy una monja y jamás lo seré. Todos en la abadía, desde mi tía para abajo, lo saben, y si...

Sintiéronse unos pasos. Levantando la Abadesa una cortina, clavó sus helados ojos en la culpable pareja.

—Conversando en vez de orar, ¡y conversando de hombres! ¡Qué conducta para la Abadía de Wilton! ¡Cubrid vuestro rostro con vuestro velo, rebelde muchacha, y cuidado! Seguid con vuestro trabajo, hermana y haced una penitencia de tres días a pan y agua para que se tranquilice vuestra lengua demasiado libertina.

Púsose Maud su velo con ardiente furia, que rivalizaba con la helada irritación de la Abadesa. Pero una vez en su celda se lo arrancó de nuevo con violencia, sentándose en seguida a meditar.

Mientras tanto, Enrique de Beauclerc se dirigía lento y pensativo hacia la real ciudad de Winchester. Sus expectativas no eran brillantes, pero su imaginación tenía el resplandor del diamante e iluminaba un horizonte oscuro. Criticaba con dureza a Guillermo Rufus, su hermano, el rey. Despreciable a su hermano mayor, Roberto el Descuidado, el imbécil, a quien nadie respetaba.

Los ojos de Enrique estaban tan firmemente clavados en el trono de Inglaterra, que su brillo le cegaba y no se dejaba ver sus dificultades, como tercer hijo que era sin una pulgada de tierras propias. Por razones de política, pensaba en la Princesa Maud. Los ingleses la adoraban y adoraban también lo que ella encarnaba — la libertad y la justicia de los buenos días de Inglaterra. La había visto ya hallándola atrayente, con su joven orgullo, su audacia y su belleza. ¡Cielo! Si pudiese entrar en Winchester con ella a su derecha, como lady de Inglaterra, o como la llamaban sus normandos, la Reina de Inglaterra, no habría un inglés que no doblase su rodilla para besar su mano. Vió claramente el camino de su meta. ¡Y haré lo que deseo!, pensó su corazón de troubadour. Sería una compañera y no una muñeca recubierta de joyas y corona. ¡Singular muchacha! Sin duda, la suerte estaba de su lado en este bendito día, ¡pues nunca había esperado poder contemplar a la perla oculta! Y la suerte no le había abandonado aún.

—Por aquí, beauisire — dijo su compañero, indicando un sendero, continuando su camino en silencio a través de un matorral semi abierto, que demostraba haber sido transitado, aunque en raras ocasiones. Luego apareció una humilde cabaña, y una anciana acurrucada en el suelo, junto a la puerta, la que trataba de calentar sus miembros con los rayos del sol. Al ver aproximarse al príncipe, púsose de pie y apuntando con su descarnado dedo: ¡Alto, Enrique de Normandía, alto! ¡Os tengo noticias!

Espantóse su caballo, volteándose casi. Rióse Enrique, observándole una moneda con la que la anciana podría mantenerse durante un mes. Quiso continuar su viaje, pero le dió la vuelta sujetando las riendas con su helada mano, y ante su asombro y el de su compañero, declamó unos versos muy en desacuerdo con los sucios trapos que la envolvían como a las brujas de Macbeth.

—Inesperadas palabras ahora os traigo
Enrique, ¡sois ya un soberano!
Marcad mis palabras y retenedlas bien.
La verdad os digo,
Recordadlas en la hora
De vuestro real poder'.

Las riendas desprendieronse de su mano.



Su Espejo Reflejará

La belleza
de una dentadura limpia, sana y pulida!
Es fácil obtenerla . . . y conservarla.
Use la Pasta Dentífrica EUTIMOL por la
mañana y por la noche. Mata en 30 se-
gundos los gérmenes de las caries den-
tales.

Pasta Dentífrica

FÓRMULA:
Carbonato de Calcio,
Azúcar, Jabón,
Raíz de Lirio de
Florencia, Glicerina,
Salicilato de Calcio,
Aqua, Aromáticos.

EUTIMOL

M.R.
PARKE - DAVIS

Mándenos este CUPÓN y le enviaremos gratis una muestra
de EUTIMOL. Parke, Davis & Cie. (Dept. 100), Casilla
2819, Santiago de Chile.

Nombre . . .

Dirección . . .

Ciudad . . .

Prov. . . .

El
desinfectante
que toda mu-
jer debe usar
diariamente
para su hi-
giene íntima

PARA LA HIGIENE INTIMA
DE LA MUJER

NEOLIDES

M.R.

antiseptico vaginal ni cáustico - ni tóxico

Comprimidos bactericidas,
cicatrizantes, astringentes,
ligeramente perfumados,
desodorizantes.



Previenen
y alivian
demuchas
tolencias
femeninas

Acido ortobórico, dispersulf, potás.

—¿Qué? ¿Cómo? — balbuceó sin distinguir su propia voz, de la de un extraño.

—Vuestro hermano Guillermo el Vil yace muerto en este mismo bosque. ¡Galopad, galopad a Winchester, si has de alcanzar la corona! Partid, Rey de Inglaterra.

Alejóse rápidamente, casi inconsciente sin saber casi lo que hacía, hasta que su cerebro se aclaró un poco, constatando que montaba un corcel, que corría como el viento. Gritos y exclamaciones se oían por todos lados y el bosque le confundía en tal forma que perdió su dirección.

—¡El Rey! ¡El Rey! — gritaban, y un hombre exclamó:

—¡Wat Tyrrell ha muerto al Rey! Continuó, sin embargo, Enrique su camino. Repentinamente un individuo apareció a través del matorral sudoroso y excitado:

—Señor, el Rey yace cadáver, muerto por una flecha extraviada. ¡Deteneos! ¡Deteneos!

No prestó atención. ¿Por qué detenerse? Había aborrecido a su hermano desde niño. ¡Muerto? Continuó su galope, no más rápido, por que era imposible, pero locamente como el cazador que sigue una presa imaginaria a través de la obscuridad de la noche.

Así, como alma que azota el diablo, llegó a Winchester, a la Casa del Tesoro, y al arrojarse de su caballo, se estremeció éste, cayendo muerto junto a él.

Desenvainó Enrique su espada ante la puerta en donde unos cuantos hombres de sus admiradores, le rodearon, y a ellos, clara ahora su mente, narró suuento. No terminaba aún, cuando apareció otro caballo y de Breteuil, el Tesorero de Guillermo Rufus, desmontóse rápido como el rayo.

—Señor, el Rey ha muerto. La flecha de Tyrrell dando bote en un árbol, desvióse, matándole y vuestro hermano, el Duque Roberto, es Rey de Inglaterra — exclamó.

Soltó Enrique una carcajada.

—Mi hermano, el Duque Roberto está con los Cruzados en la Tierra Santa. Yo estoy aquí, y el hombre que domina

Winchester y la Casa del Tesoro, es Rey de Inglaterra. ¡Rendir homenaje al Rey, De Breteuil!

Luchó el hombre lealmente y durante largo rato, pero ¿qué podía hacer? Y como muchos otros, sabía que era Enrique el hombre que debería ser apoyado contra Roberto. El príncipe tomó violentamente las llaves, con una nueva carcasa jada, y con ellas la corona de Inglaterra.

Los nobles y los obispos reuníronse en la Sala del Consejo, la gente en las calles y nadie se preocupó por más tiempo del cadáver del finado Rey que en esos momentos se transportaba a Winchester, en la carreta de un leñador.

Había optimismo en el ambiente, un optimismo de primavera soplaban a través del crudo invierno.

Descubierto, ceñida la espada, apareció Enrique en el balcón del palacio. Era todo un Rey.

—Normandos e ingleses — dijo a la muchedumbre — un tirano ha muerto. Era mi hermano. Mi otro hermano es débil de carácter y torpe. ¡Aquí estoy yo! Os juro proporcionaros leyes inglesas como aquellas que os concedieron Alfredo y Eduardo. Juro ser un magnánimo señor, y juro, también, si, con todo mi corazón, daros una reina sajona, si es que puedo conquistar el suyo. Me refiero a Maud de Atheling, descendiente de vuestros reyes, y la mujer más hermosa de Inglaterra.

Una aclamación ensordecedora, como la mar rompiendo sobre las rocas contestó sus palabras. Ningún obispo ni parosaría desafiar esa tempestad. Era la expresión de un pueblo.

Cavaron una fosa en la Catedral de Winchester, arrojando allí lo que quedaba de Guillermo Rufus, como algo que debiera ocultarse a la luz del día, proclamándose a Enrique Beauclerc, Rey de Inglaterra, siendo coronado en Londres, en la Abadía de Westminster tres días después de que la flecha del destino, hubo enviado a Rufus, su hermano, al infierno.

Una semana después, escribió a la Princesa Maud, pa-



Imperio Argentina, actriz española que trabaja para Paramount en sus estudios franceses de Joinville, lee "Ecran" acompañada del director chileno de los mismos estudios, Jorge Infante y de algunos periodistas. "Ecran" es la revista más leída entre la colonia hispana de Joinville.

sando ella la carta a su tía, quien la recibió con su habitual soberbia.

—Señora y buena tía —dijo la niña— he recibido esta carta de Enrique Beauclerc, Rey ahora de Inglaterra, en la que me pide por esposa, uniendo así nuestras rivales pretensiones y tranquilizando a la Inglaterra.

Tardo algo este insulto, pues así lo consideraba ella, en romper el hielo de orgullo de la Abadesa. No podía creer sus sentidos. El usurpador normando, el Rey coronado precariamente, cuyo hermano mayor podía desposeerlo, ¡si pudiese! Los reales Athelings —Alfredo el Grande, Eduardo el Confesor, el Rey de Escocia!

Las glorias de su estirpe exigía que se diera un puntapiés a la corona ofrecida por un despreciable normando, descendiente de piratas.

Tranquilizóse con todo, al reflexionar después de un rato.

—Sobrina mía, has hecho bien en consultarme. Es posible que vuestra justa indignación pueda conduciros a una irritación demasiado violenta, y aunque Enrique Beauclerc se cuidará bien de no molestar a la Abadía de Wilton y deberá contemplar a los ingleses para que apoyen su dudoso trono, en todo caso, tratándose del normando, hay que proceder con prudencia, pues todos ellos son traidores. Tal vez convendría una fría y seca respuesta de mí misma.

Fué interrumpida.

—No será eso necesario, señora y tía mía. He resuelto contraer matrimonio con Enrique Beauclerc, bajo ciertas condiciones.

Nadie, salvo Maud, había jamás desafiado a la augusta tía, y ningún ser viviente podría anticipar el destino de aquél que la desafiará. Trémula y pálida durante un momento, irguíose en seguida como el Destino, al dictar sentencia:

—Escríbirás hoy mismo rechazando el ofrecimiento de este hombre y en términos dictados por mí. ¿Cómo tú, monja juramentada, con vuestro velo ya y noviciada de ayer no teme vuestra alma los horrores del infierno?

Como un rayo, Maud despedazó una vez más su velo.

—Monja? Me habéis torturado y golpeado. Habéis aplastado la mentalidad de mi hermana, y habrías aplastado también la mía si no hubiera sido por una esperanza que tuve que nunca sospechaste. Me hubiera casado con Guillermo Rufus, si me lo hubiese pedido. Y en cuanto a este hombre...

—En cuanto a este hombre —respondió la Abadesa— Nuestra Señora y Santa Margarita me perdonarán que pronuncie su nombre dentro de estos sagrados muros, cuando sabéis demasiado bien que tiene veinte hijos ilegítimos y cuando su nombre es conocido a través de la Europa, ligado al de aquella hermosa hija del demonio. Nesta de Gales, y aun así, tú...

—Aún así yo —dijo Maud violentamente— aceptaré que veinte es un número mayor que el que muchos hombres tendrían la franqueza de reconocer o muchas mujeres el valor de tener, aunque si excede ese número a la cifra corriente, mi falta de experiencia no me permite juzgar. Pero esto os digo, que aunque tuviese mil, me casaría con él, siempre como me habría casado también con Rufus o con el demonio. Y puedo agregarlos que sea cual fuere el número, la cuenta está cerrada. De eso estoy tan segura como del espanto con que me contempláis. Y en cuanto a Nesta de Gales, ¿para qué pensar en ella? No, no me asusta la licencia de un hombre mientras cuente con mi inteligencia de mujer y con el pueblo de Inglaterra tras de mí. No es eso lo que me preocupa. Y qué importa, señora, pues tía no os llamaré más, ¿qué no séis capaz de comprender todo esto? Tanto da.

Irguíose la augusta tía hasta el techo, figurativamente hablando. Trémula de ira invocó la maldición de cada santo sobre la perjuría; pero Maud continuó impasible.

Finalmente divulgó el hecho de que un mensajero había partido ya para la ciudad real de Winchester formulando sus condiciones, y al ser interrogada por su tía, rabiosamente, respecto de cuáles eran, negóse rotundamente.

—Por el momento es un secreto, señora. Más tarde serán conocidas, seguramente. Mientras esté en esta Abadía de Wilton, os debo, lo sé, un cierto respeto, pero llegará el momento en que enseñaré a otras, cómo deberá obedecerse.

Retiróse en seguida dejando perpleja a la Abadesa.

Mientras tanto en Londres, Enrique conferenciaba con Anselmo, el Arzobispo, respecto de la carta de Maud. No era una carta de amor —muy lejos de eso— y sin embargo, esa mañana el Rey la había guardado junto a su pecho, tomándola de ese abrigado refugio para extenderla ante su consejero.

Empezaba por decir que su encuentro en el bosque no había conquistado su corazón. En un tono de tranquila superioridad, le hacía ver que ocupaba él el trono de los Athelings y que necesitaba de su ayuda para mantenerlo. Le agregaba que creía posible un acuerdo entre ellos, y que aunque había aborrecido a los normandos, no le aborrecía a él (Enrique había besado esas palabras) y de que estaba, de siguiente lista para aceptarle, bajo ciertas condiciones que debían ser públicamente anunciadas y ratificadas en un Consejo Pleno.

Eran estas las condiciones:

Primeramente, que Enrique confirmase las antiguas leyes y privilegios establecidos por Alfredo el Grande y ratificadas por Eduardo el Confesor. Deberían concederse a los ingleses Folk-motes o Parlamentos, de los nobles, del clero, de los ciudadanos y de los plebeyos. Contraería matrimonio con un soberano constitucional y no con un tirano y bajo estas condiciones, observadas ampliamente y detalladas por la ley consentiría en ser su leal y fiel esposa y soberana junto a él de los ingleses. De otra manera, terminaba, permanecería para siempre en el convento que ensalzaba o contraería matrimonio con algún otro príncipe que aceptase sus condiciones y la colocase sobre el trono de Inglaterra.

—Por Nuestra Señora! —dijo Enrique— humedeciéronse mis ojos, al leer esa carta, pues es digna de la hija de un rey, y tomado con ella de la mano dominará a los ingleses con lazos más fuertes que el acero. Hay algo en ella, a pesar de su carácter dominante...

El Arzobispo Anselmo la leyó con atención.

—Hay en verdad algo —dijo— y ese algo es esto, hijo mío. Esta mujer no piensa en sí misma. Arde con una noble pasión, pura y ardiente como el fuego, por Inglaterra. Observad como nadie pide, ni aún para su hermano, aunque podrías restaurarlo sobre el trono de Escocia. No ignora vuestros amores, ¿y quién los ignora?, y sin embargo, no os exige fidelidad. En sus brazos desea levantar a todo un pueblo y os acerca a Dios al traeros su pureza de corazón. Si os negáis, con la sonrisa en los labios, soportara la vida hasta que el Señor la libere. ¿Deseáis mis consejos?

—Por cierto. Son los más sanos del mundo —dijo el Rey.

—Esta dama está inspirada —continuó el arzobispo— Os ayudará a formar un pueblo uniendo al normando y al inglés. Escribidle ahora y aquí mismo. Poned a sus pies vuestra aceptación. Pero si deseáis seguir el consejo de un eclesiástico ignorante, rodeadla de toda clase de consideraciones, sin hablarle de amor hasta que sea vuestra esposa. ¿Cómo puede ella confiar en las palabras de un libertino como vos? Y no le déis jamás motivos después de vuestro matrimonio, para que pueda ella dudar de vos en el interés de toda la Inglaterra y de la Normandía.

Había uno noble emoción en la voz del arzobispo que impresionó a Enrique, más que la sabiduría de una de las mentalidades más eminentes de Europa.

Púsose a escribir.

* * *

Cristina, la Abadesa, mientras tanto, refunfuñaba como un gato. Protestó por escrito, e informó a todas las autoridades religiosas que la “Princesa Maud era una monja y de que era un sacrilegio el sacarla del convento”.

Sonrióse el Arzobispo Anselmo. Estaba habituado a tratar con damas religiosas irritables, de elevada posición. Invitó a la Princesa Maud a que compareciese ante un Consejo de Obispos y de Abates y que declarase la verdad en cuanto a su vocación para la vida religiosa. El asunto debía serclarado ante el mundo.

Ripitió ella la escena del velo negro ante la solemne asam-

blea. Clara y robusta nos llega su voz a través de los siglos en sus propias palabras, conservadas por la tradición:

—No niego que en mi infancia mi tía Cristina puso un trapo negro sobre mi cabeza. Si trataba de hacerlo a un lado me atormentaba con golpes y reproches. Temblando y suspirando lo usaba en su presencia, pero tan luego como dejaba de verla lo hacia a un lado.

El Consejo no tuvo dificultad en dar fe a sus palabras. La Abadesa Cristina era conocida por todos los Obispos. El veredicto establecía que:

"Maud, hija de Malcolm, Rey de Escocia, probaba que no había abrazado ella la vida religiosa y de que estaba libre para contraer matrimonio con el Rey."

Y temeroso de cualquier duda, el pueblo inglés la imprimió con las siguientes palabras:

"¡Noble mujer, levantad el antiguo honor de Inglaterra! Luchad por la reconciliación. Si os negáis, la enemistad entre la raza normanda y sajona será eterna y la sangre correrá para siempre. Tened piedad de nosotros".

Sonriose Maud de Escocia. Sólo ella sabía su larga lucha hasta alcanzar ahora la meta.

Celebróse el matrimonio en la Catedral de Winchester ante inmensa concurrencia, y antes de la ceremonia, el Arzobispo Anselmo irguíose orgulloso en su púlpito repitiendo y confirmando el veredicto con el fin de que ningún normando

malicioso pudiese decir que el Rey se había casado con una monja. Incitó a los ingleses, a que libremente dijesen si tenían objeción que hacer a esta decisión. Como leones respondieron que el asunto estaba resuelto. Sonriose Maud sobre su pueblo quien derramaba a sus pies lágrimas de júbilo.

Quién no se impresiona al leer el poema nupcial escrito en latín por Hildebert, y al verla junto con su poeta "coronada ante el altar, virgen novia y reina en quien las esperanzas de Inglaterra saludaban ya a la madre de una célebre dinastía".

Algo más tenemos que decir todavía referente a esta gran figura histórica.

Al celebrarse el matrimonio repartióse a los obispados y monasterios un compendio de las nobles leyes de sus antecesores, y andando los años, uno de éstos constituyó la base de la Magna Charta, origen de las libertades de la raza anglo-sajona en el Viejo y en el Nuevo Mundo.

Sus cenizas descansan en la Abadía de Westminster, pero su monumento es el soplo de libertad que han conducido los ingleses a todas las tierras adonde han llevado su lengua y su historia.

Y sobre el trono de Inglaterra, se sienta hoy día un Rey con la sangre real de Maud, Lady de los Ingleses, en sus venas.

(Continuación de la página 4)
LA OVEJA MALA

los esperaba un joven que los hizo pasar a una sala que parecía de operaciones. Había olor de animales y se sentían ladridos de perros. El joven

tomó al gato y lo colocó sobre la mesa, mientras hablaba.

—A ver... a ver, viejo amigo... ¿te sientes muy mal?... ya pasará... ya pasará... ¿Estás mejor ahora?...

Y Ormund perdió su aire asustado y miserable, las orejitas se enderezaron y respiró tranquilo.

Pansy era todo ojos y la felicidad se iba apoderando de su carita juvenil.

Horas más tarde, volvían los tres a meterse al auto para regresar. Pansy atrás iba dichosa, apretaba contra sí a su gatito salvado. Adelante reinaba el silencio, después hubo murmullos de voces, suave, hasta que Kenneth se inclinó a besar a su compañera; la rueda giró con él y casi chocaron.

—A mí no me importa — exclamó Pansy; — pero, acuérdese que estoy aquí.

—Chiquilla, — dijo Kenneth, — lo confieso no me acordaba que venía usted; perdón...

—Oiga usted, Kenneth, — replicó Pansy — no se vaya a imaginar que si usted se casa con Dorinda, yo iré a vivir con ustedes. Nada de eso, viviré solita con Ormund.

—Pansy — dijo Dorinda, — no me casaré si tú no vienes con nosotros.

—Consultaremos a Ormund — contestó la chiquilla — y... oiga, Kenneth, le diré que su abuelita es un encanto y que yo no sospechaba que hubiera un hombre tan bueno como usted y el señor que salvó mi gatito.

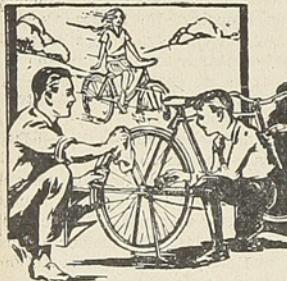
De nuevo se hundió en su asiento, feliz, mientras la pareja de adelante se decía cosas sin asunto, ni razón; pero tan agradables a los oídos enamorados...

Llegaron.

En la casa del frente se corrió una cortina y aparecieron los ojos escan-

dalizados de la señorita Virginia, mientras exclamaba en un tono de indecible espanto:

—Ahí están... ¿ves la hora que es, Hortensia?... esto es horrible... cada día van para peor... ¡estas niñas modernas!...



El Aceite 3 en Uno

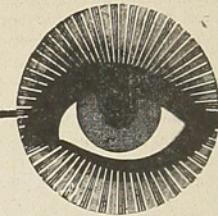
es incomparable para aceitar, pulir y evitar la oxidación de los bicicletas, motocicletas, velocípedos, andadores para niños, etc. Aceitándose con 3 en Uno, los cojinetes funcionan suavemente y se conservan en buen estado. Evita la herrumbre y lustra las piezas niqueladas, esmolldadas y de acero.

No olvides que 3 en Uno no es un aceite común. Es una mezcla científica de aceite animal, aceite mineral y aceite vegetal. Uselo Ud. y apreciará cuán superior es a todos los aceites ordinarios.

De venta en todos los buenos almacenes.



THREE-IN-ONE OIL COMPANY
Nueva York, E. U. de A.



UNIVERSO
SOCIADAD IMPRENTA Y LITOGRAFIA

AHUMADA 32

OFRECE

500 hojas cartas
400 sobres inviolables
100 tarjetones recado
total 1000 ejemplares
todos IMPRESOS por

\$ 20

Despachos a provincias
únicamente contra pago anticipado de \$ 25-

Para Tito Abalos. Creo encontrar en usted mi ideal y reunir las condiciones que usted pide, por lo tanto sírvase contestar pronto a Gringa de Trapa. Tucapel, Vía Monte Agüila.

Para el Comandante Asenjo Valdivia, ruego contestar por intermedio de la revista si su corazón está libre. Lo desea saber su compañera de viaje del 9 de marzo, de Osorno hasta la mitad del trayecto a Valdivia. Incógnita.

Viuda 38, que ha sufrido mucho, desea encontrar caballero de 40 a 45, que sea culto y de nobles sentimientos, capaz de brindar amistad sincera a un ser que en la vida sólo ha encontrado engaños. Lucy W. Palma. Correo Antofagasta o a la revista.

Jóvenes 21 años, educados, buena familia, simpáticos, desean cartearse con señoritas iguales condiciones. No mayores de 24. Contestar a M. E. y O. E. Correo Copiapó.

Rubia ojos claros, 25 años, regular estatura, sincera, nobles sentimientos, dispuesta a amar y ser amada, busca caballero 30 a 40, honorable, sin vicios, fines serios. Absoluta seriedad y reserva. Enviar foto, que será devuelta si no es aceptado. Solitaria M. S. Correo 1, Temuco.

El ideal de una morenita, seria encontrar un gringuito o americano de Tocopilla o sus alrededores, que posea un autito. Apolinea I. C. S. Correo Antofagasta.

La voix du coeur et fleur d'amour, desean correspondencia con jóvenes altos, rubios, médicos o estudiantes de medicina. Correo Central, a los nombres citados.

Adalid, desea correspondencia con caballero de 30 a 40, si es posible posición formada para formar hogar. Correo 7.

Busco ideal sincero y cariñoso, leal, que me haga olvidar las tristes decepciones que he sufrido a los 21 años. Lo deseo profesiomal, que pase de 1.65. Ojalá extranjero.

Rosa Sáez, Correo Concepción, desea correspondencia con joven serio, decente y trabajador, de 30 a 40, regular estatura. Yo feña, de nobles sentimientos y dispuesta a amar sinceramente.

Art Acord, Tocopilla, María Elena, ¡Morenita!, si no tienes pretensión, escríbeme para endulzar mi corazón que ansia amar. Ojalá de Valparaíso al Sur, porque pretenro irme por esas tierras. La desevo de 18 a 22, carirosa y sincera. Soy formal, 26 y dispuesta a formar hogar.

A Carnet 69233, Correo, M. L. Al leer su párrafo, me creí capaz de ayudarlo a compartir su pena. Si desea datos sobre mi persona, diríjase a Mitzi, Maullín.

Me llamo Reginaldo, bonito nombre ¿no? Tengo 18, 1.71, trigueño y simpático. Soy de Copiapó donde no hay hombre antipático. Si vieran ustedes lectorcitas, lo simpático que soy, me escribirían todas. ¡Palabro! ¿Quién me va a escribir? ¿Usted? Bueno Hágalo a Reginaldo San Cristóbal, casilla 112 Copiapó.

Usted puede ver lector, que pido muy poca cosa, pero a la vez muy difícil. Quiero un amiguito, pero que tiene que ser todo un hombre. Yo soy seria, tengo 20 años y no he amado nunca. V. O. E. Casilla 637, Concepción.

Mi ideal es el marino de apellido de la Fuente que está en la Radio de la Quinta Normal. Si tiene su corazón libre conteste a Correo Central, a María de la Fuente.

Felicito al atleta chileno Armando Sorruco por su actuación en el Campeonato Atlético Sudamericano. M. S. W.

A Fernando Espero. Escríbame a Correo Central, Santiago. Pola Castro.

Española Sweet, Correo 3, Santiago. Siento tener que deslusionar a usted, pero el Oficial del Estado Mayor, H. T. H. actualmente en C. tiene ya una dueña que sabe comprenderlo muy bien. Creo un deber advertírselo. Lucilla Stone. Correo 5, Santiago.

consultorio sentimental

CUPON

No se publicará ningún párrafo si no viene acompañado de un Cupón por cada 25 palabras.

Figurarán a la cabeza del Consultorio las cartas que traigan tres veces el número de Cupones exigidos anteriormente. Ejemplo: una carta con 50 palabras debe venir acompañada con 6 Cupones.

Toda correspondencia debe ser dirigida a Casilla 3518, Santiago.

Dos amigas morenas, simpáticas, de familia honorable, una bajita y otra alta, desean amistad con tenientes aviadores o marineros, no importa físico. Por el Consultorio enviando dirección a Dos Amigas.

Señorita seria y culta, desea correspondencia con joven de 30 a 35, educado, soltero. No importa físico. Más datos a Carmen Wilson Mora. Valparaíso. Correo Central.

Desde hace tiempo deseo saber con toda el alma de mí simpática e inolvidable Martita P. Se que pronto te vendrás a ésta, y me siento feliz sólo de pensar que comentaremos nuestra pasada amistad. No seas ingrata con el ser que jamás te olvidará. No creas en ningún falso romance, porque como yo te amo no te amará nadie.

Carmen Lagos M., le encantaría correspondencia con hombre de 30 a 50 años, a Correo Central.

Mi ideal es y será toda mi vida, el estudiante de dentística, Enrique Graff, Concepción. Nena Solitaria.

Mi ideal es el simpático artillero del "Rancagua", Juanito P. ¿Te acuerdas de Norma H.? Correo Viña del Mar.

Señorita sincera, 21 primaveras desea correspondencia con joven trabajador de 25 a 35. Ojalá foto. Escríbame a Chita Vaile, Linarejos.

Joven de 17, alto, buen físico, más bien rubio, muy buena familia, busca por medio de este Consultorio, chiquilla de 15 a 17, dije, buen cuerpo, cariñosa, vista bien, que le guste el cine, no el baile y que tenga libertad para salir. A Consultorio o Correo Central, a E. P. V.. Indispensable foto.

Silvia V., Correo La Serena, desearía correspondencia con un joven universitario o profesional. No importa físico.

Chica simpática, 17 primaveras, desea correspondencia con jovencito de 18 a 24, físico agradable y que me quiera mucho. Aideé Ríos, Concepción.

Debo correspondecia con joven de 30 o más años, alto, que mida 1.70, lo menos, buena posición, instruido. A L. L. Correo Quilpué.

Joven educado, buena familia, 26 años, desea correspondencia con señorita simpática, alegría, aducada, bonita.

Carnet 22535, Correo, Iquique.

Me agradaría conocer señor rubio o moreno, cualquier físico, 28 a 50 años, culto, caballeroso, nobles sentimientos, buena posición económica o profesional, ojalá médico. Soy morena, familia honorable, simpática, alta, buen cuerpo, 25 años, buena presencia, bien educada, seria y comprensiva. Exijo seriedad. F. D. W. Correo 5.

Correo Concepción, deseo correspondencia con el joven cuyo nombre es Jorge Bravo. Te amo en silencio. Contesta a Mariana Ortiz.

Señorita busca compañero, suyos ojos penetren en su corazón. Amor, hogar, seriedad. Datos carta a P. D. Copiapo, Chañarillo, 292.

Ex estudiante, 20 años, 1.70, delgado, moreno, desea conocer viuda joven, simpática, buena situación. Por el Consultorio a Reinaldo.

Desearía tener amistad con joven de 25 a 30, cualquier físico. Liliana, Correo Recreo, Viña del Mar.

Para la señorita Nina. Creo reunir todas las dulzuras que pide su tierno corazón y serle fiel en todo momento si llegamos a comprendernos. Tito Ávalos, Antofagasta. Pedro de Valdivia.

Estando solo en el mundo deseo correspondencia con solterona no mayor de 45 años, nobles sentimientos, cariñosa, amante del hogar y de corazón sano para tener la dicha de despertar en ella el fuego santo y sublime del amor y poder marchar unidos y felices por el escabroso camino de la vida. Comerciante minorista, 46 años. Antofagasta. Salinas. M. R. Alfaro.

Fernando Rebollo, si no has olvidado a la pebete que el año 23 vivía en Arauco, contestale a su nombre. Correo 5, Santiago. Ketti.

Para Raúl Alvarez, marinero del Crucero O'Higgins. ¿Por qué tanto silencio? Recuerda a tu amiga que te adora? Contesta Elena Silva, Correo 3.

Desearía mantener correspondencia con señorita de 18 a 19, la prefiero de Valparaíso. Si alguna se interesa diríjase a Virgilio Z. Correo 2, Valparaíso.

El ideal de mis sueños es muchacho francés, rubio, alto, 1.70, cariñoso, aficionado a la literatura, música, etc. (Ojalá ingeniero electricista), no mayor de 33. Yo nada mal parecida, familia honorable, cariñosa, comprensiva, buen carácter, 22 años. Contestar por el Consultorio o Correo. Laura Avenaño, Chimbarongo.

Elinia Iglesias, Casilla 243, Traiguén, 20 años, morena, alma soñadora, corazón lleno de ideales, escudriñadora del mar de la vida, busca la otra mitad de su ser para la travesía en el barco del amor. Para este objeto deseja mantener correspondencia con joven educado y que crea ser su complemento. No importa físico. Una lectora de "Para Todos".

**El Secreto
de la ETERNA BELLEZA
está en la científica
CREMA «VANISHING»:**

LE SANCY

La Crema de Día: \$ 2.-

Señorita educada, familia honorable, 26 años, desea correspondencia con joven decente, profesional de 30 a 37. R. E. S., Puerto 817, Chillán.

Deseo correspondencia con señorita 17 a 19, seria, preferio de Serena u Ovalle. Yo A. Herrera, Tocopilla, "María Elena" Correo.

Loquilla desea amar y ser amada. Lo deseó extranjero, 30 años, alto, no importa físico, si tiene un alma que corresponda a mí.

Pimpolla, corazón demasiado alegre y vivo, desea correspondencia con caballero formal que con su cariño haga de ella una mujercita juiciosa. Prefiero extranjero, alto y moreno.

X. X. X., modesta, trabajadora, sin presiones, anhela correspondencia con extranjero cuito, serio, leal y desinteresado.

Glady, 26 años, sincera, buenos sentimientos, amante de la música, el baile y los deportes, desea correspondencia con joven poco mayor, ojala del campo al que es muy aficionada.

Pilimplina, desea correspondencia con joven de corazón puro que sepa amar, optimista, inteligente, educado, mayor de 21.

Lectores, he sufrido un horrible desengaño. Quise con toda mi alma. Fui buena y fui y me traicionaron. ¡Ahora ya no creo en el amor de los hombres! Sólo busco un amigo bueno, sincero, como un hermano, que con su afecto puro y leal, sepa comprenderme y alegrar un poco mi vida, triste y solitaria. María Garrido, Correo 21.

Señorita, 23, cariñosa, sencilla, desea compañero guste cine, cariñoso, comprensivo, sincero, culto, vista bien, dispuesto formar hogar. Acompañar foto. Gladys Fuenzalida, Correo Central.

R. Venegas B. De 1.67, de 24 años, rubio, desea unir su corazón con morena igual edad. Contestar. Tarapacá 1365, Iquique. Aseguro Porvenir. Envíe foto.

¿No hay algún aburrido de la vida que quiera latearse con la amistad que te brinda una joven educada, cuya vida rueda entre los libros y el trabajo? Lo deseas marino o huasito, joven, alto, buena familia y trabajador. Si algún lector me acepta como amiguita, contestar por la revista a Aideamita Triste.

Obrero, 21 años, sin vicios, amante al cine, desea amistad con señorita profesional, sin pretensiones, regular edad. Correo Central a A. F.

Me agradaría correspondencia con jovenito que conoció de vista en Parral. Trabaja en los Impuestos Internos y estaba recién llegado de Talca. Gabriela López, Correo 5, Santiago.

La esencia de mi vida es Heriberto Sazana. Su charla amena, su físico y su modo de ser en general, han cautivado en tal forma mi corazón, que no puedo soportar por más tiempo esta abrasadora llama de amor y le suplico no desoiga el amoroso llamado de mi ardiente corazón. Violeta R. M. Correo Concepción.

¿Dónde podría ver a don Pedro Lobos de la Radio? Supo que poleoleaba con una chiquilla Vera. Contésteme por este Consultorio a Olga Mercandino E.

Mi ideal sería encontrar entre los lectores un amigo con quien mantener correspondencia. Ojalá fuera del Norte. E. Cifuentes. Correo Talca.

Amistad espiritual y sincera, deseó mantener con muchacho de 18 a 29, caballero y de gran voluntad. Optimista y de mucha iniciativa. Comprensivo y que sienta anhelo de amor. Tengo 17 años, pero ya he aprendido la ciencia de vivir. Correo Curicó o Encuesta a Michelle S. F.

Deseo correspondencia con el teniente G. F. del Regimiento Carampangue. Si alguno de sus amigos lee este párrafo, ruego se lo comunique. Munequita Pintada. Correo Central.

Deseo correspondencia con el simpático maestro piano del "Alejandro". Recuerda la tarjeta que le di al desembarcarme en Talcahuano? Yola Valdés. Correo Concepción.

Deseo correspondencia con el simpático maestro del "O Higgins" H. Q. G. a quien conozco en el paseo. Estela Correa. Correo Concepción.

Contestación a Incognita. La quiero sin conocerla... Después vere si puedo decir lo mismo. Como sabe quien soy, escríbame y déme su dirección. L. P., Los Angeles.

Mi ideal es una simpática morenita de Chillán, vive en O Higgins. Sus iniciales son E. J. R. Su seriedad e indiferencia han cautivado a Contadorcito.

Sotero del Sur. Su carta me ha inspirado confianza, y por eso ruego a usted se aigne mandarle su dirección para poderle contestar concienzudamente. Garantízale que mis gustos corresponden a los suyos. Delia Castro.

Deseo correspondencia con señor de 20 a 25 años, que tenga buena presencia y posición. Envíe foto y datos personales. Correo Firque, Santiago.

Los ideales de Betty y Estela, quillotanas, son los simpáticos jóvenes de La Cruz, J. V. y V. S. Viven en 21 de Mayo, al lado del Correo. Los veo siempre en el balcón. Si no tienen dueña, contesten por la revista.

Mi ideal es Anita Mayer M. Vive en Carrera. Si sus bellos ojos se fijan en estas líneas, conteste por encuesta a Un Admirador.

Alma que fué llena de ilusiones y truncada por una mano despiadada, desea correspondencia sincera que sepa endulzar sus tristezas. No importa físico. Las penas del corazón se curan de corazón a corazón. Amigo Coronado, de San Luis. Correo Central.

Mary Lisa, Correo La Cruz, desea correspondencia con español de 25 a 30, que mida 1.70, católico, amante del campo y de la vida sencilla.

Simpáticas primitas, con innumerables atractivos, regular fortuna y capaces de hacer feliz a cualquier mortal. Desean, Julietta, uno alto, pálido, de arrogante busto. Es un huasito de Chafaral adentro. El ideal de Orietta es un huasito a la moderna, de San Agustín. Usa traje de montar que maneja con desenvoltura un Nasch. Maggi, dice es de Ninguihue, gordito y sonrosado, ojos verdes que hacen juego con su Chevrolet. Contesten a Correo Chillán, a Julietta B.

Busco porteo que comprenda alma que ha sufrido mucho. No importa físico. Solo deseo nobles sentimientos y leal amigo. Nina, Correo 11, Santiago.

Deseo conocer joven de 30 a 40, serio. Yo 27. Conteste a Eliana Magallanes, Correo 7, Santiago.

Myrna Steman, desea correspondencia con el dueño del coche 85391. Si sus ojos verdes se posan en estas líneas, conteste a Coredo 7.

Chilena con residencia en Francia, desea correspondencia con joven educado, buena familia, instruido, de 20 a 25 años. Si militar, lo prefiere aviador. Foto indispensable. Jeanne La Plume, Rue Cotta 8, Reims Marne, France.

Lector, escucha la voz de un alma que te llama. Soy joven y me encuentro tan sola en la vida. Necesito la cálida palabra del hombre generoso que me aliente, que guie el débil madero de mi barco, que me ame algún día por mi alma, que llevo asomada en la negrura de mis ojos, que ha salvado impoluta de la acción corruptora de nuestro siglo. Buscas entre los desconocidos un hombre, porque las almirabildades palabras de los donjuanes que me rodean, no han despertado mi corazón. No quiero al hombre de la ciudad. Amo la paz del campo, y mi delirio sería encontrar allí mi ideal y vivir allí. He aquí el sueño de mis 24 años. Los que no busquéis muñecas de lujo, sino el corazón de

una mujercita buena y honrada, respondan por la revista a María Antonieta.

Auto 82800, hermosa rubieza porteña, si tus lindos ojos ven estas líneas, escríbame a Correo Central, porque creo nos unió afecto instantáneo. Ignoro tu nombre. Raul.

A ti, amigo desconocido, tiendo mi mano para que la estreches suavemente entre las tuyas y me concedas el bien de unas palabras de afecto y consuelo. Para recuperarla fe perdida, un amigo no más pido a la vida. Natacha, Catedral, 1793.

Chiquilla, si crees haber comprendido el verdadero sentido de la vida, y podrías amar algún día de verdad, escribe al que puede ser tu mejor amigo, y tal vez algún día... Tu edad, no más de 24. Estatura, entre 1.60 y 1.70. La mia, 28 cumplidos y 1.70. Espíritu Moderno. Chillán.

Mi ideal es el suplemento señales, que viene a suplir a Polpaico. Su apellido es Astorga. ¿Se acuerda de la chiquilla con quien hablaba por teléfono? Esto locamente enamorada de él. Contesta Polpaico, P. A. G.

Pencón, moreno, bajo, 23 años, acepta amistad señorita que simpática, sea educada. L. Rodriguez, Correo 15.

Mery Dathe de Chigite, te amo locamente. Tus ojos son dos estrellas. Acuérdate del militar que te halante siempre en Concepción. Contesta Casilla 778.

Encantada de la simpatía del joven de pull-over blanco que está en la foto que le mandó el señor E. Report de la Mina a una amiga. Desearía cultivar su amistad si él es digna contestarme. Margot Ibsen, Villa Alegre de Loncomilla.

Al simpático mocoso Samuel Kotliarenko, de Concepción. Quiero que sepas que me has cautivado con tus chistes sin sal y las maneras interesantes que tienes en las clases del curso de comercio. Una Compañera.

Mi alma está desolada y triste llena de negros pensamientos por un cruel desengaño. Lector, ¿encontraré a un amigo de 40 a 50 años, culto y de alma noble, que sepa comprender un corazón destrozado? Anhelo amistad, pues nunca olvidaré al que llevo dentro del alma. Por la revista a Desolada.

Joven de muy buenos sentimientos y cariñoso, desea amistad con señorita que sea muy cariñosa y buena. Yo, 23 años. Correo Foerterillos, a Rolo R.

Dama digna, agradable presencia, cariñosa y sincera, deseas señor igualas condiciones. Toda verdad. Correo Central.

Joven 26, alto, moreno, sin vicios, empleado, soltero, deseas señorita honorable, 18 a 23. Dirigirse a L. P. D. A., Copiapó, calle Chaharcillo, 294.

Seyer Anes, Correo San Javier, desearía correspondencia con joven empleado de oficina pública, de grado 20 adelante. Pues mi petición es nada más por cambiar noticias, revistas, fotos, del pueblo que sea. Agradece conteste envíe foto y datos.

Para Infinito Amor, soy del sur, sincera, dueña de casa, sencilla, cariñosa. Soy morena, grande, ojos verdes. Correo Constitución. María Valdés B.

A Ernesto Solmar, creo reunir las cualidades que deseas. Indispensable foto. Contesta por carta a Iris A. S., Correo Copiapó.

Deliro por amorcito de 22 a 25, buena situación, ovejón y cariñoso. Me gustaría más de Antofagasta a Mejillones. Por la revista a Princesita, Copiapó.

Señorita Angela, del N.º 93, aquí hay un corazón que sufre como usted. Escríba al Correo Puente Alto, a Manuel González S., Las rosas.

Elias Harris, de Sewell, desde que te conocí encontré en ti mi ideal soñado. Si en tu corazoncito hay un rinconcito vacío, ocúpalo con mi amor, que es sincero. Por la revista a Incomprendida, Ranagua.

Oscar Barahona, Antofagasta, Pampa

Unión. A pesar de tu ingratitud, tu imagen no se aparta de mi corazón. ¿Por qué avivaste tus promesas? Recuerda el 24 de febrero de 1930. Compañera de viaje.

Guillermo Jegó R. ¿Dónde estás ahora? Tuve la dicha de conocer en Magallanes y delirio por tu amor. Contesta por la revista a Sin Amor, Correo.

Cansada de esperar en el mañana, acudo a la benevolencia de este consultorio en busca de un hombre sin vicios, trabajador, ojalá con conocimientos de agronomía y ahorrado para impulsar industria agrícola comercial. Mila Lobos. Polcura.

Violeta y Raquel Wilson, Correo Concepción, simpáticas morenitas, colegialas, de figura atractiva, desean correspondencia con jóvenes educados y serios. Violeta lo prefiere de ojos claros, pelo castaño y ojalá descendiente de extranjero, de 20 a 25. Raquel lo desea moreno, d'ojos verdes, de 18 a 26. Indispensable foto.

A Carnet 183904, Correo 6, Los Placeres. Creo reunir condiciones que usted pide. Si

desea datos de mi persona, diríjase a Amauta, Maulín.

Para L. U. G., de Parral, después de largo tiempo de espera le escribo estas líneas para saber el por qué ese mutismo en que se ha encerrado al no contestarme mi carta que era contestación a la suya. Si no soy la ilusión que usted se había forjado, ruego recuerde lo que me dice en su carta referente a mi palabra para yo proceder como tal. Conteste a mi nombre. Correo, María Elena B. A.

A Viola Mandiola, reúno condiciones que desea. Más datos a Humberto A. Oficina Pedro de Valdivia, Correo Tocopilla.

Seforita de familia honorable, seria, cariñosa, deseas encontrar amigo sincero y leal. Me agradaría alto, rubio. No me disgustaría moreno, pero si cumplido y caballero. Viola Velasco. Correo Concepción.

Caballero extranjero, honorable, culto, profesional, deseas conocer señorita o viuda independiente, buena figura y prendas morales.

con algún capital, de 30 a 35 años, para implantar negocio, si sus caracteres se avienen y llegan a comprenderse. Por la revista a Huérano de Amor.

Mi ideal eres tú, linda, preciosísima, Ulvianita G., que vives en Calera. Si tu corazoncito está libre y dispuesto ha corresponder mi sincero cariño, le ruego no desoiga a quien la ama con locura. Usted es lo más hermoso que tuve la dicha de admirar a mí paso por ese pueblecito. ¿Recuerda quién soy? Pues uno que desea ser su sincero amiguito. Hugo Donoso. Potrerillos.

Mi único ideal es la encantadora Marujita Ferrer P. Me encanta su modo de ser y su personalidad toda. Conteste a Un Gran Admirador.

Tango Tanfo, 25 años de amarguras, busca lectorcita de "Para Todos" para formar nido de amor. Antofagasta, Oficina Pedro de Valdivia.

Merry Boy, chileno, hijo de extranjeros, 27 de edad, familia decente, espíritu culto y franco, blanco, 1,65 alto, empleado de una

INSPIRADOS EN "BIBLIOTECA ZIG-ZAG"



LOS LIBROS

Siempre hay una hora en nuestra vida que es sola, distinta, aparte de las otras. Una hora que deseamos más íntima, silenciosa y recogida; no queremos hablar, la compañía nos molesta y, sin embargo, queremos huir de nuestro yo y no ahondar en nosotros mismos.

Es la hora de los libros.

El único compañero que nos espera siempre fiel, listo, cuando lo necesitamos, es el libro. ¡Y qué horas agradables se pasan recorriendo las páginas de un libro interesante!... ¡Qué mundo de bellezas morales, qué de ideas desconocidas nos revelan los libros! A qué puntos ignorados, a qué regiones lejanas, a qué países extraños nos llevan los libros. ¡Qué abismos insindables de heroísmo, que prodigiosos hechos, qué de hazañas históricas y verdaderas nos enseñan los libros!

¡Cómo distraen, cómo entusiasman, cómo aconsejan, cómo consuelan los libros!

El modo más sencillo de ilustrarse es leer. Leyendo se aprende, leyendo se estudia, leyendo se desarrolla la inteligencia.

Rodeémonos siempre de buenos libros, son nuestros mejores amigos.

M. T.



compañía minera, desea correspondencia con señorita de igual clase social, inteligente, comprensiva, comunicativa, y si es posible que habla inglés. Mayores datos daré a aquella que, guiada del deseo de satisfacerte, me escriba contando su vida y milagros, que yo haré lo mismo, sin omisión de detalle alguno, tan pronto como lea su carta.

Incógnito amigo, sé que, siguiendo la comedia de la vida, cada día más cruel, vas en busca de la flapper únicamente por aquel orgullo humano, pero sé que estudiándote con paciencia, llevas en tu alma un ideal más puro. Yo también soy joven, pero como dicen hoy, con ideas retrógradas, vivo en el país de los sueños, en un mundo ignorado. Amo la poesía y la verdad, aunque sea a costa de nuestro propio sacrificio. No deseó

hermosura, dinero ni vanas promesas, deseo una amistad noble y pura, como un manantial de aguas cristalinas, consoladora como un beso de piedad, que llegue hasta mí y me traiga la alegría de vivir, alegría de los 20 años que ilumine la noche de mi alma con un rayito de aurora. ¿Encontraré en esta época de materialismo al verdadero gentleman? Teodora, Correo 21.

Mi ideal es un chiquillo que creo estudia en el Liceo Amunátegui. Se llama Aquiles G. No es nada valentinesco, gordito y viste de café. Yo, rubia de ojos claros, gordita. Correo Central, Santiago. Camila Quevedo.

Deseo saber de José Santos Castillo. ¿Es acuerda, Pepito, del paseo que hicimos de Cartagena al Tabo? Por qué se interrumpieron nuestras entrevistas en Santiago? Conteste al Correo 2.

I would to have correspondence with perfect gentleman, if there is any body that belongs to my ideal, please answer to Lady Shalot.

Deseo correspondencia con señorita de provincia con el solo fin de cambiar poesías. Correo Central, Talcahuano. Carnet 1506.

Mi ideal es un joven de Talca d^a apellido A. Etcheverría. Si su corazón está libre conteste a Flor Gana, Correo. Talca.

Deseo correspondencia con jovencito de la Caja de Ahorros o estudiantes, ojalá del sur. Sin albarro, soy simpática. Esperanza solitaria, Concepción.

Morena 19 años, simpática, cariñosa, deseas correspondencia con marino, no importa físico, sólo deseas tener noble corazón. Contestar por la revista, Diamante Rojo.

Buenmozo, profesional, deseas conocer, fines matrimoniales, soltera independiente o viuda, no importa físico ni edad, sólo deseas con situación desahogada. Indicar dirección a Sandra Percival, Correo 7.

I. O. desea correspondencia con caballero dispuesto a amar. Se ruega enviar foto sin compromiso. Correo, Iquique.

Deseo correspondencia con joven antofagastina, regular físico, que sea sincera y educada, no más de 17 años. Yo 20, físico regular, estudiante universitario. Correo 3, Valparaíso, Carnet 94650. C. Aracena.

Mi saludo al ayudante conductor del tren ordinario que corre entre Concepción y Valdivia. ¿Se recuerda de la chiquilla que conoció el 23 de febrero en un viaje al sur? ella seguía a Osorno. Moroch, Osorno.

Deseo correspondencia con señorita que sea capaz de olvidar la espantosa pena de mi alma marchita por una franca desilusión. La deseas sencilla y sin ambiciones. Yo, alto, moreno, 23 años. Correo María Elena. Foto a Dazabari.

Para Magali, si es ese su deseo diríjase por carta a Corazón Solitario, que a pesar de la distancia que nos separa podremos enternecernos.

Deseo correspondencia, con fines matrimoniales, con la señorita Graciela R. B., profesional del Hospital de Linares a quien tuve ocasión de conocer en uno de mis viajes a esa. Soy universitaria, con fortuna, próximamente a recibirme. Chelita, conteste al Correo Central de Santiago a David Sánchez S.

V. Ronda, a pesar del tiempo transcurrido es imposible olvidarte. Sigues siendo mi ideal y minando mi corazón. ¿Y tú me has olvidado? Se que actualmente estás en Concepción en los FF. CC. Por la revista o a Correo 2 a Un Viejo Amor.

Si lees con detención estas líneas, no pienses que soy una hura, sino una mujer, a la cual el destino marcó con su guadaña cruel. Tengo 23 años. Mi vida se desliza como una sombra. ¿Tengo derecho a un rayo de luz en la noche de mi alma? Por la revista a Alondra Herida.

Mi ideal sería un joven de 25 a 35, profesional, ojalá extranjero, con fines matrimoniales. A Correo Central. Muñequita.

Muchachita simpática, buena figura, 18 años, franca, comprensiva, buena familia, seria y educada, llena de desengafos, desea conocer marino o militar, justo, noble, libre de compromisos para que con amor verdadero me haga conocer las dulzuras de esta vida. Elena Pérez D. La Calera.

Mazarin. Me parece que soy lo que usted busca; tengo 23 años y soy cariñosa. Prometo hacerle feliz. Diríjase por carta a María Gormaz, Concepción.

Alemanes e ingleses! Para ustedes va este ideal. Chilenita muy decente, seria, culta, noble corazón, alta, morena, aficionada a los deportes, cine y música, anhela gringuito, ojalá chilenoizado, no menor de 18 años. Exijo seriedad. Mina X.

Aniceto, Gete Alonso y Esteban López de Pablo, cabos radio-telegrafistas de Aviación, Getafe-Madrid, solicitan Madrinas de Pascua.

Busco señorita buena presencia, inteligente y con buena base, tanto moral como monetariamente. Yo alto, moreno, delgado, regular altura, agradable, 23 años. Stambul, Correo 5.

Ximena, Correo 15, deseas compañero alto, 30 años arriba para formar hogar feliz, ojalá militar o extranjero. Yo, alta, ojos verdes, culta, comprensiva, buena familia.

Mi anhelo es tener correspondencia con teniente de aviación, militar o carabinero, que guste del canto y poesía y que tenga buena figura. Yo, alta, morena, 16 primaveras. Si alguno se interesa conteste al Correo Central. Mimi B.

Deseo correspondencia con señorita de 17 a 18, fina, educada, buena figura. Contestar rápidamente dirección a U. M. La Quillota, Potrerillos.

Enrique R. P., San Bernardo. Nos conocimos hace tiempo. Cuando te estabais adueñando de mi corazón, destino cruel nos separó. Siempre recuerdo esos días. Creo que de tu agrado si no has mentido. Si tu

UN MILLON DE PERSONAS OBESAS NO PUEDEN ESTAR EQUIVOCADAS.

Y esta cifra revela solamente un número escaso de la gente que toma las Sales Kruschen para dominar la obesidad.

Cuando tomes las Sales vitalizadoras Kruschen (M.R.) por unos pocos días, le abandonará esa indolente costumbre de sentarse en una cómoda butaca por muy gordo que Vd. sea, pues la febril agitación de la actividad le ha aprisionado y Vd. irá aquí y acá magníficamente.

Y Vd. adora esa actividad más que ninguna otra cosa; puede darse un paseo de dos kilómetros y disfrutarlo; creyó que ya nunca volvería a bailar, pero ve que se encuentra tan ágil como antes, y los antiguos deseos de hacerlo pueden ser puestos en práctica.

Kruschen es una combinación de las seis sales que la Naturaleza ha puesto en su organismo para mantenerlo vivo y si no fuera por estas sales vitales no podría vivir.

Media cucharadita de las de café en un vaso de agua caliente cada mañana es todo lo que necesita para conservarse sano. Conserva en magnifica condición su estomago, hidrado, intestinos y riñones, y elimina del cuerpo las toxinas y excretas dañinas.

Base: Sales de sodio, potasio y magnesio.

Representante en Chile: H. V. PRENTICE,

Laboratorio Londez, Valparaíso.

Sea Precavido

El mal de los Riñones es causado por ciertos venenos y bacterias peligrosos que han quedado en el organismo y que deben ser eliminados. Poco a poco, día tras día, se acumulan estos venenos, los cuales, si usted se descuida, destruirán su salud y darán origen a los dolores que llamamos lumbago, ciática, etc. Sobrevienen dolores de cabeza; en la región de la cintura se sienten dolores punzantes como puñaladas. Las coyunturas se hinchan dolorosamente. Bajo los ojos aparecen manchas oscuras y "bolsas." Las alegrías y distracciones de la vida pierden su interés. Usted llega a sentirse viejo a los veinte, treinta o cuarenta años.

Cuando usted se dé cuenta de que existe un medicamento recomendado en el mundo entero por miles de personas que han sufrido y por los médicos, ¿estará usted dispuesto a comprobar la bondad de este específico? Durante 40 años las Píldoras De Witt para los Riñones y la Vejiga han sido recomendadas en los casos de Dolor de Cintura, Dolores Reumáticos y Mal de los Riñones. Las Píldoras De Witt no son un misterio.



Compre un frasco, tome dos píldoras esta noche y una antes de cada comida y dentro de las 24 horas verá usted por el cambio de color en la orina que están llevando a cabo su obra beneficiosa. Solicite un suministro hoy mismo.

FÓRMULA.

A base de Extracto Medicinal de Pichi Buchu, Enebro y Uva Ursi, como diuréticos, y Azul de Metileno como desinfectante.

SOLICITE UNA MUESTRA GRATIS

Los propietarios de las Píldoras De Witt de fábrica mandan ofrecer a cada persona que suscrite una oportunidad de comprobar con que rapidez este medicamento obra directamente sobre los riñones. Diríjase a E. C. De Witt & Co. Depto. M.P.T., Casilla No. 3312, Santiago de Chile.

**PILDORAS
DE WITT**
PARA LOS RIÑONES Y LA VEJIGA

VERIFICACIÓN DE VALORES



Abrigo para niñas. Modelo de lana inglesa, hechura estrictamente recta. Dos hileras de botones.

«Ensemble» para jovencitas. Abrigo de charmelaine unicolor, vestido de lana con muestras, cinturón de cuero y efecto de plastrón.

Abrigo para niñas. Modelo de lana lisa, hechura recta. Cuello-chal de seda.

Abrigo para niñas, de lana a cuadros, hechura inglesa. Dos hileras de botones, cinturón de cuero. Cuello revers de paño unicolor.

Abrigo para muchachos. Modelo de estambre, hechura estrictamente recta, dos hileras de botones.

Abrigo raglán para niñas. Modelo de cheviot beige. Cuello y puños, de cheviot pardo.

Abrigo para niñas. Modelo de estambre azul, hechura modernísima con esclavina corta.

Detalles de la Moda



Abrigo deportivo color azul marino con botones de níquel plateados.

Zapatos de mañana en cuero azul con cuero de cocodrilo. Gorro de cinta plizada en gris, azul marino y azul claro.

Cinturón hecho de cordeles en azul y blanco.

Cartera de marrocain blanco con dibujos azules.

Traje completo en verde y beige.

Cartera de género diagonal con cerradura de marfil. Guantes de cabritilla café.

Sombrero y pañuelo en color verde y beige.

Zapatos reina en cuero verde y adorno de cocodrilo.



corazón está libre contesta a Mary Manríquez V., Correo La Cisterna, Santiago.

Para Luis S. Iglesias. Eres mi ideal. Jamás olvidaré los gratos momentos que pasamos juntos. Mi único anhelo es que llegues a corresponderme. Soy morena, ojos negros, digo que soy muy simpática, buena dueña de casa, sincera. Desearía compañero. Si tu corazón está libre, contesta a Elena Manríquez. Correo, Cisterna.

Lector, tú que has sufrido los desengaños de la vida, junta tu alma con la mía, para que ambas se consuelen y comprendan. Yo, 19. Debes ser serio y educado. 23 a 30. Correo, Serena. Angelina Amós C.

Abraham Goren, Concepción. Te quiero. Te amo, te adoro tanto y agonizo por ti. Adiós, rucio quién te dirige estas líneas y contesta a Morenita.

Agricultor rico, 28, cariñoso y con otras muchas buenas cualidades, desea correspondencia con niña buena moza, amante de las bellezas del campo y que le guste viajar, pues si se comprenden, desea llegar a ser la adorada compañera con que ha soñado en la quietud campesina. Ureta, Hualqui.

Para Raúl Alvarez, marinero del Crucero "O'Higgins". ¿Por qué tanto silencio? ¿Recuerdas a tu amiga que te adora? Elena S.

Silvia V., Correo, La Serena, desearía correspondencia con joven universitario o profesional. No importa físico.

Lila Milda.. Correo, Temuco, desea correspondencia con joven de 17 a 20, moreno, ojos verdes, cuerpo esbelto, modales aristocráticos. Yo, rubia, ojos verdes, regular estatura, familia distinguida. Nada fea, una que no me considero una beladita.

Minerito d' El Teniente, moreno, busca su ideal en niña de Chillán. Por la revista a Clavel Libre.

Maria Sierralta M., Correo, Traiguén, 23 años, morena, sin más tesoro que un corazón amante y templado en el continuo batallar de la vida, desea en su desolación, mantener correspondencia con joven serio, alejado ya del mundo vano de la juventud, para ver si el destino adverso induce al predestinado a compartir el minuto entero de esta vida terrenal.

A. Saparinol. Me parece que soy la que usted desea. Prometo hacerle feliz. María Vial H., Correo, Concepción.

Estoy casado por la ley, no por el corazón. Mi vida se desliza molesta a pesar de ser profesional con buena renta. ¿Hay alguna que se interese por mí u otra que se encuentre en iguales condiciones? J. Vásquez. Correo 13. Recocita.

Marino, 22, regular físico. Desea almita nerous que venga a disipar las penas de este pobre corazón. Prefiero de Santiago o Valparaíso. Ronaldo Davison. Crucero "O'Higgins".

Deseo correspondencia con Aldo C., simpático. Es químico en Santiago. Corazón que recuerda quien conoció el 18 de febrero. Los lagos. Lucy Narango.

¡Qué feliz sería si tuvieras noticias de la simpática señorita Inés Cárdenas. Recuerde el marino que le envió una tarjeta cuando se encontraba de paso en Santiago. Conteste a la dirección que sabe. Franco García.

Chichita con Harina, te conocimos en el trayecto de San Rosendo a Santiago el día 17 de abril último. Deseamos saber de ti. ¿Cómo? ¿Dónde? Escribe a Correo 15. Su reños.

Maria Magdalena, 18 años, educada, franca, sincera, comprensiva, buena dueña de casa, dispuesta a formar hogar feliz. No soy fea. Estatura regular, pelo y ojos castaños, buena familia y serla. Deseo hombre de corazón noble, que pueda perdonar el triste pasado de mi vida. La persona que me conteste ha de saber que mi pedido no es una broma, y deseo que el que me conteste lo

daga en serio. Lo quiero mayor de 25, profesional o militar. Estoy dispuesta a conservarle mi vida y hacerlo feliz. Prefiero mayor de 35. Contestar por la revista.

Quiero llenar el vacío de mi vida, con el afecto y la amistad leal de un hombre, cuya religión sea como base primordial la moral. Extranjero, prefiriendo del norte de Europa, Alemán, inglés o escandinavo. Alto, buen físico, culto, mayor de 35, familia distinguida, 28 años. Patricia Klein. Correo 3, Valparaiso.

Legionario español, que marchará a América apenas termine compromiso, desea cambiar correspondencia persona situada, le oriente a señorita fines matrimoniales. Mariano Ponce. Legión 5°, Bandera Ametralladoras. Ceuta, Marruecos.

Deseo correspondencia con marino, more-

nito, cariñoso y alto, de 30 a 35. Yo, 27, rubia, ojos azules, no fea. Correo, Lima Horn. Concepción.

Aida Méndez, deseas amistad sincera con joven buena familia, educado, buena situación, no importa físico, pero sí, grandeza de corazón. Correo, Concepción.

Chiquilla. Estupenda imaginación. La ofreco en dosis, por carta a chiquillo entienda en la materia. Única condición. Exclusión absoluta de verdades. Gessy, Correo 6.

¿Adónde estás incógnito amiguito desconocido? Te quiero de 20 a 25, rentista o profesional, buena familia. Físico no pido. Quiero alma noble y sincera ame de verdad a chiquilla físico aceptable. No estimo coquetería moderna. Escribir con confianza. Eva del Valle. Correo, El Monte.

Bon Ami

hace que los

zapatos blancos permanezcan blancos

BON AMI mantiene siempre nuevos a los zapatos blancos—les quita la suciedad—no se limita a recubrir ésta con pintura. Sirve para toda clase de calzado blanco excepto el de cabritilla.

Aun los zapatos blancos viejos se deben limpiar con Bon Ami antes de ser blanqueados.

Resulta económico—pues sirve para muchas otras aplicaciones caseras.

De venta por todas partes



LAS COSAS CURIOSAS

Mecánica pintoresca

Para la torre de la nueva Catedral de Messina se construye el reloj más grande y complicado del mundo.

Este reloj único mostrará todas las fases de la luna, la posición de los planetas, las estaciones y las mareas. Una serie de figuras de bronce representarán escenas simbólicas de las estaciones del año, de los días de la semana, de las horas, los cuartos, etcétera, y varios episodios de la historia de Messina. En lo más alto de la torre se colocará un gallo de gran tamaño, que cantará a la salida y puesta del sol. Al sonar las doce del mediodía un león rugirá y moverá la cabeza y la cola. Las horas serán tocadas en las campanas por dos figuras representando a Dina y Clarenza, las dos muchachas campesinas que en 1282 avisaron a los habitantes de la ciudad la lle-

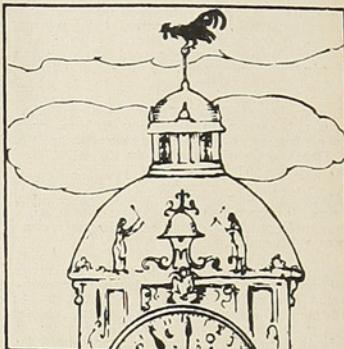
gada del Ejército de Carlos de Anjor.

Si la Catedral de Messina quiere ganar dinero, no tiene más que poner sillones delante de la torre y cobrar un par de liras a todo el que se siente, pues un espectáculo así puede competir muy bien con el cine sonoro.

Ladrillos de última moda

En Inglaterra se fabrica ahora un ladrillo especial, hueco y compuesto de una parte de cemento y cuatro de arena. Sus ventajas principales son su baratura, su extraordinaria fortaleza y el hecho de que para usarlos en las construcciones basta colocarlos unos encima de otros sin más que mojar el canto que ha de quedar debajo en una masa hecha con cal y un poco de cemento.

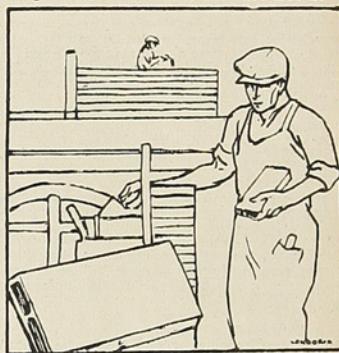
Su única desventaja es que en una



huella del ramo de construcción los obreros usen como arma esos ladrillos elevados a la potencia.

Altavoz-ametralladora

En Nauen se ha ensayado el mayor y más potente altavoz del mundo. Los so-



nidos que salen de la gigantesca bocina se oyen perfectamente a 20 kilómetros de distancia.

Pero también es cierto que se oyen muy mal desde cerca, pues todo aquél que se halle a menos de quinientos metros del altavoz recibe la impresión de que está tocando un jazz-band dentro de su cabeza.

Algunos de los que escucharon de cer-



ca el concierto de ensayo sufrieron congestiones. Estamos viendo que se va a dotar a los ejércitos de esta clase de altavoces para utilizarlos como arma de guerra.



Para su niño

ofrecemos por intermedio de «DON FAUSTO» y «EL PENECA», en sorteo entre los que acierten con el nombre que debe llevar la nueva revista infantil que

por sólo 20 CENTAVOS

publicará semanalmente los viernes UN CUENTO INFANTIL COMPLETO, regíamente ilustrado en colores e impreso espléndidamente en papel especial.

El N.º 1 aparecerá el

VIERNES 19 DE JUNIO

Que su niño participe pronto. El sorteo se verificará el viernes 5 de junio.

EL SECRETO

POR
HUGO CONWAY

CAPITULO IV.

Compañeros de hospedaje.

La calle Gay, no figura entre las más selectas de Londres. Ni aun los agentes de casas que tienen una por alquilar en aquel vecindario se atreven a llamarla otra cosa que una calle "decente". Es una de tantas y tan parecidas inmediatas a Regent Canal. Las casas son de buen aspecto, de dos pisos, con tres escalones ante la puerta de entrada y con un pequeño espacio cercado al frente, para impedir que los paseantes puedan aproximarse hasta mirar por las ventanas el piso bajo. Si se llama a la puerta de una de aquellas casas, lo más probable es que la criada, antes de abrir, inspeccione al visitante desde las profundidades de aquel espacio cercano, para decidir si conviene abrir la puerta o si el pelaje del que llama es tal que le permite ser recibido y explicarse al aire libre. De cada diez casas de aquella calle, siete son de huéspedes; y como es muy accesible y el vecindario nada desagradable, se ve muy favorecida por los jóvenes, solteros generalmente, cuyas ocupaciones los llaman a los bancos, a las oficinas de comercio y demás centros donde empiezan a aprender lo que significa la lucha por la vida.

El plano seguido por regla general en la construcción de las casas de la calle Gay y otras parecidas, es el siguiente: en el piso bajo una habitación que da al frente de la casa, con muebles oscuros de caoba y erín, estilo antiguo y sólido. Esta habitación es el comedor y comuna por puertas correderas, con una alcoba que queda atrás. El primer piso es exactamente igual en tamaño y distribución. El cuarto del frente se llama la sala y por lo regular tiene sillones y sofás de colores vivos, verde, azul o rojo, con una alegre alfombra y cortinas formando juego. Más arriba hay otras alcobas, ocupadas por la dueña de la casa, que es siempre una viuda, por las personas de su familia y a veces por uno o dos huéspedes, que también hacen uso de la misma sala que los restantes.

Las salas de todas esas casas se parecen también: los muebles pueden ser rojos, verdes o de cualquier otro de los colores del prisma, pero el efecto es el mismo. La única diferencia está en que el muebleaje se halle en su lozana juventud o presente ya los más apagados colores de la edad madura. La sala del número 72, no hubiera sido mejor que las otras si alguien no hubiera tenido la feliz idea de cubrir aquellos colorines de los muebles con modesta cretona, y de retirar la araña de cristal tallado y los jarrones de porcelana barata, reemplazándolos con algunos objetos de adorno sencillos y de buen gusto. Al entrar en dicha sala se notaba en seguida un gran piano que ocupaba buena parte de la habitación. Si alguien admirado de hallar allí tal instrumento se hubiese acercado a abrirlo, hubiera visto en el interior de la tapa el nombre de uno de los mejores fabricantes del mundo.

Una sola persona había en aquella sala la mañana en que llevamos allí al lector. Era una joven de unos diez y nueve años, que sentada al piano estudiaba el acompañamiento de una romanza dificilísima, de la cual entonaba algunas notas de cuando en cuando; pero ni la música ni el canto parecían fijar su atención, y su pensamiento se hallaba evidentemente en otra parte. Pronto cesó de tocar y permaneció inmóvil, hasta que oyó unos golpes dados en la puerta de la sala.

—Adelante,—dijo,—dejando la banqueta del piano,—lo que nos permite contemplarla mejor.

Era alta y hermosa, de facciones regulares, ojos oscuros y preciosas cejas. Sus cabellos abundantes, suaves y de color castaño, cubrían en parte una frente ancha e inteligente. De color pálido pero sano, sólo una emoción poderosa lograba alterar la blancura de sus mejillas. La cabeza se erguía alta sobre el hermoso y alto cuello, cuyas líneas armonizaban con las de los bien formados hombros y con el busto magnífico. Sus manos y pies podrían parecer algo pequeños para tan arrogante cuerpo. Su porte era el de una reina, majestuosa y bella.

Quien llamaba era la criada de la casa; y sabedora de que ni su delantal ni sus manos se hallaban en estado presentable, asomó sólo la cabeza para decir:

—El señor Manders saluda a la señorita y desea saber si quiere recibirla antes de salir.

—Si, dile que suba.

La hermosa joven se acercó al fuego y apoyando un torneado brazo en el mármol de la chimenea, esperó a su visitante. Su traje oscuro de ceñido corte realzaba la esbeltez de su talle. Natural era que al entrar el anunciado Manders revelasen sus miradas la admiración que sentía.

Era un joven alto, no sólo bien parecido sino de rostro y presencia hermosos. Aunque bien y cuidadosamente vestido, ciertos detalles hubieran demostrado a un observador entendido que en aquel conjunto faltaba algo para llegar al tipo del perfecto caballero. Los que sin serlo imitan su vestir y sus maneras, se denuncian casi siempre por algún detalle ligero, un indicio cualquiera que basta para despertar las sospechas.

Entró en la sala como amigo de confianza y con él entró también un pronunciado olor a tabaco. Tomando una mano de la joven en las suyas, la conservó hasta que ella la retiró suave pero resueltamente.

—¿Hay noticias?—preguntó el recién llegado.

—Ninguna. No he tenido carta y ha pasado otro día. Cerca de tres semanas desde que se marchó y prometió estar de vuelta a los dos días, a más tardar. ¿Qué debo hacer?

—Lo mejor es esperar y tener confianza. Por él no hay que temer. Si existe alguien que sepa velar por sí mismo es Juan Boucher.

—¡Pero tres semanas!... ¡Y dejarme sola, sin una palabra! Habrá muerto...

—Ni pensar!—exclamó Manders, tratando de parecer alegre.—Cuando menos deseaba un cambio de aires y se ha ido a dar una vuelta por los Estados Unidos.

La joven le miro con desprecio.

—Suponer tal cosa, usted que le ha conocido toda su vida!—dijo volviéndole la espalda y fijando sus miradas en el fuego.

—Hay que hacer algo,—continuó poco después.—Pondré un anuncio en los periódicos o me dirigiré a la policía. ¿Cómo seguir en tal ansiedad? ¿Cómo continuar viviendo aquí, sin más conocido que usted?

—Yo esperaría siquiera otra semana,—dijo él con más seriedad.—Comprenda usted, Frances, que su padre puede tener sus razones para continuar ausente.—Yo que usted no anunciaría, ni pondría a la policía en su busca.

Es de sospechar que a Manders no le disgustaba seguir representando el papel de único protector de aquella hermosa joven.

Nada contestó ésta y siguió mirando al fuego con las cejas contraídas. Su interlocutor se dirigió al piano y tocó algunas notas con pulsación fuerte y segura. Despues empezó a cantar la "Señal de Alarma" con poderosa voz.

Frances Boucher y Jorge Manders eran músicos, poseían ese don enviable, que lo mismo puede favorecer al pobre que al rico, al noble que al plebeyo, porque la diosa de ese arte, al elegir sus predilectos, prescinde de la condición social de éstos. Ambos tenían buena voz y la música era el principal lazo de unión entre ellos. Los dos aspiraban a conquistar fortuna y fama como artistas líricos, y a esto se debía precisamente que Jorge Manders hubiese acompañado a Juan Boucher y a su hija desde los Estados Unidos; y como los había conocido toda su vida, según acababa de recordarle la joven, no había vacilado en tomar una habitación en el piso bajo de la misma casa en que aquéllos se hospedaron.

La joven le oyó cantar con gran interés y después se entristeció su rostro. Manders lanzó sus últimas notas y pareció consultarla con la mirada.

—Amigo Jorge,—dijo ella como respondiendo a aquella muda interrogación y expresándose con más afabilidad que antes, no se enoje usted conmigo, pero falta algo, algo indispensable para hacer un gran artista.

Irritado o no, Manders cerró de golpe el piano y poniéndose de pie se dirigió hacia ella y dijo:

—El defecto de siempre, supongo; la falta de sentimiento, de expresión, de vida, como usted lo llama.

El silencio de la joven equivalía a una respuesta afirmativa. El se le acercó todavía más, brillante la mirada, y exclamó:

—Frances, usted sabe lo que bastaría para transformarme por completo, para hacer de mí un verdadero artista. Con-

cédame usted su amor. Piénselo usted otra vez y otorguéme lo que le pido.

Una vez más fueron innecesarias las palabras. El rostro de la joven que él contemplaba tan ardientemente, le dijo que sus súplicas eran vanas. Ni el más ligero temblor se notaba en la voz de Frances al contestar:

—No puedo. ¿Por qué apesadumbrarme y por qué causarse usted mismo un sufrimiento, pidiendo lo que me es imposible conceder?

Jorge nada dijo, pero se volvió de espaldas, con el hermoso semblante desfigurado por una expresión perversa. Llegaba ya a la puerta, cuando se abrió ésta y volvió a aparecer la criada para anunciar al "maestro de música". La pobre muchacha bien hubiera querido mostrarse más respetuosa al anunciarle, pero Herr Kaulitz era un nombre muy enrevesado para ella, que jamás se atrevía a pronunciar con entera confianza.

Herr Kaulitz, un verdadero teutón con largos cabellos de un rubio muy claro y las inevitables antiparras, entró en la habitación. Manders le dirigió un breve saludo acompañado de cenuda mirada, y salió.

—Buenos días, mi querida señorita,—dijo el profesor con un acento alemán de los más cerrados. —Qué le ha hecho usted al joven Manders para que ponga esa cara de vina-
gre?

Frances le saludó, pero sin contestar a su pregunta.

—Ese caballerito cree cantar,—continuó el profesor, pero se equivoca: no cantará nunca. ¡Oh, si! usted me dirá que tiene voz. ¿Y qué es la voz? Nada. Usted sí que cantará. Usted conquistará un día, como por encanto, la admiración del mundo entero. Y ahora, a trabajar.

Sentóse al piano y durante media hora se oyó la soberbia voz de tiple de la joven. Si, Frances Boucher era un verdadero cantante; el viejo maestro tenía razón.

En cambio, Jorge Manders no sería nunca un buen artista lírico. Además de la carencia absoluta de expresión, Frances notaba con dolor que la voz de su amigo iba desmoreciendo desde su llegada a Inglaterra. Algo podía influir en ello su método de vida, pues sabido es que cuantos aspiran al rango de grandes cantantes, tienen que vivir casi tan sobria y discretamente como un santo varón o un anacoreta. Jorge distaba mucho de hacerlo así y para convencernos de ello no necesitamos seguirle los pasos cuando salió de la sauna profundamente irritado, ni preguntar cómo pasó aquél día y aquella noche. Baste decir que daban las siete y media de la mañana siguiente, cuando abrió la puerta de la calle y entró en el número 72.

Parecía sereno a su regreso, por más que podía haber bebido durante su ausencia y que no dejaban de notarse en él algunas de esas señales que dejan siempre las horas de disipación. La sirvienta debía estar ya dedicada a sus quehaceres, pero no había limpiado todavía el pasillo de entrada, ni recogido las cartas y los periódicos dejados por el cartero en la pequeña caja metálica fija en la puerta. Manders examinó la correspondencia y halló una carta para él y un abultado paquete para Juan Boucher. Tomó ambas cosas y sin saber exactamente por qué se llevó el paquete a su cuarto y poniéndolo en la repisa de la chimenea se arrojó sobre su lecho y durmió algunas horas.

Como joven y vigoroso que era, apenas sintió al despertarse los malos efectos de la pasada noche y aún despachó un buen almuerzo. Proponíase ver después a Frances y entregarle el paquete dirigido a su ausente padre; pero el peso y tamaño de aquél habían despertado su curiosidad y, examinándolo vió que tenía estampado el sello del correo de Norton.

—¿Qué se habrá hecho Boucher?—pensó.

Al recordar después las solemnes calabazas que le había dado Frances cuando él le ofreció su bella persona, reñió su cólera. La vista del paquete aumentaba su curiosidad.

—Debo abrirla,—se dijo.—Quizás sea cosa de negocios y estoy seguro de que Boucher desea que yo me entere de su contenido en su ausencia.

Y lo abrió, pero no sintiéndose del todo autorizado para ello, lo hizo pasando un lápiz por debajo de la vuelta, engomada de la cubierta. Con algún cuidado logró despegar ésta sin rasgar el papel, de modo que en caso necesario pudiera volverlo a cerrar. Dentro había otro sobre y ya que había empesado, no vaciló en abrirlo también por el mismo diestro procedimiento. Entonces vió recompensados sus esfuerzos y apreció a su vista la cartera antes descrita.

Tocó el timbre, hizo que se llevasen los platos del al-

muerzo y empezó su examen. La cartera estaba llena de papeles que sacó uno a uno, siendo el primero de ellos la esquela del arrendatario Davis, que le preocupa grandemente. ¿Cómo podía haber sido encontrada la cartera de Juan o de Jaime Boucher en un lugar llamado Renton, del que en su vida había oido hablar? Después desdobló otros papeles y empezó a leerlos.

En primer lugar, medio pliego de papel florete con el título "Extracto del testamento de Roberto Bourchier", fechado en 1807 y con la siguiente anotación: "En este documento se fundan nuestras reclamaciones". Seguían las palabras del testador disponiendo de la Casa Roja, de la manera que antes dijimos. Otro documento era una copia del testamento hecho por Jaime Bourchier, de Norton, quien en pocas líneas dejaba todos su bienes, la finca de Casa Roja inclusive, de la que se decía dueño legítimo, a su hijo Juan Bourchier, llamado comúnmente Boucher. Venían después varios documentos largos y estrechos, que eran todos certificaciones; del matrimonio de Jaime Bourchier y María Millán en 1831; del nacimiento de Juan Bourchier en 1833, del matrimonio de Juan Bourchier con Francisca Vicent en 1854; del nacimiento de Daniel Bourchier en 1855; del nacimiento de Frances Bourchier en 1856; y de la defunción del citado Juan, hijo de Juan y Francisca, en 1856. Los cuatro últimos documentos eran de diferente forma que los anteriores por estar expedidos, no en Inglaterra, sino en la oficina del Registro Civil de Nueva York. Otra certificación era la del matrimonio de Daniel Bourchier y Juana Duero en 1808. Razón tenía Juan Bourchier al decir a Felipe Bourchier en el tren, aquella noche fatal, que con semejantes documentos no se necesitaban abogados.

Porque a pesar de algunas rarezas que aún existen, ley y sentido común son cosas sinónimas. Con aquellos documentos a la vista sólo un imbécil no hubiera comprendido lo que significaban, y Jorge Manders distaba mucho de serlo. Pero aún suponiendo que no hubiese apreciado bien la trascendencia de tales certificaciones y cláusulas testamentarias, el último documento que sacó de la cartera hubiera bastado para aclararlo todo. Era la siguiente carta, escrita en Agosto de aquél mismo año y firmada por Jaime Bourchier.

"Muy querido hijo: Escrivo estas líneas en mi lecho de muerte. Dicen que la alegría mata lo mismo que el dolor. Ya tu adivinarás lo que quiero decir con esto, lo que por fin acabo de encontrar. Estoy demasiado débil para explicarte de qué milagrosa manera dirigí mis pasos por el buen camino. Sólo puedo decir que cuando regreses y me halles muerto, mi banquero en ésta te entregará un paquete sellado que ahora lo contiene ya todo, pues el último documento que en él he depositado es la certificación del matrimonio de mis padres. Ven enseguida. Soy indiscutiblemente el dueño de la finca. ¡Ah, si hubiera vivido tu hijito! Pero eres joven, hijo mío, y puedes volver a casarte."

Una postdata trazada con mano muy temblona decía: "Por si ocurre algún percance: se casaron el 15 de Febrero de 1808, en la iglesia de Veldon, en Convale."

Jorge leyó aquella carta varias veces. Dispuso todos los papeles en orden cronológico y procuró hacerse cargo de la situación lo mejor posible. Evidentemente Juan Boucher tenía derecho a determinados bienes, pero nadie había allí que pudiera indicarle si se trataba o no de una propiedad importante. Era extraño que Boucher no le hubiese hablado jamás del asunto, pero como sabemos, Juan no tenía gran fe en aquella reclamación. Simpatizaba con el deseo de su padre de demostrar su legitimidad, pero le faltaba el espíritu creyente de aquél. ¿Sabía algo Frances? se preguntó después Jorge. En tal caso habría sido tan reservada como su padre. ¿Y adónde estaría Boucher? Cruzó por su mente la idea de que su ausencia se relacionaba de alguna manera con aquella reclamación. ¿Habría sido víctima de un crimen? Y si hubiese muerto ¿heredaría su hija todos sus derechos? Al pensar Jorge en aquel rostro bellísimo, tan indiferente para con él, lamentó airado el desamor de Frances. Perverso como era, la admiraba de veras y aun la amaba a su manera.

Transcurrió largo tiempo antes de resolver lo que iba a hacer. Por último tomó un pliego de papel, apuntó en él nombres y fechas y volviendo a poner la cartera bajo sus cubiertas, las pegó, guardó el paquete bajo llave y llamó.

—Pregúntale a la señorita Boucher si tiene la bondad de recibirmé, dijo a la criada.

—¿El señor no la ha oido salir? ¡Pues si se marchó hace una hora! Jorge, ensimismado en su lectura, nada había oido aquella mañana.

—Puedes procurarme una guía de ferrocarriles? preguntó.

La muchacha le llevó en seguida lo que pedía, porque Jorgé no era sólo un buen mozo sino lo más campechano, con ella como con todo el mundo.

—Tengo que salir de Londres esta noche, dijo él, y quizás no regrese hasta dentro de algunos días. Puesto que la señorita ha salido le dejaré unas líneas.

Tomó el tren expreso de las tres para el Oeste. El punto de su destino era Barton, la ciudad cuyo nombre aparecía en el sello del correo, sobre la cubierta interior de la cartera. Frances halló a su regreso la esquina en que Manders le anunciaría que tenía que ausentarse por dos o tres días, diciéndole que sentía separarse de ella en momentos en que tan ansiosa se hallaba por la suerte de su padre; concluía rogándole con cortas pero bien escogidas frases, que modificase la respuesta que le había dado la víspera. Si Manders hubiese visto la indiferencia con que ella leyó su súplica, hubiera renunciado a toda esperanza. Frances lo sentía por él, pero conocía tan bien su carácter y sus debilidades que el amor entre ambos era imposible.

Manders durmió en Barton aquella noche. Averiguó fácilmente dónde quedaba Renton y la mañana siguiente le halló esperando, como había esperado Juan Boucher, en el Embarcadero de Milton.

Estaba de servicio el mozo de estación a quien ya conocemos, dando las respuestas de rúbrica a los pasajeros preguntantes, cuando se le acercó Manders, que creía llegado el momento de obtener algunos datos más concretos.

—Por dónde queda la Casa Roja? preguntó al mozo.

Este saltó como si le hubiesen pegado un tiro.

—¡Es! no me venga Ud. con tales preguntas, dijo muy serio, porque no le contestaré.

—¿Qué demonios se trae Ud.? exclamó Manders, cuyo vocabulario era norteamericano y energético.

—Pues lo que quiero decir es que un pobre hombre me hizo esa misma pregunta hace tres semanas y ya está muerto y enterrado.

—Manders lo examinó. Era idéntico al que Juan Boucher sujeto que tres semanas antes indagaba el camino de la Casa Roja?

—¿Qué clase de hombre era? preguntó.

El mozo, quitándose la gorra, empezó a rascarse la cabeza.

—No es fácil decirlo, respondió por fin. A mí me pareció un sujeto franco y corriente, pero parece que no lo era. Estuve sentado ahí en esa carretilla, habló y se rió conmigo y me dió un buen pedazo de tabaco. Hélo aquí, añadió sacando triunfalmente lo que le quedaba.

Manders lo examinó. Era idéntico al que Juan Boucher fumaba siempre.

—Prosiga Ud., exclamó impaciente.

—Pues digo que después de todo no era tan buen hombre como parecía. El señor Bourchier, Miembro del Parlamento, le ofreció llevarlo de Braley a Renton en su coche y el otro trato de asesinarlo y robarlo en el camino; así fué que el señor Bourchier sacó su revólver y lo atravesó de un balazo. Muerto en el acto.

A duras penas podía Manders contener su agitación.

—¿Muerto? ¿Quién, Bourchier? preguntó.

—No, el señor Bourchier fué quien mató al pobre hombre que estuvo sentado ahí, en esa carretilla.

A Manders le temblaban las manos. Multitud de ideas extrañas se agolpaban en su mente.

—¿Se sabe quién era el muerto? preguntó con voz tan alterada que el mozo le miró sorprendido.

—Ni un alma lo conocía, ni se halló nada que indicase quién era. Ni una hilacha. Hubo una investigación preliminar y después entendió en el asunto el tribunal superior, cuyas sesiones terminaron hace pocos días. El señor Bourchier fué absuelto honrosamente.

Manders le escuchaba apenas. En su arteria imaginación se agitaban las ideas y planes en embrion más descabellados.

—Pero, hombre, ¿dónde ha estado Ud. metido? continúo su informante. Todos los periódicos han hablado mucho del suceso. Hasta los de Londres, según he oido. Nada menos que agresión contra un Miembro del Parlamento. Ud. debe haberlo leído.

—Nunca leo los periódicos, dijo Manders secamente.

Llegó entonces un tren y poco después el viajero entraba como soñando en un vagón del ramal. Bajó en la estación de Braley; estaba ya tranquilo, en apariencia por lo menos. Entró en el mesón llamado "Las Armas de Braley" y se hizo muy simpático a la buena mujer que dirigía aquel establecimiento, y a su hija. Algunas palabras que dejó escapar hábilmente parecieron explicar la presencia del distinguido forastero y mientras fumaba un puro y saboreaba una copia de cognac volvió a oírlo que le había dicho el emplea-

do de la estación, con numerosos detalles adicionales. Se enteró del gran valor e importancia de la Casa Roja con sus dependencias y del magno papel que representaba el señor Bourchier en la comarca. Supo también lo de los tres pleitos entablados por Jaime Bourchier, de Norton, y la historia completa apareció ya clarísima ante su vista. Convino con la posadera en que había sido acción muy caritativa la del señor Bourchier al disponer que el cadáver del bribón desconocido, autor del atentado, recibiese decente sepultura en el cementerio de Renton, a sus expensas.

—Pero el señor comprenderá, dijo ella, que debe ser terrible eso de mancharse las manos con sangre del prójimo, aunque sea en defensa propia.

—Terrible, en efecto, asintió Manders con toda seriedad. ¿Qué clase de hombre es el señor Bourchier?

—De lo más severo en algunas cosas. Las gentes de por aquí se asombran de que haya hecho enterrar al difunto. No está en su carácter.

Manders no se asombró tanto. Sabía ya cuanto deseaba y pidió un coche y caballo que le llevasen a Renton. Era el cochero un muchacho inteligente, muy capaz de indicar todo punto de interés del camino. Mostró a Manders el lugar donde el lacayo Guillermo bajó del carro para seguir a pie por el sendero; se detuvo en el punto mismo donde ocurrió la lucha y al llegar cerca del pueblo de Renton le enseñó a distancia la Casa Roja, la hermosa propiedad de Felipe Bourchier, Miembro del Parlamento, y el corazón de Manders latió con violencia al contemplar la importancia y extensión de aquellos dominios.

—En defensa propia, dijo para sí. Claro está que fué en defensa propia. Si le pegamos un tiro al que quiere robarnos el bolsillo, ¿cómo no hacerlo con el que viene a arrebatarnos tan rica posesión?

Por donde se verá que los principios de Manders sobre moralidad no eran de lo más rígido. Interrogó prudentemente al muchacho acerca del labrador Davis, que tenía tan indiscutible derecho a la suma de tres peniques; pero tras madura reflexión decidió no ir a verlo para saldar aquella deuda. No quería ver mayor número de personas que el estrictamente necesario; y por esta misma razón renunció también a su proyecto primitivo de detenerse en Renton y ordenó al chiquillo que lo llevase a Lomer, si podía contar con su caballo. El cochero, ya que no el caballo, estaba más que dispuesto a ello, y en Lomer tomó Manders el primer tren para Barton. Comió allí y visitó después las oficinas de un periódico, donde no sin trabajo consiguió los números atrasados que referían la agresión contra Bourchier, la instrucción preliminar y la vista del asunto ante el tribunal superior que acababa de absolver al autor del homicidio tras un proceso muy breve y de pura forma. Tomó el tren correo para Londres y en el trayecto leyó todos aquello sinteresantes relatos, y con ellos y con todos los documentos que tenía en su escritorio de la calle Gay, vió las cosas de muy distinta manera que el juez de instrucción, el jurado y los magistrados.

A pesar de la hora avanzada en que llegó a su casa no pensó en descansar. Volvió a sacar la cartera, esparció los documentos sobre la mesa y los leyó y releyó, comentándolos. Si el lector hubiese conocido a Manders personalmente hubiera comprendido el estado de agitación en que se hallaba con sólo saber que se lo olvidó hasta de fumar y beber.

Y cosa extraña al parecer, el documento que más le interesaba era aquel de los Estados Unidos que daba fe del nacimiento de Daniel, hijo de Juan Bourchier, el niño cuya temprana muerte constaba en la certificación subsiguiente. Repitió varias veces "Daniel Bourchier, nacido en 1855" y recordó muy bien que el interés demostrado por Juan Bourchier y su esposa en aquel chicleo de diez años, vivo, inteligente y aficionado a la música, que se llamaba Jorge Manders, dimanó del parecido que creía hallarle con su hijo Daniel, suponiendo que el malogrado niño hubiese vivido hasta aquella edad. Pensando en ello releía Jorge la certificación y repetía: "Daniel Bourchier, nacido en 1855." Pero no sin intercalar a veces otras frases en un monólogo: "¿Lo sabe Frances? ¿Lo heredará todo? ¿Se casará conmigo?"

Por último se levantó y reunió todos aquellos papeles, ahora tan preciosos que los escondió bajo la almohada.

—Nada puedo resolver esta noche, fué lo único que se dirijo al acostarse rendido; nada hasta verla mañana. De la respuesta que me dé dependerá que en lo futuro viva yo como un hombre honrado o como un malvado. Veremos.

En sus labios vagaba una sonrisa cinica, siniestra, no disipada aún cuando sus pensamientos se convirtieron en sueños.

CAPITULO V

Intriga y misterio

Cuando Jorge Manders se despertó oíanse en toda la casa las notas del gran piano, sólo inferiores en fuerza y dulzura a la melodiosa voz que acompañaban. Tenía la cabeza despejada y almorzó con apetito, no sin decir a la sirvienta que dejase abierta la puerta para oír mejor a Frances. Había dormido hasta muy tarde, tanto que Herr Kaulitz había hecho ya su acostumbrada visita y Manders sabía que la joven estaba sola. Quedóse pensativo escuchando las sonoras notas, que se oían a pesar de hallarse cerrada la puerta de la sala y preguntándose cuándo volvería oír aquella voz.

—Sea como sea, se dijo, su suerte está asegurada. Dentro de tres años no habrá cantatriz que la iguale en Inglaterra.

Porque Manders, como la mayoría de los hombres, sabía excusar o paliar las malas acciones que proyectaba.

Sus largas meditaciones de la noche anterior le habían trazado por completo el plan que se proponía seguir, a no ser, cosa muy poco probable, que Frances hubiese modificado su firme resolución en las pocas horas transcurridas desde su última entrevista. Comenzó pues sus preparativos desde luego, y el primero y muy prosaico fué llamar a la señora Estela, dueña de la casa, y pagarle lo debido hasta el fin de aquella semana. La buena señora tenía ya en el bolsillo una citación por falta de pago de contribuciones, de modo que le quedó muy agradecida y deseando que todos sus huéspedes fuesen tan puntuales como él. Jorge puso después en dos maletas los objetos de su propiedad más portátiles y valiosos, ocupación que no le impidió seguir escuchando atentamente las melodiosas notas que partían del piso superior. Terminada su tarea vistióse con gran esmero y ordenó a la camarera que anunciase su inmediata visita a la sala.

Frances se hallaba en posición muy parecida a la en que él la encontró el día de su última visita; pero esta vez se adelantó a recibirla.

—¿Tan pronto de vuelta? dijo ansiosamente. ¿Ha averiguado Ud. algo, Jorge? Porque ese fué el motivo de su ausencia ¿no es cierto?

No era Jorge mal actor, y dicho queda que su imitación de las maneras del hombre de mundo, aunque no perfecta, bien podía calificarse de notable. Así fué que abriendo mucho los ojos, contestó:

—No, fui por asuntos propios. Esperaba obtener una buena contrata, pero fracasé, por supuesto. ¿Y Ud., no tiene noticias?

—Ninguna. Si esto dura me volveré loca. Hay que hacer algo.

—Es muy raro, dijo Manders gravemente. Esa ausencia me alarma y a la verdad empiezo a creer que sólo la muerte puede explicar su silencio.

La joven creyó que aquella pregunta se debía a un interés dirigido la palabra con la entonación más cariñosa y solícita que le fué posible.

—Frances, viéndome de mi no tomará Ud. a mal mi pregunta. ¿Tiene Ud. recursos para seguir viviendo?

—En abundancia; y también hay una fuerte cantidad en el escritorio de mi padre.

La joven creyó que aquella pregunta se debía a un interés amistoso. La próxima le pareció impertinente.

—¿A qué llama Ud. recursos abundantes?

—Oh centenares de libras, dijo ella brevemente.

Manders guardó silencio unos momentos y después se aventuró a tomar su mano.

—Si no tenemos noticias pronto habrá que resolver algo, dijo. Temo que su padre haya muerto. ¿Sabe Ud. si tenía hecho testamento?

Ella le miró sorprendida y vió la emoción reflejada en sus ojos.

—¿Por qué me hace Ud. esas preguntas? exclamó. Dígame todo lo que sepa. ¿Ha muerto?

—Ya le he dicho que no sé más que Ud. Pero muy pronto habrá que tomar algunas medidas. Sírvase Ud. contestar a mi pregunta.

Frances vió que hablaba seriamente.

—Mi padre me dijo un día, riéndose, que si él muriese yo hallaría en su bufete un documento que acababa de firmar, dejándome cuanto tenía.

Así averiguó Manders dos cosas que estaba ansioso de saber: que Frances tenía dinero abundante para vivir y que Juan Boucher había hecho testamento. En los cinco minutos siguientes iba a decidirse su porvenir. ¡Y qué porvenir si Frances Bourcher consintiese en ser su esposa! Al tomar otra vez la palabra su rostro expresaba verdadera pasión.

—Cantemos un dúo, rogo a la joven.

Extraña petición en aquellos momentos, pero viendo que lo deseaba con empeño, consintió ella. Jorge la condujo al piano y cantó aquél dúo como no había cantado nunca, como no volvió a cantar jamás. Al unirse sus voces Frances se preguntaba si no habría formado un juicio erróneo de las facultades artísticas de Jorge. Lejos estaba ella de imaginarse el estado de agitación extraordinaria que producía aquellas notas. Al exhalar la última se volvió hacia él para felicitarlo amistosamente. Entonces Jorge volvió a tomarla la mano y le pidió su amor con un apasionamiento que ella le creía incapaz de sentir. Era su última jugada, y al suplicarla, dicho sea en honor suyo, lo olvidó todo por el momento para no pensar más que en su amor y en el deseo de conquistarla. Porque Frances era una conquista preciosa. En aquel instante hubiera renunciado Jorge a todos sus proyectos y aceptadola sin blanca, si necesario fuese, sin la menor vacilación.

Pero no debía suceder así. Con toda la dulzura que pudo le dejó comprender que no había ni podía haber esperanza para él. Serían, si, amigos, si él abandonaba aquella idea una vez por todas. Entonces Manders recobró toda su calma y comprendió que por lo que a Frances se refería su suerte estaba decidida.

—Sea así, dijo, pero sucede lo que quiera en la vida futura de Ud. y mía, recuerde Ud., Frances, que un día le supliqué que fuese mi esposa.

En el acento, más que en las palabras, había una amenaza que ella no podía comprender. Cuando Jorge volvió a hablar su voz parecía perfectamente tranquila.

—Voy a despedirme de Ud. por algún tiempo. Mañana saldré otra vez de Londres. La frase fue dicha con cierta intención, que alarmó a Frances.

—¡Ah! exclamó, Ud. sabe algo, a pesar de su negativa. Lo presiento. Ud. tiene algún indicio. ¡Hable Ud., pronto! ¡Porque ocultármelo? dijo golpeando el suelo con el pie y hablando como pudiera una reina.

Frances sabía, por ciertos hechos de ella conocidos, que el hombre a quien hablaba era débil de carácter; pero ignoraba que su debilidad era voluntaria, que había cedido a las tentaciones de la juventud porque no quería resistirlas; como ignoraba también que su astucia y disimulo le hacían un adversario temible y que si vacilaba y parecía confuso ante sus preguntas era para favorecer sus propios fines.

—Digámelo Ud. todo, todo, repitió Frances imperiosamente.

Manders quería averiguar todavía otra cosa, con toda certeza.

—Cree Ud., preguntó como quien duda, que su padre tuviese algún enemigo en Inglaterra? ¿Alguien a quien pudiese convenir su muerte, o contra quien tuviese Boucher alguna reclamación?

—¿Cómo es posible tal cosa? dijo la joven. A nadie conoce en este país, del cual salió a los diez y ocho años y nunca había regresado a él hasta ahora. Pero digame Ud. todo lo que ha averiguado, todo lo que sospecha, sin más misterios.

Aquella respuesta convenció a Manders de que Frances ignoraba por completo todo lo referente a la reclamación sobre la Casa Roja.

—Diré todo lo que pueda, contestó lentamente. Si, he descubierto una pista y dentro de pocos días podré darle algunos informes. Quizás me equivoque en mis conjecturas, pero creo, mi pobre amiga, que debe Ud. prepararse a recibir muy malas noticias.

Nada más dijo, a pesar de órdenes y ruegos, y poco después se despidió de ella. Frances le vió entrar en un coche de alquiler, que también recibió su equipaje. Esperó cuatro o cinco días, presa de la más viva ansiedad, deseando y temiendo a la vez recibir las noticias que pudiera traerle el correo. Tan trastornada estaba que cerró su puerta aun al mismo Herr Kaulitz. Ni la música tenía ya encantos para ella.

Llegó por fin una carta de Manders, fechada en Liverpool, que decía:

“Mi pobre Frances: Ha sucedido lo que yo temía. Su padre ha muerto. Lo sé con absoluta certeza. Naturalmente, me preguntarás Ud. como y dónde murió. A esto no puedo contestarte. Bástale saber que ha muerto. No pretendo que comprenda Ud. las razones que tengo para no decírselo todo; pero cuando sepa que hoy mismo me embarco para los Estados Unidos, renunciando a todas las probabilidades de hacer carrera en Inglaterra, únicamente para no tener que volver a verla a Ud. y explicarle lo que Ud. me obligaría a explicarle, se convencerá de que me impulsa un motivo poderoso. Al conducirme así creo servir eficazmente los intereses de Ud. ¿Qué hará Ud. ahora? Séame permitido aconsejarle que ante todo ponga sus asuntos en manos de un abogado integro y que des-

pués, aprovechando los recursos con que cuenta, vaya Ud. a Italia y prosiga allí sus estudios por tres años. El triunfo que indiscutiblemente la espera disipará su dolor, estoy seguro de ello.

“Quizás no volvamos a vernos nunca.

“Suyo de corazón, Jorge Manders.”

... “**Póstdata.**—Permitame Ud. recomendarle que no trate de averiguar la suerte de su padre. Sólo serviría para aumentar su dolor.”

Frances leyó con angustia aquella carta extraordinaria. No tenía motivos para desconfiar de Jorge, porque ignoraba el secreto de sus planes. Los documentos estaban todos en poder de aquél y ella jamás había oido hablar de la Casa Roja. Ni por un momento dudó que Jorge hubiese averiguado la muerte de su padre; pero lo censuró amargamente por haber preferido ocultar a la hija los detalles de aquella desgracia, por muy horribles que fuesen. Ocurriosele salir inmediatamente para Liverpool y exigir pormenores a Manders; tentativa inútil, pensó luego, puesto que él fijaba su partida para el mismo día en que escribió la carta. Lamentó la pobre niña la pérdida de su padre con profundo dolor y tembló al pensar en su horrible muerte, tan espantosa que Manders no osaba describirla. Si hubiese sabido siquiera el lugar donde manos extrañas habían depositado su cadáver, hubiérale servido de triste consuelo arrojarse sobre aquella tumba y llorar hasta que se agotasen sus lágrimas. En aquellas circunstancias no sabía qué hacer ni a quién dirigirse. Su absoluta soledad en el mundo la asustaba. A excepción de Manders, que la había abandonado en la hora de la desgracia, no tenía un solo amigo en Inglaterra. Llegaba a Londres con su padre algunas semanas antes, no había tenido tiempo de contraer nuevas amistades y las antiguas estaban todas al otro lado del Atlántico. No conocía a ningún pariente. Jamás vió a su abuelo, fallecido poco antes y único miembro de la familia de quien su padre le había hablado. ¿Qué hacer?

Permaneció entregada a su dolor hasta el dia siguiente. Leyó una y otra vez la extraña carta, preguntándose qué podía haber inducido a Manders a escribir con tal misterio; por qué prefería dejar el país a verse con ella. Y entonces, contraidas las cejas, severa la expresión del rostro, prometióse buscarse algún día, aunque tuviese que recorrer el mundo entero, y obligar al ingrato a confesarle toda la verdad.

Quizás aquel sentimiento de indignación la obligó a sobreponerse al primer impulso de dolor y a tomar una resolución práctica. El mejor consejo era el muy prosaico que le daba la carta de consultar a un abogado, y ante todo importaba hallar uno de entera confianza. Rogó a la señora Estela que le indicase el nombre de alguno, pero la impresión que la buena viuda tenía de los curiales y de sus tretas no era de las más favorables.

—Si sé de algún abogado respetable, mi querida señorita? No, ninguno, y a pocas personas podrían indicárselo a Ud. Uno conozco, a quien encargue que procediera contra un huésped que me debía siete libras cuatro chelines; y el tal me llevó seis libras por cobrar aquella suma. Si a pesar de esa trastada quiere Ud. saber su nombre...

—No, dijó Frances con forzada sonrisa, no creo que hombre semejante pueda servirme.

—Pues entonces, ahí está mi hijo mayor, listo muchacho, empleado en la oficina de un subastador. Si puede serle a Ud. útil en algo...

—No, gracias, dijo la joven, sintiéndose más y más aislada y desvalida. La señora Estela se retiró después de dirigirle algunas frases de consuelo con la mejor intención del mundo; y entonces pensó Frances en la otra única persona a quien conocía en Londres, el notable copositor y a las veces maestro de canto Herr Kaulitz. Le escribió rogandole que fuese a verla y él acudió en seguida.

—Mi querida niña, dijo al entrar, me alegro infinito de volver a verla. Pero ¡santo Dios! continuó al notar su contrariado semblante, ¿llora Ud.? Que haya lágrimas en la voz, como ha dicho alguien, pase; mas no en esos bellos ojos.

Era el buen alemán muy bondadoso y su edad le permitía tratar a Frances como un padre. Se sentó a su lado, le tomó la mano y le preguntó en deplorable inglés la causa de su pena. Refirióle ella la desaparición de su padre, cómo había recibido noticias de su muerte, y acabó rogándole que le recomendase un buen abogado, digno de confianza.

—Pues conozco uno, muy bueno. Un hombre que se rió de mí cuando quise hacer la tontería de meterme en pleitos y no me lo permitió, y tuvo razón mil veces. Oh, sí, es un hombre de bien.

Aquellas palabras fueron un consuelo para la joven. A petición suya Herr Kaulitz, felicitándose de poder pagar una

deuda de gratitud, le envió su abogado. Era un hombre de mediana edad, de rostro bondadoso e inteligente, que infundió confianza a Frances desde el primer momento; no vaciló, pues, en describirle su posición y le enseñó la curiosa carta de Manders. El abogado, señor Trenfil, comprendió desde luego que se trataba de una situación verdaderamente excepcional. Como hombre práctico que era, no creyó ni por un momento en la razón que daba Manders para salir de Inglaterra tan apresuradamente. Tomó interés en el asunto, a lo cual pudo contribuir también la persona y el atractivo de su nueva cliente y se puso en campaña sobre la marcha para aclarar aquel misterio. Sin embargo, de abogados es el mostrarse prudentes, y aunque se tenga por cliente a una joven encantadora importa averiguar la solvencia de ésta antes de proceder en su nombre.

—Tiene Ud. recursos para subvenir a las investigaciones necesarias? le preguntó afablemente y sin asomos de desconfianza.

Frances lo tranquilizó sobre el particular.

—Muy bien. Y ahora veamos: ¿qué clase de hombre es el firmante de esta carta?

Ella le dijo cuanto sabía de Manders y en qué relaciones de estrecha amistad había estado con su padre y con ella desde su infancia. Trenfil parecía desorientado, sin hallar teoría alguna que explicase la conducta de Manders.

—Se habrá embarcado? dijo. Conviene averiguarlo y hoy mismo enviaré una persona a Liverpool para saber qué buques zarparon el miércoles y si un viajero de sus señas se embarcó en alguno de ellos. Ahora, puesto que Ud. parece estar segura de la muerte de su padre, examinaremos sus papeles para ver si nos dan la clave deseada.

A Frances le parecía aquello una profanación y sólo consentió al oír las razones del abogado. Forzó éste el escritorio y las gavetas, pues la joven no tenía las llaves.

Poco encontró Trenfil que pudiera servirle de guía, si bien se devaneó toda duda posible sobre la solvencia de su cliente con el hallazgo de una libreta de Banco que arrojaba un crédito de varios miles de libras a favor de Juan Boucher. Aquel dinero procedía en parte de la realización de sus negocios en Nueva York, efectuada antes de obedecer la orden de su padre de regresar a Inglaterra. La suma esperaba sin duda en el Banco la oportunidad de una buena inversión. Había también allí un bono norteamericano de 500 libras esterlinas pagadero al portador y como cien libras más en billetes del Banco de Inglaterra. Halló además el abogado un testamento que instituía a Frances heredera universal y numerosos documentos comerciales relativos todos a transacciones efectuadas en los Estados Unidos. Por último apareció una carta de unos letrados de Norton, diciendo que de acuerdo con las instrucciones recibidas de Jaime Boucher, todos los efectos de la propiedad de este habían sido vendidos y su producto acreditado a Juan Boucher en un Banco londinense antes citado. Pero nada absolutamente había que arrojase alguna luz sobre el paradero del padre de Frances.

—¿Nada dije sobre el punto a dónde iba? preguntó el señor Trenfil. ¿Ni una palabra siquiera?

—No, se despidió sonriente, diciéndome que iba a negocios. Y las lágrimas nublaron los ojos de la joven al recordar la última vez que vió a su padre.

—Nada más, ni acerca de la clase de esos negocios, ni del tiempo que pensaba estar ausente?

Frances procuraba repetir sus últimas palabras. Y recordó que al entrar en el coche después de besarla, estando ella en la puerta, se volvió y le dijo:

—Adiós, hijita mía; prepárate para recibir una gran sorpresa a mi regreso. Una gran sorpresa podía significar un vestido nuevo, una sortija, un brazalete, mil cosas; pero el abogado se imaginó que la frase tenía significación más importante.

Sus únicos asuntos, en cuanto podemos juzgar, debieron estar en Norton, dijo. Haré que indaguen allí. Por ahora nada más puede hacerse.

Anotó datos y detalles y se preparó a retirarse. Más alejada Frances al ver que iban a hacer algo para terminar aquella situación, recobró en parte su presencia de ánimo.

—Y este dinero? dijo al señor Trenfil, ¿puedo disponer de él?

—Si me lo pregunta Ud. como abogado, debo decirle que no; pero como amigo le aconsejo que lo ponga Ud. aparte para sus gastos. Aun cuando haya muerto su padre pasará mucho tiempo antes de que pueda Ud. reclamar su herencia, sobre todo si no hallamos a la única persona que puede probar su muerte. Le diré, pues, que gaste el dinero en efectivo primero, que venda después el bono cuando sea necesario y

que viva Ud. con su producto hasta que se normalice la situación. Pero cuidado con olvidar que este amistoso consejo mío no es precisamente lo que la ley dispone.

—¿No querria Ud. hacerse cargo de esos fondos?

—Yo? Voy hasta olvidarme de que los he visto. Además, hace apenas algunas horas era yo una persona totalmente extraña para Ud. ¿Por qué esa confianza en mí?

—Pero entonces ¡a quién dirigirme? dijo ella tristemente. Estoy sola en el mundo. ¡Oh, señor Trenfil! puedo confiar en Ud. ¿no es así?

El Abogado iba sintiendo el más vivo interés por su cliente, cuya mano tomó entre las suyas.

—Querida niña, dijo, puede Ud. confiar en mí, no sólo como abogado sino, si Ud. lo permite, como amigo.

Frances le dió las gracias. La había tratado con la mayor bondad y era un gran consuelo tener un amigo a quien dirigirse.

—En cuanto averigüe algo lo sabrá Ud., dijo Trenfil al partir.

Pocos días bastaron para averiguar todo lo que era posible saber. Jorge Manders se había embarcado efectivamente para América; su nombre constaba en las listas de pasajeros. En seguida se le dirigió por el cable un despacho que debía aguardarle a su llegada, pidiéndole que enviase todos los informes posibles sobre Juan Boucher al señor Trenfil, pues éste creía más probable que Manders atendiese la petición diciéndole que se comunicase directamente con él. Pero el despacho quedó sin respuesta. Frances insistió en que no se economizasen gastos para seguir las huellas del americano, y así se supo que había vendido los bienes que allí le quedaban (su madre, viuda ya, murió antes de que él saliese para Inglaterra); después desapareció Manders, sin que nadie supiese en qué dirección.

Los informes obtenidos por el agente que fué a Norton resultaron más concretos. Supo que Juan Boucher había estado allí, que había retirado del Banco un paquete que se suponía contenía valores y que había salido de Norton con el paquete en su poder. Un policía secreto pretendió seguir su pista hasta Londres y allí terminaban los informes. Era evidente que lo habían asesinado para despojarlo de los valores que llevaba consigo. Asesinato y ocultación del cadáver, era la opinión general, aun de los que tenían motivos para hallarse mejor informados. Teoría lógica, según todas las apariencias. Un paquete sellado, al que se suponía de gran valor, reclamado por su dueño; después, desaparición de éste. La conclusión parecía perfectamente sostenible. Los agentes empleados por el señor Trenfil buscaron un indicio por todas partes, pero en vano. A ninguno de ellos, ni a nadie, podía ocurrírsele que el dueño de aquellos importantes valores fuese el malhechor muerto a tiros un mes antes por un miembro del Parlamento. Si alguien hubiera sospechado el verdadero contenido del paquete dejado por el finado Jaime Boucher a su banquero, fácil hubiera sido dirigir las investigaciones por el buen camino. Pero hacia trece años que Jaime había presentado su última demanda sobre la Casa Roja, de suerte que el asunto iba desapareciendo ya de la memoria del público.

Tan cierto parecía que su padre había sido robado y asesinado, que Frances convino con el señor Trenfil en la utilidad de ulteriores pesquisas. Admiróse, sí, de que Jorge Manders hubiese averiguado lo que no habían podido descubrir los agentes de la policía secreta; y a veces se preguntaba si el verdadero motivo que él tuvo para ocultarle la verdad no habría sido sencillamente el deseo de ahorrarle nuevos sufrimientos, guiado por un mal entendido cariño.

En aquellos días de afiloxia y ansiedad el señor Trenfil cumplió su promesa y se portó con ella como un amigo. La presentó a su esposa, que sintió viva simpatía por la hermosa joven y no tardaron en ser amigas. El resultado fué que Frances dejó la casa de huéspedes y fué a vivir a la deliciosa residencia de los señores de Trenfil, en Tuquenan, lugar de los alrededores de Londres, hasta que se arreglasen sus asuntos.

La joven se resignó por fin a considerar como un misterio la muerte de su padre, mientras durase la ausencia de Manders; y se convenció también de que su muerte se debía a un robo vulgar y asesinato, por más que faltasen los detalles. Entonces su juventud y sus deseos de gloria artística predominaron. Herr Kaulitz, amigo a la vez que maestro, dispartaba en inglés y alemán sobre los grandes triunfos que el porvenir ofrecía a su discípula; y aunque haciendo un verdadero sacrificio por su parte, aplaudió calorosamente la resolución de aquella de ir a estudiar el canto a Milán durante tres años, bajo la dirección del maestro Lamperti.

—¡Y entonces, decía Herr Kaulitz cogiéndose a puñados

sus largos cabellos, entonces verán ustedes cómo esta adorable joven se conquistará los aplausos y la admiración del mundo entero!

A los tres meses de su primera entrevista con el señor Trenfil salió Frances Boucher de Inglaterra, con la esperanza renaciente en el corazón a medida que amenguaba su pena. Tenía justa confianza en los resultados de tres años de metódicos y bien dirigidos estudios para perfeccionar aquella gran voz suya. Por su parte el señor Trenfil atendió a todo lo que podía conducir a la mayor comodidad y seguridad de su protegida en Milán, durante los tres años que iba a residir en aquella ciudad.

A la semana de su partida, uno de esos infelices que ganan su escasa subsistencia cuidando caballos o haciendo recados, llamó a la puerta del número 72 de la calle Gay y preguntó por ella. La señora Estela en persona abrió la puerta.

—¿La señorita Boucher? dijo. Se fué de mi casa hace dos meses.

—Vengo a preguntar sus señas.

—No las sé. Ha ido a Italia, dicen que a estudiar el canto, pero no veo que pueda ella aprender, porque cantaba como un ruiseñor. Vino a decirme adiós antes de partir.

—Gracias, señora, dijo el mandadero llevándose la mano a la gorra.

—¿Quién pregunta por ella?, añadió la señora Estela, notando que aquel hombre vestía pobemente y temiendo haber sido demasiado comunicativa.

—Un señor Smith, contestó el mandadero volviendo a saludar y retirándose.

Smith es nombre que se aplica a muchos, pero el que esperaba los anteriores informes en un café algo distante era un joven alto bien vestido, a quien debieron complacer mucho aquellas noticias, porque recompensó generosamente al mensajero y salió del café con aire mucho más satisfecho y también más resuelto que al entrar en él.

—Ya la he quitado del medio por tres años, cuando menos, se dijo alegramente. ¡Y cuántas cosas puede hacer en tres años un mozo listo!

Evidentemente al que así hablaba, joven de arrogante presencia, el mundo y la vida se le presentaban bajo sus colores más risueños. Después entró en el hotel donde se hospedaba, tomó su maleta, pagó su cuenta y hizo llamar un coche que le condujo a la estación del Ferrocarril del Oeste.

CAPITULO VI

Primer ataque—Derrota

Estamos en primavera, a mediados de un mes de abril delicioso. El campo en general y todo el Vesire muy particularmente, respondían a las gratas caricias del sol y a los halagos del rocío primaveral adornándose con los más alegres y variados matices del verde. La campiña toda parecía olvidada de los pasados rigores de la temperatura. La Cámara de los Comunes estaba en sesión, pero el señor Bourchier no había ido a Londres desde Pascua. Por el momento no se discutían cuestiones candentes de partido; además, hacia algún tiempo que su salud estaba alterada y prefirió seguir el consejo de su médico: permanecer en la Casa Roja todo el tiempo posible. Y la verdad es que en una primavera como aquella la finca ofrecía más que suficientes atractivos para seguir el consejo de buen grado. Los hermosos bosques situados a espaldas de la casa resonaban con el canto de los pájaros; la hierba empezaba a crecer, recia y tupida, en las extensas tierras de pasto, y más allá el verde claro del maíz tierno en los campos de siembra contrastaba con el matiz más oscuro de los prados. Los grupos de áboles olmos reparados aquí y allá se adornaban con nuevas hojas; y sobre las cercas despuntaban muchos altos álamos, brillantes como agujados minaretas de oro al quejear el sol con las relucientes yemas que los cubrían. Además, como todo el mundo lo sabe muy bien en Vesire, el aire de aquella comarca es el más puro, fresco y vigorizador de todo el distrito y lo mejor que podía hacer el diputado Bourchier era permanecer en su casa y recuperar la salud.

No tenía enfermedad determinada, y sólo ante las repetidas instancias de su esposa consintió en consultar al médico. Se quejaba de no poder dormir tan bien como antes, teniendo que acudir algunas veces al empleo de narcóticos; se sentía nervioso, en una palabra, no también como solía. Lo atribuía a la agitación y al trastorno que le habían producido los sucesos que conocemos; sin contar las molestias del proceso, pues cuando un hombre mata a otro en Inglaterra tie-

ne que probar por qué lo hizo, a la completa satisfacción de quien puede y debe saberlo.

En la información judicial sobre el desconocido (porque nunca fué identificado, ni se le halló encima cosa alguna que indicase quién era ni de dónde venía) el jurado de instrucción, siguiendo las indicaciones del juez, dió un veredicto acusando de homicidio a Felipe Bourchier. Trabajo costó obtenerlo del jurado, pues casi todos los que lo componían eran arrendatarios de aquél personaje; fué preciso decirles que el fallo estaba de perfecto acuerdo con los deseos de su arrendador, quién era el primero en desear una investigación completa del suceso. Por fin se consiguió aquel veredicto preliminar; no sin que algunos jurados pretendiesen paliarlo con el aditamento de que "sentían mucho causar aquel trastorno al señor Bourchier".

Entonces compareció ante el tribunal superior y fué sometido a juicio y puesto en libertad bajo fianza; terminados aquellos trámites de pura fórmula, invitó a comer y se llevó a su casa a Lord Royal, uno de los magistrados que acababan de disponer su proceso. Este no se hizo esperar mucho; a la semana comenzó sus tareas el tribunal, y los jurados absolvieron a Bourchier de toda culpa, sin necesidad de deliberar y aun sin dejar sus asientos. El juez les dijo bien claro que jamás había visto un homicidio más justificable, pues era evidente que el acusado había dado muerte a su agresor para salvar su propia vida. Claro es que el juez reprobaba altamente la costumbre de portar armas; pero buena cuenta le había tenido al señor Bourchier, dijo, llevar consigo su revólver en aquel apurado trance. Todos los actos de la víctima demostraban la premeditación del ataque; el solo hecho de haberse introducido en el vagón del señor Bourchier debió haber puesto a éste en guardia, y apenas podía comprender cómo persona de tanta experiencia había dado crédito a la novela que le contó el intruso, y lo que es más, quedóse a solas con él. Los testimonios en su totalidad tendían a probar que el desconocido era un **hombre peligroso**; y en opinión del ilustrado juez, el hallazgo de algunas monedas de oro en los bolsillos del muerto indicaba que ni la necesidad ni la desesperación le impulsaban al crimen, sino que se trataba de un malvado que robaba siempre que se le presentaba ocasión propicia. La defensa no adujó pruebas de ninguna clase. El abogado de Bourchier pronunció breves frases y repitió la versión del suceso hecha por su defendido. Se exhibió la navaja del pobre Juan Boucher y también la levita rasgada de su matador. Breve fué la causa, y el procesado quedó "absuelto honrosamente", como decía el empleado de la estación de Milton.

El lacayo Guillermo declaró como un imbecil. Contestó a las preguntas que se le hicieron, pero como nadie pensó en interrogarle sobre aquella sangre que empapaba la manta del coche, no dijo una palabra de ello. Terminado todo, su amo le felicitó por la manera como había declarado; y era cosa tan rara que Bourchier alabase a un servidor suyo, que Guillermo lo tuvo a grande honra y aun se atrevió a esperar un aumento de sueldo. Muy lejos de eso. A pesar de toda su estolidez no pudo menos de considerar como una gran injusticia que su amo lo despidiese algunas semanas después, alegando que no servía para el trabajo en las caballerizas. Convencióse Guillermo de que se le había tratado pésimamente, pero como era un muchacho formal, no tardó en hallar colocación mejor que la que había perdido, a gran distancia de la Casa Roja. Y cosa extraña, a pesar de haberlo despedido, Bourchier dió los mejores informes de él a su nuevo amo.

En definitiva, nada tenía de particular que después de aquella serie de informaciones judiciales, interrogatorios, juicios y fallos, se sintiera Felipe Bourchier irritado y fatigado. Eso era por lo menos lo que decían sus amigos.

La tarde estaba agradable. Abril hacia valer todos sus encantos para atraer a los vecinos y sacarlos de sus casas, reservándose, eso sí, el derecho de remojarlos con un aguacero primaveral y repentina. Bourchier no se sentía dispuesto a salir. Sentado en su biblioteca, amplia pieza cuya paredes desaparecían totalmente tras los estantes llenos de libros, leía con mediano interés una revista mensual, cuando se presentó su criado Bautista anunciándole que un caballero deseaba verle.

—Su nombre? preguntó Bourchier, que no estaba de humor para recibir visitas.

—Dice que prefiere no darlo, señor.

—Anda y pregunta su nombre enseguida. Que te dé su tarjeta.

El criado saludó, hizo lo que le mandaban y volvió a los pocos momentos.

—El caballero no quiere nombrarse antes de ver al señor. Dice que es para un asunto particular.

—Pues en tal caso dile que se largue, exclamó resueltamente el señor Bourchier. Nada quiero saber de gentes sin nombre.

Volvió a retirarse Bautista con su mensaje y el dueño de la casa reanudó su lectura; pero a los pocos momentos recibió una tarjeta de manos del sirviente.

—El caballero pide mil perdones y dice que creyó mejor ver antes al señor, pero que no tiene motivo para avergonzarse de su nombre.

Al oír aquella salida frunció Bourchier el ceño y miró la tarjeta, en la que aparecía grabado el nombre "Daniel Bourchier". Una orla de luto indicaba la pérdida de algún pariente cercano.

Otro hombre se hubiera sobresaltado ante la inesperada aparición de un visitante con nombre de tanta trascendencia para él. Pero Bourchier era de temple excepcional. Tenía la costumbre de sacar rápidas conclusiones de todos los sucesos o situaciones que le atañían, y la conclusión que entonces dedujo desde luego fué que se trataba de un engaño, de una impostura, pues Juan Boucher le había dicho terminantemente que no tenía hijo varón. El impulso de hacer pedazos la tarjeta, arrojarlos al fuego y ordenar al visitante que se retirase fué sólo momentáneo. Resolvió verle y oír la novela que debía de traer preparada; y sonrió sarcásticamente al pensar cuán pronto iba a demostrar al impostor la locura de hacerse pasar por un Bourchier. Y es que Felipe, después del descubrimiento de aquella carta de su fiado tío a su esposa, no había dejado de averiguar qué personas componían la otra rama de la familia y había sabido que si Juan Boucher no dejaba hijos varones la rama terminaba en él. Y como tales hijos no existían, el pretendido Daniel resultaba por fuerza un impostor. Recobró toda su energía ante la perspectiva del próximo encuentro; y pensando en la facilidad con que iba a confundir al falso Daniel, tomó cómoda postura y ordenó que entrase el señor Bourchier.

Era éste joven, de unos veintiún años, vestido a la última moda de una manera irreprochable, hasta el punto de que su reluciente sombrero y lustrosísimo calzado parecían un tanto fuera de lugar en aquella finca campestre. Saludó cortésamente al señor Bourchier, quien le devolvió su saludo con frialdad y sin levantarse; y entonces, no sin curiosidad por parte de ambos, se encontraron sus miradas. Tras una corta pausa el recién llegado tomó la palabra, pero Bourchier le interrumpió diciendo:

—Ud. dispense. ¿Tendría Ud. la bondad de tomar asiento? Aquí, donde pueda yo verle bien.

Daniel obedeció, sentándose junto a la mesa y de cara a la ventana. El señor Bourchier le miró con sonrisa entre cínica y burlona y con una expresión de compasiva superioridad capaz de exasperar y desconcertar al más pintado. Tales fueron sin duda los efectos producidos en el joven, quien pareció hallarse por demás violento bajo la fija mirada que clavaban en su rostro los azules ojos de Bourchier. Ruborizóse ligeramente y cambió de posición en su asiento. Sin duda no se sentía dispuesto a comenzar la conversación en circunstancias tan desventajosas para él. Por fin el dueño de la casa apartó de él su mirada y fijándola en la tarjeta que tenía en la mano, leyó:

—El señor Bourchier, Daniel Bourchier. Daniel es uno de nuestros nombres de familia. ¿Tengo la honra de estar emparentado con Ud.?

El interpelado iba recobrando su presencia de ánimo. Había ensayado aquella escena muchas veces, pero con un sólo actor; ahora que la representaban dos parecía su papel haría más difícil.

—Temo, señor Bourchier, que se sorprenda Ud. cuando le diga el parentesco que existe entre los dos, contestó.

—Muy cierto, cualquier parentesco entre nosotros me causaría mucha sorpresa. Pero no el que Ud. va a decirme que existe.

—¿Quiere Ud. que le exponga el objeto que aquí me trae? preguntó el joven, que empezaba a encolerizarse.

—Hagalo Ud. si cree que vale la pena. Pero sé exactamente lo que se propone Ud. es decir: que es hijo de Juan Boucher y que éste es a su vez el dueño legítimo de mis bienes. Anadirá Ud. probablemente que ha nacido en los Estados Unidos, concluyó el señor Bourchier, que había notado cierto ligero acento, no del todo disimulado por el joven a pesar de sus esfuerzos.

—Pues le diré a Ud. algo más, exclamó éste con teatral ademán. Le diré que poseo todos los documentos necesarios para probar la legitimidad del nacimiento de mi abuelo. ¿Le importa y le comuñe a Ud. esto, señor Bourchier?

Ni lo más mínimo, a juzgar por las apariencias. El interpelado se encogió de hombros y contestó:

—Hemos oido decir eso tantas veces que ya estamos acostumbrados. Lo único que puedo manifestarle, antes de darle a Ud. los buenos días, es que me complace ver en tan próspera circunstancias a un miembro de la rama ilegitima de mi familia.

Y hablando así miraba de arriba abajo al elegante joven.

—Por ahora puedo permitirme vestir bien, dijo Daniel; y unos cuantos meses bastarán para ponerme en el lugar que Ud. ocupa hoy. Porque no dudo que está Ud. enterado de la muerte de mi padre.

Bouchier se mostró a la altura de las circunstancias.

—¿De veras? Pues lo siento. Su padre, por lo que he oido, era un hombre demasiado discreto para malgastar su hacienda en pleitos inútiles. Sabía que había muerto su abuelo de Ud., pero no su padre.

Hablaban con tanto aplomo y naturalidad que su oyente quedó desconcertado por un momento, deplorando de todas formas el terreno desventajoso en que lo colocaban su juventud e inexperiencia. Sin embargo, tenía mejor juego que su adversario, porque conocía sus cartas, sin que éste lo sospechase siquiera. Aquel pensamiento le infundió valor.

—Si, dijo, murió... hace poco tiempo. Yo soy ahora el dueño de la Casa Roja.

Bouchier saludó cortésmente.

—Si lo desea Ud., continuó el joven, le enseñaré los documentos que lo ponen fuera de duda.

—Totalmente innecesario, se lo aseguro a Ud. Su palabra vale tanto como el contenido de esos papeles.

El otro no hizo caso de aquel sarcasmo, y continuó:

—Tengo en el bolsillo la certificación del matrimonio de mis abuelos y las de nacimiento y matrimonio de todos los otros miembros de mi familia, sin excluir la de mi propio nacimiento.

Felipe Bourchier dejó su asiento. Su sonrisa ya no era afable; a sus maneras corteses había reemplazado la expresión dura y severa.

—Para lo que a mí se me importa, dijo, lo mismo puede Ud. llevar encima un cargamento de certificaciones. Pero como afirma Ud. que Juan Boucher ha muerto son papeles modijados, porque yo tengo sabido, sin asomo de duda, que el padre que Ud. se atribuye no dejó hijo alguno vivo.

Y tocó el timbre. Su aire resuelto impresionó al joven.

—Señor Bourchier, dijo seriamente, está Ud. en un error. Permitame demostrarle...

—Ni una palabra, caballero. Si osa Ud. prolongar su postura irá a la cárcel por estafador. Retires Ud. inmediatamente. Bautista, dijo al criado que había entrado, acompaña a este caballero.

—Despida Ud. a su criado, señor Bourchier, y escúcheme.

—Bautista, acompaña al señor como te he dicho, y cuida de que salga no sólo de la casa, sino de los terrenos de la finca.

—Al hacer de mi un enemigo se arruina Ud., señor Bourchier.

—Mira, ve a las caballerizas y tráete un par de mozos que se lleven a este individuo si no se retira de buen grado.

El visitante prefirió marcharse tranquilamente. Al cerrarse la puerta, a sus espaldas juró tomar dura venganza, pero no manifestó su despecho ante el criado, a quien deslizó en la mano una moneda de oro.

Felipe Bourchier se había conducido animosamente; pero cosa extraña, al volver a tomar su revista se hizo la misma pregunta que en aquel momento se dirigía también el joven a quien había despedido con tan poca ceremonia.

—¿Qué sabe? fue lo que ambos se preguntaron.

Bouchier hubiera dado cualquier cosa por averiguar qué sabía el pretendiente acerca de la muerte de Juan Boucher, y ni siquiera podía imaginarse cómo estaba enterado de qué había muerto. Y Jorge Manders, pues era él, se preguntaba a su vez qué sabía su adversario de los asuntos de familia de su víctima. Si se hubiera manifestado sabedor de que el hijo de Juan Boucher había muerto en la infancia, Manders hubiera renunciado a continuar la partida, en cuanto a sus propias pretensiones se refería. Y en cambio, si Manders hubiese mostrado tener algún dato concreto sobre el lugar o manera de la muerte de su supuesto padre, no hubiese estado Bourchier tan arrogante en su reto ni tan despectivo en su despedida. Aquel primer encuentro dejó en ambos cierto grado de desconfianza en sus propias fuerzas; pero hasta entonces la victoria se inclinaba resueltamente a favor del dueño de Casa Roja.

Aquella escaramuza le hizo mucho bien. No temía que el supuesto Daniel lo atacase por medio de los tribunales. Era evidentemente un impostor; Juan Boucher había declarado

de la manera más clara y precisa que no tenía hijos varones. Lo único que sentía era no haberle interrogado sobre los portadores de la muerte de Juan y averiguar si sabía que éste y el malhechor a quien él había matado en el camino de Renton eran una sola persona.

Daniel Bourchier, o mejor dicho, Jorge Manders, fué conducido hasta la verja de entrada. Dirigió al partir una larga mirada a la finca y sus hermosos alrededores, y una vez solo, murmuró entre dientes soez blasfemia. Aquel primer paso en su villana empresa se parecía mucho a un fracaso, lo suficiente para hacer creer a un novicio que la honradez era la mejor política; pero Jorge no se sentía abatido hasta el punto de aceptar todavía esa conclusión. Tenía otras buenas cartas en su juego. Sabía en primer lugar cómo había muerto su supuesto padre; este era un triunfo de primer orden. Si fallaba esa jugada, allí estaba Frances entre bastidores, ignorante de los derechos que le pertenecían. Y respecto de ella podía elegir entre dos caminos; o informarla de todo, o dejarla en la ignorancia a cambio de las sumas de dinero que pudiese obtener de Felipe Bourchier por su silencio. Pero lo esencial era favorecer tanto todo sus propios intereses; con Frances sólo debía contar como último recurso.

Dió un largo paseo, reflexionando sobre lo que más le convenía hacer. Tomó el camino de Renton porque allí había dejado su saco de viaje. Por la mañana había ido a Renton a pie, y se sentía más que dispuesto a dar el paseo de vuelta. Durante la cuesta y fatigosa la subida yendo desde Renton; y cuando Jorge llegó a lo más alto del camino se sentó a descansar un rato antes de emprender la bajada. Poco le importaba la hora, pues iba a permanecer en Braley aquella noche. Brillaba el sol; sentado Jorge al borde del camino, sin cuidarse de la humedad, no tardó en recostarse sobre la hierba, cubriendo los ojos con el sombrero. A poco parecieron mezclarse y confundirse el suave rumor de las ramas, el canto de los pájaros y sus propios pensamientos, y se quedó dormido. Hubieran pasado unos veinte minutos cuando lo despertó un ligero tiro que sintió hacia el bolsillo del chaleco, e incorporándose notó que colgaba un extremo de la cadena de su reloj y vio a pocas varas de distancia a un hombre que huía atodo correr. Manders, joven y poco sufrido, siguió el impulso natural de perseguir al fugitivo. Por mucho que éste corriese, las vigorosas piernas de Jorge le permitieron ir ganando terreno, hasta que el presunto ladrón, echando una rápida mirada atrás y convenciéndose de la imposibilidad de escapar, si seguía huyendo en linea recta, saltó de pronto en la maleza con la esperanza de esconderse y salvarse en ella. Manders, justamente indignado por aquella tentativa de robo, le imitó, sin cuidarse de su traje. Dudosamente parecía el resultado de su carrera, pero en aquel momento, por desgracia para el perseguido, se le enredaron los pies en un matorral y cayó de brases. Antes de que pudiera levantarse ya estaba Manders encima de él, y alegrándose de tener a mano alguien sobre quien descargar su ira, le dió de punadas a su sabor. El caido recibió los golpes en silencio, limitándose a proteger la nuca y cuello con ambas manos. Su agresor, jadeante y con los puños cansados de golpear, suspendió por fin el vapuleo.

—Ahora levántate, dijo dando a su víctima un puntapié final, y enseñame esa cara.

El aporreando, un robusto gañán con gorra de piel, se sentó en el suelo.

—¡Ea, basta ya! dijo. Quisiera saber qué derecho tiene Ud. para maltratar así a la gente.

Manders se echó a reír.

—Y me lo preguntas, bribón, después de haber querido robarme! ¡Arriba! Ya te explicarás ante el juez más proximo.

—¡Robarle! Eso lo dice Ud. porque le parece, pero no puedes probarlo. Mi palabra vale tanto como la suya. Yo también entiendo de leyes, y sé que no puede Ud. mandarme a la cárcel con su propio testimonio; ni pensarlo.

—Pues de todos modos arriba pronto! Nada se pierde con probar, dijo Manders, a quien divertían mucho los argumentos de su prisionero.

—Pero hombre, si no va Ud. a sacar nada con eso, continuó el truhán, como no sea una porción de molestias. Y cuando que yo tampoco me morderé la lengua para decir que me ha dado Ud. una lluvia de mojicones.

—Vente conmigo, repitió Manders, que en realidad sólo quería asustarlo. Veremos qué dirá mañana mi amigo el señor Bourchier.

Empleó este nombre porque sabía el terror que inspiraba a todos los bribones del país. Al oírlo el ratero aguzó el oído.

—¿Es amigo de Ud.? pregunto.

(Continuará).



ecPan
LA MEJOR REVISTA
CINEMATOGRAFICA
Y TEATRAL

840



A SU ALCANCE
LEA EN

BIBLIOTECA ZIG-ZAG

- N.o 1.—El Ruisenor y la Rosa. — O. Wilde.
 N.o 2.—La Barraca (Agotado). — V. Blasco Ibáñez.
 N.o 3.—Jadsi Murat (Agotado). — León Tolstoy.
 N.o 4.—La Atlantida (Agotado). — Pierre Benoit.
 N.os 5 y 6.—El Difunto Matías Pascal. — L. Pirandello.
 N.o 7.—Los de Abajo. — Mariano Azuela.
 N.o 8.—El Mandarín. — Eca de Queiroz.
 N.o 9.—La Muerte en Venecia. — Tomás Mann.
 N.o 10.—Hambre. — Knut Hamsun.
 N.os 11 y 12.—Recuerdos del Pasado. — V. Pérez Rosales.
 N.o 13.—Primavera Mortal. — Zilahy Lajos.
 N.o 14.—Zalacain el Aventurero. — Pío Baroja.
 N.o 15.—Los Aidues. — Panait Istrati.
 N.o 16.—Opiniones de J. Coignard. — A. France.
 N.os 17 y 18.—Las desencantadas. — Pierre Loti.
 N.o 19.—Sonata de Otoño. — R. del Valle Inclán.
 N.o 20.—Sin Novedad en el Frente. — E. María Remarque.
 N.o 21.—Don Segundo Sombra. — R. Guiñaldes.
 N.o 22.—Amok. — Stefan Zweig.

PROXIMO VIERNES:
 N.o 23.—Victoria. — Knut Hamsun.

SUSCRIPCIONES

Anual, corresponden 26 numbs. \$ 32.—
 Semestral, corresponden 13 numbs. \$ 16.50

Ejemplares sueltos, se despachan, porte pagado, previo envio de \$ 1.60 en estampillas, por número deseado.

"BIBLIOTECA ZIG-ZAG"
 Casilla 84-D. Santiago.
 VENTA EN SANTIAGO:
 Ahumada 32.